

xrite

colorchecker CLASSIC

Req 4407

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LO MALO Y LO BUENO

QUE SE HA DICHO

DE LAS MUJERES

POR

EMILIO DESCHANEL

TRADUCCIÓN POR EL

DR. LUIS MARCO

LA ESPAÑA MODERNA

LOPEZ HOYOS, 6  
MADRID

100mm

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

---

LO MALO Y LO BUENO

QUE SE HA DICHO

DE LAS MUJERES

POR

EMILIO DESCHANEL

TRADUCCIÓN POR EL

DR. LUIS MARCO

---

Precio: SIETE pesetas.

---

LA ESPAÑA MODERNA

LOPEZ HOYOS, 6

MADRID

E. DES CHANEL

LO MA LO Y LO BUENO

nt 3 so di cho

S TUBEN



ces et as.



5 (36)

- Spencer.—La justicia, 7 pesetas.—La moral, 7 pesetas.—La beneficencia, 4 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 ptas.—Las inducciones de la sociología y las instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas.
- Sohm.—Derecho privado romano, 14 pesetas.
- Squillace.—Las doctrinas sociológicas, dos tomos, 10 pesetas.
- Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 ptas.
- Starks.—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Stirner.—El único y su propiedad, 9 pesetas.
- Stourm.—Los presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
- Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas.
- Stuart Mill.—Estudios sobre la religión, 4 ptas.
- Sudermann.—El deseo, 3,50 pesetas.
- Summer-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
- Taine.—Historia de la literatura inglesa, 5 tomos, 34 ptas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 ptas.—La pintura en los Países Bajos, 3 ptas.—Roma, dos tomos, 6 ptas.—Florencia, 3 ptas.—Venecia, 3 ptas.—Tito Livio, 4 ptas.
- Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 ptas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 pesetas.
- Toehkhof.—Un duelo, 1 peseta.
- Toheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 ptas.
- Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
- Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Matrimonio y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhil, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbecil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 ptas.—El camino de la vida, 3 ptas.—Placeres viciosos, 3 ptas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 ptas.—El trabajo, 3 ptas.—Fisiología de la guerra, 3 ptas.—La escuela de Jasnaya Poliana, 3 pesetas.
- Turgueneff.—Humo, 3 ptas.—Nido de hidalgos, 3 ptas.—El julio, 3 ptas.—El ray Lear de la Estepa, 3 ptas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Radia, 3 pesetas.—El reioj, 3 pesetas.—Pares a hijos, 3 pesetas.—La vni flotica, 3 pesetas.
- Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Vaccaro.—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.
- Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 peseta.
- Varios autores.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.
- Idem.—Novelas y caprichos, 3 ptas.—Ramillete de cuentos, 3 ptas.—Tesoro de cuentos, 3 ptas.—Cuentos escogidos, 3 ptas.—Estudios de higiene general, 3 ptas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos, 7 pesetas.
- Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.
- Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
- Vooke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
- Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
- Wallace.—Rusia, 4 pesetas.
- Walliszowski.—Historia de la literatura rusa, 9 ptas.
- Wentworth.—Historia de los Estados Unidos, 6 ptas.
- Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos, 5 pesetas.
- White.—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología, 8 pesetas.
- Whitman.—La Alemania imperial, 5 pesetas.
- Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
- Wilson.—El Gobierno congresional, 5 pesetas.
- Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 ptas.—Principios de Filosofía, 9 ptas.
- Zham.—Biblia, Ciencia y Fe, 6 pesetas.
- Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sandou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Las veladas de Mélan, 3 pesetas.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

### OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Ricci: Derecho civil, 20 tomos, 140 ptas.—Taine: Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 ptas.—Marshall: Economía política, tres tomos, 21 ptas.—Bryce: La república norteamericana, tomos I y II, 13 ptas.—Schuré: Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 ptas.—Bon hot: Historia de la Literatura antigua, 6 ptas.—Gumplowicz: La Sociología y la política, 4 ptas.—Goncourt: La Clairon, 6 ptas.—Ruskin: Las piedras de Venecia ó guía estética de Venecia y de Verona, 6 pesetas.—Giurati: El plagio, 8 ptas.—Zham: Biblia, Ciencia y Fe, 6 ptas.—Caillaux: Los impuestos en Francia, tomo I, 6 pesetas.—Fisher: Economía política y geométrica, 8 ptas.—Marie: Misticismo y locura, 5 ptas.

## LA ESPAÑA MODERNA

Esta revista, escrita por los mejores publicistas, que cuenta veinticuatro años de existencia ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### Condiciones de suscripción.

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 pesetas. El número suelto en España, 1,75 pesetas; en el extranjero, dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonados deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle López Hoyos, 6, esquina á la de Serrano. Madrid.

# LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA,"

que se hallan de venta en su Administración,

calle López Hoyos, 6, Madrid.

- Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, dos tomos, 15 ptas.—La reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La génesis), 4 ptas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.**—Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El derecho de gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El delito colectivo, 1.50 pesetas.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 ptas.
- Arnold.**—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.
- Asonso.**—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pesetas.
- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El cabecill, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La hechizada, 3 pesetas.
- Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Bacero de Bangoa.**—Vida de Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Mérimée), 1 peseta.
- Beccardo.**—Historia del comercio, de la industria y de la economía política, 10 pesetas.
- Bolsier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pesetas.—La oposición bajo los Césares, 7 ptas.
- Bouhot.**—Historia de la Literatura antigua, 6 Bourget.—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Bréal.**—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
- Brédif.**—La elocuencia política en Grecia, 7 ps.
- Brok Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 pesetas
- Bret Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.
- Bryce.**—La República Norteamericana, tomos I y II, 13 pesetas.
- Bunge.**—La educación, 12 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Builla.**—Economía, 12 pesetas.
- Caillaux.**—Los impuestos en Francia, 6 pesetas.
- Cambrónero.**—Las Cortes de la Revolución, 4 ptas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 ptas.
- Campoamor.**—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternizas y flores; Ayes del alma; Fábulas, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte, 3 Caro.—Filosofía de Goethe, 6 ptas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 ptas.—El suicidio y la civilización, 3 ptas.—Costumbres literarias, 3 ptas.—El derecho y la fuerza, 3 ptas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Champscommunal.**—La sucesión abintestado en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 ptas.
- Cherbullez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágil es, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Colombay.**—Historia anecdótica del duelo, 6 ptas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de filosofía positiva 2 ptas.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Couperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.
- Daudet.**—Jak, 2 tomos, 6 pesetas.—La evangelista, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 ptas.—Cuentos y fantasías, 3 ptas.—El sitio de París, 3 ptas.
- Döllinger.**—El pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 peseta.
- Dostoyuski.**—La novela del presidio, 3 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 Dumas.—Actea, 2 pesetas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 ptas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Eltzbacher.**—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Emerson.**—La ley de la vida. 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3.50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.
- Fernan-Flor.**—Vida de Zorrilla, 1 peseta. De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.
- Fichte.**—Discursos a la nación alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 peseta a.
- Fisher.**—Economía política y geométrica, 3 pts.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flint.**—La filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Foullée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pts
- Garnet.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bombas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pesetas.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 ptas.—El plágio, 8 pesetas
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.—Sociología induciva, 6 pesetas.

1457

LO MALO Y LO BUENO  
QUE SE HA DICHO  
DE LAS MUJERES



Req 4407

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

---

LO MALO Y LO BUENO

QUE SE HA DICHO

DE LAS MUJERES

POR

EMILIO DESCHANEL

TRADUCCIÓN POR EL

DR. LUIS MARCO

---

LA ESPAÑA MODERNA

LOPEZ HOYOS, 6

MADRID



---

ES PROPIEDAD

---

---

9628.—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92.—Teléfono 1922.

## LO MALO QUE SE HA DICHO DE LAS MUJERES

---

### I

Es increíble lo malo que los hombres han dicho de las mujeres.

¿No han llevado algunos la impertinencia hasta sentir en serio, con Eurípides, que no haya otro medio que *ellas* para conservar la especie humana?

Aparentemente, no se dice tanto malo de este sexo sino porque de él se piensa demasiado bueno; y no se simula odiarlo sino por miedo a dejar ver en demasía que no se puede pasar sin amarlo.

Sea como fuere, he supuesto que, como sólo la verdad ofende, quizá no moleste a las hijas de Eva el saber qué feos dichos se han emitido por cuenta de ellas desde la serpiente.

Por tanto, he hecho este rosario de citas para satisfacer su curiosidad.

Diciendo este rosario, ganarán indulgencias.

Por otra parte, era un medio de acabar con tantas

maledicciones y calumnias como han corrido desde que el mundo es mundo.

«Mis pecados, dice Job al Señor, los has guardado cual en un saco y los has cosido en él.»

Pues bien, este pequeño libro es el saco donde voy a guardar y coser todos los pecados de injusticia y de injuria de que los escritores antiguos y modernos se han hecho culpables para con las mujeres.

Mirad, pues, dentro del saco, antes de que se cierre; luego, cerrémoslo y arrojémoslo al fuego.

## II

La antigüedad, lo mismo sagrada que profana, ha pronunciado contra la mujer duras palabras.

Primeramente, en la Biblia como en la Mitología, una mujer —Eva o Pandora—, es la acusada de haber perdido el género humano por su fatal curiosidad, y de haber esparcido todos los males sobre la tierra.—No digamos más acerca de esta doble historia harto conocida.

El *Eclesiastes* (o como si dijéramos el *Predicador*), libro atribuido a Salomón, quien poseía setecientas mujeres legítimas, sin contar las otras, se expresa así:

«He considerado todas las cosas con los ojos de mi alma, y he hallado a la mujer más amarga que la muerte. La mujer es semejante a las redes de un cazador: su corazón es una trampa, y sus manos son trabas. Aquel que es grato a Dios se librará de ellas; pero el pecador será su presa.»

Los latinos, digámoslo de pasada, tenían un proverbio que se expresaba de un modo no idéntico, pero análogo: *Fémína carcer*, «La mujer es una prisión.» Yo añado, para dar gusto a los aficionados a la filología pueril y honesta, que en la palabra francesa *cœur* (corazón), mudando de lugar las letras, se encuentra *érou* (cerrojo).

---

Los *Proverbios*, atribuidos según creo al mismo Salomón, contienen estos pasajes:

«Ahora, pues, hijo mío, escúchame y está atento a las palabras de mi boca, a fin de que tu corazón no se deje arrastrar en las vías de la mujer y no se extravíe en sus senderos. Porque ha herido y derribado al mayor número de los hombres, y los más fuertes han sido sacrificados por ella. Desde su casa, los caminos del infierno conducen a las profundidades de la muerte.

»La gracia de la mujer es engañosa, y su bondad no es más que astucia.

»El hombre enamorado sigue a la mujer, como el toro sigue al sacrificador.»

---

Por otra parte, es verdad que en ese mismo libro de los *Proverbios* leemos:

«La mujer vigilante es una corona para su marido.»

Y más lejos:

«El que encuentra una mujer buena ha encontrado el bien, y se acerca a una fuente de gozo que proviene del Señor.»

Y en otra parte:

«La casa y las riquezas son dadas por los padres; pero una mujer prudente es dada por el Señor mismo.»

El *Eclesiastes* dice también:

«¡Feliz el esposo de una excelente mujer! ¡El número de sus años será duplicado!»

Y San Pablo llama a la mujer «la gloria del hombre».

Hay, pues, para el pro y el contra; y respecto a las mujeres, como en todo lo demás, puede uno a su antojo hallar en la *Biblia* lo blanco y lo negro.

### III

Pero si esto ocurre en la literatura sagrada, dista mucho de suceder lo mismo en la literatura profana.

Aquí lo malo predomina, lo bueno es una excepción casi imperceptible.

Empecemos por los griegos.

Salvo dos divinos poetas cuya voz armoniosa y cuyo dulce pensamiento no se mezclan con esa gritería, no hay por todas partes más que sátiras.

Comencemos, cual conviene, por destacar y poner a la luz esas dos excepciones gloriosas, Homero y Sófocles.

Homero ama a las mujeres: se ve, se siente; y ese amor está difundido por todas partes en la *Iliada* y en la *Odisea*; y esta luz del corazón es una de las gracias de su divina poesía. Homero no cree poder elogiar mejor a la Hélada que llamándola «la Hélada de las hermosas mujeres, *Hellada calligynaika*; «—lo que, digámoslo de paso, Bitaubé traduce así: «la Grecia, donde el sexo tiene encantos seductores.» Homero, no nombra

nunca a una mujer, sea mortal, sea diosa, sin acompañar su nombre con alguno de esos hechiceros epitetos que en la lengua griega son a la vez una música y una pintura: son Juno o Nausicaa *de blancos brazos*, es Palas *de ojos garzos*, es Briseis *de hermosas mejillas*, es Marpessa *de finos tobillos*; son las jóvenes esposas *de suave perfume*, las troyanas *de amplio seno*, las Musas *con trenzas de violetas* (¿pueden representarse de una manera más graciosa y más fresca los reflejos azules de los hermosos cabellos negros?)

Y si para cada una de esas expresiones creadas, que en la lengua de Homero no consta sino de una sola palabra, se necesitan dos o tres de éstas en la lengua francesa, ¿cómo expresar, ni aun por medio de una frase, la verdad y el encanto de ésta: *Gynaiques helicópides*? ¿Cómo pintar por una palabra única a las mujeres con la volubilidad, la gracia y la fineza de sus ojos! ¡*Helicópides*!

¿No bastan ya estos pocos rasgos para dejar sentir de una manera general cuánto ama Homero a las mujeres y las admira? Aún se comprenderá mejor si se da un vistazo a los diferentes tipos de mujeres con que ha ornado sus poemas. Ved a Andrómaca, la tierna esposa y la dulce madre, «sonriendo a través de sus lágrimas» *dacryoen gelasasa*; ved a Penélope, la mujer casta y fiel, industriosa y fuerte, con su bella faz triste, encuadrada por largas cintas que cuelgan a lo largo de sus mejillas; ved a Nausicaa, la tierna doncella, la gracia, el ingenio, el buen sentido con el candor ingenuo, algo así como la amable Enriqueta de Molière, pero veinticinco siglos antes, en una civilización todavía primitiva y aún semiteñida de barbarie; ved en fin a Helena, tan culpable y tan bella, que los

mismos que sufren tantos males por su causa, y desde tantos años, no tienen sino mirarla para no pesarles de nada. Todo el mundo conoce este adorable episodio del tercer canto de la *Iliada*.

«Los ancianos del pueblo estaban sentados en las puertas Sceas, —viejos retirados de los combates, pero buenos para discurrir; semejantes a las cigarras, que, subidas a los matorrales de los bosques, dejan oír su voz suave como una azucena, así esos jefes de los troyanos estaban sentados en la torre. En cuanto vieron a Helena, que acababa de ascender allí, dijéronse unos a otros dulcemente: «No acusemos a los dioses si los troyanos y los griegos de las bellas cnémidas sufren desde tantos años ha tamaños males por una mujer tan hermosa. Su rostro es semejante al de las diosas inmortales. Sin embargo, por bellísima que sea, ¡pueda ella volver a partir con sus naves y no dejar tras de sí a nosotros y a nuestros hijos el infortunio y el duelo! «Tales eran sus discursos. Pero Príamo, en voz alta, dijo: «Ven aquí, cara criatura, siéntate a mi lado...»

Entonces ruégala que le designe en la llanura los principales jefes del ejército de los griegos, que está a punto de venirse a las manos con el de los troyanos.

¿No es en cierto modo el poeta mismo quien, por boca del viejo rey Príamo, habla a Helena con esa bondad, esa dulzura, esa gracia infinita?

Un día, en la *Odisea*, nos la mostrará vuelta al seno de la familia, sentada y bordando junto al hogar, re-habilitada por el trabajo y la virtud.

---

Y sin embargo, en este mismo poeta, las mujeres no

son, como lo exigen las costumbres de la época, más que «los intendentos que administran la casa a las órdenes de su marido», de su señor. Por esa perífrasis es como son designadas varias veces en la *Odisea*. Y bajo este pie es como los hombres hablan con ellas, hasta en los momentos de sensibilidad. Por ejemplo, al fin de los tan conmovedores adioses de Andrómaca y Héctor, en el sexto canto de la *Iliada*, Héctor, en el momento de volver al combate, responde así a las tiernas inquietudes de su mujer bienamada:

«¡Vaya, vuelve a casa, ocúpate en las obras que te incumben, —toma de nuevo el lienzo y los husos—, manda el trabajo de tus mujeres, mientras que la guerra será la ocupación de los hombres y yo me iré de aquí a combatir a la cabeza de los hijos de Ilion.»

¿Puede uno librarse de hallar un poco duras estas palabras en tal situación, después del abrazo supremo, tras las últimas caricias de su mujer y de su hijo? Sin embargo, sólo son graves; y, según las costumbres homéricas, no excluyen de ningún modo la ternura.

«Habiendo hablado así, el brillante Héctor tomó su casco de hermosa cimera. Su tierna esposa se fué a casa, volviendo a menudo la cabeza y derramando copiosas lágrimas.»

Y, para seguir haciendo ver el acuerdo entre la literatura profana y la literatura sagrada en este punto, estas palabras de Héctor ¿no recuerdan por su tono las que, según el Evangelista, Jesús dijo a su madre en las bodas de Caná:

«Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?»

Tal es el diapasón de esos tiempos antiguos.



En cuanto a Sófocles (que en su juventud representó él mismo un día el personaje de Nausicaa, en la tragedia de este nombre, cuyo asunto había tomado de la *Odisea*) a su vez crea tipos de mujeres que no dan menor testimonio que los de Homero de una viva y tierna simpatía por este sexo tan denigrado por todos los demás poetas griegos. Básteme nombrar a Electra y Crisotemis, dos fisonomías opuestas que se completan la una a la otra; así como Antígona e Ismena, una la fuerza, otra la gracia; y por último, aquella dulce y triste Deyanira, que parece haber servido de modelo a la Monine de Racine.

Tales son las dos excepciones, Homero y Sófocles.  
¡Honor a esos dos grandes y buenos genios!

Empero, ahora oid a todos los demás griegos, ya poetas, ya prosistas.

Al igual del Génesis, Hesíodo, a quien ya aludí, atribuye a una mujer, obra divina, todos los males de la especie humana.

En vez de Eva, es Pandora, en lugar de Adán está Epimeteo, el hombre imprevisor que se deja arrastrar y perder por ella. En vez de una fruta que no debe cogerse, hay una caja que no debe abrirse. Y si se quisiera continuar más de lo útil ese paralelo, hallaríamos con los Padres de la Iglesia una singular semejanza entre el suplicio de Cristo, crucificado en el Gólgota por redimir a la humanidad, y el de Prometeo, *crucificado* también, —los griegos emplean la misma palabra para el uno y el otro—, crucificado digo, por haber sido bienhechor de los hombres, a quienes salvó de las tinieblas de la barbarie por el latrocinio del fuego celeste y por la invención de las ar-

tes. Prometeo es hermano de Epimeteo; y Jesucristo, dicen los Padres, es otro Adán.

Pues bien, veamos cómo habla Hesíodo.

«La raza de las mujeres es perniciosa, causa grandes daños a los mortales; viene a compartir con nosotros las dulzuras de la vida, pero de ningún modo comparte su triste pobreza.»

«La mujer es el zángano que se come la dulce miel hecha por las abejas.»

«Las mujeres son tan funestas para el género humano, que hasta las honradas labran la desventura de sus maridos.»

«La raza de las mujeres es impura.»

«El que se fía de una mujer se fía de un ladrón.»

---

Herodoto en el comienzo de su *Historia*, nos manifiesta que las primeras guerras entre los griegos y los otros pueblos fueron ocasionadas por mujeres.

Es lo que también Horacio ha expresado en un verso de una dición harto libre, aun en latín, para que yo pueda citarlo.

Ateneo enumera igualmente varias mujeres que han sido causa de guerras. La del Peloponeso, según dice Aristófanes, citado y parafraseado por Fontenelle, «provino de que dos jóvenes atenienses, que estaban beodos, fueron a Megara para raptar a la cortesana Simoeta, y los de Megara para vengarse, raptaron a dos doncellas de Aspasia; lo cual fue causa de que Pericles, por completo supeditado a los intereses de Aspasia, hiciese tratar a Megara de un modo tan duro, que esta ciudad se vió obligada a implorar el auxilio de los lacedemonios».

---

Véanse ahora versos del grave Esquilo, en su tragedia *Los siete jefes delante de Tebas*:

«¡Sexo que el sabio detesta! ¡Ah, jamás, ni en mi infortunio, ni en los días de mi prosperidad, ninguna mujer habite bajo mi techo!»

Después, en la misma obra: «¡Oh Júpiter, qué presente nos has hecho! ¡Las mujeres: qué raza!»

Por lo demás, justo es advertir que es el personaje de la tragedia quien expresa este pensamiento, al cual nada nos dice que se asocie el poeta.

Platón, a pesar de haber hecho contar a Aristófanes, en el admirable diálogo del *Banquete*, aquella encantadora leyenda de los Andróginos, no vacila en declarar, en el *Timeo*, que:

«Quien haya incurrido en culpa será trocado en mujer en otra existencia.»

Y en la misma obra también:

«Los hombres cobardes y que han sido injustos durante su vida, según toda verosimilitud, se convierten en mujeres en un segundo nacimiento.»

¡Tanto era el poder del prejuicio antiguo, hasta sobre un genio tan grande! Para él no era dudoso que la mujer fuese naturalmente menor que el hombre, y de una especie inferior; de igual modo, ni para él, ni para Aristóteles, ese otro gran genio, tampoco era dudoso el que la esclavitud de una parte de los hombres fuese una condición necesaria para la felicidad de los demás, y la base de toda sociedad bien constituida. Hoy mismo, al cabo de más de veinte siglos, ¿no veis, a través de la mentira de las apariencias y a despecho de las ficciones sociales, que todavía no han desapare-

cido por completo esos dos bárbaros prejuicios? ¿No veis que la mujer continúa siendo tratada como un menor?

---

Aristófanes, citado por Stobeo, completa el pensamiento de Platón, diciendo:

«En sentir mío, la mujer, después de esta vida, no vivirá otra segunda.»

Así, suponiendo que el pensamiento del uno sea solidario de el del otro, un hombre, el más cobarde de los hombres, vivirá siempre por lo menos dos veces, aunque convirtiéndose en mujer en la segunda fase de su existencia; pero una mujer, la más generosa de las mujeres, nunca vivirá más que una sola vez.

¡Pase aún respecto de Aristófanes, que era un pagano y un poeta cómico! Pero ¿no hubo durante la Edad Media un concilio cristiano, el de Mácon, en el cual se agitó este problema: *Si la mujer tiene alma?* A la postre se le concedió, por pluralidad de votos.

---

Un personaje de Aristófanes cita este proverbio griego:

«No hay medio de vivir con esas pícaras, ni sin esas pícaras.»

---

El teatro entero de este gran poeta cómico —es decir, lo que nos queda, once piezas entre una cincuenta—, es una fuente inagotable de sátiras contra las mujeres. No cito nada, porque tendría que citar demasiado. Tres de esas once comedias están especialmente enderezadas contra ellas, a saber: *Las mujeres en la Asamblea*, *Las mujeres en las fiestas de Ceres* y

*Lisistrata*. En resumen, les acusa de gustarles la buena mesa, el vino, el placer, de maltratar, robar y engañar a sus maridos; les imputa supercherías y audacias, comparadas con las cuales se encuentran pálidas y anodinas las ingeniosas *trapacerías de las mujeres en materia de sentimiento*, ilustradas por el fino lápiz de Gavarni.

Repitámoslo, ¿qué importan las burlas de un poeta cómico, que con la crítica está en su elemento y que sólo trata de hacer reír? Pero ¿qué diremos, qué pensaremos de esta extraña frase, gravemente pronunciada por el sabio Aristóteles en el segundo libro de su *Retórica*?

«Los mitilenos tuvieron en sumo honor a Safo, aunque era mujer.»

Este filósofo no se refiere a las costumbres de Safo —costumbres lésbicas, testigo su oda *A una mujer amada*—; sólo habla del sexo de Safo. Así, ¡solamente su calidad de mujer hubiera podido excluirla de la gloria!

Todavía no ha desaparecido por completo, ni aun en nuestros días, esa preocupación, gracias al amor propio masculino y al prejuicio barbífero. Y aún hay más: no son sólo los hombres, sino las mujeres lo mismo que los hombres, quienes regatean la gloria a toda mujer ilustre, y quienes, cuando no pueden pasar por otro punto, «¡la honran *aunque* sea mujer!»

El historiador Tucídides manifiesta el mismo criterio que Aristóteles, en un pasaje de la célebre oración fúnebre que pone en boca de Pericles. Entre dos capí-

tulos de consuelos que este grande hombre de Estado, el más elocuente de todos los griegos, dirige a los parientes de los guerreros que han sucumbido, sólo otorga a las mujeres cinco líneas, en las cuales les aconseja que no hagan hablar de ellas ni para mal *ni para bien*, como la más alta gloria que les sea permitida:

«Grandísima gloria para vosotras, —dice—, si no llegáis a ser peores de lo que la naturaleza os haya hecho, y si vuestro nombre es lo menos conocido, ya para mal, ya para bien.»

¿No parecen estas palabras una continuación de las de la *Iliada* y de la *Odisea* que he citado y que he cotejado con la respuesta de Jesucristo a su madre? El mismo criterio ha dictado unas y otras, el espíritu oriental: despotismos del hombre, opresión de la mujer, —formada de una costilla del hombre según la leyenda, y por consiguiente, inferior a él—; envidia mezquina y estrecha del sexo fuerte, que pretende ser superior al sexo débil, y sin embargo, le tiene miedo. En Asia, el harem; en Grecia, el gineceo: las mismas precauciones infamantes, idéntica esclavitud que aja, igual fuente de degradación para las oprimidas y para el opresor.

En las oraciones de los judíos, los hombres dicen: «Dios mío, gracias te doy por haberme hecho hombre». Las mujeres, con dulce resignación: «Dios mío, gracias te doy por haberme hecho... lo que quisiste.»

Focílides, poeta *gnómico*, es decir moralista, recomienda que a las muchachas se les tenga guardadas con cerrojo, invisibles «hasta que se casen».

Al abandonar el hogar materno por la casa nupcial, la joven no hacía sino pasar de un gineceo a otro, Cuando llegaba a los umbrales del esposo, quemábase allí el eje del carro de himeneo para indicar que la esposa ya no debía salir. Así, reclusión física, pero sobre todo reclusión moral e intelectual, ¡más horrorosa todavía! Sólo las cortesanas tomaban parte en la vida del espíritu, en la luz de las artes; en ellas, la inferioridad de la mujer se repetía en la corrupción: el cálculo instintivo del egoísmo masculino era idéntico (1).

Casi siempre, el padre y la madre entregaban su hija al esposo sin consultarla, como una cosa inanimada. ¿Queréis oír cómo Catulo, el hechicero poeta latino, habla a la desposada en un canto de himeneo?

«Muchacha, no debes resistir a aquel a quien tu padre te ha entregado, —tu padre y tu madre, a quienes es preciso obedecer—. Tu virginidad no es tuya sola: un tercio de tu padre, un tercio de tu madre, un tercio solamente es tuyo; son dos contra ti, y han dado su parte a su yerno; no te resistas a él.»

El giro picante de la forma no rescata ni disimula de ninguna manera la dureza del fondo.

Fidias dió por atributos a su Venus de Elida una tortuga, a su Minerva una serpiente, para indicar que las muchachas solteras debían vivir encerradas y que las mujeres casadas debían guardar la casa y permanecer silenciosas.

---

(1) Véase nuestro librito: *Las Cortesanas griegas*.—E. D.

## IV

El poeta trágico Eurípides merece capítulo aparte él solo. Cuando se trata de maldecir de las mujeres y hasta cuando no se trata de eso, a propósito de todo y a propósito de nada, es inagotable en injurias dirigidas contra *esa detestable ralea*. Timón fué apellidado «el aborrecedor de los hombres», — así es como traduce literalmente Montaigne la palabra misántropo—. Eurípides pudiera ser llamado «el aborrecedor de las mujeres».

¿Por qué las quería tan mal?

¿Era porque, aprovechándose del beneficio de la ley ateniense, se había casado con dos a la vez, como Sócrates?

¿Era porque cierto Cefisofon, al cual dejaba el cuidado de escribir las escenas menos importantes de sus tragedias, no había desagradado a una de las dos; y y porque más de una vez, al entrar Eurípides en su casa, tuvo motivo para concebir algunas sospechas acerca de ella y de este asiduo colaborador?

Su cólera contra las mujeres ¿provenía de que las amaba demasiado?

No lo sé. Lo cierto es que recorriendo las obras y los fragmentos que nos quedan de este poeta, se queda uno sordo de oír los clamores que no cesa de alzar contra *esta espantosa plaga!*

Ved y sed pacientes o «*pacientas*».

---



En los restos de una primera tragedia de *Hipólita* se encuentra un pasaje donde dice, por alusión a Prometeo robando el fuego celeste y a su hermano Epimeteo seducido por Pandora:

«En vez del fuego, vióse estallar otro fuego más fuerte y más horrible, —¡las mujeres!»

En otra tragedia suya, *Hipólita*, que ha llegado completa hasta nosotros, y que Racine imitó, se lee una declamación de treinta y cinco versos contra las mujeres, la cual termina así:

«De donde resulta que la mujer es un mal espantoso.»

Comienza de esta manera:

«¡Oh Júpiter! ¿Por qué has creado debajo del sol este azote funesto para los hombres: las mujeres? Si entraba en tus designios el reproducir la raza humana, ¿no podías hacerlo sin las mujeres? ¿No podías decretar que los hombres, al precio de una ofrenda llevada a los templos, —ofrenda de oro, de hierro o de bronce, —fuesen a comprar gérmenes, asignándoles cada uno el precio según su categoría? ¡Y ahora vivirían en paz dentro de sus casas, sin la ralea femenina!»

Esta idea estrambótica se halla reproducida en la *Medea* del mismo poeta, pero en forma más concisa y coronada por una conclusión algún tanto hiperbólica:

«¡Ah, si los mortales pudieran propagarse por algún otro medio, y si no hubiese raza femenina, entonces los hombres veríanse libres *de todos los males!*»

Una idea análoga se encuentra en la *Cimbelina* de Shakespeare.

Volviendo a Eurípides: en su *Stenobea*, tragedia perdida, de la que Stobeo nos transmitió en versos latinos algunos pasajes, se expresaba así:

«¡Terrible es la violencia de las olas que el mar furioso levanta, terrible el soplo del fuego, terrible el torbellino de los torrentes, terrible la pobreza, terribles otras mil calamidades; sin embargo, ninguna hay más terrible que la mujer. Ningún color podría pintar este desastre, ninguna palabra dar idea de él. Si es un dios quien inventó la mujer, sepa ese dios, sea quien fuere, que ha sido para el hombre el funesto obrero de un mal supremo!»

---

El mismo, en su tragedia *Fénix*, decía:

«La mujer es el más espantoso de todos los males.»

---

El mismo, en *Ino*:

«¡Cuánto peor dotado está el sexo femenino que el masculino! ¡Inferiores a los hombres en virtud, superiores a los hombres en perversidad!»

---

El mismo, en *Menalipo*:

«Excepto mi madre, odio a toda la raza de las mujeres.»

---

Será quizá necesario repetir aquí, de una vez para siempre, la observación ya hecha a propósito de Esquilo, de que en verdad no pueden legítimamente imputarse al poeta los sentimientos que pone en boca de sus personajes. ¿Pero no significa nada la complacencia con que Eurípides vuelve siempre a la expresión de esta clase de sentimientos? ¿No es nada su abun-

dancia inagotable al tratar semejante materia? ¿No parece encarnizarse contra este sexo y tener el amor del odio con el odio del amor?

En su *Andrómaca*, es una mujer quien habla así:  
 «Lo confieso, se ha sabido encontrar (fue un dios) remedios contra las mordeduras de las fieras y de las serpientes; pero contra la mujer, mal más cruel que el incendio, que la víbora, no se ha encontrado hasta ahora ningún remedio. ¡Oh qué cruel azote somos para el género humano!»

En la *Hipólita*, ya citada, parece prever y refutar la objeción que pudiera hacérsele de repetirse un poco en este punto:

«¡Las mujeres! ¡Mi corazón no puede hartarse de odiarlas! ¡Malditas sean! ¿Por qué temería yo repetir siempre las mismas imprecaciones, puesto que ellas no se cansan de merecerlas?»

Y en *Hécuba*:

«¡Vengan todos aquellos que han maldecido, maldicen o maldecirán a las mujeres! Yo solo resumiría las imprecaciones de todos: ¡ni la tierra, ni el mar producen nada tan espantoso! Quien ha corrido sus azares, ya sabe cuán verdaderas son mis palabras.»

Shakespeare, de una manera análoga, pero con más concisión, dijo, hablando de la mujer:

«¡Pérfida como la onda!»

Y: «Fragilidad, ¡tu nombre es mujer!»

Y Byron, hablando de las tempestades:

«He visto las de la mujer y he visto las de las olas,  
y me duelo más de los amantes que de los marineros.»

Eurípides, otra vez, en su *Eolo*:

«Quien cesa de colmar de injurias a las mujeres,  
sigue el consejo de la miseria y no el de la cordura.»

Es cierto que a todos esos pasajes del trágico griego pudieran contraponerse algunos versos del mismo, en su *Protesilao*, siempre según Stobeo, porque la obra se ha perdido, como la mayor parte de las que he citado:

«El que a cada momento satiriza indistintamente a las mujeres se equivoca y carece de buen sentido. En efecto, en una clase tan numerosa pueden hallarse malas; en cambio, se encuentran otras de un generoso natural.»

En otro tono, también pudieran contraponérsele estos versos de su *Ciclope*, donde el coro, después de haberse burlado de la perfidia de Helena, concluye así:

«¡Pluguiese al cielo que la raza de las mujeres jamás hubiera existido —sino para mí solo!»

¿No será este tal vez, en el fondo, el verdadero sentimiento de Eurípides?

Sea como fuere, Carquinos, en su tragedia *Semele*, parece querer superar con un solo rasgo todos los anatemas trágicos de este poeta. Dice en alguna parte (tomo, para traducirlo, las palabras casi idénticas de la Paulina de Corneille, en *Polyeucte*):

«¡Mujer! este nombre basta sin ese torrente de injurias.»

## V

¿Qué será, si dejando a los trágicos acudimos a los cómicos y a los yambógrafos?

He mencionado a Aristófanes.

Ved a Menandro, del cual sólo fragmentos nos quedan; y después de él a los otros poetas de la comedia griega, media y nueva, cuyas obras, lo mismo que las de aquél, fueron quemadas «por el cuidado de los sacerdotes cristianos de Constantinopla», según expresión de un piadoso historiador.

«La mujer —dice Menandro—, es desenfrenada y feroz por naturaleza suya.»

Y en otra parte:

«La tierra y el mar producen gran número de animales feroces, pero la mujer es la mayor fiera de todas.»

Veamos ahora lo que dice Alexis:

«No hay animal más impudente que la mujer.»

Luego viene Anaxádrides:

«¡Huyamos de la mujer —provisión de amargura!»

Y Filetas:

«Si no tomas mujer, vivirás dichoso.»

E HIPPÓNAX:

«Una mujer da a su marido dos días de felicidad: el en que se casa con ella y aquel en que la entierra.»

¡Y Quereumon! Afirma que, de esos dos días, el que más vale es el segundo:

«Conducir a su mujer al sepulcro vale más que conducirla al altar.»

---

Lo que precede está tomado de Stobeo; lo que sigue está citado por Ateneo.

Anaxilao, en su obra *La ternera*, dice:

«Por poco que alguna vez se haya amado a una mujer, ¿puede negarse que esta raza es la iniquidad misma? La horrible hembra del dragón, la Quimera que vomita llamas, la espantosa Caribdis, la triple cabeza de Scila, monstruo de los mares, esfinge, hidra, leona, víbora, arpías de rápidas alas, ¿qué es todo eso frente a esta raza execrable? Todos los desastres son nonada en comparación de la mujer.»

---

Antifanes dejó esta frase, que parece tan moderna por su idea y por su forma, que se creería escrita ayer:

«¿Casado, él? ¡Y yo que lo dejé bueno y sano!»

Eubulos, en su *Crisila*, de que se acordó Lafontaine:

«¡Desgraciado, desgraciado quien se casó el segundo! Al primero no lo maldigo: en mi sentir, ¡ignoraba a lo que se exponía! Pero el segundo había podido oír manifestar al otro qué plaga es una mujer.»

---

En cuanto a los yambógrafos, o poetas de yambos, no citaré más que uno, por abreviar.

No será Arquíloco el inventor de este género terrible, Arquíloco cuya virulencia daba muerte a aquellos a quienes mordía; de los yambos de este poeta sólo nos quedan algunos fragmentos, algunas migajas, que no

bastan para decidir si Licambe tuvo buenas razones para ahorcarse.

Aquel a quien citaré es Simónides de Amorgos, abuelo de Simónides de Ceos, el lírico. De él nos queda un fragmento *sobre las mujeres*, que quizá valga él solo por todo lo que acabamos de ver. El análisis de ese fragmento cerrará la serie de citas tomadas de los autores griegos; es el ramillete.

«En el principio, Dios formó diversamente los caracteres de las mujeres.

»Una tiene mucho de lechona de ásperas cerdas, para quien se amontonan todas las basuras de la casa, y que se revuelca en el fango. Esta mujer es cochina de suyo; sentada en el estiércol, engorda.»

Otra, —resumo un poco, para abreviar—, otra tiene mucho de zorra astuta.

Otra, de la perra: es curiosa y arisca. Su marido no puede sosegarla ni aun con amenazas, ni aun rompiéndole la quijada con una piedra. La dulzura, con ella, no logra mejores resultados. Aunque esté sentada con huéspedes ladra sin cesar y sin razón.

La cuarta tiene mucho de la tierra: ¡pesada carga para su marido! No conoce el bien y el mal; sólo entiende de una cosa, —de comer—. Es tan indolente que en invierno, aunque se quede yerta de frío, ni siquiera tiene ánimo para acercar su asiento al fuego.

Otra tiene mucho del mar: hoy rie, mañana llora. Una persona extraña que la vea de paso queda hechizado de ella: es la más amable del mundo. Pero vedla todos los días: es colérica como una perra que defiende a sus cachorros, y arrebatada contra todo el mundo, amigos y enemigos. Semejante al mar, ora es risueña y apacible, ora encrespada y mugidora.

Otra parece un asno ceniciento y deslomado a golpes: sólo obedece por amenazas, no hace sino por fuerza lo que agrada a su marido, y en el entretanto toma por compañero al primero que llega.

Otra tiene mucho de comadreja. Naturaleza pobre y encanijada, no tiene belleza ni atractivos, no entiende nada de las dulzuras de Venus y sólo tedio da a su marido. Es violenta y hace mucho daño a sus vecinos. Con frecuencia, devora la carne de las víctimas recién inmoladas.

Otra tiene mucho de la yegua de ondulantes crines. Aborrece los cuidados domésticos y el trabajo; no toca la piedra de moler, ni la criba, ni la escoba, ni el horno, por temor a las chispas. Es lasciva y coqueta. Se lava todos los días dos o tres veces, se perfuma, levanta su larga cabellera con un peine y la cubre de flores. Una mujer así es un agradable espectáculo para todo el mundo y un gran mal para quien la posee, a menos que no sea un tirano o un rey a quien divierte su coquetería.

Otra tiene mucho de la mona. Fea, lisa, esmirriada, es la irrisión de los transeuntes; pero no le importa que se rían de ella: astuta y mala, no se ocupa más que de hacer daño.

Por último, la décima especie de mujer es como la abeja. «¡Feliz quien halle a esta mujer! Sólo ella está libre de la maledicencia, sólo ella hace florecer la casa. Amada por su marido, que la ama, envejece con él después de haberle dado bellos y gloriosos hijos. Es honrada entre todas, y una gracia divina la envuelve. No le placen las conversaciones galantes. Es el más hermoso regalo de Júpiter.»



¡Un solo boceto gracioso, después de nueve pinturas más que satíricas! Y como si aún le pesase al poeta de esta excepción y temiera dejarnos bajo esa impresión favorable, se apresura a añadir una conclusión del gusto de Hesíodo o de Eurípides:

«La mujer es el más grande de los males. Con ella, nada de felicidad. Quien la tiene encima expulsa difícilmente de su casa el hambre. Si ve alegre a su marido, le arma pendencia y se arma para el combate. Donde la mujer habita, no se recibe a gusto a un huésped que se presenta... La más sensata engaña a su marido: los vecinos hacen chacota de eso, él solo es quien lo ignora. Cada uno alaba a su mujer y murmura de la de otro: todos tenemos una suerte parecida. Es el mayor de los daños que nos ha hecho Júpiter.»

Simónides —en el poema del cual sólo tenemos este fragmento— continuaba:

«¡Mirad cómo el infierno ha recibido en su seno a tantos sin ventura como se han batido por una mujer!»

Alusión a la guerra de Troya y a Helena, a quien el poeta de yambos, menos indulgente que el buen Príamo de Homero, no perdona el haber dado ocasión a tantos combates y a tantas muertes.

El asunto de este episodio contra las mujeres parece haber sido entre los griegos una especie de lugar común popular, de burla tradicional, que cada uno volvía a tomar y amplificaba a su antojo, como las trovas en la Edad Media. Simónides cogió este tema y lo trató a grandes rasgos como una caricatura hecha con carbón en una pared.

Lo que da alguna apariencia de verdad a esta hipó-

tesis es que otro poeta que ya he citado, Focílides, resulta haberlo tratado también, o por mejor decir, indicado brevemente. Dice así:

«La raza de las mujeres está formada de cuatro elementos: una tiene mucho de perra, otra de abeja, otra de cerda inmunda y otra de yegua de pobladas crines. Esta es fecunda, viva, ágil, y la más bella a la vista. La que tiene de cerda inmunda no es buena ni mala. La que tiene de perra es arisca y salvaje. La que tiene de abeja es buena y casera: he aquí la que es preciso tomar por esposa.»

Se ve que en Focílides no se habla de la zorra, ni de la tierra, ni del mar, ni de la comadreja, ni de la mona.

---

Diógenes, viendo una mujer ahorcada en un árbol, dijo:

«¡Pluguiese a los dioses que todos los árboles dieran tales frutos!»

## VI

Así, pues, salvo dos excepciones, Homero y Sófocles, lo mismo Grecia que el Oriente, no hallan para las mujeres más que palabras amargas e insultantes zumbas.

En este punto, Roma no contradice a Grecia; pero desdeña harto a las mujeres para hablar mucho de ellas: para maldecirlas es preciso amarlas.

---

El dulce y tierno Virgilio no pone ni una sola mujer en los Campos Elíseos, el paraíso de los antiguos. —Platón, al menos, nos muestra a Sócrates ilusionándose, en el momento de morir, con la idea de hallar en el otro mundo mujeres célebres, con las cuales tendrá placer en conversar. (*Apología*, XXXIII.)

Entre los romanos, lo mismo que entre los griegos, las mujeres que se llamaban libres vivían encerradas. Conocido es el elogio supremo: (*Domi mansit, lanam fecit*).

«No salió de su casa, hiló la lana.»

Igual tiranía recelosa, igual opresión de las mujeres, igual descrédito; con algo no de más injurioso (eso sería imposible), sino de mayor desdén aún.

Por otra parte, la sátira propiamente dicha, ¿no era un producto del solar latino? Quintiliano es quien lo proclama con orgullo: «¡La sátira, toda entera, es nuestra!» Lo cual supone, digámoslo de paso, que todo cuanto acabamos de leer en los griegos ¡deja de contarse como sátira! Pues bien, en todas partes donde se produzca la sátira es de esperar que a las mujeres les toque buena parte, —puesto que también suelen ser los hombres quien escriben las sátiras, como todo lo demás.

Sólo nos han quedado cortísimos fragmentos del más antiguo satírico latino, Lucilio; como de Ennio y de Pacuvio, que compusieron en diversos géneros.

He aquí solamente un verso de Pacuvio:

«No es fácil hallar una buena mujer.»

Y dos de Afranio:

«Si se pudiera coger a los hombres con gatadas, todas las viejas tendrían hoy amantes.»

Pero la obra de Juvenal ha llegado hasta nosotros. Pronto hablaremos de ella.

Por lo demás, digámoslo desde luego, no es sólo a los sátiros a quienes se les pueden pedir sátiras.

---

De ningún modo las escatima el viejo Catón, de acerada lengua, en sus discursos a favor del mantenimiento de la ley Oppia, ley suntuaria acerca del lujo de las mujeres. Pero, como en vez del discurso auténtico sólo tenemos el supuesto por Tito-Livio, los rasgos que en él se encuentran, aun siendo muy punzantes, por no tener el incentivo de un pensamiento original, resulta menos a propósito el citarlos aquí. Solamente recordaré que, en ese discurso, la coquetería femenina es comparada a *un animal feroz, indomable*.

Valerio contesta a Catón, para pedir en nombre de las mujeres que se derogue esa ley; toma, pues, partido en pro de ellas. Sin embargo, a decir verdad, lo toma de tal suerte que todavía nos parece más satírico que el preopinante, puesto que en suma las representa como unas bonitas bestezuelas que ponen en el tocador y en los perifollos el único interés de la vida. «No tienen más que eso, dice, ¿por qué quitárselo?» —¿Hay argumento más mortificante, por lo mismo que parece sin malicia? ¿Hay alguno que revele mejor el vicio de un orden social donde se puede hablar así de las mujeres, con verdad?

## VII

Plauto, en una de sus comedias, *El Cartaginés*, parece comentar el argumento de Valerio. En ella figuran dos muchachas, Adelfasia y Anterastila, que parlotean así:

## ADELFASIA

«Quien quiera procurarse muchos apuros y quehaceres no tiene más que adquirir dos cosas, un barco y una mujer; no hay nada en el mundo que ocasione más dificultades, cuando se quiere equiparlos. Nunca se los equipa lo bastante bien y todos los equipos posibles jamás les bastan. Lo sé por experiencia, yo que hablo. Desde el alba hasta la hora actual, mi hermana y yo no hemos tenido más que una ocupación sin descanso: lavarnos, frotarnos, enjugarnos, pulirnos, darnos afeites, emperegilarnos; y además teníamos con nosotras dos esclavas cada una, que nos ayudaban en todos los menesteres de tocado y limpieza; y hemos rendido de fatiga a dos hombres, trayéndonos agua. ¡No me hables de ello! ¡Dioses, qué engorrosa es una mujer! Pero dos, estoy segura de eso, bastarían para suministrar harta ocupación a todo un pueblo, ¡por numeroso que fuese! Y día y noche, perpetuamente, a cada instante, se lavan, se arreglan, se secan, se pulen la piel. En fin, las mujeres carecen de medida, y sabemos que nunca acaban de lavarse y frotarse. Pues no basta que una mujer sea muy limpia; si hay en sus adornos alguna

imperfección, tengo para mí que parece sucia y desagradable.

## ANTERASTILA

»Hermana mía, me pasma el oírte hablar ese lenguaje, a ti que tienes tanto talento y luces, y que conoces la vida; porque a pesar de todos esos rebuscamientos de tocador, todavía nos ha costado sumo trabajo encontrar algunos enamoradillos.

## ADELFASIA

»Reflexiona, te lo suplico, hermana mía, que se nos juzga cual pescado en salmuera, que parece desagradable y apestoso, a menos de hacerlo remojar largo tiempo en agua; sin eso, tiene mal sabor, es acre, no se puede tocarlo. Igual nos acontece a nosotras. Las mujeres son de análoga calaña, sin atractivo alguno, sin ningún encanto, como no se arreglen y adornen a gran costa.

MILFION, *aparte, a su amo.*

»Agorastocles, me parece que es cocinera. Sabe el modo de desalar el pescado.

## AGORASTOCLES

»No me importunes.

## ADELFASIA

»Calla ya, hermana mía, te lo ruego: bastante es que otros nos dirijan tales cumplidos sin que proclamemos nosotras mismas nuestros defectos.»

---

Leyendo estas cuchufletas, no puede uno menos de adherirse al parecer de Horacio, quien hallaba un poco gorda la sal de Plauto.

En *El Anfitrión*, del mismo poeta, se halla esta salida:

«Juras descaradamente, tú eres mujer.»

En *El Eunuco*, dice un personaje de Terencio:

«Conozco el natural de las mujeres: ¿quieres tú? No quieren ellas. ¿No quieres tú? Pues ellas quieren.»

En la novela en lengua de *oil* rotulada *El Caballero del Cisne*, manuscrito del siglo *xvi*, léense estos dos versos:

«Ya sabéis cómo va el corazón de la mujer; porque hará todo lo contrario de lo que se le suplique.»

Chamfort dirá casi lo mismo que Terencio, y con una linda comparación por añadidura:

«Una mujer es como vuestra sombra: seguidla y huye; huid de ella y os sigue.»

Si yo continuase las citas de Plauto y de Terencio, serían harto abundantes y demasiado extensas: de estos dos poetas cómicos pudieran entresacarse un par de galerías de retratos femeninos, pero eso ocuparía sobrado lugar. Por otra parte, los cómicos, igual que los satíricos, son testigos sospechosos:

«Estos hombres maledicentes tienen el fuego bajo el labio.»

Pero escuchad a un hombre serio, a un político, a un guerrero, a un hombre de Estado.

Quinto Metelo el Numídico, exhortando a los romanos al matrimonio, comenzaba así su discurso:

«Romanos: si pudiéramos pasar sin esposas, de seguro que ninguno de nosotros querría adquirir tal enojosa carga; pero puesto que la naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que no se puede vivir feliz con una mujer, ni vivir sin mujer, aseguremos la perpetuidad de nuestra nación más bien que la ventura de nuestra corta vida.»

El grave Romano coincide aquí con un personaje de Aristófanes que hemos citado.

Quinto Cicerón dejó dos dísticos, el primero de los cuales así concebido:

«Confía tu barca a los vientos, no confíes tu corazón a las bellas; porque la onda es menos pérfida que la femenina fe.»

Ya hemos visto que Shakespeare se limitó a decir: «Pérfida como la onda.»

Y Codro, un siglo antes que aquél, pretende:

«Que hay menos estrellas en el cielo que bellaquerías en el corazón de la mujer.»

El otro dístico de Quinto Cicerón puede traducirse así:

«Ninguna mujer es buena; y si alguna hubiese, no sé por qué azar una cosa mala se haya convertido en buena.»

Séneca, en su *Consolación a Helvia*, dice:

«Para guardar tu dolor no puedes prevalerte del



nombre de mujer, desde que te has separado de este sexo por tus virtudes. Los llantos de las mujeres, lo mismo que sus vicios, deben serte en lo sucesivo extraños.»

Nótese que es un hijo que habla a su madre.

Y Tácito:

La mayoría de las mujeres tienen más dulzura fuera de su casa que dentro de ella.»

En cuanto a los poetas, imitan a los griegos y sólo son romanos a medias.

Catulo abunda en epigramas contra las queridas a quienes cree no amar ya.

Horacio, en maldiciones contra Canidia y algunas otras viejas, en sus yambos imitados de Arquíloco y que se llaman *Epodos*.

Véase lo que enseña Ovidio en el primer libro del *Arte de amar*:

«Ante todo, está bien convencido de que no hay mujer alguna a la que no se pueda conquistar; tiende solamente las redes, y ellas caerán dentro. La primavera cesará de oír el canto de las aves, y el estío el de la cigarra; la liebre hará correr ante sí al perro espantado, antes que una mujer se resista a un joven amante tierno y hábil. La que pudieras creer más rebelde no lo será. Las mujeres, lo mismo que los hombres, gustan de los amores furtivos. El hombre sabe disfrazar mal sus sentimientos; la mujer es más disimulada, pero no tiene menos deseos. Si los hombres se pusieran de acuerdo para no dar los primeros pasos, bien pronto

veríamos a nuestros pies a las mujeres vencidas y suplicantes...

«¡Ánimo, pues! Preséntate con la certidumbre de vencer; y, de mil mujeres, apenas si una se te resistirá.»

Molière, en el Gros-René del *Despecho amoroso*, recuerda este pasaje del *Arte de amar*.

En el libro III del mismo poema, con motivo del tocado de las mujeres y de sus defectos físicos, Ovidio entra en detalles muy minuciosos, si no muy delicados.

En su otro poema titulado *Remedios de amor* (o si se prefiere, el *Arte de desamar*) que hace juego con el *Arte de amar*, entre otros consejos da éstos:

«A vosotros los que no podéis sino con pena desligaros de una mujer amada, que deseáis ser libres y os falta valor para ello, a vosotros se dirigen estas lecciones mías. Recordad a menudo las perfidias de vuestra querida, teniendo siempre a la vista todas las pérdidas que os ha hecho sufrir. Decíos: «Me robó tal o cual objeto; y no contenta con despojarme de ellos, me obligó con su codicia a vender en pública subasta la casa de mis padres. ¡Qué de juramentos me ha hecho! ¡Cuántas veces los ha violado la perjura!... ¡Cuántas veces me ha dejado a su puerta durante la noche!... ¡Ama ella a tantos otros! ¡Y yo soy objeto de sus desdeños!...»

«Ultimamente, queriendo curarme, hallé algún alivio en repasar con frecuencia en mi memoria todos los defectos de mi querida; repetía a menudo la misma prueba, y con ella me iba bien. ¡Qué mal formadas tie-

ne las piernas esa muchacha! decía yo. Y a decir verdad, eso no es cierto. ¡Cuánto le falta para que sus brazos sean bellos! Y, sin embargo, debo confesar que son admirables.»

Molière se acordó de esto en *El burgués hidalgo*, y aludiendo a su propia mujer, cuya persona entera describe.

«Decid —continúa Ovidio— que está abotagada, si tiene gordura; que su tez es negra, si es morena. Si fuese esbelta, acusadla de delgadez; si no tiene el aire de una provinciana, decid que es descarada; si es modesta, decid que es boba. Haced más, emplead las palabras más persuasivas para rogarla manifieste habilidades de que carezca. Suplicadla que cante, si no tiene voz; que baile, si no sabe mover con gracia los brazos. Si habla incorrectamente, prolongad la conversación. Si nunca ha aprendido a pulsar las cuerdas de un instrumento, rogadla que toque la lira. Si su andar es pesado, hacedla que ande. Si tiene la pechera harto desarrollada, que ningún justillo se la sostenga. Si tiene los dientes feos, contad alguna historia que haga reír. Si tiene los párpados débiles, intentad con vuestros relatos hacer que lllore. También será bueno ir a verla por la mañana, antes de que haya tenido tiempo de arreglarse en el tocador. El adorno nos seduce, el oro y las pedrerías ocultan todas las imperfecciones, lo que se ve de una mujer es la menor parte de su persona... Llegad de improviso: aún carece de sus armas, y podréis sorprenderla sin peligro; sus defectos bastarán entonces para perderla en vuestro ánimo...»

Publio Siro dice en sus *Sentencias*:

«Cuando una mujer es descaradamente mala, sólo entonces es buena.»

«Una mujer ama o aborrece, no tiene término medio.»

«Las mujeres han aprendido a llorar, para mentir mejor.»

«Lágrimas de mujer es condimento de malicia.»

«Es difícil hallar buena fe en una mujer.»

«En lo malo, las mujeres sobrepujan a los hombres.»

«La mujer, cuando está a solas fantaseando, fantasea cosas malas.»

---

Propercio dice: «Urdir fraudes, esa es la única labor de la mujer.»

---

El cinismo de Marcial nos hace imposible citarlo.

---

Vengamos a Juvenal.

En su sexta sátira resume todo lo más fuerte que sus compatriotas pudieron decir contra el sexo femenino. El asunto es este:

Con pretexto de disgustar del matrimonio a un tal Póstumo, el poeta le pinta los defectos, los vicios y los crímenes de las mujeres de su tiempo.

Son caprichosas, pendencieras, glotonas, orgullosas, pedantes, imperiosas, supersticiosas, libertinas, envenenadoras, infanticidas.

Cada una de estas cualidades tiene su desarrollo particular en el poema.

A decir verdad, los rasgos generales de esas pintu-

ras de la fangosa época imperial no recaen menos sobre los hombres que sobre las mujeres. Y si se quisiera llegar al fondo de las cosas, se encontraría que a despecho mismo del poeta hieren mucho más a aquéllos que a éstas, puesto que los hombres no son solamente los cómplices, sino los autores de tanta vergüenza y de tanto mal, siendo las mujeres lo que les ha hecho el régimen de iniquidad y de barbarie instituido por los hombres.

He aquí algunos detalles de esta sátira —no los más vivos—, porque a propósito de este poeta dijo Boileau:

«El latín en las palabras desafia a la honestidad; pero el lector francés quiere ser respetado.»

Dice el poeta:

«Los otros crímenes no vinieron sino en el siglo de hierro; el adulterio data del siglo de plata. Las mujeres sólo son valientes en deshonorarse.»

*Fortem animum præstant rebus quas turpiter audent.*

Nobles o plebeyas, todas son igualmente depravadas. Si vuestra mujer es música, tiene por amantes a todos los músicos. Algunas eligen histriones, a veces muy feos. Otras eunucos, que les dan placer sin miedo. La mujer del emperador Claudio, Mesalina, abandona durante la noche el tálamo imperial por el camastro del lupanar. Hay aquí un verso muy hermoso, pero muy vivo, que María José Chenier parafraseó de este modo:

«Ostenta ante los romanos en un desvergonzado lecho, noble Británico, el vientre que te llevó.»

El poeta latino pudo decir, con su centelleante concisión:

«*Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem!*»

Si por acaso vuestra mujer es noble y virtuosa, no

cesará de atronaros los oídos con su nobleza y su virtud.

Una esposa es un tirano doméstico. El lecho conyugal es un eterno teatro de discordias renacientes, el sueño está desterrado de él (1). ¿Y cuándo atormenta más una mujer a su marido? Cuando tiene que disimular alguna perfidia de ella y quiere desorientarle a él.

¡Qué carga es una mujer coqueta! Se pinta y se empasta el rostro. «El marido que la besa se unta los labios junto a ese hocico pomadoso. Si tiene cita con un amante, se lava ella la cara; pero en el hogar doméstico, ¿para qué sirve agradar?»

Vive con su marido bajo pie de vecina: toda su intimidad se reduce a atormentarlo, a él, a sus amigos y sus esclavos, a arruinarlo con sus gastos locos, sobre todo en favor de los sacerdotes ávidos que han sabido rodearla y apoderarse de su espíritu, y de las judías que dicen la buenaventura, y de los astrólogos caldeos.

Si no ha pasado la noche a gusto suyo, ¡desdichados todos los de casa! ¡Mal haya la intendenta! ¡Mal haya la peinadora! ¡Mal hayan los esclavos! Hace que los azoten hasta saltar sangre. «En el entretanto, se pinta la cara, recibe a sus amigas o examina el oro y el dibujo de una túnica nueva. ¡Los latigazos prosiguen redoblándose! Recorre los artículos de un largo diario. Seguiría siempre la azotaina, pero les faltan ya las fuerzas a los ejecutores. «¡Sal!» grita ella a ese desventurado, cuando termina su lectura.»

El satírico pasa luego revista a las mujeres-hombres —las feministas o *bloomeristas* de aquel tiempo—:

---

(1) Léase el libro de Douglas Jerrold, titulado *Tras de las cortinas* y traducido del inglés al francés por Alberto Le Roy. Es el desarrollo picaresco de esta idea.

la mujer atleta, que se complace en luchar; la mujer guerrera, que maneja las armas; la mujer política, que discute las noticias; la mujer sabia, simple boceto desarrollado más tarde por Boileau y Molière.

Suprimo todo lo que atañe a la intemperancia de las mujeres, ya en la mesa, ya en los baños, ya en otras partes; sus pasatiempos nocturnos entre ellas durante los sagrados misterios —aquí la sátira de Juvenal parece continuación de las *Fiestas de Ceres*, de Aristófanes, y las costumbres romanas de las costumbres griegas—; en fin, sus crímenes para ocultar sus liviandades o para castigar las de sus maridos o para apropiarse la fortuna de ellos.

En una palabra, esta sátira es una cloaca; es la *cloaca máxima* de Roma.

He aquí las costumbres en la era de los Césares.

Un proverbio latino, conforme con varios versos de esta sátira, decía: «*Qui non litigat cælebs est.*» Quien no litiga está célibe.

Y en Roma lease la inscripción siguiente en la tumba de dos esposos:

«Detente, pasajero, y mira esta maravilla: ¡un hombre y su mujer que no se pelean!

El epitafio que Piron compuso para la suya tiene poco más o menos el mismo sentido:

«Yace aquí mi mujer. ¡Ah, que bien está, para su descanso y para el mío!»

Después de Juvenal, ¿es necesario citar los otros satíricos —hombres o mujeres—, Persio o Sulpicia?

¿Y los historiadores? —¿Tácito, punzante y amargo,

de quien ya he transcrito una frase? — ¿Suetonio, impasible e indiferente al bien y al mal, como lo será Brantôme?

¿Y los novelistas? — ¿Petronio, el Balzac de aquella época? ¿Y más tarde Apuleyo con su *Asno de oro*, de tan prodigiosa enormidad?

## IX

Pero creo haber demostrado con bastante número de ejemplos que, en el capítulo de las mujeres, los romanos no tuvieron más justicia ni más delicadeza que los griegos o los hebreos.

Otros dos dísticos latinos más, para concluir con las descortesías de esta lengua. El primero, que hallé escrito en la pared blanca del bello kiosco de Spa, en sitio donde está prohibido escribir nada, dice en estos términos:

«*Quid penna levius? Pulvis. Quid pulvere? Ventus.*  
«*Quid vento? Mulier. Quid muliere? Nihil.*»

Ignoro quién sea el autor de este dístico, ornado con una falta de cantidad, pero he aquí su traducción:

«¿Qué hay más ligero que una pluma? El polvo. ¿Y más que el polvo? El viento. ¿Y más que el viento? La mujer. ¿Y más que la mujer? Nada.»

El segundo dístico, también con la misma falta de



cantidad, y en versos leoninos, se lee en las guardas de un manuscrito de la Edad Media. Helo aquí:

«Corregir a una mujer es querer blanquear un ladrillo: cuanto más se la castiga, tanto más se aferra su amor.»

## X

Después de los escritores profanos, latinos o griegos, pudiéramos recorrer los Padres de la Iglesia que han escrito en uno u otro de esos idiomas. A su vez, en sus homilias o en sus tratados, nos suministrarían más de un rasgo satírico contra las mujeres.

Tertuliano, por ejemplo, reprende a las cristianas que por su coquetería se asemejan a las paganas. Les echa en cara que se tiñen los cabellos para parecer rubias como las muchachas de la Germania o de la Galla; que se pintan las mejillas con bermellón y los párpados con hollín. Las acusa expresamente de haber tenido comercio con el demonio y con los ángeles malos, quienes les han enseñado esos artificios: aparentemente quisieron, dice, recompensarlas por los favores que ellas les habían otorgado —*mercedes pro libidine!*

Los demonios —dice también en otra obra— han venido en busca de las mujeres: por muy demonios que sean, han sido favorablemente recibidos por ellas; no faltaba a la mujer más que esta ignominia, *ut hæc quoque ignominia femine accideret!*

Si no son más que metáforas, preciso es convenir en que son vivas.

San Cipriano, imitador de Tertuliano, no declama con menos elocuencia contra los artificios y la coquetería de las mujeres.

---

San Jerónimo es del parecer de Juvenal: que una mujer buena es un ave fabulosa, un fénix inhallable. Más adelante encontraremos algunas palabras de este Santo, citadas por Diderot.

---

Otro, ya no recuerdo quién, habla de cuervo blanco.

---

Así, sobre este asunto, la literatura sagrada viene a continuar en caso necesario la literatura profana: las citas de los Padres de la Iglesia, a través de las de griegos y latinos, vienen a enlazarse con las de la Biblia; pudiera multiplicar indefinidamente unas y otras, pero es necesario contenerse.

## XI

Entre los modernos, y en particular entre los franceses, las sátiras contra las mujeres, un poco menos ásperas en la forma, no dejan de ser quizá más rudas en el fondo. El eufemismo es más fuerte que la frase violenta y asesta mucho mejor la injuria.

---

Los viejos poemas en lengua romana nos proporcionarán ejemplos innumerables. Uno solo bastará, con el que ya he referido.

En la primera rama de la *Novela del Zorro*, atribuida a Pierre o Pierrot de Saint-Cloud, el poeta narra la creación del mundo. Creados el hombre y la mujer, Dios da a Adán un ramo con el cual éste golpea el mar: de él sale una oveja. Eva toma el ramo y a su vez golpea: sale un lobo, que coge a la oveja y se la lleva.

Cada vez que el hombre golpea sobre el mar, hace salir un animal útil, que no tarda en amansarse; la mujer no hace sino bestias salvajes. He aquí los versos:

«Adán tuvo la rama en la mano, hirió al mar delante de Eva; así que hirió al mar, salió fuera de él una oveja. Entonces dijo Adán: «Señora, tomad esta oveja y guardadla; nos dará leche y queso bastante, nos hará compañía.» Eva pensaba en su corazón que si también ella tuviese otra, más buena sería la compañía. En cuanto cogió el ramo, hirió con fuerza en el mar: salta de él un lobo, coge a la oveja y a gran aire y gran galope se va el lobo huyendo al bosque. Cuando Eva vió que ha perdido su oveja, se desconsuela, se desgañita y exclama: «¡Ah! ¡Ah!...»

Adán da otro golpe en el mar: hace salir un perro, que persigue y mata al lobo.

«Siempre que Adán hería al mar, salía de allí una bestia; retenía a esta bestia, cualquiera que fuese, y la amansaba. Las que Eva hizo salir no pudieron retenerse jamás. *Los animales evianos se hacían salvajes y los animales adamitas se amansaban.*»

La alegoría satírica es algo transparente para que sea útil comentarla: así, según este poeta, de la mujer no puede provenir nada bueno; y todo lo producido por ella participa de su natural indómito.

Recuerdo una leyenda oriental, dictada poco más o menos por el mismo espíritu. En el momento en que Dios crea a Adán y en que el alma entra en su cuerpo, Adán estornuda; Eva también. Del estornudo del hombre nace el león; del estornudo de la mujer nace el gato.

Con razón o sin ella, el león representa la fuerza y el valor, como el gato representa la astucia y la cobardía.

Uno de los dos poetas de la *Novela de la Rosa*, Juan de Meung, continuador de Guillermo de Lorris, maltrata mucho a las mujeres en este poema. Un día quisieron vengarse ellas, según refiere Brantôme, y jugar una mala partida a ese impertinente. Atrapáronlo para azotarlo, y dijo él: ¡Bueno, que comience la más p...! Ellas no se movieron; él huyó, más dichoso que Orfeo y que Pierre Vidal.

Pierre Vidal, de Tolosa, por haber pronunciado discursos injuriosos acerca de una dama, fue castigado por un caballero que le rajó la lengua. Acordóse, sin duda, de esta corrección al escribir su *Tratado del arte de contener la lengua*.

Las trovas satíricas de la Edad Media tienen por principal asunto las bellaquerías y liviandades de las mujeres y las de los clérigos.

En lo que atañe al primer punto, baste citar al acaso estos títulos:

*La mujer que da tres veces la vuelta a la iglesia.*

*Las canonesas y las bernardinias.*

*Los tres jorobados.*

*Fray Dionisio, franciscano, etc., etc.*

Y todo lo que la reina de Navarra y Buenaventura Desperriers y Bocaccio y La Fontaine y Voltaire sacaron de esa mina inagotable.

No ignoráis cómo definió su *Heptameron* aquella amable y gentil Margarita la hermana de Francisco I, la amiga de Clemente Marot. Dice:

«Es la colección de *todas* las suertes de habilidad jugadas por las mujeres a sus maridos y a sus amantes.»

Y, sin embargo, su secretario Bonaventure, espigando después de ella, añadirá otro buen número, y Brantôme una multitud infinita.

Lo que Brantôme llama *Vidas de las damas galantes*, que forman los tomos II y III de sus obras, no son sus biografías, sino rosarios de anécdotas extrañas. La erudición de este abate es de una especie singular: son las aventuras licenciosas de todos los tiempos y países. Nada hay más descarado ni más monótono; y, sin embargo, nada hay más abigarrado. Las citas del «venerable Panurgo» y de Juan de Meung, con las de Juvenal y de Suetonio, se entremezclan con historias tomadas de la Biblia o de los Padres, y siempre sobre el mismo asunto.

Diserta copiosamente acerca de cuál es el lugar del mundo donde hay más maridos engañados, —valiéndose de la expresión de la época—, y con este motivo pasa revista a las mujeres de todos los países: italianas, españolas, griegas, flamencas, suizas, alemanas, escocesas; por un instante parece que va a conferir a las francesas la palma de la galantería, pero se arrepiente y termina diciendo que «la castidad no habita en una región más que en otra».

Al final de ese capítulo, que ocupa un tomo, dice: «Hubiera podido alargarlo mil veces más de lo que lo he hecho, teniendo materia tan amplia y tan larga que, si todos los cornudos y las mujeres que los hacen se agarraran de las manos y formaran círculo, creo sería lo bastante grande para rodear y circuir la mitad de la tierra.»

Búrlase de la virtud de Lucrecia y de la continencia de Escipión.

Cuando Brantôme empieza por estas palabras — y varía muy poco sus fórmulas —: «He oído contar que una muy honesta y gran dama...», puede esperarse alguna cosa muy cargada de especias. La palabra *honest*a tiene para Brantôme un sentido particular.

Y no se crea que en esta palabra, ni en ninguna página de este libro, haya ni una sombra de ironía cualquiera. No; es la expresión ingenua de una corrupción que se ignora a sí misma. Ese gusto por lo licencioso había pasado de Italia a Francia con los Médicis. El loro de corte repite lo que ha oído siempre, sin juzgarlo, sin comprenderlo. No hay ni vestigio de sentido moral en él. No tiene conciencia ni de lo que dice ni de lo que hace, porque su vida es como su pluma, aventurera, loca, alborotada. Es de su tiempo, tiene las costumbres de éste, las refleja sencillamente, como el espejo de cuerpo entero de un camarín. Para ese ayuda de cámara de la Historia, toda ella está en los gabinetes y en las alcobas. De todos los países y de todos los tiempos, no descrema o no despuma sino las galanterías lúbricas. Tal es su gusto, tal es su instinto; tal es también la segunda naturaleza que le ha forjado el hábito, y la corte en la cual vive. Con todo y con eso, no se cree desvergonzado,

ni indecente, ni indiscreto; porque después de dos volúmenes rellenos de esas anécdotas con pimienta sobre las mujeres de todos los siglos, escribe, siempre con el mismo candor, un capítulo rotulado así:

*Discurso séptimo, sobre que nunca se debe hablar mal de las damas.*

Es verdad que por *hablar mal* sólo entiende que, cuando se haya obtenido de ellas algún favor, es necesario no nombrarlas nunca. A esto se reducen toda su moral, todo su pudor y todo su respeto.

Digo que Simónides de Amorgos, con sus gordas comparaciones brutales, no es tan insolente ni tan injurioso.

---

Los jurisconsultos franceses de la Edad Media abundan en singulares razonamientos acerca de la naturaleza de la mujer y sus imperfecciones. Dicen:

«No hay cosa más ligera de mover y girar que el corazón de una mujer.

»Una mujer, por su propia naturaleza, procura su propio daño.

»Las mujeres son muy avaras.

»Sus voluntades son muy repentinas.

»Las mujeres hacen siempre lo contrario de lo que se les manda.

»Las mujeres son tenidas por falsas, y según el Código civil, una mujer no puede admitirse como testigo en el testamento.»

---

Sabida es la pregunta de aquel magistrado que, en todo crimen, decía lo primero: *¿Dónde está la mujer?*

---

En el siglo xvi, Juan Bodin, en su libro acerca de las hechiceras titulado *La Demonomanía*, plantea estos dos puntos, entre otros:

«Que dos mujeres, como testigos, no valen más que un hombre.

»Que las mujeres, comúnmente, son más bien hechiceras y demoníacas que los hombres; añádase que Satanás, por medio de las mujeres, atrae a los maridos y a los hijos a su bando.»

---

Si sobre este particular tienen los jurisconsultos tanta severidad e injusticia, con mayor motivo los poetas y los filósofos.

Guillermo Coquillard tampoco dice nada bueno respecto a la virtud de las mujeres, ni en sus *Derechos nuevos*, serie de problemas picarescos, ni en el *Abogado de las Damas de París que van a las romerías*, ni en el *Monólogo del haz de heno* (que cuenta poco más o menos, me parece, lo que más tarde contó *El Sofá*, de Crébillon, hijo), ni en el *Pleito entre la simple y la astuta*. He aquí uno de los pasajes más decentes escapados a la pluma de ese alegre Champenois, que fue denominado *el autorcillo jocoso*. Es uno de los problemas de la colección *Derechos nuevos*.

«Cierta noche, un galante mancebo, al presentarse por la puerta excusada para ir a ver a su dulce amiga, no halló más que a la camarista. La camarista, que era bella, aprovechó bien la ocasión: tomó para sí aquel bien y eso salió ganando. Trátase de saber si debe sufrir castigo como ladrona y qué restitución debe hacer a su señora.»

Todo el libro se compone de una colección de pro-



blemas por el estilo, pero mucho menos castos todavía.

Tomás Libilet, en sus *Rimas de eco*, escribió estos cuatro versos:

«Responde, Eco, y aunque seas mujer.—¡Mujer!  
 »Di la verdad: ¿Quién hizo morder a la mujer?—¡Mujer!  
 »¿Qué es lo que más al mundo infama?—¡Dama!  
 »¿Qué es lo que más al hombre difama?—¡Dama!

De Francisco Villon conócense los *Pesares de la hermosa Heaumière*, llegada ya a la vejez, y su *Doctrina a las jóvenes de vida alegre...* Esto me dispensa de citarlos.

El poeta enumera en seguida aquellos a quienes las mujeres han hecho desgraciados, y acaba por este estribillo:

«¡Bienaventurado el que no tiene ninguna!»

Recuerda lo que él mismo tuvo que sufrir por cierta Catalina Vausselles, guarnicionera; y vuelve a su estribillo:

«Sean blancas, sean morenitas,  
 »¡Bienaventurado el que no tiene ninguna!»

Por otra parte, dice que se siente harto viejo y demasiado *carcamal* para aventurarse al amor.

En su *Gran Testamento*, su principal poema, lega a una abadía de mujeres, sita en Montmartre, un monasterio de hombres del monte Valérien.

¿No sería ésta la primera idea del famoso proyecto de Panurgo concerniente a las fortificaciones de París?

Cuando Enrique IV sitiaba esta ciudad, a la abadía

de Montmartre es adonde iba en busca de distracciones. Hasta concluyó por raptar a la abadesa.

Rabelais, todo entero, ¡cuántos párrafos y aun capítulos nos ofrecería, si tuviese la lengua un poco menos llena de «*diver purée septembrale*» y fuese posible citarlo!

¡Y Clemente Marot, en sus epigramas o en sus propósitos!

Y todo el teatro de la Edad Media, en sus maliciosas sátiras y sus farsas obscenas, dando vueltas de mil modos y continuando a las trovas picarescas (*fabliaux*). Bastará recordar estos títulos:

*Los hombres que hacen salar a sus mujeres, a causa de que son demasiado dulces.*

*La farsa de hacer y de decir.*

Etcétera, etc.

Sería el cuento de no acabar si se quisiera transcribir las pullas de todos esos alegres camaradas, ilustres o anónimos, que han hablado tan mal de las mujeres y les han perdonado tan poco, por haberlas amado mucho.

## XII

En cuanto a Montaigne, es otra cosa: es frío para ellas y desdeñoso como un romano. Cuando esos buenos Galos zurraban a sus mujeres, era señal de amor;

Montaigne ni siquiera las maltrata. ¡Ay! no; les concede elogios irónicos.

Dando diversos ejemplos de firmeza en el dolor, dice así:

«Refrámonos a las mujeres. ¿Quién no ha oído hablar en París de aquella que se hizo desollar, sólo por adquirir el tinte más fresco de otra nueva piel?»

Puede dudarse de que el medio fuese bueno. Y cabe la tentación de tomar la anécdota por una gasconada del señor de Montaigne. Por eso se apresura a colocar su veracidad al resguardo de una cita de Tíbulo, en quien quizá pescó este cuento. Dice el poeta latino:

«Las hay que tienen el valor de arrancarse las canas y de levantarse la piel del rostro para rehacerse otra nueva.»

«Vellere queis cura est albos a stirpe capillos  
Et faciem, dempta pelle, referre novam.»

Montaigne añade:

«¿Qué no podrán y qué temerán ellas, a poco que esperen alinear su belleza? A algunas he visto tragar arena o ceniza y hacer todo lo posible para echarse a perder el estómago, por adquirir palidez. Para formarse un cuerpo muy a la española, ¡qué tormentos del infierno no soportan, tiasas y ceñidas, con gruesas tablas en los costados! ¡hasta la carne viva, sí, algunas veces hasta morir de ello!»

Lo cual interpreta Coste de este modo: «Tablillas que, oprimiendo fuertemente los costados por medio de cinchos, hacían la carne insensible y tan dura como el cuerno o el callo que se forma en las manos de ciertos obreros; son los *corpiños* venidos de Italia y de España, a los cuales han reemplazado los corsés, menos bárbaros ya.»

Montaigne, en otra parte, afirmando que las mujeres tienen siempre propensión a contrariar a sus maridos y que aprovechan todos los pretextos para hacerlo, se expresa así:

«Las mujeres tienden siempre a no conformarse con el parecer de sus maridos; aprovechan a dos manos todas las ocasiones para contrariarlos. El viejo Catón decía: «tantos criados, otros tantos enemigos»; ved si, según la distancia de la pureza de su siglo al nuestro, no nos quiso advertir que esposa, hijos y criados son otros tantos enemigos nuestros.»

¡Véase, pues, a la mujer y al hijo puestos por el filósofo al mismo nivel que los criados y los esclavos!

De creer a ese escéptico, el pudor es coquetería:

«¿Por qué inventó Poppea enmascarar las bellezas de su rostro, sino por darles más precio para con sus amantes? ¿Por qué se han velado hasta por bajo de los talones esas bellezas que cada una desea mostrar y cada uno desea ver? ¿Por qué cubren con tantos obstáculos, unos encima de otros, las partes donde se alojan nuestro deseo y el suyo? ¿Para qué sirven esos robustos bastiones con que las maestras arman sus flancos, sino para incitar nuestro apetito y atraernos aparentando alejarnos?

*«Et fugit ad salices, sed se cupit ante videri (1).  
Interdum tunica duxit operta moram (2).»*

«¿Para qué sirven el arte de esa vergüenza virginal, esa frialdad aplomada, esa reserva severa, esa profe-

(1) «La pastora huye hacia los sauces, pero al huir, desea ser vista.» Virgilio, Egloga III.

(2) «Con frecuencia ha opuesto su túnica a mis impacientes deseos.» Propercio, Elegía XV.

sión de ignorancia de las cosas que ellas saben mejor que nosotros, quienes las instruimos en eso, sino para acrecentar en nosotros el deseo de vencer, golosear y forzar conforme a nuestro apetito todo ese ceremonial y esos obstáculos? Porque no sólo hay placer sino también gloria, en enloquecer y corromper esa muelle dulzura y ese pudor infantil, y en poner a merced de nuestro ardor una gravedad fría y magistral: es la gloria de triunfar de la modestia, de la castidad y de la temperancia. Y quien desaconseja a las damas estas buenas partes, les hace traición y a sí mismo: conviene creer que el corazón les tiembla de espanto, que el sonido de nuestras palabras hiere la pureza de sus oídos, que nos odian y que se rinden a nuestra importunidad con cara adusta. La belleza, por omnipotente que sea, no tiene por qué hacerse saborear sin esa tercería.»

---

En su capítulo *De la amistad*, pretende que las mujeres son incapaces de tal sentimiento; y que este sexo, «por común consenso de las escuelas antiguas, está excluido de él».

¡Al diablo las escuelas antiguas!

---

El autor de los *Ensayos* no manifiesta sino en un solo punto alguna justicia para con las mujeres, y es cuando hace ver con cuánta iniquidad pretenden los hombres exigir de ellas más de lo que saben observar ellos mismos. Acumula las historias más picarescas del mundo sobre las cosas de que unos y otras son o no son capaces.

Lo más notable de esto es que ese capítulo, el quinto del libro III, se intitula: *De los versos de Virgilio*.

## XIII

¡Ah, cuán otro humor que el de ese Montaigne, y de más feliz naturaleza y de más rico temperamento, es el de Régnier, el buen maturino! ¡No puede remediar su amor a todas las mujeres! ¿Le tomarán tirria si las satiriza a este propósito? Descubre en ellas cien defectos, y esa misma variedad le hechiza y le arrebatá:

«En esto se conoce que la naturaleza es sabia: en que, viendo los defectos de su obra femenina y que sin respeto sería menospreciada por los hombres, la animó de un espíritu vivo y disfrazado; con una sencilla inocencia dulcificó su cara, púsole en el seno la astucia y la falacia; en su boca la fe que se otorga a sus discursos, ¡con los cuales este sexo hace traición a los cielos y a los amores! Y según sea más o menos hermosa o fea, prudente supo también usar de un buen remedio, separando del espíritu la gracia y la belleza, que los echó a cada uno por diverso lado; temerosa de que uniéndolos tuviese alguna la ventaja, con un buen entendimiento, de tener un bello rostro. Desde entonces, la hermosa no lo apetece; y rara vez el talento se une con la belleza.»

En cuanto a él, ama a todas, lo mismo a las hermosas sin talento que a las talentudas sin belleza; de un modo o de otro siempre le trae cuenta. Y todos los hombres, dice, son así:

«... No hay hombre aquí abajo que esté exento del amor como no lo está de la muerte. De modo que sien-

do cosa tan natural, no es extraño que esa pasión me perturbe el cerebro, me envenene el espíritu y me hechice tan fuertemente, que creo que amaré hasta después de mi muerte.»

Satirizando a las mujeres, ¿puede celebrarse su poderío con más elocuencia y energía?

*La Macette*, del mismo poeta, tipo de la devota hipócrita que quiere corromper a una doncellita, le suelta estas horribles máximas:

«Esos viejos cuentos de honor con que se alimenta a las damas no son sino cebos para las almas débiles, que, sin elección razonable, tienen el cerebro obtuso. El honor es un santo viejo a quien ya no se le guarda fiesta. No sirve para nada, sino como una pequeña excusa y necia conversación para aquellos a quienes se divierte, o de honesta negativa cuando no se quiere amar. Es bueno en discursos para hacerse estimar; pero en el fondo es un abuso, sin exceptuar a nadie. La que tiene cordura se sabe vender cuando la necia se da.

»Hija mía, por ahí es por donde hay que buscar. Nuestros bienes, como nuestros males, están en poder de nosotras. Muchacha que sabe por dónde pisa, tiene estación oportuna: cada cual es obrero de su buena fortuna; sabiéndose conducir, la desgracia es reemplazada por la felicidad. Ayúdate y Dios te ayudará. ¡Cuántas, por haber puesto bajo llave el amor, han trocado su jerga por terciopelo y elevado a los más altos puestos a sus maridos! Hija mía, así se vive en París, lo mismo la viuda que la casada. Sólo es casta aquella a quien ninguno solicitó. En materia de amor,

todas calzan los mismos puntos. Juana, a la cual conoces y de la que nada se dice, que se hace con tanta dulzura la sencilla y la discreta, no tiene ni pizca de juicio, pero es muy reservada; inspira más respeto, pero no menos pasiones, y oculta sus amores bajo el manto de su discreción.»

«... En amores, la inocencia es un sabio misterio; con tal de que no sea una inocencia austera, sino que, con arte, dando vida y muerte, sepa fingir con dulzura que no lo sabe. Es preciso ayudar así a la belleza natural; de lo contrario, la inocencia es criminal virtud.»

En el antepenúltimo verso se encuentra uno de los pensamientos de Montaigne que acabo de citar, y otro de Ovidio en este verso: «Sólo es casta aquella a quien ninguno solicitó... *Casta est quam nemo rogavit...*»

#### XIV

Ariosto dice en alguna parte:

«¿Se quiere que tome yo mujer? Deseo hallar juntas juventud y belleza, buen ingenio, alma hermosa, delicadeza con sencillez, corazón sensible sin celos, vivacidad sin capricho, cordura, gracia y salud. En fin, para hacerla perfecta, unid a todas las virtudes todos los atractivos: ved la que yo deseo... Sin embargo, soy harto feliz al no encontrarla.»

---

M. J.-J. Weiss, en un bonito artículo del *Journal des Débats*, dice:



«Sabido es que uno de los temas favoritos de nuestra literatura antigua trata de las dificultades para decidirse a casarse. Todos nuestros lectores conocen los versos del bueno de La Fontaine:

»Que lo bueno sea siempre camarada de lo bello, y desde mañana busco mujer...»

»Todos conocen una famosa página de La Bruyère: «Si me caso con Hermas, una mujer avara», etc. Supongo menos conocida una conversación de Enrique IV con Sully, donde el mismo asunto se pone, digámoslo así, en acción, y el cual, después diré por qué, no puedo menos de recordar con alguna extensión, a propósito de *La Dama*, del Padre Caussin. Esta conversación está escondida en las fastidiosas *Memo-rias* de Sully, donde no se encuentra ni siquiera una de esas páginas apetitosas que llevan, digámoslo así, en cada palabra la firma del rey gascón. El rey Enrique, a la sazón en Bretaña, habiendo publicado pocos días antes el edicto de Nantes y en vísperas de firmar la paz de Vervins, piensa más en serio que nunca en divorciarse de Margarita y proporcionarse, a ser posible, otra esposa que consolide su obra de conquistador y pacificador, dándole un heredero. ¡Pero, cuidado! El bearnés no quiere casarse sólo por política, como lo hizo más tarde en una ocasión análoga otro fundador de dinastía. Apetece también, junto con la satisfacción de interés de Estado, algunas pequeñas dulzuras domésticas. Llama al fiel Sully (el cual, sin embargo, no había encontrado nada bueno para sí mismo), con el fin de consultarle sobre este espinoso asunto: la elección de una mujer. He aquí, ante todo, cómo entra en materia y cómo abre esta solemne y regocijada deliberación, obra de pura naturaleza y junto

a la cual la página poco antes citada de La Bruyère, a pesar del acabado arte del escritor, produce un tanto el efecto del soneto a Filis comparado con la vieja canción de Alcestes:

»Paréceme, dijo el rey, que para el cumplimiento de mis propósitos no falta ya sino ver si habrá modo de encontrarme otra mujer tan bien acondicionada que no vaya yo a arrojarme en la mayor de las desventuras de esta vida, y que según mi parecer consiste en tener mujer fea, mala y déspota, en lugar del bienestar, descanso y contento que me había propuesto lograr en este trance. Si se obtuviesen mujeres a medida del deseo, con el fin de no arrepentirme nunca de un trato tan expuesto, tendría yo una que entre otras buenas cualidades tuviese siete condiciones principales, a saber: belleza en la persona, pudicia en la vida, complacencia en el humor, habilidad en el ingenio, fecundidad en generación, eminencia en extracción y grandes Estados en posesión. Pero, créome, amigo mío, *que esta mujer ha muerto, y aun acaso no ha nacido todavía ni está pronta a nacer...*»

«Se ve que esto comienza bien. Habiendo planteado el rey su programa, pasa revista a todas las princesas de su tiempo y a todas las doncellas ilustres de su reino, dispuesto a contentarse con la que se aproxime más al retrato exigido, o que sólo realice con excelencia una de las siete condiciones, sobre todo la de ser complaciente. Hay, en primer término, la infanta de España. «Os diré que la infanta de España, por vieja y fea que pueda ser, me acomodaría con tal de casarme no sólo con ella sino también con los Países Bajos.» Por desgracia, el rey corría el riesgo de obtener la infanta sin Flandes ni el Brabante. También se le

ha hablado de ciertas princesas de Alemania, «de las cuales no ha retenido el nombre» y que aportarían una buena dote, con un carácter dulce y hermosos ojos azules. «Pero (replica el rey) las mujeres de esa región no me agradan de ninguna manera, y si me casase con una de ellas pensaría hallarme en el deber de tener siempre un lote de vino junto a mí; aparte de que he oído decir que hubo un día en Francia una reina de esa nación y pensó arruinarla, de modo que todo esto me disgusta de ellas.» Las hermanas del príncipe Mauricio, a pesar de «cierta cosilla» que Enrique no quiere decir, serían muy aceptables, y también la señorita de Maine, «por negra que sea», y la prima Rohan, y la prima Conti; «las cuales son formales y bien mantenidas»: éstas no disgustan como las alemanas. Sin embargo, quiere la mala suerte que una sea «hija de monja», lo cual indispondría con Roma, y otra «hugonote», lo cual pondría a malas con los católicos; ésta «demasiado jovenzuela» para sus barbas grises, aquélla de sobrada edad para un hombre todavía verde. Y luego, exclama interrumpiendo de pronto esa escabrosa revista, «aun cuando me gustasen todas, a lo poco que se me alcanza, ¿quién me aseguraría encontrar la principal condición que deseo y sin la cual no quisiera esposa, a saber: que serán de un humor dulce y complaciente...? Sin embargo, hay una señorita de su casa, bella y buena moza, «que le agrada por completo, y es su sobrina la de Guisa», no obstante los rumorillos que las malas lenguas hacen correr de que le gustan tanto los pollos empapelados como en fritada; porque por su humor, advierte volviendo a la condición que más le interesa, «aparte de que creo muy falso lo que se ha dicho más arriba, pre-

feriría una mujer que hiciese un poco el amor a una que tuviese mala cabeza; de lo cual no es sospechosa, antes por el contrario tiene humor muy dulce y es de agradable y complaciente conversación...»

Después de esta bonita declaración de principios, creeríase que se va a resignar con la señorita de Guisa. ¡Ni por pienso! Resuelve que tanto se casará con la de Guisa como con las otras, ya porque le asuste ese nombre de Guisa, ya más bien porque no sea desprecupado sino de palabra y tenga más miedo del que quiere confesar a los pollos empapelados. En esto salta Sully y le replica así:

«¡Cómo, señor! ¿Qué tenéis a bien entender con tantas afirmativas y negativas, de las cuales no podría yo deducir sino que deseáis mucho casaros, pero que no halláis en la tierra mujeres adecuadas para vos? De tal modo que, para esto, sería preciso implorar el auxilio del cielo a fin de que hiciera rejuvenecerse a la reina de Inglaterra y resucitar a las que han muerto. Pero, dejando aparte todas estas imposibilidades e imaginaciones vanas, veamos un poco lo que ha de hacerse; porque es necesario de toda necesidad que seáis pronto descasado y en seguida vuelto a casar con alguna de las que habéis dicho; a no ser que preferáis hacer una cosa que se me ocurre, si fuese yo capaz de daros consejos en cosa sujeta a tantos y tan diversos accidentes (y sería un consejo para haceros reir), como es el de hacer publicar por vuestro reino que todos los padres, madres, o tutores que tengan hijas bellas y de buena estatura, de más de diez y siete a veinticinco años, las trajesen a París para que de entre ellas eligieseis por esposa a la que os agradase; o vistas todas y consideradas, luego de conversar con ellas, como

hubiese varias de igual gusto para vos, hacerlas estar en un aposento aparte, a cargo de algunas ancianas y prudentes damas de toda vuestra confianza, a fin de observarlas en todas sus palabras y acciones, conocer su humor y complexión, su salud, sus bellezas ocultas y otras particularidades necesarias para evitar que no os encontrarais luego con alguna sorpresa desagradable...»

«¡Cuánto tragín, y para escoger mal! Por lo demás, parece que en este asunto de las mujeres y del matrimonio los ingenios maliciosos se encuentran. El cuadro en el cual encerró el Padre Caussin su tratado de *La Dama* está enteramente indicado de antemano por la conversación entre Enrique IV y Sully. Por eso, nuestros lectores tendrán a bien perdonarnos nuestra digresión en este punto.»

«Según la fábula imaginada por el Padre Caussin, Eufrosina, emperatriz de Constantinopla, queriendo casar a su amadísimo hijo Teófilo, convoca en un salón de su palacio a las más hermosas doncellas del imperio, de entre las cuales exhorta a Teófilo a que elija. Antes de que éste tome su partido, ella le quiere explicar con cuidado todas las especies de mujeres que le es preciso evitar. La emperatriz Eufrosina no distingue menos de diez órdenes de mujeres, de las cuales sólo uno ha recibido como patrimonio la virtud y la cordura (1). Y aquí, a propósito de los nueve modos que tienen de hacerse inaguantables las mujeres, comienza una revista de los defectos peculiares del sexo, que vale por lo menos tanto como la de Enri-

---

(1) Esto hace recordar a Simónides de Amorgos. Véase más atrás.

que IV. Es más que una revista, es un ensayo de clasificación metódica y sabia. Ya se comprende que en esta *fisiología* de la mujer, como hoy diríamos, hay partes superficiales; que hay algunas muy arbitrarias, donde el capricho y la necesidad de chinguearse desempeñan más tarea que el gusto riguroso por la verdad; por último, que hay otras en que la severidad del sacerdote, cuando el Padre Caussin se digna recordar que lo es, carga un poco la mano a los colores del cuadro. Pero, ¿quién no reconocería al paso en la enumeración del Padre Caussin «a las mujeres que tienen la arteria del zorro y las trampas del cazador para sorprender a los incautos», como aquella Madama Lecoutellier, cuya viviente fisonomía trasladó Emilio Augier al teatro? ¿Quién no está pronto, con nuestro viejo autor, a acordarse de «aquellas que se dice estar compuestas de cierta mezcla de polvos muy diversos que les comunican humores ligeros, extravagantes, fantásticos? Sufre una infinidad de metamorfosis en un día, y no se sabe en qué molde se les pudiera echar para que adquiriesen consistencia. Notaréis *un espíritu hecho en cuello de paloma*, que siempre está de cambio, que no cesa de ir saltando de deseo en deseo, como un ave de rama en rama; un espíritu que quiere y no quiere, que dice y se desdice, que hace y deshace, cuyos pensamientos se entrechocan de continuo. ¿Quién no ha tropezado con alguna de esas que tienen algo de la naturaleza de los animales más vanidosos, como pavos reales o monitas a quienes se atiborra de golosinas?... ¿Quién no admiraría la exactitud de ciertos rasgos con que el Padre Caussin trata de pintar el cuarto orden, las que son de un natural lánguido? Viven en el mundo como criaturas superfluas y casi no

saben del bien ni del mal; para todo lo que las rodea tienen *un corazón de avestruz* (¡qué bonita y verdadera es esta frase!); en fin, les cuesta mucho trabajo soportarse a sí mismas, ¡tan inútiles y aburridas son en la vida civil!... «Pasemos por ello. El avestruz, la paloma, el pavo real, aún son términos de comparación presentables. El Padre Caussin no se contenta con eso; para figurar su pensamiento, recurre a veces a animales de especies menos lisonjeras, tales como las lechuzas, los monos y la gente que ladra, riñe y muerde.» Júzguese si el príncipe Teófilo debe de estar perplejo, mientras la emperatriz Eudoxia despliega así su solicitud maternal a expensas de las hermosas de una y otra margen del Bósforo. Pues bien, en resumen, los apuros del príncipe Teófilo encuentran pronto un término feliz. Apenas entra en la sala de la *Perla*, donde están reunidas las más exquisitas jóvenes del imperio, Teófilo descubre hasta tres codiciables. Está pronto a elegir a Icesia, la maravilla de la capital, cuando de repente cambia de parecer. El impertinente juzga que las mujeres educadas en Constantinopla están formadas con demasiado esmero; sospecha que están muy versadas en la lectura de las novelas griegas u otras; tienen el ingenio sobrado sutil «para el humor de él». Tanto lo piensa, que al fin se decide por la bella y sencilla Teodora, llegada la víspera de su provincia de Paflagonia, que es el Cantal, la Creuse, el Finistère y el bajo Poitou de aquel país. Entre tantos defectos posibles, ¿a ver si adivináis cuál es el que más ofusca al Padre Caussin y que, según él, más comúnmente se presenta hasta en mujeres perfectas en todo lo demás? O si se quiere, ¿cuál es la cualidad que él más desea en una esposa y que menos se encuentra?

Un carácter flexible y complaciente, ¡precisamente «la principal condición» sin la que Enrique IV no hubiera querido mujer de ningún modo! También es preciso decir, para no pronunciar una condena universal e injusta, que, a creer a personas que han viajado por países muy remotos, hay lugares donde la obstinación conoce temperamentos. Acontece entre los sármatas y entre los anglo-bretones (*toto divisos orbe Britannos*) que se ven mujeres encantadoras ceder con agrado en un debate doméstico, en una disputa íntima. Por desgracia el Padre Caussin sólo tenía a la vista mujeres del país donde florece el *bon plaisir* (1), cosa francesa y nombre francés; y preciso es suponer que había oído contar tremendos ejemplos de su imperturbable fijeza en una cosa dicha y sentida una vez. Sobre este particular, está lleno de aforismos convencidos. «La terquedad de las mujeres», dice en su lenguaje sin miramientos, «es un caballo fuerte de boca, feroz, indómito; y no me asombra, si ha sido formada de un hueso, que a menudo tenga la cabeza tan dura, lo cual acarrea infinidad de trastornos en casa.» Y en otra parte: «Una cosa tienen muy constante, en un flujo y reflujo tan grande de inconstancias, y es el aferrarse tenazmente a sus propias opiniones y *no ceder más ante las razones que las rocas lo hacen a las olas.*» Y añade con una seriedad que no tiene nada de exageración, aun cuando a muchas mujeres les parezca que aquí se trata de un defecto inocentísimo: «Es uno de los mayores vicios que caben en la mujer, como semillero de todos los desórdenes que nacen en las casas.»

(1) Lo dejo sin traducir, porque nosotros decimos *la real gana*, cosa española y nombre español. Por donde se ve que... en todas partes cuecen habas.—(L. M.)



«Somos de su parecer en este punto y en algunos otros. Hay mucha verdad en todo lo que el Padre Causin dice de malicioso y de grave. Mas para concluir por fin este discurso en demasía largo,—dice M. Weis al terminar—, aun cuando todo eso fuese mil veces más verdadero, no impide que entre las cosas excelentes de este mundo aún sea la mejor un buen corazoncito de mujer. Lector que me lees en el bulevar de los Italianos, en el momento de ir a un salón de moda, haz como el príncipe Teófilo: busca en Paflagonia. Todavía existen Paflagonias en Francia; lo mismo acontece, según se dice, hasta en ciertos lugares lejos de París.»

---

Saint-Evremond hizo un retrato ideal de *La mujer que no se encuentra nunca*.

---

En la encantadora comedia de Corneille, *Cliton*, el criado del Mentiroso, le dice:

«Señor, cuando una mujer tiene el don de callarse, disfruta de cualidades superiores al vulgo; es un esfuerzo del cielo, que cuesta mucho trabajo hallar. Sin un pequeño milagro no puede terminarse, y la naturaleza sufre suma violencia cuando hace alguna con humor de guardar silencio. En cuanto a mí, el amor nunca inquieta mis noches; y cuando el corazón me habla de ello, lo tomo donde puedo. Pero, naturalmente, mujer que pueda callarse ejerce sobre mí tal poderío y tiene tal derecho de agrardarme, que aun cuando ella tuviese todo el cuerpo pergeñado como un verdadero pelele, con gusto le otorgaría el premio de la belleza. De seguro que Lucrecia se llama: buscad otro nombre para el objeto que os hiere; ese no es el

suyo; la que no ha dicho palabra, señor, es la más hermosa o yo no soy más que un necio.»

Asimismo, Sganarelle, en *El médico por fuerza*:

«¡Eh! ¿Quién es ese estúpido que no quiere que su mujer sea muda? ¡Pluguiese a Dios que la mía tuviese esa enfermedad! ¡Me guardaría muy bien de pretender curarla!»

En Fenelon el sabio Mentor termina y corona con este rasgo el elogio de Antiope, futura mujer de Telémaco:

«Apenas la hemos oído hablar.»

Los que tengan tiempo podrán divertirse en comparar este boceto de Antiope, en el *Telémaco*, fin del libro XXII, con la Sofía de Juan Jacobo, en el *Emilio*, libro V. Cada uno de estos autores quiso trazar la imagen de una desposada ideal; pero la diferencia de carácter de cada una de ellas estalla en la de los dos retratos.

## XV

El poeta Malherbe, adversario de Rénier en todo lo demás, sólo está de acuerdo con él en lo que atañe a las mujeres:

«No hay más que dos cosas bellas en el mundo (escribe), las mujeres y las rosas; y no hay más que dos buenos bocados, las mujeres y los melones.»

De seguro, esto no es hablar mal de las mujeres. Pero ¡singular manera de hablar bien de ellas! ¿Hay muchas mujeres a quienes les satisfaga ese modo de alabarlas?

Pase aún la primera comparación, las rosas. ¡Pero la segunda, los melones! Ese gran poeta normando es muy materialista.

Por lo demás, no hacía sino repetir a los griegos. Cuéntase que los sabios de Grecia, reunidos en casa de Periandro, tirano de Corinto, después de haber agitado varias cuestiones de política y de moral, llegaron a conversaciones menos serias: hablóse de las mujeres y todos convinieron en que no veían en el mundo más que dos cosas bellas, las mujeres y las rosas; y dos buenas, las mujeres y el vino.

## XVI

Uno de los más lindos sonetos de la lengua francesa es éste, dirigido por Sarasin, a su amigo M. de Charleval:

«Cuando Adán vió aquella joven belleza hecha para él por una mano inmortal, la amó mucho; ella, por su parte (de lo cual pagamos las consecuencias) no le fue arisca.»

«Querido Charleval, entonces en verdad, creo que hubo una mujer fiel. Pero ¿cómo no había de serlo? ¡No tenía más que un hombre junto a sí!

»Pues bien; en esto nos engañamos ambos; pues aun-

que Adán era joven y vigoroso, de buen cuerpo y agradable ingenio,

«Ella prefirió, para que esto se cuente, prestar oído a los requiebros del diablo, más bien que ser mujer y no coquetear.»

Esté Sarasin es contemporáneo de Richelieu y a quien Scarron dirigió la epístola burlesca:

«Sarasin, vecino mío, etc.»

Nunca se ha escrito contra las mujeres nada más gracioso ni hecho con mayor elegancia que ese soneto, armado de dos puntas en vez de una.

## XVII

Un librito latino, impreso en 1641, prueba por medio de las Escrituras «que las mujeres no son hombres; que, por consiguiente, Cristo no murió por ellas y que no pueden salvarse: *Mulieres scilicet non esse homines, Christum ergo pro iis non esse passum, nec eas salvari.*»

Es un pequeño libelo irónico acerca de la manera cómo algunas sectas religiosas interpretaban las Escrituras.

Va seguido de una refutación, igualmente en latín, por Simón Gedic, doctor en teología; el cual, según todas las apariencias, es el autor de uno y otro trabajo.

Otro teólogo del siglo xvii, predicador de los reyes Enrique IV y Luis XIII, empleó un sermón entero en comparar punto por punto la mujer y el diablo.

## XVIII

En Molière, la sátira de las mujeres —¡y la de los hombres también!— se encuentra a cada página. Como Aristófanes, consagró a la pintura de los caprichos, ridiculeces y pecados femeninos varias comedias enteras: *El despecho amoroso*, *Las preciosas*, *La escuela de los maridos*, *La escuela de las mujeres*, *La crítica de la escuela de las mujeres*, *Las mujeres sabias*, sin hablar de los caracteres y retratos puestos en sus otras obras, como la coqueta Célimène y la hipócrita Arsinoé en *El misántropo*, y otros más, acá y allá.

El razonamiento que Gros-René dirige a su amo, en el cuarto acto del *Despecho amoroso*, es casi tan sublime como el de Sganarelle a D. Juan, en forma de sorites:

GROS-RENÉ

«¡Es preciso enseñar a vivir a este sexo veleidoso, y dejarle comprender que tenemos valor! Quien soporta sus desprecios es que tiene gana de recibirlos. Si tuviéramos ánimo para hacernos de valer, las mujeres no serían tan altaneras de lenguaje. ¡Oh, son muy orgullosas con nosotros por culpa nuestra! Que me ahorquen si no las veríamos saltar a nuestro cuello más de lo que quisiéramos, sin todos esos viles deberes con que la mayor parte de los hombres las echan a perder todos los días en el siglo en que estamos.»

Reconoceréis en esto una de las ideas de Ovidio, que antes hemos citado. —Erasto, enamorado de Lucila y despechado contra ella, quisiera aprender *el arte de desamar*.

## ERASTO

«En cuanto a mí, un desprecio me sorprende más que nada; y para castigar el suyo con otro tan grande, quiero encender en mi corazón otra nueva llama.

## GROS-RENÉ

»Pues yo no quiero preocuparme ya por ninguna mujer. A todas renuncio, y creo de buena fe que debierais hacer lo mismo que yo. Porque ved, señor mío, la mujer es, como suele decirse, una especie de animal difícil de conocer y que por naturaleza está muy propenso a lo malo. Y como un animal siempre es un animal y no será nunca más que un animal, aunque durase su vida cien mil años, por eso, sin contradicción, la mujer siempre es mujer y nunca será más que mujer, mientras dure entero el mundo. De donde proviene que cierto griego dijo que su cabeza pasa por un arenal movedizo. Porque saboread bien, por favor, este razonamiento, el cual es de los más fuertes: así como la cabeza es como el jefe del cuerpo, y el cuerpo sin jefe es peor que una bestia, si el jefe no está muy de acuerdo con la cabeza y todo no está bien reglado por el compás, vemos sobrevenir ciertos apuros. Entonces la parte bruta quiere adquirir imperio sobre la sensitiva; y se ve que uno tira a la izquierda y otro a la derecha, uno pide blando y otro duro, en fin que todo va sin saber adónde; para demostrar que aquí abajo, según suele interpretarse, la cabeza de una mujer es

como una veleta en lo alto de la casa, que gira al primer viento que sople. Por eso el primo Aristóteles a menudo la compara con el mar; de ahí viene que se diga que en el mundo nada puede hallarse tan estable como la onda. Pues bien, por comparación — porque la comparación, nos hace comprender una razón distintamente, y a nosotros las personas de estudios nos gusta mucho más una comparación que una similitud—, por comparación, pues, señor mío, si le place, es como se ve que el mar, cuando la tempestad se acrecienta, llega a irritarse, el viento sopla y causa estragos, las olas contra las olas producen un horrible zafarrancho, y el barco, a pesar del piloto, va tan pronto a la cueva y tan pronto al granero. Así, cuando una mujer tiene caprichosa la cabeza, se ve una tempestad en forma de borrasca, que quiere... *competenciar* con ciertos dichos; y cuando un... cierto viento, que por... ciertas olas, de... cierta manera, así como un banco de arena... cuando... ¡En fin, las mujeres no valen un demonio!

ERASTO

»Eso es razonar muy bien.

GROS-RENÉ

»¡Bastante bien a Dios gracias!»

Arnolfo sería de buena gana del mismo parecer que Gros-René, estando tan herido como Erasto, y eso que no es tan joven como él. ¡Bien conoce las artimañas de las mujeres, él que se va a dejar engañar por una Inés! Oid lo que dice a su amigo Crisaldo:

«Una hembra astuta hizo a su fiel esposo una falsa

confidencia de su galán; duerme aquél tranquilo con semejante encanto y se conduce de ese galán, por los cuidados que él no pierde. La otra, para purgarse de su magnificencia, dice que gana al juego el dinero que gasta; y el bendito marido, sin sospechar en qué juego, da gracias a Dios por las ganancias que aquélla obtiene. En fin, por todas partes hay asuntos de sátira.»

Pero Inés, sin embargo, triunfa de ese tutor desconfiado y astuto. Y el pobre hombre, desesperado, exclama:

«¡Cosa extraña el amar, y que por esas traidoras estén sujetos los hombres a tales debilidades! Todo el mundo conoce las imperfecciones de ellas, no son más que extravagancia e indiscreción; su espíritu es malvado, y su alma es frágil; no hay nada más débil y más imbécil, ¡nada más infiel! Y, a pesar de todo eso, en el mundo se hace todo por esos animales.»

Molière mismo es quien habla aquí por boca de Arnolfo; también es él quien habla por boca de Alceste, para maldecir a la coqueta Célimène y echarla en cara todos sus defectos.

Acerca de ello, Elianto dice estos lindos versos, único resto de la traducción que, según cuentan, había intentado Molière del gran poeta latino Lucrecio:

«Comúnmente el amor está poco hecho a esas leyes, y se ve a los amantes jactarse siempre de su elección respectiva. Su pasión jamás ve allí nada digno de vituperio, y en el objeto amado todo llega a ser amable; cuentan los defectos por perfecciones y saben darles



nombres favorables: la pálida es comparada con los jazmines por su blancura; la negra hasta dar miedo resulta una morena digna de adoración; la flaca tiene estatura y esbeltez; la gorda es de un porte lleno de majestad; a la sucia y con pocos atractivos se le llama una belleza descuidada; la gigante parece a los ojos una diosa; la enana un compendio de las maravillas celestes; la orgullosa tiene el corazón digno de una corona; la trapacera tiene ingenio; la necia es muy buena; la parlanchina tiene agradable humor, y la muda guarda un pudor honesto. Así, un amante en extremo ardoroso ama hasta los defectos de las personas a quienes ama.»

Ovidio, y después Lucrecio, había presentado la misma idea en el *Arte de amar* y la idea contraria en el *Arte de desamar*. Ya vimos más arriba este último pasaje.

## XIX

Madama de Sevigné escribía a su hija:

«Hablando en general, las mujeres son muy agradables; y M. de La Rochefoucauld ha conocido bien su fondo.»

¡Bueno! Pues oigamos lo que dice La Rochefoucauld:

«La honradez de las mujeres, con frecuencia, es el amor a su reputación y a su reposo.»

«La vanidad, la vergüenza y sobre todo el temperamento, constituyen a menudo el valor de los hombres y la virtud de las mujeres.»

«El talento de la mayoría de las mujeres sirve más para reforzar su locura que su razón.»

«No puede haber regla en la mente ni en el corazón de las mujeres, si el temperamento no está de acuerdo con ella.»

«Hay pocas mujeres honradas que no estén aburridas de serlo.»

«La mayor parte de las mujeres honradas son tesoros ocultos: sólo están seguras porque no se les busca.»

«No hay mujer cuyo mérito dure más que su belleza.»

«La severidad de las mujeres es una compostura y un afeitado que añaden a su belleza. Es un atractivo fino, delicado, y un remilgo disfrazado.»

---

Este último pensamiento ¿no es como el resumen del de Montaigne que citamos más arriba?

## XX

Madama de Longueville, la amiga de La Rochefoucauld, aburríase soberanamente en Normandía, donde estaba su marido. Los que la rodeaban le dijeron:

«Dios mío, señora, el tedio la devora. ¿No quiere usted alguna diversión? Hay perros y magníficos bosques. ¿Querría usted cazar?»

- » —No, dijo ella, no me gusta la caza.  
 » —¿Querría usted labor?  
 » —No, no me gusta la labor.  
 » —¿Querría usted pasearse o jugar a algún juego?  
 » —No, no me gusta ni lo uno ni lo otro.  
 » —Entonces, ¿qué querría usted?  
 » —¿Qué quiere usted que le diga? No me gustan los placeres inocentes.»

## XXI

Bussy-Rabutin, en su *Historia amorosa de las Galias*, no decía nada bueno de las mujeres francesas.

La Fontaine, en sus *Cuentos* y hasta en sus *Fábulas* no dice nada bueno de las mujeres de ningún país. Citemos solamente la fábula que tiene por título:

## LA MUJER AHOGADA

«Yo no soy de los que dicen: No es nada, una mujer que se ahoga. Yo digo que es mucho; y este sexo bien merece que nos condolamos de él, puesto que es nuestra alegría.»

«Lo que acabo de decir no está fuera de razón, puesto que en esta fábula se trata de una mujer que por accidente había terminado sus días en las aguas. Su esposo buscaba el cadáver para rendirle los honores de la sepultura. Aconteció que por las orillas del río, autor de su desgracia, paseábanse personas que ignora-

ban el accidente. Preguntándoles ese marido si no habían visto ninguna huella de su mujer: «Ninguna, respondió uno de los paseantes; pero buscadla más abajo, seguid el curso del río.» Otro replicó: «No, no lo sigáis, volved más bien pies atrás; sea cual fuere la pendiente y la inclinación con que el agua en su curso se la lleve, el espíritu de contradicción habrá hecho que flote río arriba.»

«Ese hombre se burlaba con bastante inoportunidad. En cuanto al carácter contradictorio, yo no sé si tenía razón. Pero sea o no sea ese carácter el defecto del sexo y su tendencia, quien con él haya nacido con él morirá de seguro, y contradirá hasta el fin, y si puede hasta más allá.»

Sabido es que La Fontaine tenía por amiga a Madame de La Sablière. Un magistrado, pariente de esa dama, decíala en tono serio: «¡Cómo, señora! ¿Siempre amor y amantes? ¡Las bestias no tienen más que una estación! —Es verdad, señor (dijo ella), pero son bestias.»

La señorita de Scudery:

«Nada es más propio para aumentar una inclinación naciente en el corazón de la mayoría de las mujeres— como saber que aquellos a quienes aman son amados.»

¿Hay que deducir de eso que las mujeres, lo mismo que los hombres, suelen tener más amor propio que amor?

Hamilton, ese incisivo autor de las *Memorias del conde de Grammont*, escribe en alguna parte un pensamiento cuyo simple desarrollo pudiera fácilmente dar materia a toda una novela:

«En amor, dice, nada es tan común en una mujer como no consentir que otra se aproveche de lo que ella misma rechaza.»

La señorita de Lespinasse:

«La mayor parte de las mujeres no sienten necesidad de ser amadas, sólo quieren ser preferidas.»

Mariana, la heroína de la novela de Marivaux:

«Yo había renunciado a él, pero no me conformaba con que él renunciase a mí. ¡Qué extrañeza de sentimientos!»

M. Ernèsto Renan:

«La mujer no ama como el hombre: todo afecto es en ella exclusivo y celoso; no admite una diversidad de naturaleza entre los diferentes amores.»

Ninon de Lenclos, que contó entre sus amantes al gran Condé, el duque de La Rochefoucauld, el mariscal de Estrées, el marqués de Sevigné, Villarceaux, La Châtre, —a quien hizo tan buena jugarreta—, y entre sus amigas a las señoras de Maintenon, de La Sablière, de La Ferté y de La Fayette, escribió, entre otros pensamientos acerca de las mujeres, estos dos:

«No siempre es necesario que medie el amor, para hacer que una mujer se rinda: hay desdichados instantes en que la más virtuosa es la más débil. La razón

de esta cosa extraña consiste en que la naturaleza vela sin cesar y tiende siempre a sus fines. La necesidad de amar, en una mujer, forma parte de sí misma; su virtud no es más que una pieza añadida.»

«Lo malo que las gazmoñas dicen del amor, la resistencia que le oponen, el poco gusto que afectan por sus placeres, el miedo que le tienen, todo esto es amor: es ocuparse en él, es rendirle pleitesía a su modo. Sabe tomar en ellas mil formas diferentes; como el orgullo, vive de su propia derrota.»

## XXII

La Bruyère:

«Todo el mundo conoce ese largo malecón que limita y estrecha el cauce del Sena, hacia la parte por donde entra en París junto con el Marne que acaba de recibir: los hombres se bañan a su pie, durante los ardores de la canícula; se les ve de muy cerca tirarse al agua, se les ve salir de ella; es una diversión. Antes de llegar aquella estación, todavía no se pasean por allí las mujeres; y cuando ha pasado, ya no se pasean por ese sitio.»

«En esos lugares de general concurrencia, donde las mujeres se reúnen para lucir unas lindas telas y para recoger el fruto de sus cuidados de tocador, no se pasea en compañía por la necesidad de conversación, sino para tranquilizarse en el escenario, familiarizarse con el público y hacerse firme contra la crítica: de eso es

precisamente de lo que se trata sin decir nada; o más bien, se habla para los transeuntes, para los mismos en cuyo favor se alza la voz, se gesticula y se juguetea, se inclina con languidez la cabeza, se pasa y se vuelve a pasar.»

La Bruyère, aparte de estos pasajes, escribió un capítulo entero acerca *De las mujeres*, del cual doy aquí algunos pensamientos sueltos:

«Las mujeres son extremadas: son mejores o peores que los hombres.»

«La mayoría de las mujeres carecen de principios fijos: se conducen por el corazón y dependen, por sus costumbres, de aquellos a quienes aman.»

«Los hombres son causa de que las mujeres no se amen.»

«Las mujeres se curan de su pereza por la vanidad o por el amor.»

«La mujer que tiene un galán cree no ser coqueta; la que tiene varios amantes cree no ser más que coqueta.»

### XXIII

Todo esto no es muy favorable, pero sólo ataca a las mujeres indirectamente.

La décima sátira de Boileau las ataca de un modo más directo en setecientos treinta y ocho versos. La de Juvenal, de la que está imitada, sólo tenía seiscientos sesenta y uno.

El satírico francés hace preceder a su obra una *advertencia* un poco irónica, cuyo final dice así:

«El bien parecer quisiera, en mi sentir, que yo presentase algunas excusas al bello sexo respecto a la libertad que me he tomado de pintar sus vicios. Pero, en el fondo, todas las pinturas que hago en mi sátira son tan generales que, muy lejos de temer que ofendan a las mujeres, en su aprobación y en su curiosidad fundo la mayor esperanza de buen éxito para mi obra. Por lo menos hay una cosa de la cual estoy seguro de que me alabarán, y es el haber hallado, en una materia tan delicada como la que trato aquí, el medio de no dejar escapar ni una sola palabra que pueda ofender lo más mínimo al pudor.

«Espero, pues, conseguir fácilmente mi indulto, y que las predicaciones que hago contra sus defectos en esta sátira no les escocerán más que las sátiras que los predicadores endilgan todos los días en el púlpito contra esos mismos defectos.»

Sin tomar al pie de la letra este paralelo entre los predicadores y los satíricos, con motivo de esas últimas palabras haré notar que para extraer del asunto todo lo que contiene hubiera podido citar, paralelamente con los literatos, a los predicadores de la Edad Media y de los tiempos modernos, que hubieran continuado a los de los primeros siglos del cristianismo, de los cuales ya cité algunos. También pudiera en la época a que hemos llegado añadir extractos de Bossuet, Bourdaloue y Massillon a los de Régnier, Boileau y Molière: este comentario de los oradores sagrados por los poetas satíricos y cómicos y viceversa, ofrecería sin duda algo picante, pero nos llevaría demasiado lejos.



El cuadro de la *Sátira de las mujeres* en Despréaux es el mismo que en Juvenal:

«En fin, limitando el curso de tus galanterías, Alcippe, es cierto que dentro de poco te casas: respecto, a dinero, es decirlo todo, ya se está de acuerdo; tu futuro suegro vaciará el arca...»

Pero la pintura del poeta francés dista mucho de ser tan vigorosa y tan colorista como la del poeta latino. A decir verdad, también el modelo del uno no era el del otro; y el siglo de Luis XIV, sin ser muy severo de costumbres, no se parecía en absoluto a la era de los Césares.

La mujer infiel, la coqueta, la celosa, la avara, la arisca, la caprichosa que se finge enferma, la sabia, la título, la devota (episódicamente el confesor de mujeres), la fantástica, la despreocupada, la gazmoña, la golosa, la *cuca*, la mala madre, la parlanchina, la pleitista, pasan sucesivamente ante los ojos del lector.

Unas cuantas citas nada más:

«Lo mismo que sus pesares, el himeneo tiene sus placeres. En efecto: ¡qué alegría, qué extrema dulzura verse acariciado por una esposa a quien se ama, oírse llamar *corazoncito* o *rico mio*, ver en torno de uno crecer en su casa, bajo las apacibles leyes de una madre agradable, unos ciudadanitos de quienes uno cree ser padre!»

El partidario del matrimonio replica que el hombre necesita una compañera, que la soledad le agobia:

«Y si durante un día nuestro primer abuelo, con una costilla más, hubiera vivido enteramente solo, en su mansión entonces tan dichosa, dudo si no hubiese rogado a Dios que abreviase la jornada...»

«Pero, responde el satírico: ¡si esa compañera es de carácter ligero, desventurado de ti!»

«En el crimen basta que una vez se empiece: una caída siempre atrae a otra caída. El honor es como una isla escarpada y sin fondeadero: desde el momento en que se está fuera, no se puede entrar en ella.»

Después, pasando de la mujer galante a la mujer coqueta, suaviza y embellece a Juvenal:

«Si a tu vez, discreto marido, quieres poseer a tu Lucrecia, aguarda a que la hermosa con gorro de dormir haya desplegado sobre el tocador los matices de su rostro y en cuatro pañuelos, ensuciados con su belleza, envíe al lavadero sus rosas y sus azucenas.»

Muchas veces oí a Victor Hugo, elogiador no sospechoso de Boileau, citar con encomio los dos últimos versos antedichos.

A propósito de la mujer sabia, Boileau mata de un tiro tres pájaros: imita a Juvenal, parodia a Perrault y alaba a Molière.

Véase el bonito boceto del director de conciencia de mujeres:

«¡Qué bien nutrido parece, qué bermellón, qué colores! La florida primavera se pinta en su rostro. Sin embargo, de oírle a él, apenas puede sostenerse: todavía ayer tuvo fiebre y jaqueca y sin los pronto auxilios que tuvieron a bien prodigarle, tal vez estaría aún en la cama temblando. Pero de todos los mortales, gracias a las almas devotas, ninguno está tan bien cuidado como un confesor de mujeres. Si la más leve indisposición le acomete, si un vapor frío le hace bostezar, enseguida corre en su auxilio un escuadrón con tocas: una calienta un caldo, otra prepara un remedio,

en su casa vuelan por todas partes jarabes exquisitos, elogiadas ratafías y sobre todo confituras; porque los estómagos devotos fueron siempre ávidos de manjares dulces, secos, en pasta o líquidos; creo que para ellos se hizo el primer mazapán y se confitó en Rouen el primer acitrón.»

En resumen: Alcippo se casa.—¿Es el último rasgo de la sátira o es su refutación?

Perrault, en guerra ya con Boileau acerca de la cuestión de los antiguos y los modernos, creyóse en el deber de declararse paladín del sexo femenino y replicar a esta sátira con unos versos que llamó elegía, bastante flojos pero muy breves, con el título de *Apolo-  
logia de las mujeres*. Figurémonos el primer borrador de Legouvé padre, preparando su poema del *Mérito de las mujeres*; el efecto de aquella elegía es poco más o menos el mismo, por el fondo de las ideas y por el relieve de la forma. Va precedida de un *Discurso para servir de prefacio*; es una crítica algo minuciosa de la sátira de Boileau y que, por otra parte, contiene algunas observaciones justas.

El viejo Arnauld (o como decían, el gran Arnauld), refugiado a la sazón en Bruselas y con ochenta y dos años de edad, se conmovió mucho, —dice M. Sainte-Beuve—, por esta querrela acerca de las mujeres entre su amigo Boileau y Perrault, que era hermano de uno de sus amigos. «El fondo de la cuestión le era más extraño que a nadie. Pretendía que la sátira de Boileau era de las más morales, de las más ejemplares, y que las imputaciones de Perrault a ese respecto eran infundadas y ultrajantes. Como Perrault le había remitido

su *Apología de las mujeres*, Arnauld creyóse obligado a contestarle con una larga carta donde exponía sus argumentos y razones; la persona a quien dió el encargo no juzgó oportuno remitirla, por temor de agriar aún más las disputas que el anciano doctor quería cristianamente sosegar. Acabóse por deferir el fallo en este grave asunto al parecer de Bossuet, el cual dió aún menos razón a Perrault que lo había hecho Arnauld. En estas y las otras, Racine consiguió entre ambos adversarios una reconciliación, que, sin ser nunca muy tierna, fue a lo menos honrada y suficiente.

## XXIV

En el siglo siguiente, cosecha embarazosa por su amplitud y riqueza.

Limitémonos a mencionar de un modo general las comedias de Regnard y las obras de Lesage. ¡Qué de saetas disparadas contra tantas mujeres en su *Diablo cojuelo*; el terrible Asmodeo, que levanta la techumbre de las casas sin que lo sepan sus moradores!

---

«La mayor parte de las mujeres, —dice Fontenelle, quien vivió cien años y las estudió durante toda su vida—, en mi sentir prefieren se hable algo mal de su virtud que de su ingenio o de su belleza.»

---

Marivaux, en la *Vida de Mariana*, de que ya hemos citado un párrafo:

«Durante ese breve rato que me dejó sola ella, el joven en cuestión había cesado de hablar y no hizo sino mirarme con suma atención; y, a pesar de todo mi aplanamiento, me puse en guardia.

»Esas son cosas que no se nos escapan a nosotras las mujeres. Sea cual fuere la aflicción en que nos veamos sumidas, nuestra vanidad ejerce siempre sus funciones, nunca cae en falta; y la gloria de nuestros encantos es un asunto aparte, del cual nadie nos distrae.»

En otro lugar de la misma obra:

»Entró un lacayo anunciándonos dos señoras, a quienes yo no conocía y que tampoco habían oído nunca hablar de mí; me miraron mucho y quizá me tomasen por una persona de la familia. Venían a hacer una de esas visitas indiferentes, que entre mujeres no conducen sino a verse media hora, decirse cuatro frivolidades aburridas y estar allí sin importárseles las unas de las otras. Advertiré, sólo por entreteneros (y sólo escribo para eso), que de las dos damas no hubo más que una que hablase muy poco: no hizo sino mover a una y otra parte la cabeza para variar sus actitudes y hacerlas favorecedoras, no pensando sino en ella misma y en sus gracias; verdad es que hubiera tenido algunas más si se hubiese ocupado menos en la vanidad de tenerlas, pero esa vanidad lo echaba todo a perder y no le dejaba una que fuese natural. Hay muchas mujeres como ella, que serían muy amables si pudiesen olvidar un poco que lo son. Esta, estoy segura de ello, no iba y venía en sociedad sino para dejarse ver, para decir: «Miradme». Sólo vivía para eso.

»Creo que le parecí linda, pues me miró poco y de refilón siempre: comprendíase que aparentaba no tenerme en nada, no darse cuenta de que yo estaba presente, y todo ello para probar que no veía en mí nada de particular.

»Sin embargo, una cosa la delató y fue que no apartaba los ojos de Valville, para observar a quien de las dos, a ella o a mí, miraba más; y en cierto modo eso era mirarme a mí misma y temer que yo obtuviese la preferencia. La otra dama, de más edad, era una señora muy seria y sin embargo muy frívola: es decir, que hablaba gravemente y con dignidad de un equipo que mandó hacer, de una comida que había dado, de una visita que había devuelto, de una historia que le había contado la marquesa de tal; después habló de la señora duquesa de \*, que estaba mejor de salud, pero que había salido demasiado pronto al aire; que ella riñó a la duquesa, pues eso era espantoso; y luego refirió una reprimenda enérgica y oportuna que la víspera había dado a la señora de cual, que se descuidaba de tiempo en tiempo a causa de que era rica, y no hacía diferencia entre ella y las mujeres de poco más o menos, y otras mil cosas tan estúpidas y de tan poco fuste que fueron tema de esa conversación, durante la cual aún llegaron otras visitas tan tediosas.»

---

»Eran mujeres en extremo emperifolladas: unas bastante feas y que lo sospechaban, puesto que trataban de tener tan buen aspecto que no se les advirtiese; otras, que no lo sospechaban y con la mejor buena fe del mundo tomaban su coquetería por un lindo rostro.»

## XXV

Montesquieu, en sus *Cartas persas*, tan llenas de agudezas, comparando a las mujeres de Francia con las de Persia, se cuida menos de pintar a éstas con verdad que a aquéllas con malicia:

«Los franceses, escribe Rica a Usbeck, no hablan casi nunca de sus mujeres: consiste en temer hablar de ellas delante de personas que las conozcan mejor que ellos.

»Entre tales maridos hay hombres muy sin ventura y a quienes nadie consuela, son los maridos celosos; los hay a quienes todo el mundo odia, son los maridos celosos; los hay a quien todo el mundo desprecia, y son también los maridos celosos.

»Por eso no existe país donde se hallen en menor número que entre los franceses. Su tranquilidad no se funda en la confianza que tengan en sus mujeres, sino, por el contrario, en el mal concepto que de ellas tienen. Todas las sabias precauciones de los asiáticos, los velos que las cubren, las prisiones en que están detenidas, la vigilancia de los eunucos, todo eso parecen medios más propios para excitar la industria de este sexo que para cansarla. Aquí, los maridos se conforman de buena voluntad y consideran las infidelidades como hados de una estrella inevitable. Un marido que quisiera poseer él sólo a su mujer, sería mirado como un perturbador del regocijo público y como in-

sensato que quisiera disfrutar de la luz del sol con exclusión de los demás hombres.

»Aquí, un marido que ama a su mujer es un hombre que no tiene suficiente mérito para hacerse amar de otra; que abusa de la necesidad de la ley, para suplir los atractivos que le faltan; que se sirve de todas sus ventajas, con detrimento de la sociedad entera; que se apropia lo que sólo se le había confiado en depósito, y que obra, en cuanto de él depende, para anular una convención tácita que era la felicidad del uno y del otro sexo. Ese título de marido de una mujer bonita, que se oculta con tanto cuidado en Asia, se lleva aquí sin inquietud; cada cual se siente en estado de desquitarse en todas partes. Un príncipe se consuela de la pérdida de una plaza con la conquista de otra; por los tiempos en que el turco nos tomaba Bagdad, ¿no quitábamos nosotros al mogol la fortaleza de Candahar?

»En general, un hombre que se aguanta las infidelidades de su mujer no es vituperado, sino que, por el contrario, se elogia su prudencia; sólo deshonran los casos particulares.

»No es que no haya damas virtuosas, y puede afirmarse que son distinguidas; mi conductor me las hacía notar siempre. Pero todas eran tan feas, que sería preciso ser un santo para no odiar a la virtud.

»Después de lo que he dicho acerca de las costumbres de este país, fácilmente imaginarás que los franceses no se pican ni se corren por las circunstancias. Creen tan ridículo el jurar a una mujer amarla siempre, como el sostener que siempre se tendrá buena salud y que siempre se será feliz. Cuando prometen a una mujer que la amarán siempre, suponen que ella por su parte les promete ser siempre amable; y si ella



falta a su palabra, ellos no se juzgan ya atados a la suya.»

En otra carta del mismo al mismo:

«Estaba yo días atrás en una tertulia, donde me divertí bastante. Había mujeres de todas edades: una de ochenta años, una de sesenta y una de cuarenta, con una sobrina suya de veinte a veintidós. Cierta instinto me hizo aproximarme a esta última, y me dijo al oído: «¿Qué dice usted de mi tía, que, a su edad, quiere tener amantes y hasta echárselas de bonita? —Hace mal, contesté; ese es un propósito que sólo a usted le corresponde tener.» Un momento después hallábame junto a su tía, quien me dijo: «¿Qué dice usted de esa mujer, que tiene lo menos sesenta años y hoy se ha pasado más de una hora en el tocador? —Es tiempo perdido, respondí; sólo quien tiene los hechizos de usted es quien debe pensar en eso.» Me fui al lado de esa infeliz mujer de sesenta años y me condolía de ella en el fondo de mi alma, cuando me dijo al oído: «¿Hay ridiculez mayor? Vea usted a esa mujer, que tiene ochenta años y se pone cintas de color de fuego: quiere hacerse la joven y lo consigue, porque se aproxima a la infancia.» ¡Ay, Dios mío!, dije para mí: ¿no repararemos nunca sino en lo ridículo de los demás? Quizá sea una dicha el que hallemos consuelo en las debilidades ajenas, proseguí diciéndome. Sin embargo estaba con ganas de divertirme y me dije: Bastante hemos subido; bajemos ahora, empezando por la vieja que está en lo más alto.

»Señora, se parece usted tanto a esta dama con quien acabo de hablar, que resultan ustedes como dos hermanas; creo que, poco más o menos, tendrán ustedes

la misma edad. —Verdaderamente, caballero, me respondió, que cuando la una muera, la otra deberá sentir mucho miedo; no creo que entre ella y yo haya dos días de diferencia.» Cuando abandoné a esa mujer decrepita, me fuí junto a la de sesenta años. «Señora, necesito que resuelva usted una apuesta que he hecho: He apostado a que esta señora (señalando a la mujer de cuarenta años) y usted tienen la misma edad. —A fe mía, dijo ella, no creo que haya seis meses de diferencia.» ¡Bueno, lo acepté! Prosigamos. Seguí descendiendo y me dirigí a la mujer de cuarenta años. «Señora, ¿me hace usted el favor de decirme si es por gana de broma por lo que llama usted sobrina a esa señorita que está en la otra mesa? ¡Si es usted tan joven como ella! Hasta tiene un poco así como ajada la cara, lo cual no le ocurre a usted. ¡Y esos colores tan vivos que tiene usted en la suya!... —Espere usted, me dijo ella: yo soy su tía, pero su madre tenía lo menos veinticinco años más que yo; no éramos del mismo tálamo; oí decir a mi difunta hermana que su hija y yo nacimos en el mismo año. —Bien lo decía yo, señora, y no me extrañaba sin motivo.»

«Mi querido Usbeck, cuando las mujeres se sienten acabar de antemano por la pérdida de sus encantos, quisieran retroceder hacia la juventud. ¿Cómo no tratarían de engañar a los demás, si hacen los mayores esfuerzos por engañarse a sí mismas y librarse de la más aflictiva de las ideas?»

---

A su vez. Usbeck escribe a Ibben:

«Las mujeres, sobre todo, son muy aficionadas al juego. Verdad es que en su juventud sólo se entregan

a él por favorecer a otra pasión más cara; pero, conforme envejecen, su pasión por el juego parece rejuvenecerse, y esta pasión colma el vacío que dejaron las otras.

»Quieren arruinar a sus maridos, y para conseguirlo tienen medios en todas las edades, desde la más tierna juventud hasta la vejez más decrepita: los trajes y equipos comienzan el desorden, la coquetería lo aumenta, el juego lo completa.

»Con frecuencia he visto nueve o diez mujeres, o más bien nueve o diez siglos, en derredor de una mesa; las he visto en sus esperanzas, en sus temores, en sus alegrías y sobre todo en sus furoros; dirías que jamás tendrán tiempo de calmarse, y que la vida se les iba a concluir antes que la desesperación; llegarías a dudar si aquellos a quienes pagaban eran sus acreedores o sus legatarios.»

---

Por último, Rica escribe a Rhedi:

«Mujeres diestras hacen de la virginidad una flor que muere y renace todos los días, y se coge por centésima vez más dolorosamente que la primera.

»Otras hay que, reparando con la fuerza de su arte todas las injurias del tiempo, saben restablecer en una cara una belleza que declina; y hasta tomar a una mujer en la cúspide de la vejez y hacer que descienda á la más tierna juventud.»

---

Duclos, desarrollando un pensamiento de Voltaire:

«La devoción es el último período de la vida de una mujer. La mayor parte de las que se han vuelto devotas comenzaron por entregarse al placer cuando éste

las buscaba; luego trataron de prolongar su curso; y los esfuerzos de ellas hacíanse tanto más vivos conforme veían de día en día a la gente ir las abandonando. Los pesares las ocupan aún algún tiempo, y al cabo buscan un asilo y un consuelo en la devoción. La confesión de sus culpas no les cuesta ningún trabajo: confesándose, vuelven a recordar con viveza sus placeres y eso es lo único que les queda.»

«No sé por qué los hombres acusan de falsía a las mujeres y hacen hembra a la verdad: un problema que resolver. Dicese también que ésta se halla desnuda, y bien pudiera ser. Indudablemente, por un secreto amor a la verdad es por lo que con tanto ardimiento corremos tras de las mujeres. Tratamos de despojarlas de todo lo que nos parece que esconde la verdad, y cuando hemos satisfecho nuestra curiosidad en una nos desengañamos y corremos hacia otra para ser más dichosos. El amor, el placer y la inconstancia no son más que consecuencias del deseo de conocer la verdad.»

## XXVI

Una de las más encantadoras y de las más libres fantasías de Voltaire es ésta, a propósito de la poligamia y de los harenes:

«Quien puede vestir, alimentar y divertir a varias mujeres, las encierra en su leonera y manda despóticamente en ellas.

»Ben-Abul-Kiba, en su *Espejo de los fieles*, cuenta que uno de los visires del gran Solimán dirigió este discurso a un agente del gran Carlos Quinto:

»Perro cristiano, a quien por lo demás profeso particularísima estima, ¿eres tú quien puede echarme en cara que tenga yo cuatro esposas con arreglo a nuestras santas leyes, mientras vacías tú doce cuartales por año y yo no bebo un vaso de vino? ¿Qué bien haces al mundo pasándote en la mesa más horas de las que paso en la cama? Yo puedo dar cuatro hijos cada año para el servicio de mi augusto señor; tú, apenas uno. ¿Y qué es el hijo de un borracho? Su cerebro estará ofuscado por los vapores del vino que haya bebido su padre. Por otra parte, ¿qué quieres que me haga cuando tengo de sobreparto a dos de mis mujeres? ¿No es preciso que yo sirva a las otras dos, como lo manda mi ley? ¿Qué haces, qué papel representas en los últimos meses de la preñez de tu única esposa, y cuando está parida, y durante sus enfermedades? Es necesario que permanezcas en una ociosidad vergonzosa, o que busques otra mujer. Y cádate por necesidad entre dos pecados mortales, que te harán caer enteramente rígido, después de tu muerte, desde el punto culminante hasta el fondo del infierno.

»Supongamos que, en nuestras guerras con los perros cristianos, perdiésemos cien mil soldados; he ahí cerca de cien mil muchachas a quienes proveer de marido. ¿No corresponde a los ricos el hacerse cargo de ellas? ¡Desdichado de todo musulmán lo bastante tibio para no dar acogida en su casa a cuatro lindas muchachas, en clase de legítimas esposas, y para no tratarlas conforme a sus respectivos méritos!

»¿Pues cómo están hechos en tu país esa trompeta

del día a quien llamas gallo, el honesto carnero príncipe de los rebaños de ovejas, el toro soberano de las vacas? Cada uno de ellos, ¿no tiene su serrallo? ¡En verdad que te cuadra bien el echarme en cara mis cuatro esposas, cuando nuestro gran profeta tuvo diez y ocho; el judío David otras tantas, y Salomón el judío setecientas cabales, con trescientas concubinas! Ya ves cuán modesto soy. Cesa de reprender la glotonería a un sabio que hace tan medianas comidas. Te permito beber, permíteme amar. Tú cambias de vinos, aguántate que cambie yo de mujeres. Cada uno deje vivir a los otros conforme a la moda de sus países. Tu sombrero no está hecho para imponer leyes a mi turbante. Tu gorguera y tu capillo no deben mandar en mi dolmán. Acaba de tomarte el café conmigo y vete a acariciar a tu alemana, puesto que te ves reducido a ella sola.»

*Respuesta del alemán.*

«Perro musulmán, para quien guardo profunda veneración, antes de acabar mi café quiero confundir tus dichos. Quien tiene cuatro esposas tiene cuatro arpías, dispuestas siempre a calumniarse, a perjudicarse, a pegarse. La casa es el antro de la discordia. Ninguna de ellas puede amarte. Ninguna tiene más que un cuarto de tu persona, ni podría darte más que el cuarto de su corazón. Ninguna puede hacerte agradable la vida; son prisioneras que, no habiendo visto nunca nada, nada tienen que decirte. Sólo a ti conocen; por consiguiente, les das tedio. Tú eres su señor absoluto; por tanto, te aborrecen. Estás obligado a hacértelas guardar por un eunuco, que les da de latigazos cuando meten demasiado ruido. ¡Y te atreves a comparar-

te con un gallo! Pues jamás un gallo ha hecho azotar a sus gallinas por un capón. Tomas tus ejemplos entre los animales; parécete a ellos cuanto quieras. Yo prefiero amar como hombre; apetezco dar todo mi corazón y que me den el suyo. Esta noche daré cuenta de esta conversación a mi mujer, y espero quedará contenta. Respecto al vino que me vituperas, sábetelo que si es malo beber en Arabia, es una costumbre muy loable en Alemania. Adiós.»

Alfredo Maury, en *La tierra y el hombre*:

«Las leyes de los ashantis permitían al rey tres mil trescientas treinta y tres mujeres, número que se consideraba como misterioso. Teníanlas secuestradas severamente, aunque sólo seis nada más eran las que con el rey cohabitaban... En Dahomey, el rey tiene mil esposas, los nobles cien, y los demás súbditos diez.»

En el primer libro de Herodoto hay un capítulo, el CLXXXI, muy curioso, acerca de las mujeres destinadas al tálamo de los dioses.

## XXVII

Chesterfield, en las *Cartas a su hijo*, le da los consejos siguientes:

«Como las mujeres forman una parte grata y numerosa de la sociedad, y como su sufragio sirve mucho para establecer el carácter de un hombre, es necesario agradecerlas. Por consiguiente, quiero iniciarte en algu-

nos secretos que te serán muy útiles, pero que debes reservar dentro de ti mismo y ocultarlos con el mayor cuidado.

»Las mujeres son unas criaturas de amplio y buen desarrollo: son de fácil palabra, algunas veces de entendimiento; pero en cuanto al buen sentido o al juicio, jamás conocí en mi vida a ninguna que lo tuviese, o que obrase y racionase veinticuatro horas seguidas con él. La más mínima pasión, el menor capricho, rompen en el acto sus mejores resoluciones. Su belleza inadvertida o negada, algunos años más que se les supongan, inflaman al instante sus pasioncillas y desordenan todo el sistema moral de su conducta, que habían ordenado en sus momentos razonables.

»Un hombre de buen sentido juega con ellas, las halaga, las divierte, como lo haría con un niño, pero no las consulta jamás ni les confía secretos interesantes, aunque a menudo les persuade de que lo hace: es la cosa del mundo que más lisonjea su vanidad; gustan mucho de mezclarse en los negocios, los cuales embrollan y estropean casi siempre. Justamente convencidas de que los hombres en general sólo las consideran como lindas alhajas, adoran al hombre que habla en serio con ellas y que parece confiárseles y consultarlas; digo *que parece*, porque si los hombres débiles las consultan en efecto, los prudentes no hacen más que aparentarlo.

»Ninguna lisonja es para ellas demasiado fuerte ni sobrado repulsiva. Todo se lo tragan con avidez. Podéis alabar a una mujer hasta en el supremo gusto para la elección de su abanico.

»Las mujeres muy hermosas o muy feas apetecen que se les elogie por su talento; las que no son ni feas



ni bonitas prefieren que se les hable de sus gracias y de su belleza.

»Estos secretos deben ser inviolables, si no quieres ser, como Orfeo, hecho trizas por todo el sexo.»

## XXVIII

Conocida es la disputa de *Jacobo el Fatalista* con su señor, acerca de las mujeres, «el uno pretendiendo que eran buenas, el otro malas, y ambos tenían razón; el uno necias, el otro llenas de ingenio, y ambos tenían razón; el uno falsas, el otro sinceras, y ambos tenían razón; el uno avaras, el otro liberales, y ambos tenían razón; el uno hermosas, el otro feas, y ambos tenían razón; el uno parlanchinas, el otro discretas; el uno francas, el otro disimuladas; el uno ignorantes, el otro ilustradas; el uno honestas, el otro libertinas; el uno locas, el otro sensatas; el uno grandes, el otro pequeñas; y los dos tenían razón.»

Una verdadera obra maestra, en ese mismo libro de Diderot, es la historia del marqués de Arcis, de Madama de la Pommeraye, de la señora y señorita de Aisnon, ejemplo de venganza femenina, —la idea inversa de *Ruy Blas*—, y maravilla de narración.

También Diderot critica así el libro de Thomas acerca de las mujeres, y lo rehace rápidamente a su manera:

«Quiso (dice) que su libro no fuese de ningún sexo; y, por desgracia, lo consiguió. Es un hermafrodita, que no tiene el nervio del hombre ni la nobleza de la mujer...»

«He visto el amor, los celos, la superstición, la cólera, llevados en la mujer a un punto que jamás sintió el hombre. El contraste de impulsos violentos con la dulzura de sus facciones las vuelve horribles; quedan desfiguradísimas con ello.

»Las distracciones de una vida ocupada y llena de contrariedades engañan a nuestras pasiones. La mujer incuba las suyas: son un punto fijo sobre el cual tienen puesta la vista de continuo su ociosidad y lo frívolo de sus funciones. Este punto crece sin límites; y, para volverse loca, la mujer apasionada sólo necesitaría la completa soledad que busca...»

«Si oís a una mujer maldecir del amor, y a un literato despreciar la consideración pública, afirmad de la una que sus encantos pasan y del otro que su talento se pierde...»

«Un solitario, fogoso de ideas y de expresión, decía a los heresiarcas de su tiempo: «Dirigíos a las mujeres: reciben con prontitud, porque son ignorantes; difunden con facilidad, porque son ligeras; retienen largo tiempo, porque son tercas.»

Diderot continúa así:

«Impenetrables en el disimulo, crueles en la venganza, constantes en sus proyectos, sin escrúpulos en cuanto a los medios de triunfar, animadas de un odio profundo y secreto contra el despotismo del hombre,

parece existir entre ellas una conspiración tácita, una especie de liga, tal como la que subsiste entre los sacerdotes de todas las naciones. Conocen sus artículos sin habérselos comunicado. Naturalmente curiosas, quieren saberlo todo —sea para usar, sea para abusar de todo—. En los tiempos de revolución, la curiosidad las prostituye a los jefes de partido.»

«Quien las adivina es su implacable enemigo...»

«Simularán la embriaguez de la pasión, si tienen gran interés en engañaros; la sentirán sin olvidarse de sí mismas...»

«La mujer lleva dentro de sí un órgano capaz de terribles espasmos, que dispone de ella y evoca en su imaginación todo linaje de fantasmas. En el delirio histérico se aventura a lo futuro, y todos los tiempos son presentes para ella. Del órgano propio de su sexo arrancan todas sus ideas extraordinarias. La mujer histérica en la juventud se vuelve devota en la edad madura; la mujer a quien queda alguna energía en la edad madura era histérica en la juventud. Aún habla su mente el lenguaje de los sentidos, cuando están ya mudos. Nada existe más íntimamente relacionado entre sí que el éxtasis, la visión, la profecía, la revelación, la poesía fogosa y el histerismo...»

«Las mujeres son propensas a una ferocidad epidémica. El ejemplo de una sola arrastra a una multitud de ellas. Sólo la primera es criminal; las otras son enfermas. ¡Oh, mujeres! ¡Sois unas criaturas muy extraordinarias!»

El filósofo considera en seguida la complejión y el destino de las mujeres y llega a apiadarse de su suerte, lo cual induce a creer que no tiene preconcebida intención satírica. Luego prosigue:

«Por falta de reflexión y de principios, nada penetra hasta cierta profundidad de convicción en el entendimiento de las mujeres: las ideas de justicia, de virtud, de vicio, de bondad, de maldad, flotan en la superficie de su alma. Conservan el amor propio y el interés personal con toda su natural energía: más civilizadas que nosotros por fuera, permanecen verdaderas salvajes por dentro.

»Más o menos maquiavélicas todas, donde hay un muro de bronce para nosotros, no hay con frecuencia más que una tela de araña para ellas...»

---

«La única cosa que se les ha enseñado es a llevar bien la hoja de higuera que recibieron de su primera abuela. Todo lo que les han dicho y repetido durante diez y ocho o diez y nueve años consecutivos se reduce a esto: «¡Hija mía, ten cuidado con tu hoja de higuera; tu hoja de higuera te sienta bien, tu hoja de higuera te sienta mal!»

---

El mismo escribe a la señorita Voland:

«¡Cuán esencial es para una mujer adherirse a un hombre de buen sentido! La mayor parte de vosotras sólo scis lo que nos place que seáis; esa es la razón por la cual las que son de muchos hombres no son nada: su carácter, así como su charla, están hechos de pedazos y de trozos. Un hombre de gusto que se entretuviese en estudiarlas, restituiría a cada uno lo que le perte-

nece. La idea que se les ocurre por la mañana designa a menudo a aquel con quien pasaron la noche. Todas vosotras morís a los quince años.»

«Una viudita del barrio vino a convidarse a comer con mi mujer. Comiendo, decía yo a esa viudita: «¿Qué hace usted con su viudez? —¡Ay! casi nada—. ¿No piensa usted volverse a casar? —No sé nada de eso—. ¡Cómo! ¿Ningún enamorado?— ¡Oh! dispense usted, tengo dos en verdad: el uno es un filósofo perruno, a quien le da por el respeto humildísimo, hasta aburrir; me desharé de él, según creo; quisiera algo que me cause placer. —¿Y el otro?— Al otro no tengo más que dejarle ir, anda solo. —¿Y qué haría usted con éste?— Lo convenceré por cierto tiempo, y luego haré con él lo que se hace con algunos bichos venenosos a quienes se aplasta sobre la picadura que han hecho, para curarse de ella.» Tiene gracia, ¿no os parece? Pues bien, ¿qué impresión os figuráis que hizo esa frase en mi devota mujer? Echóse a reír a carcajadas, por la razón de que la imagen del libertinaje no disgusta ni siquiera a las mujeres virtuosas.»

«Os equivocáis, ¡no es coqueta! Pero se ha percatado de que ese interés real o supuesto que los hombres declaran a las mujeres sentir por ellas los hace más vivos, más ingeniosos, más atentos, más alegres; que las horas transcurren así más rápidas y más divertidas. Ella no hace más que prestarse: es una bandada de mariposas que se juntan en derredor de su cabeza; por la noche sacude el polvillo que se desprendió de sus alas, y ya no se acuerda más. Esta mujer es original: tiene

cosas muy agudas, y a continuación candideces. Pocas visitas, pero en cambio nada de esa uniformidad tan decente y tan mustia que da a un corrillo de mujeres de buena sociedad el aire de una docena de muñecas movidas por alambres. A propósito de un pisito que pensaba yo tomar en el paseo de Madrid, le dije: «Lo amueblaré como convenga, usted tendrá la llave e irá usted a descansar allí.» Suard añadió: «¿Y por qué no cuando él esté?» Ella respondió: «Yo bien quisiera, pero eso no puede ser.» ¡Y dijo esto con un aire y un sonido de voz y unos ojos! Luego, volviéndose hacia donde estaba Suard, agregó ella: «Pero, ¿ve usted cómo se hace el desentendido? —Es verdad, dijo Suard; pero, ¿por qué?— Por una razón que le agradezco infinito, contestó ella, y que a usted le haría ruborizarse.»

«No me tengo por derrotado en la cuestión de los viejos hermosos que existen y de las viejas hermosas que no existen. Paréceme haberme usted probado muy bien que había igualmente bellas vejezes en hombres y en mujeres; pero hay mucha diferencia entre ser un hermoso viejo y tener una hermosa vejez. Quizá no se es un hermoso viejo sin tener una hermosa vejez, y no digo más que quizá; pero ciertamente se puede, y nada hay más común, tener una bella vejez y no ser un bello viejo. Lo he meditado un momento, y me parece que hay razones físicas y morales para esta distinción de los dos sexos en una edad avanzada. Las mujeres parecen no estar destinadas nada más que para nuestro placer: cuando ya no tienen ese atractivo, todo está perdido para ellas; ninguna idea accesoria nos las hace interesantes, sobre todo desde que no crían ni educan

a sus hijos. En otros tiempos, un seno marchito aún era bello: ¡había amamantado a tantos hijos! En sudor, una madre se desgarraba las ropas, descubría el pecho y conjuraba a su hijo por ese pecho que le había criado; eso ya no existe. Si fuese posible que hubiera una hermosa cabeza de anciana, los guñapos que la cubriesen la afearían. Nosotros llevamos descubierta la cabeza, se ve el bosque de nuestros cabellos blancos; una larga barba nos hace respetable el rostro; bajo una piel rugosa y renegrida, conservamos músculos recios y sólidos. La naturaleza dulce, blanda, repleta, redondeada de la mujer, cualidades todas por las que es hechicera en la juventud, hacen también que todo se hunda, todo se aplane, todo cuelgue en la edad avanzada. Porque tienen mucha carne y poco hueso, a los diez y ocho años son bellas; y porque tienen mucha carne y poco hueso, todas las proporciones que forman la belleza desaparecen a los ochenta años. ¡Qué diferencia de frente y de mejillas entre un viejo y una vieja, entre sus brazos, hombros, pecho, dorso, muslo y todo lo demás! No cabe duda de que con el tiempo cambiamos como las mujeres; pero el tiempo no nos descompone tanto como a ellas. En todas partes se alteran menos las proporciones, porque en todas partes tenemos las carnes más compactas, los músculos más duros, toda la armazón más robusta. Los ejemplos que me citáis no son de hermosas ancianas, notadlo; son de viejas que parecían jóvenes, que no aparentaban su edad o que tenían buena vejez. Una vieja hermosa tiene relación con la belleza; una hermosa vejez tiene relación con la salud.»

---

«Persisto en mi arraigado parecer: debiéramos entregar a las mujeres la función del apostolado; en un día harían más conversiones que el misionero más elocuente pueda iniciar en toda su vida. No hay un hombre que no tuviese la secreta esperanza de agradar al predicador por un movimiento de gracia.»

---

Viajando por Holanda, escribe a la misma:

«Cuanto más conozco este país, tanto más me acomoda... Los paseos son encantadores; no sé si las mujeres son muy honestas; pero con sus grandes sombreros de paja, sus ojos bajos y esas enormes pañoletas con que se cubren el cuello, todas ellas tienen aspecto de venir de la Salve o de ir a confesar.»

---

«El doctor Gatti hizo una observación que me agradó, y es: que la devoción en una mujer daba cierto sabor a sus pasiones. «Es preciso (decía) que camine, digámoslo así, por encima de su Dios, al ir a arrojar-se en brazos de su amante. Juzgad con qué impetuosidad, qué furor, qué diluvio, se derrama una vez roto ese dique. Su religión es un sacrificio más. Y luego esa religión tiene de cómodo, que ese mismo motivo que os la entrega mientras sirve para el placer, con esos transportes que tanto añaden a su dulzura, os libra de ella cuando ya no vale para nada.»



## XXIX

Después del filósofo de la Enciclopedia, ¿te gustará, lector, oír predicar al Padre Joly, capuchino? Este buen Padre dice:

«La frivolidad es el carácter de las mujeres en general; por eso las que son sensatas no gustan de la compañía de las personas de su sexo.

»Los hombres de genio, no tienen la misma repugnancia: sacrifican al placer de los ojos el de los oídos.

»Sin embargo, para un verdadero filósofo, nada hay más insoportable que la conversación de las mujeres: versa de ordinario sobre lo exterior. Hablan de un vestido o de un peinado; un baile es un vasto asunto de conversaciones.

»Si se presenta un hombre, sólo se fijan en su postura, en su vestimenta y jamás piensan en los talentos estimables. He ahí por qué prefieren a un petimetre, cuyas maneras sean singulares, aturcidas, bruscas, contradictorias, que se distinga por salidas estrafalarias y una imaginación grotesca.

»Para agradarlas no hay que ser ni tonto ni hombre de juicio; sólo se trata de seguir una conversación sin nada de ilación o que sea profundo y esté bien pensado.

»Poco habituadas a la razón, sólo se cuidan de las atenciones, de las asiduidades, de las lisonjas; gustan de las zalamerías y hasta de las impertinencias.

»En una palabra: prefieren la nulidad de cualidades a las virtudes sólidas.

»Comparad a dos niños de diferente sexo: tienen los mismos gustos, así como el mismo color y el mismo sonido de voz. El niño cambia desde todos los puntos de vista conforme se hace mayor; la niña conserva las mismas inclinaciones y la misma cara. Rousseau, de Ginebra, no carecía de razón al mirar a las mujeres como unos niños grandes.»

## XXX

En una comedia de Mad. de Staal-Delaunay:

ORNAC

«Pero convendría saber las razones que ella tuvo para desdecirse en víspera de la conclusión.

ACASTE

«¡Menguado entendimiento! ¿Dónde vas a buscar razones en la conducta de una mujer?»

---

La misma escritora, en sus *Memorias*.

«Después de marcharse la señorita de Silly, tuve viruelas. Estuve tan grave como puede estarse sin morir. No tuve temores ni por mi vida, ni por mi rostro. Sólo sentí la enfermedad. No me quitó la atención de hacerme transportar para no exponer a nadie. Yo había comprendido ya que, en moral como en geo-

metría, el todo es mayor que la parte. Resignada me preparaba a la muerte. Sin embargo, así que sané, tuve la debilidad de no atreverme a mirarme a la cara, por poco caso que de ello hiciera yo; y sólo al cabo de tres o cuatro meses me la vi con sorpresa, pues había perdido por completo la idea de ella. Las mujeres que menos caso hacen de sus atractivos y que parecen no concederles importancia, distan, sin embargo, de no concedérsela mucho más de lo que se figuran.»

---

Marivaux, en la *Vida de Mariana*:

«Los hombres hablan de ciencia y de filosofía. ¡Valiente cosa en comparación del arte de colocar bien una cinta o decidir de qué color ha de ponerse!

»Si se supiera lo que pasa dentro de la cabeza de una coqueta en semejante caso, cuán sutil y penetrante es su alma; si se viera la finura de los juicios que forma acerca de los gustos que ensaya, y después lo que rechaza, y luego lo que vacila en escoger y lo que por fin elige en fuerza de cansancio (porque a menudo no queda contenta y su idea va siempre más lejos que su ejecución); si se supiera todo esto que digo, daría pavor, humillaría a los más fuertes ingenios, y Aristóteles no pareciera sino un chiquillo. Yo lo aseguro, yo que lo sé a las mil maravillas: que en materia de adornos no es gran cosa el haber encontrado lo que está bien, y que es preciso encontrar lo mejor para ir siempre siguiendo en busca de cosas mejores; y que para atrapar esa última cosa mejor, es necesario leer en el corazón del hombre y saber preferir lo que más le avasalla a lo que sólo le agrada mucho ¡y esto es inmenso!»

## XXXI

El abate Galiani escribió un *Diálogo sobre las mujeres*. He aquí sus principales pasajes:

EL MARQUÉS

«¿Cómo define usted a las mujeres?

EL CABALLERO

«Un animal naturalmente débil y enfermo.

EL MARQUÉS

«Convengo en que con frecuencia son lo uno y lo otro; pero estoy convencido de que eso es efecto de la educación, del sistema de nuestras costumbres, y de ninguna manera de la naturaleza.

EL CABALLERO

«Marqués, hay en el mundo más de naturaleza y menos violación de sus leyes de lo que usted se figura: se es lo que es necesario ser. Ocurre a los hombres como a las bestias; la naturaleza hace las arrugas, la educación y el hábito hacen el callo.

«Mirad las manos de un labrador y veréis en ellas el cuadro de la naturaleza.

EL MARQUÉS

«¡Feo cuadro! ¡Entonces, pretende usted que la na-

turaliza sea quien haya hecho débiles a las mujeres!  
¿Y las salvajes?

EL CABALLERO

»También lo son.

EL MARQUÉS

»No todas, me parece.

EL CABALLERO

»Convengo en que una salvaje zurraría con un garrote a cuatro de nuestros gendarmes, pero fíjese usted en que un salvaje con su maza aplastaría a doce; de modo que la proporción siempre es la misma. Siempre resulta cierto que la mujer es naturalmente débil. La misma desigualdad se nota en muchas clases de animales. Comparad los gallos con las gallinas, los toros con las vacas. La mujer es una quinta parte más pequeña que el hombre, y casi un tercio menos fuerte.

EL MARQUÉS

»¿Qué consecuencia saca usted de esa definición?

EL CABALLERO

»Que esos dos caracteres, debilidad y enfermedad, nos dan el tono general, el color esencial del carácter de la mujer. Detallad y aplicad esta teoría y lo desarrollaréis todo. En primer término, su debilidad impide a las mujeres dedicarse a todos los oficios que requieren cierto grado de fuerza y mucha salud, como las fraguas, la albañilería, la maniobra de los barcos, la guerra...

EL MARQUÉS

»¿Cree usted que las mujeres no podrían hacer la guerra? Yo creo que se batirían bien.

EL CABALLERO

»Pienso lo mismo; pero no dormirían en el vivac. Tienen ánimos para afrontar el peligro; carecen de fuerzas para soportar de continuo las fatigas.

EL MARQUÉS

»Pudiera ser así. Fatigoso oficio es el de matador de hombres; cuando yo lo desempeñaba, siempre me pareció que cuesta demasiado trabajo el matar al enemigo. Sin embargo, si concede a las mujeres el valor, se verá obligado a convenir en que tienen fuerza.

EL CABALLERO

»De ningún modo: un moribundo puede tener mucho valor sin tener ninguna fuerza. ¿Sabe usted lo que es el valor?

EL MARQUÉS

»Veamos.

EL CABALLERO

»El efecto de un grandísimo miedo.

EL MARQUÉS

»Si eso no es una paradoja, que me muera.

EL CABALLERO

»Todo lo paradójico que usted quiera, pero no por eso es menos cierto. Se deja uno animosamente cortar

una pierna, porque se tiene muchísimo temor de morir conservándola. Un enfermo traga sin repugnancia una medicina que un hombre sano no tomaría jamás. Se arroja uno a las llamas para salvar el arca de caudales, porque se tiene grandísimo miedo a perder el dinero; si le fuera a uno indiferente, no se iría al peligro... Por eso sostengo que la mujer es débil en la organización de sus músculos. De ahí su vida retirada, su adhesión al macho de su especie que la sostiene, sus ocupaciones, sus oficios, lo ligero de su vestidura, etc.

#### EL MARQUÉS

»¿Y por qué la considera usted como un sér enfermo?

#### EL CABALLERO

»Porque lo es naturalmente. En primer lugar, como todos los animales, está enferma hasta su completo desarrollo; entonces sobrevienen esos síntomas tan conocidos en toda la clase de los bimanos; está enferma por ello seis días al mes, uno tras otro, lo cual suma por lo menos la quinta parte de su vida. En seguida vienen los embarazos y las lactancias de los hijos, que, considerándolo bien, son dos molestísimas enfermedades; por consiguiente, sólo tienen intervalos de salud a través de una enfermedad continua. Su carácter se resiente de ese estado casi habitual: son zalame-  
ras y atrayentes como casi todos los enfermos, y sin embargo, bruscas y caprichosas a veces, como los enfermos; prontas a enfadarse, prontas a calmarse. Buscan la distracción, el recreo; una nonada les divierte, como a los enfermos. Tienen la imaginación constantemente herida: el miedo, la esperanza, el júbilo, la

desesperación, el deseo, el hastío, se suceden con más rapidez y se graban con más fuerza en sus cabezas, pero también se borran más deprisa. Gustan de un largo retiro y, a intervalos, de una alegre compañía, como los enfermos. Vea usted ahora cómo nos conducimos con ellas, y notará que obramos como con los enfermos. Las cuidamos, nos enterneceamos con ellas; sus lágrimas, verdaderas o falsas, nos arrancan el corazón; nos interesamos por ellas y tratamos de distraerlas, de divertir las; luego las dejamos solas en sus aposentos, después las buscamos y acariciamos, y por último...

## EL MARQUÉS

»Vaya, suelte usted la palabra; no se detenga en tan buen camino.

## EL CABALLERO

»Sí, tratamos de curarlas causándoles quizá otra nueva enfermedad.

## EL MARQUÉS

»Añada usted que no se incomodan por eso, sino que lo toman con paciencia, como los enfermos a quienes se sangra o se les ponen cáusticos.

## EL CABALLERO

»Y por la misma razón que los enfermos tienen para creer que todo cuanto se les hace es para su bien y para que se pongan buenos.

## EL MARQUÉS

»Pero, ¿y cuándo ha pasado el tiempo de todos esos peligros y de todos esos riesgos?



## EL CABALLERO

»Entonces ya no están enfermas, convengo en ello; pero están anuladas, en lo cual convendrá usted también.

## EL MARQUÉS

»Alto, caballero; por más que intente usted persuadirme de que las mujeres son por esencia seres enfermos, eso no me cabe en la cabeza; si usted necesita napolitanas enfermas, se lo concedo por darle gusto; pero en cuanto a nuestras parisinas, no lo puedo consentir. Vaya usted al Vauxhall, a los bulevares, al baile de la Ópera, y vea un rato a esas enfermas que tienen los demonios en el cuerpo: fatigan a diez bailarines, danzando noches enteras, velando un Carnaval completo, sin pescar ni un romadizo. ¿Y a eso llama usted enfermas?

## EL CABALLERO

»Querido marqués, se apodera usted de mis razonamientos para hacerme objeciones. Precisamente, todo cuanto acaba usted de decir es lo que prueba cómo nosotros los hombres no podríamos comprender ni definir mejor al alcance de nuestra inteligencia la naturaleza de las mujeres, que llamándolas seres enfermos puesto que se nos asemejan en absoluto cuando nosotros nos hallamos en estado de enfermedad. ¿No se ha fijado usted en que a cuatro hombres les cuesta mucho trabajo sujetar a un enfermo con convulsiones, a un frenético, a un rabioso? El hombre a quien ha picado la tarántula tiene más fuerzas para bailar que ningún sano. Esa fuerza desigual, excesiva, inconstante, es

precisamente un síntoma de enfermedad y un efecto de la prodigiosa irritación de los nervios excitados por una imaginación acalorada. La tensión de los nervios suple la debilidad natural de las fibras y de los músculos. Por eso, desmóntese la imaginación y todo se viene al suelo: callen los violines, apáguese las luces, disípese la alegría, y aquellas eternas bailadoras no podrán dar treinta pasos para volverse a su casa, sin que se rindan de fatiga; necesitarán coches y sillas de manos, aunque sólo sea para cruzar la calle.

## EL MARQUÉS

»Me derrota usted como de costumbre, porque Dio así lo quiere. A pesar de ello, no estoy convencido de todo lo que acaba usted de decirme, y no creo ni una palabra. Conformes en que tenga usted razón en el estado actual de cosas; pero todo eso me parece un efecto de corrupción, y de ningún modo el estado de naturaleza. Si se dejase obrar a ésta sin contrariarla de continuo, las mujeres valdrían tanto como nosotros; con la diferencia de que serían un poco más delicadas y de mayor gentileza...»

## XXXII

En 1788 apareció un folleto intitulado: *Pequeño tratado acerca del amor de las mujeres a los necios*. Para comienzo, decía el autor:

«Desde la más remota antigüedad, las mujeres tienen predilección por los necios.»

Y desarrollaba esta tesis con tanta presunción como inexactitud.

En una epístola dedicatoria, el autor ofrendaba la obra a una dama de quien se decía amado. Algún lógico irreverente tal vez hubiera sacado esta consecuencia, que, sin embargo, sólo sería un parallogismo: —¿Conque es usted un necio, querido autor?

---

Chamfort, en sus *Pensamientos* sueltos:

«Las mujeres tienen caprichos, antojos, algunas veces gustos. Hasta pueden elevarse a sentir pasiones. De lo que son menos capaces es de tener apego. Están hechas para comerciar con nuestras debilidades, con nuestra locura; pero no con nuestra razón. Entre ellas y los hombres existen simpatías de epidermis y muy pocas simpatías de espíritu, de alma y de carácter. Esto se prueba por el poco caso que hacen de un hombre de cuarenta años. Me refiero aun a aquellos que son poco más o menos de una misma edad. Obsérvese que cuando le conceden preferencia es por algunas miras deshonestas, por algún cálculo de interés o de vanidad; entonces la excepción prueba la regla y hasta más que la regla. Añadamos que este no es el caso del axioma: «Quien prueba demasiado, no prueba nada.»

---

«El amor, tal como existe en la sociedad, no es más que el cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidermis.»

---

«Ya podéis ser tan amable y tan honrado como sea posible y amar a la más perfecta mujer imaginable:

---

no por eso estaréis menos en el caso de perdonarla, o vuestro predecesor o vuestro sucesor.»

---

«Una mujer de ingenio me dijo una frase que bien pudiera ser el secreto de su sexo, y es: que toda mujer, al tomar un amante, tiene en cuenta el modo de ver a ese hombre las demás mujeres, más que la manera cómo lo ve ella misma.»

---

«Recuerdo haber visto a un hombre abandonar a las muchachas de la Opera porque había visto en ellas, según decía, tantas falsedades como en las mujeres honradas.»

---

«¿Qué es una querida? Una mujer junto a la cual ya no se acuerda uno de lo que sabe de corrido, es decir, de todos los defectos de su sexo.»

---

«Los naturalistas dicen que en todas las especies animales la degeneración comienza por las hembras. Los filósofos pueden aplicar a la moral esta observación en la sociedad civilizada.»

---

«Parece que la naturaleza, al dar a los hombres una afición indestructible a las mujeres, haya adivinado que, sin esa precaución, el desprecio que inspiran los vicios de su sexo, principalmente la vanidad, sería un gran obstáculo para el sostenimiento y la propagación de la especie humana.»

---

«El amor agrada más que el matrimonio, por el motivo de que las novelas son más divertidas que la historia.»

---

«El himeneo viene en pos del amor como el humo tras de la llama.»

---

«La mujer que se estima a sí propia más por las cualidades de su alma y de su talento que por su belleza, es superior a su sexo. La que se estima más por su hermosura que por su ingenio o por las cualidades de su alma, pertenece a su sexo. Pero la que se estima más por su nacimiento o por su categoría social que por su belleza, está fuera y por bajo de su sexo.»

---

«¿Habéis conocido nunca a alguna mujer que, viendo a uno de sus amigos muy asiduo para con otra, haya supuesto que ésta no le hacía caso? Ahí se ve el concepto que tienen unas de otras. Sacad las consecuencias.»

---

«Por muy mal que un hombre pueda opinar de las mujeres, no hay mujer que no piense aún peor de ellas que aquél.»

### XXXIII

J.-J. Rousseau, en su *Emilio*:

«No contentas las mujeres con haber dejado de amantarse a sus hijos, cesan de querer hacerlos; la consecuencia es natural. Desde que el estado de madre es oneroso, bien pronto se encuentra medio de librarse de él: se pretende hacer una obra inútil, a fin de recomen-

zarla siempre; y se vuelve en perjuicio de la especie el atractivo dado para multiplicarla.»

Todo el mundo sabe de memoria el monólogo de Figaro, en la *Loca jornada*, de Beaumarchais, que comienza así:

«¡Oh mujer, mujer, mujer! ¡Criatura débil y falaz! Ningún animal creado puede faltar a su instinto. El tuyo ¿es de engañar?»

Gilbert, en su *Sátira del siglo décimoctavo*:

«¿Hablaré de Iris? Todos la enaltecen y la aman: es un corazón, pero todo un corazón... ¿es la humanidad misma! Si con aturdido pie algún joven loco pega corriendo a su perro, que ladra con espanto, ahí la tenemos muriéndose de ternuras y de alarmas; una mariposa que sufre hácela verter lágrimas. Es cierto. Pero también lo es que, condenado Lally a muerte, véase éste en espectáculo conducido al cadalso, y entonces irá la primera a aquella horrible función, ¡comprando el placer de mirar cómo cae una cabeza!»

El conde Alejandro de Tilly, en sus *Memorias*, pronuncia contra las mujeres los siguientes fallos, que parecen como el resumen de todas las sentencias o bur-las anteriores:

«En ninguna clase social son fieles las mujeres.

»Virtud razonada y virtud de prejuicios caerán siempre a los golpes de un enemigo hábil o bajo el ascendiente del minuto.

»Todo género de medianía es un título para con las mujeres.

»Por último, con frecuencia resisten a los más no-

bles procederes y casi siempre són subyugadas por el encanto de los más malos tratos.»

Eso se parece mucho al pensamiento de un dístico latino citado más atrás.

O bien a la chungu de Sganarelle: «Unos cuantos bastonazos entre personas que se aman, no hacen más que reverdecer la amistad.»

O bien a la de Arlequín: «Las mujeres son como las chuletas: cuanto más se las golpea, más tiernas se ponen.»

El conde de Tilly, descendiente de los reyes de Dinamarca y paje de la reina María Antonieta, el último hombre afortunado en amores, se apresura a añadir:

«Hechiceras criaturas, tachadme de mi sinceridad grosera, si eso viene bien a vuestros nervios; pero respetad mi experiencia, pues harto mal he empleado mi tiempo: lo pasé a vuestros pies.»

No se puede ser más impertinente.

Rétif de La Bretonne:

«Las mujeres jamás han podido y nunca podrán llevar más lejos de lo que hoy lo hacen todos los defectos y todos los vicios que deben apartar de ellas a los hombres en general, y sobre todo a los maridos: impetuosidad, profusión, negligencia, perfidia, perversidad, bajeza, molicie, egoísmo refinado, todo lo reúnen.»

Esto es breve, pero claro.

Lord Byron, a su vez:

«Algunas personas cuentan la edad de las mujeres por sus soles o sus años; yo creo que la luna sería una

fecha más conveniente para esas criaturas queridas.—  
¿Y por qué? Porque es inconstante y casta: no sé ninguna otra razón.»

Dubucq.

«Tomamos las mujeres por lo que no son, pero las dejamos por lo que son.»

La señora vizcondesa Dash:

«La mujer es para sí misma su propio ídolo. Se engalana, se contempla, se admira: y satisfecha de su espejo, arruina insensata a su marido que envejece y se desgasta por ganar cada vez más, a fin de que ella gaste más; arruina a sus hijos, derrochando impremeditadamente el patrimonio y la fortuna de ellos; en un sólo traje lleva lo necesario para que viviese durante un año una familia entera; se olvida de su noble y santo destino; y célebres procesos, grandes nombres arrastrados ante los tribunales, están ahí para demostrar que ninguna fortuna, por brillante que sea, resiste a los gastos de una mujer enloquecida por el vestir.»

«¿No se diría, señora, que vuestro privilegio de buen gusto os ha sido otorgado por las cuentas de vuestros proveedores, y que vuestra belleza depende de la costurera y de la modista? Por respeto a vos misma, amonrad esos absurdos y voluminosos atavíos, esos montones de telas con que os ponéis ridículas: pues sin más que llevéis doce o quince sayas, de cuatro-metros cada una, teniendo treinta o cuarenta la falda, figuráos lo que pareceréis; y creed que esa ridiculez persistirá más de lo que se piensa en esta moda, que el buen gusto debe condenar.»



»Los gastos en vestir son tan enormes, que sabemos de gran número de mujeres que no pueden saldar con sus comerciantes, y que por contrato pagan los intereses, quedando el capital pagadero a la muerte de la deudora.

»Pero entonces, ¿en qué piensan esas mujeres? ¿Qué porvenir reservan a su familia? ¿No ven que un día sus acreedores, enriquecidos a expensas de ellas, salpicarán de lodo a sus hijos, obligados tal vez a crearse una posición e ir al cabo de una o dos generaciones a mendigar trabajo a los propios hijos de la señorita X, costurera, o de la señorita Z, florista?»

«¡Cuántas mujeres se aprovechan del interés que inspiran para obtener tal o cual objeto de lujo, de vanidad, largo tiempo deseado! Y el pobre marido, sin saber qué hacer para que cese una pretensa melancolía, un triste marasmo, corre a buscarlo, no calcula su presupuesto, y al fin del año se ve empeñado y empiezan los apuros; lánzase entonces a las especulaciones, se arriesga lo que no se tiene, y la ruina corre a pasos acelerados.»

Carlos de Bernard:

«Las mujeres consideran con facilidad como un crimen la confianza que descansa en la fe de su honor, y la ceguera que no adivina en ellas la posibilidad de una caída.»

«En efecto, ¿no habéis meditado en esto? No es flojo apuro para un marido cuya mujer tiene tentaciones de faltarle, pues ella saca partido de todo.»

»¿Es confiado? ¡Ah, qué imbécil!.. ¿Es desconfiado? ¡Oh, pícaro celoso! ¡Me las pagará!

»Así de uno u otro modo, la suerte del pobre hombre no tiene duda: «Quien quiere ahogar a su perro, dice que está rabioso.»

---

Diderot:

«La generalidad de los déspotas no gusta de consejos, y todas las mujeres son déspotas.»

---

Napoleón, en una de sus cartas a su hermano Luciano:

«Las mujeres suelen ser realistas. Eso no es extraño: la libertad es una mujer más bonita que ellas, a quienes eclipsa.»

---

Beauchêne:

«El estudio profundo de las modas es la literatura de muchas mujeres.»

---

Michelet:

«De la generalidad de ellas puede decirse la frase de Proudhon:

«La mujer es la desolación del justo.» En efecto, si ama, decidla:

«Sin duda habrá usted creído el más digno a ese preferido, habrá descubierto en él algo bueno y grande; y contestará cándidamente: «Lo elegí *porque me gustó.*»

«En religión ocurre lo mismo. Hace a Dios a semejanza de ella, un Dios de preferencias y caprichos, que salva a *quien le place*. El amor parécele a ella más libre cuando recae en un indigno, en quien carece de

mérito para forzar a que le amen. En teología femenina, Dios parece decir: «Te amo porque eres pecador, porque no tienes méritos; no tengo ningún motivo para amarte, pero me es grato perdonar.»

Eduardo de Pompery explica por qué la mujer tiene mucha religión y poca moralidad:

«Para la mujer, la ley se deduce del medio, el cual modifica soberanamente su delicada naturaleza: la atmósfera que respira crea su alma. Por consiguiente, la ley de la mujer valdrá lo que valiere la sociedad del momento, su moral será la moral corriente. Las costumbres, las conveniencias, lo que se hace, lo que se dice, lo que está bien según el uso tradicional, establecido, predominante: he ahí lo que su deseo de agradar, no menos que su impresionabilidad, considerará necesario aceptar. Lo mismo que un barómetro exacto y sensible, la mujer marcará lo alto y lo bajo de la vida social.

»Como la indagación y el conocimiento de las relaciones entre los seres, de lo justo en sí, de la moral considerada fuera de lo presente y de lo convenido, no puede ser de la competencia de la mujer, es una verdad el decir que carece de sentido moral.

»Su inteligencia limitada y positiva necesita de una afirmación formal acerca de la vida y su destino; a su sentimiento poco elevado y poco profundo, pero vivo y ardiente, le hace falta una ley sorprendente que la ate a lo infinito y con sus semejantes; lo mismo que el niño ávido de juguetes, necesita un culto lleno de aparato.

»Precisamente porque tiene cierta conciencia de la movilidad de su naturaleza, la mujer advierte lo ne-

cesario de tener un punto fijo en que se encuentre y se sienta a sí misma. Por tanto, la mujer se adhiere con fuerza y pertinacia a un culto, se consume en un montón de prácticas rigurosas: oraciones, rosarios, votos, peregrinaciones, sermones, confesiones, penitencias y mortificaciones de todas clases. Estos hábitos de religión son a veces penosos, y por lo mismo se cumplirán más fielmente.

»Porque en su minucioso aparato, esas prácticas representan el arca santa, el punto de apoyo donde se hallan a sí mismas enfrente de Dios, de la justicia, de la ley y de sus deberes, donde se sienten grandes y fuertes, prontas a rescatarlo todo por el sacrificio y la muerte.

»Los seres apasionados e impresionables no pueden reconocer una ley moral que se establezca en la conciencia por las luces de una alta razón e inspirada por los sentimientos más elevados. Necesitan de una religión que los absuelva y los levante a cada nueva caída; necesitan de unas prácticas que fijen su atención y les llamen incesantemente al orden.

»Siendo la forma religiosa la única bajo la cual pueda la mujer aceptar una ley superior a los hechos que la tiranizan y reconocer sentimientos de justicia fuera y por encima de sus emociones, claro está que es preciso estimar la práctica de un culto como un signo favorable para la mayoría de las individualidades de este sexo.

»Para que sucediese de otro modo, sería preciso suponer un conjunto de circunstancias excepcionalmente favorables: un padre, un marido, una familia capaces de inspirar legítima confianza en una fe religiosa superior, desprendida de lo pasado por la ciencia y el

sentimiento de lo futuro. Existen hoy raros ejemplos de este orden. Son felices presagios que conviene tener en cuenta. Jorge Sand nos presenta un hermoso cuadro de este género en *La Señorita de la Quintinie*.

«En su impotencia para hacerse ella misma una ley moral, si la mujer no tiene religión ya no le queda vínculo alguno con sus semejantes: se sale de la comunión del género humano. Sería un sér vago y monstruoso.

»Por eso, nada hay más tenaz que la idea religiosa en la mujer, por degradada que pueda hallarse. Siente de un modo instintivo que por ella participa de la vida del género humano y se enlaza con la vida universal. Por tanto, se tiene religión *porque no se es un perro*: fórmula enérgica tomada del natural y que pinta la situación.»

---

Bougeart:

«Si hablo mal de las mujeres en general, se sublevarán todas; pero si sólo hago aplicación a un caso particular, todas aplaudirán.»

---

«Francia es el país donde los hombres tienen para con las mujeres más galantería y menos estimación. Ellas no se quejan de ninguna manera, pues la mayoría prefieren la adulación a la consideración.»

---

Lévis:

«La lisonja pierde a más mujeres que el amor: cuando la primera no da resultado no es por su culpa, sino por la del adúlador.»

## XXXIV

En una novela de Balzac, Felipe Bridau, el militarote, dice al padre Rouget:

«Las mujeres son unos chicos malos, unas bestias inferiores al hombre; y es preciso hacerse temer de ellas, pues la peor condición para nosotros es ser gobernado por esas brutas.»

Recojamos ahora algunos párrafos de esa *Fisiología del matrimonio*, que tanto contribuyó a hacerse adorar Balzac de ese mismo sexo de quien hablaba mal.

«¿Ha notado usted, querida, que la generalidad de las mujeres aman sólo a los necios?

»—¿Qué me cuenta usted, duquesa? Entonces ¿cómo compagina usted esa observación con el odio que sienten hacia sus maridos?»

«El encarnizamiento de ciertas mujeres contra las que han tenido la feliz desgracia de sentir una pasión, prueba cuánto les pesa la castidad. Sin el temor al diablo, una sería Lais; otra debe su virtud a la sequedad de su corazón; ésta a la estúpida manera de conducirse que tuvo su primer amante; aquélla...»

«Sin embargo, ¿existen mujeres virtuosas!

»Sí: las que nunca han sido tentadas y las que mue-

ren del primer parto, suponiendo que sus maridos las hayan encontrado vírgenes al casarse.

»Sí: las que son feas como la Kaifakatadary de las *Mil y una noches*.

»Sí: las que Mirabeau llamaba *hadas-pepinos*, compuestas de átomos exactamente análogos a los de las raíces del fresal y del nenúfar; sin embargo, ¡no nos fiemos!...

»Confesemos después en honor al siglo, que desde la restauración de la moral y de la religión, y en los tiempos que corren, hállanse desparramadas algunas mujeres tan morales, tan religiosas, tan apegadas a sus deberes, tan rectas, tan acompasadas, tan rígidas, tan virtuosas, tan... que el demonio ni siquiera se atreve a mirarlas; las flanquean rosarios, libros de horas, directores de conciencia... ¡Chitón!

»No tratemos de contar las mujeres que son virtuosas por estúpidas; está reconocido que en amor todas las mujeres son listas.»

»En fin, sin embargo, no sería imposible que hubiese en algún rincón mujeres jóvenes, bonitas y virtuosas ¡sin que lo sospeche la gente!

»Pero no deis el nombre de mujer virtuosa a aquella que, combatiendo una pasión involuntaria, no ha concedido nada a un amante a quien tiene la desesperación de idolatrar. Es la más sangrienta injuria que puede hacérsele a un marido amoroso. ¿Qué le queda de su mujer? Una cosa sin nombre: un cadáver animado. En el seno de los placeres, su mujer permanece como aquel convidado advertido por Borgia, en medio del festín, de que ciertos manjares están envenenados: se le quita el hambre, come poquito o finge comer. Echa de menos la comida que abandonó por la del te-

rrible cardenal y suspira porque llegue el momento en que, terminada la fiesta, pueda levantarse de la mesa.

»¿Cuál es el resultado de estas reflexiones acerca de la virtud femenina? Helo aquí, pero las dos últimas máximas nos han sido dadas por un filósofo del siglo XVIII.

## AFORISMOS

1.

«Una mujer virtuosa tiene en el corazón una fibra de menos o de más que las otras mujeres: es estúpida o sublime.»

2.

«La virtud de las mujeres quizá sea cuestión de temperamento.»

Esto está tomado de La Rochefoucauld.

3.

«Las mujeres más virtuosas tienen dentro de sí algo que nunca es casto.»

Esto está tomado de Diderot.

4.

«Que un hombre de talento dude de su querida, se concibe. ¡Pero, de su mujer!... Es preciso ser demasiado bestia.»

Esto está tomado de Montesquieu.

5.

«Los hombres serían harto desdichados si, al estar junto a las mujeres, recordaran lo más mínimo de lo que saben de corrido.»



---

Esto está tomado de Chamfort.

---

«El número de las escasas mujeres que, semejantes a las vírgenes de la parábola, han sabido guardar encendida su lámpara, será siempre harto débil a los ojos de los defensores de la virtud y de los buenos sentimientos...»

---

«La mayoría de las mujeres proceden como las pulgas, a saltos y botes sin continuidad. Se escapan por lo alto o lo profundo de sus primeras ideas, y las interrupciones de sus planes las favorecen. Pero no se ejercitan sino en un espacio que a un marido le es fácil circunscribir; y, si tiene sangre fría, puede concluir por apagar ese salitre organizado.»

---

«La vida de la mujer está en la cabeza, en el corazón o en la pasión. A la edad en que su mujer comprende ya la vida, un marido debe saber si la causa primera de la infidelidad que ella medita procede de la vanidad, del sentimiento o del temperamento. El temperamento es una enfermedad curable; el sentimiento ofrece a un marido grandes probabilidades de triunfo; pero la vanidad es incurable. La mujer que vive con la cabeza es una plaga. Reúne los defectos de la mujer apasionada y de la mujer amante, sin tener sus excusas. Carece de conmiseración, de amor, de sexo.»

---

«Existe un vínculo secreto entre todas las mujeres, como entre todos los sacerdotes de una misma religión. Se odian, pero se protegen.»

También esto está tomado de Diderot.

---

«Con frecuencia, es inútil tratar de tender redes a estas criaturas satánicas. Una vez llegadas las mujeres a cierta voluntad de disimulo, sus fisonomías se hacen tan impenetrables como la nada.»

---

Balzac dice también en la *Fisiología de la vida conyugal*:

«Conocer a las mujeres tan bien como yo las conozco, no será conocerlas mucho; ¡no se conocen ellas mismas! En fin, ya lo sabéis: Dios se equivocó por cuenta de la única que tuvo que gobernar y a quien se había tomado el trabajo de hacerla.»

### XXXV

Tienen ahora la palabra dos mujeres —testigos que no se recusarán:

Una es Mad. de Arconville:

«La mayor parte de las mujeres preferirían ser menos amadas en efecto, con tal de que pareciesen serlo más; porque la vanidad es el primero de todos sus sentimientos.»

«La mayor parte de las mujeres sólo aprenden porque se diga que saben, y se cuidan muy poco de saber en efecto.»

«Una mujer a menudo cree echar de menos a su amante, mientras que sólo echa de menos el amor.»

---

La otra es Mad. de Girardin, con el nombre de vizconde Delaunay:

«Lo más escaso en Francia, después de una mujer bestia, es una mujer generosa.»

---

«Si viéseis a nuestras elegantes cenar, si supiéseis cuánto comen todas esas ninfas, no comprenderíais cómo están tan flacas esas jóvenes. En verdad, cuando se ha asistido a una de nuestras grandes cenas de baile, cuando se ha visto en la faena a esas beldades de alfeñique, cuando se ha medido con los ojos lo que traigan de jamón, picadillo, ave, guiso de perdiz y pasteles de todas clases, hay derecho a exigirles que tengan unos brazos más torneados y unos hombros mejor hechos.»

---

«Cada uno de los libros de una mujer tiene impresa la huella del afecto que la inspiró. A propósito de las obras de las mujeres, es cuando sobre todo se puede exclamar con M. de Buffon: «¡El estilo es el hombre!»

---

«Dice usted: «Fulana, ¡tan dulce, tan virtuosa! Mengana, ¡tan linda, tan espiritual!» La primera se enfada y dice: «Me llaman dulce y virtuosa; ¿es que soy fea y tonta?» La segunda se inquieta y dice: «Me designan como espiritual y linda; ¿es que soy perversa y estoy comprometida ante la opinión?» Nunca se alaba bien a una mujer cuando se alaba a dos. Los elogios se destruyen mutuamente, y no hay más que un solo medio de hacer el mejor elogio de una mujer: decir mucho malo de su rival.»

---

«Desconfiad de las mujeres vestidas a lo jansenistas, con esos trajes cerrados y ajustados, que dibujan todos los contornos del busto como un corsé, con un pu-

dor tan mal intencionado. Estas mujeres están llenas de orgullo y de envidia. Tienen un carácter de hierro y unas pasiones de fuego. Nada se les escapa a sus miradas, siempre bajas.»

«¡Por Dios! ¿Tiene la culpa Balzac de que la edad de treinta años sea hoy la edad del amor? Balzac está muy obligado a pintar la pasión donde la halle, y ciertamente que ya no se la encuentra en un corazón de diez y seis años. En otro tiempo una muchacha se hacía raptar por un mosquetero, se escapaba del convento por encima de la tapia con auxilio de una escala; y las novelas de aquella época están llenas de conventos, mosqueteros, escalas y raptos. *Julia* amaba a *Saint-Preux* a los diez y ocho años, a los veintidós se casaba por obediencia con *M. de Volmar*: ese era el siglo. En aquel tiempo hablaba el corazón a los diez y seis años, pero ahora el corazón aguarda a más tarde para enter necerse. Hoy *Julia*, ambiciosa y vana, empieza por casarse voluntariamente a los diez y ocho años con *M. de Volmar*; luego, a los veinticinco, desilusionada de la vanidad, huye con *Saint-Preux* por amor; porque los ensueños de la edad juvenil son ensueños de orgullo. Una muchacha no se casa con un muchacho sino a condición de que éste la dé categoría social, buena fortuna o una buena casa. Un joven que sólo tiene *esperanzas* es rechazado; se preferiría a él un viejo, que a nada tiene ya que esperar. Habláis de los autores antiguos: pintan su tiempo; dejad que Balzac pinte el nuestro. ¿Y la *Junia* de Racine?, decís.—Pues hoy elegiría a escape a *Nerón*, para ser emperatriz.—¿Y *Manon Lescaut*?—Pues hoy la veríais plantificar a la puerta a *Desgrieux*, por un viejo mariscal del impe-

rio.—¿Y *Virginia*?—Dejaría a *Pablo*, para casarse con *M. de la Bourdonnaye*.—¿Y *Atala*?—La misma *Atala* preferiría al bello *Chactas*, el padre *Aubry*, si el viejo no hubiera hecho voto de pobreza.—No tenéis sino dar un vistazo a las mujeres apasionadas que dan qué hablar en nuestros días: todas comenzaron por un matrimonio de ambición; todas quisieron ser ricas, condesas, marquesas y duquesas, antes que ser amadas. Sólo después de haber reconocido las *vanidades* de la vanidad, es cuando se resuelven por el amor. Hasta las hay que han corrido candorosas tras lo pasado; y a los veintiocho o treinta años se entregan con pasión al obscuro joven a quien se negaron a amar a los diez y siete.

»Por tanto, Balzac tiene razón para pintar la pasión donde la encuentra, es decir, en la edad madura.

»También Janin la tiene para decir que eso es muy fastidioso. Pero si es muy fastidioso para los lectores de novelas, es mucho más triste todavía para los jóvenes que sueñan con el amor y se ven precisados a exclamar en sus transportes: «¡Cuánto la amo! ¡Qué hermosa debió de ser!»

### XXXVI

Saint-Omer:

«Cuando una mujer admite los homenajes de un hombre, siente a la vez temor de ser engañada y deseo de sucumbir. Sin embargo, cuando no ha cedido a las instancias del hombre que la corteja, puede dedu-

cirse que ha sido mal atacada; entonces hay en una y otra parte contrariedades que no se confiesan.»

Carlos de Bernard, en *Gerfaut*:

«Las mujeres, a quienes su condición hace esclavas y su naturaleza ávidas de libertad, son insaciables soñadoras. Porque el ensueño es la cárcel que se abre y el alma que se fuga. Y cuanto más estrecha es la prisión, más desordenado vuelo emprende el alma, en su imaginaria liberación. Tal mujer a quien la gente juzga fría, asustara por la audacia de sus secretos pensamientos a la imaginación más viril; tal otra, que en realidad nunca se ha rendido, se entrega sin reserva en ciertas horas solitarias a aquel mismo que nada sabe conseguir cuando está presente.»

«Según uso de la mayoría de las mujeres, que, cuando no rompen su cadena, tratan por lo menos de alargarla lo más posible, a fin de jugar con su esclavitud, Clemencia acabó por ver el crimen en un solo hecho. Hasta allí, la inocencia le pareció posible y la virtud practicable; insensiblemente miró como pecadillos perdonables esos delitos harto deliciosos de cometer y que nuestros abuelos, en su expresivo estilo, llamaban los gajes del amor. Con la reserva de una imaginación casta y la seguridad de un corazón que se juzga infalible, alzó una barrera delante del término adonde tienden todas las pasiones, como se pone un parapeto al borde de un precipicio; cubrió la barrera con un velo, para quitarse hasta la vista del peligro, y dirigiendo los ojos hacia el terreno cuyo disfrute se permitía, dijo para sí: «Esto es mío.» En la sencillez de su corazón, creyó conciliables dos cosas que nuestras

costumbres han separado casi siempre, la pasión y el deber; y para unirlos, quitó a las dos sus asperezas harto incompatibles: hizo a la pasión sobria, y al deber tolerante. Creciendo a cada momento la audacia de sus reflexiones, despojó poco a poco a su matrimonio de todo prestigio sentimental, y acabó por ver en él que había sido realmente un trato. Por una consecuencia lógica, a ese trato le aplicó la ley de equidad que sirve de base a todos los demás. Parecióle que para el espíritu ordinario y el alma ininteligente de su marido, el sacrificio exclusivo de todas las riquezas de su propia naturaleza era una *vuelta* que ningún poder humano podía prescribir. Reduciendo al sentido más débil la palabra fidelidad que se le había leído en nombre de la ley, el anillo que la simboliza le pareció muy estrecho para encadenar por siempre su corazón, su mente, todas esas facultades imperiosas que no podían existir sino por el amor; y puesto que ese amor, necesario a la vida de su alma, no se había encontrado entre los demás regalos de su boda, creyó poderlo admitir allí donde se lo ofrecían. En vez de persistir en la resistencia de una lucha imposible, aceptó, pues, su pasión como inseparable de su existencia en lo sucesivo. Hizo de sí misma dos partes: una, esclava del deber, víctima de sus juramentos, humillante y pasiva enajenación de su persona; pero la otra, libre, su bien, su real sér, su vida verdadera. Y ésta, ¿quién podría discutirle el derecho de concedérsela al corazón que supiese pagarla en su precio?\*

## XXXVII

Federico Soulié dibuja aún mejor las capitulaciones sucesivas de la conciencia femenina:

«Una mujer, en la pureza de su virtud, se dice a sí misma: «Nunca daré oídos a palabras de amor. Es un crimen escucharlas, es el mayor de todos.»

«Se le habla de amor, lo consiente, y se refugia en esta resolución: «jamás contestaré a eso.»

«Sobreviene un pesar, le entran celos, se apodera de ella una locura, se le escapa una confesión. Entonces toca a retirada tras una nueva trinchera donde se cree a resguardo de todo, diciendo para sí: «He podido dejarle ver que le amaba, pero nunca obtendrá mis alientos, ni una mirada, ni una palabra, ¡porque entonces es cuando empezaría a ser verdaderamente criminal! Si una no puede dominar los sentimientos de su corazón, sigue siendo dueña de sus acciones; eso es todo lo que el cielo, eso es todo lo que los hombres pueden pedir a la virtud de una mujer. ¡No, ni una palabra, ni una mirada!» No piensa entonces en la cita, porque la cita... es el crimen completo.

«Pero, ¡ay! la mirada se escapa, la palabra se dice, la cita se concede, siéntese remordimiento, se comprende bien su culpa, pero se acude al último recurso: «Le amo, lo sé, mi cabeza se extravía, no puedo vivir si no le veo, si no le oigo; pero, ¡antes me moriría que entregarme a él!...»



## XXXVIII

Luis Desnoyers:

«Las mujeres aman a Dios con el mismo amor con-  
que aman a su amante.»

«Las mujeres rara vez tienen opinión, sea lo que  
fuere, a no ser de su belleza; y no tienen persistencia  
ni aun en el amor, sino cuando su amante no la tiene.

»Nunca son tampoco radicalmente impías, como  
todo hombre puede tener la desgracia de serlo, por la  
misma causa que les impide ser arraigadamente pia-  
dosas. Les falta convencimiento, lo mismo en contra  
que en pro.»

«Cuando son jóvenes, hay algo de angel Gabriel en  
su piedad; cuando son viejas, tienen algo de Belcebú.»

«De muchas mujeres puede decirse que son piado-  
sas a los quince años, indiferentes a los treinta y bea-  
tonas a los cincuenta.»

«En su adolescencia ofrecen su corazón a Dios, por-  
que no pueden aún ofrecérselo a los hombres; y a fal-  
ta de otra cosa mejor, se lo devuelven en su edad ma-  
dura, cuando los hombres son lo suficiente ingratos  
para cesar de quererlo. Lo que ellas llaman su senti-  
miento religioso no es en la mayoría más que la ter-  
nura original de su alma, esa inagotable sensibilidad  
que la naturaleza ha puesto en ellas para convertirlas

en las más amantes de todas las criaturas, y que según los tiempos, lugares y circunstancias se limita a cambiar de forma, de símbolo, de lenguaje y de ídolo.»

«La imaginación de las mujeres es movediza arena, donde todo se imprime fácilmente, donde todo se borra lo mismo. Por el contrario, su razón tiene la frialdad y la dureza del mármol: el cincel penetra con mucho trabajo; pero lo que se traza allí permanece grabado eternamente.»

Paulino Limayrac:

«¡Cuántas mujeres de mucho corazón, imaginación y belleza, en una palabra, con todo lo necesario para inspirar y sentir una gran pasión, se equivocan en su elección primera; y en su premura por desquitarse se vuelven a equivocar; y tan a menudo, que, cuando por fin encuentran a aquel que tanto han soñado, ya no lo merecen!»

### XXXIX

Conocéis este lindo capítulo de Néstor Roqueplan acerca de las mujeres, tan nuevo, tan vivo, tan chispeante:

«Cuando se compara este tiempo con otros tiempos, esta sociedad con sociedades extintas, la civilización de nuestros días con la de épocas anteriores, nótase que ha perdido un elemento, un vínculo, que le falta algo: las ancianas.

»No es que se haya descubierto la fuente de la per-

petua juventud, que las mujeres defiendan mejor la cara y las formas contra los asaltos del tiempo.

»No, la naturaleza no ha derogado sus leyes.

»Sólo que las mujeres se ajan, pero ya no envejecen.

»Antaño envejecer era un arte.

»Ogaño, ya no es más que una desdicha.

»Cuando había sociedad, conversación, buenas frases y salones, cada uno ocupaba su lugar y desempeñaba su papel.

»Y el de las señoras ancianas era de lo más simpático.

»Cuando una mujer, según las cualidades más o menos duraderas de su belleza, había pasado de la edad de la galantería, tomaba su partido bravamente: sólo conservaba del cuidado personal lo necesario para hacer soportable la vista de la vejez sin ocultarla, constituíase en anciana y llenaba una misión importante y tutelar para todas las edades.

»Presidía los círculos famosos, distribuía a mujeres y hombres las reputaciones de belleza y talento, facilitaba a jóvenes y viejos la entrada o la salida del mundo, concertaba matrimonios, protegía amores, ponía de moda ciertas caras y determinados libros, enlazaba a menudo intereses frívolos con grandes intereses, tenía escuela de distinguidas maneras, sostenía con la autoridad de las tradiciones el buen lenguaje y la cortesía, y se acostaba tarde.

»Las señoras ancianas ejercían gran influencia. La juventud respetaba a aquellos seres de sexo neutro que de sus primeros años no conservaban sino la gracia y el hábito de agradar, bebiendo en las lecciones de la edad el gusto por servir a los demás y por instruirlos.

»¿Hay algo más amable, más enternecedor que una linda anciana?

»A menos de ser un bastardo o un monstruo, ¿quién no piensa en su madre, a la cual ama o ha perdido, viendo y escuchando a una mujer cuyo corazón carece de tempestades, cuyo rostro está marchito por los dolores y los cuidados de la maternidad, cuya palabra es grave y dulce, su conversación ligera e instructiva, sus observaciones finas y justas?

»Ya no tenemos ancianas así; no hay más que seres del género femenino que se extinguen obscuramente, sin quien las rodée, sin quien las atienda, con recuerdos perdidos para los demás.

»Al cabo de diez o doce años de esplendor y de agitación, una mujer de nuestros días comienza una vida de rabia íntima y de denigramiento contra el género humano.

»Envidia a las que empiezan y sigue sus modas. No esperando ya grandes pasiones, corre tras caprichos humillantes. En el baile de máscaras bulle estrangulada y rejuvenecida a fuerza de ballenas, y comienza por el ingenio una seducción luego destruída por la cara.

»En los salones la toma con todos los renombres, discute las bellezas, pone en duda dientes y cabellos de todos, declara bestias a personas de mérito, sorprende y denuncia miradas, inquieta a los maridos, estorba a los amantes, destruye, hunde, destroza todo en derredor suyo, y parece decir: «¡Aquí estoy yo!»

»No se resigna a envejecer.

»Después de tantos esfuerzos por vivir de mentiras, de blanco, de colorete, de trenzas postizas y de picardías, la mujer madura llega pronto, no a una vejez di-

chosa y alegre, sino a una decrepitud desalentada, al abatimiento, al olvido, a la avaricia y no tiene como en otros tiempos el recurso de la devoción.

»¿Y qué vemos?

»Los jóvenes son menos corteses, menos cuidadosos de los buenos modales y de las conveniencias y casi olvidadizos de los deberes de familia.

»Aparecen mujeres jóvenes, bonitas, buscadas; la moda las eleva; en torno suyo se alza un rumor de cumplimientos, galanterías, valeses y mazurkas. Se les va la cabeza, en cuanto les nacen las alas; vuelan al acaso y sin guía como los pajarillos sin madre; luego, el mejor día, las derriba el viento del escándalo.

»Las personas de ingenio están excluidas de sociedad, porque no hay conversación ni comercio de espíritu posible en medio de ese embrutecedor barullo de buenos valsadores y coquetuelas, en medio de esas mujeres que desaparecen en cuanto ya no pueden bullir en las embajadas, que después del goce de bailar no conocen el de conversar, y que no tienen día de recibir sino cuando no pueden aceptar invitaciones de baile.

»¿Y por qué los jóvenes huyen así de la sociedad y descuidan sus deberes y tradiciones?

»Porque ya no hay ancianas para guiarlos, para estimarlos o excusarlos en sus placeres; y joven por joven, ellos prefieren a las que cenan, a las que fuman, a las que gritan y a las que no les llaman *ángel de mi vida*.

»¿Por qué las mujeres jóvenes quedan comprometidas tan fácilmente y tan pronto?

»Porque no están sostenidas por la autoridad, enderezadas por la experiencia y defendidas por la abnegación de las ancianas.

»¿Por qué el ingenio ya no es más que un comercio y no un esparcimiento? ¿Por qué no hay más que veladas de Strauss y de Levassor, sin aquellas largas horas llenas por la conversación y el discreto intelectual?

»Porque ya no hay ancianas que tengan salón, corrillo, crédito y afición a lo ingenioso.

»Porque ya no hay una mujer de cincuenta años que se atreviese hoy a decir, hablando de su propia juventud, esta encantadora frase de Mad. Du Deffant: «En otro tiempo, cuando era yo mujer...»

## XL

Enrique Mürger bosquejó al difumino el contraste de ese exquisito croquis. He aquí su boceto:

»¿No os ha ocurrido nunca veros distraídos en una de vuestras correrías o en uno de vuestros paseos por la repentina aparición de alguna forma femenil, esbelta, joven, hechicera y andando o más bien deslizándose ante vosotros, con alados pies, ceñido el busto por un flotante rebocillo atormentado por los caprichos del viento, coronada la frente por fresco sombrero florido por una primavera artificial? De pronto y como a pesar vuestro, habéis seguido los pasos de esa desconocida. Sérico o frívolo, olvidáis el motivo de vuestra salida, os apartáis de vuestro itinerario, y esbozando mentalmente una aventura seguís a corta distancia, dando gracias al acaso, a una mujer que ni remota-

mente conocéis, de la cual ignorais posición y nombre, pero que un traje elegante o suntuoso, un aire distinguido, un vago perfume de buena sociedad que deja en pos de sí, os hacen en el acto imaginarla rica, joven y bella; y por estas simples y gratuitas suposiciones, apretáis el paso buscando un medio decoroso de iniciar el primer capítulo de la novela que tan benévolamente improvisáis. Todo esto porque sois joven, aventurero y siempre dispuesto a meteros con cualquier motivo y hasta sin motivo, por la primera senda que pueda alejaros del camino común, por donde marchan las gentes que saben adonde van y cuya existencia está dirigida por el programa de la necesidad. Sin embargo, después de largos rodeos y numerosas paradas, sentís el muy natural deseo de saber si vuestra ciencia de artista o de observador ha tenido o no razón en sus suposiciones. Y aprovechando un amontonamiento de carruajes o cualquiera otro incidente de vía pública que por un instante haya detenido la marcha de vuestra heroína, aceleráis el paso para alcanzarla; la alcanzáis al fin, en el momento en que iba a proseguir su rápida carrera; y a la primera mirada que aventuráis, caéis desde el quinto piso de vuestro ensueño al hallaros frente a una vejestorio con la cara surcada de patas de ganso; y os preguntáis estupefacto cómo habéis podido tomar por una mujer joven a ese medio siglo que andaba sin muletas delante de vosotros. O bien puede acontecer también que aquella a quien habéis seguido un par de horas no haya llegado aún a la edad en que las mujeres debieran tomar el retiro; pero la caída no será menos horrorosa, porque os halláis frente a una fea. Ahora bien; si la vejez es un pecado de que siempre se hace uno culpable con el tiempo, la

fealdad es un crimen originario para el cual no admitimos ninguna excusa.

»En París sobre todo, las mujeres feas o viejas corretean las calles, y en un solo día un joven honesto y bien nacido puede caer diez veces en las redes que tienden las culpables de uno u otro de esos delitos, que con frecuencia se parecen; porque es de advertir que precisamente las mujeres viejas o feas son las más golosas de las persecuciones galantes de los jóvenes y las más aficionadas a dar chascos como los que acabo de decir.

»Pues bien, esto es sencillamente un atentado contra los sentimientos y la sinceridad de quienes en la calle marchan por el camino del correteo y van a caza de aventuras. Y prueba de que por parte de las mujeres feas o viejas eso es una conspiración organizada en grande escala, es que ninguna de ellas se volverá nunca para desmentir la poética y galante suposición de los que la siguen; por el contrario, ¡santo Dios!, aprovechan los profundos estudios que han hecho sobre la teoría de los andares. De ahí esa agilidad, esa desenvoltura que hechiza, seduce, arrastra, irrita la curiosidad; y sostienen un error de que gozan interiormente y se esfuerzan por prolongar, evitando con toda clase de astucias y de contoneos, más provocativos que discretos, el examen de aquellos a quienes están engañando.

»En una civilización que se dice bien organizada, debieran estar severamente prohibidas tales cosas. Son incalculables los graves resultados que pueden producir esos errores, a los cuales todos estamos expuestos. Y en primer término, que, al seguir a una mujer vieja o fea, quizá nos impide esto encontrarnos



con otra joven y bonita: vamos a que nos pique una ortiga, cuando habríamos podido hallar una rosa. Esto es ciertamente un perjuicio muy real y muy serio. Por otra parte, es cosa probada que el encuentro con una mujer fea o vieja es funesto para quien lo tiene. Es un accidente de mal agüero y cuya influencia puede prolongarse largo tiempo. El cielo os parece menos claro, la inteligencia se aploma, piérdese el apetito, el tedio se introduce en vuestros placeres como el gusano en la fruta. La duda y la laxitud se deslizan en vuestros amores; si sois poetas, sentís la vaga necesidad de componer una tragedia. En fin, durante un día entero, ya no sois el mismo: el aspecto de una figura secular o de un feo rostro os ha trastornado así; pensáis en la muerte. Vale más encontrar dos entierros que a una vieja, y tres acreedores que a una fea.

»Pero lo que agrava aun más el crimen y constituye la premeditación, es el sumo esmero que las mujeres feas o viejas ponen en disimular su edad y sus defectos físicos, llamando en su ayuda a todos los recursos de la coquetería y armándose con todas las astucias más sutiles de la elegancia y del tocador.

»Son esas sexagenarias quienes inventan los cortes de vestidos más juveniles y más graciosos. Son las feas quienes lucen las más encantadoras creaciones de la moda: para ellas los diamantes, el oro, la púrpura, la seda de armoniosos pliegues, el terciopelo de magníficos matices, los encajes bordados por hadas obreras; para ellas los tesoros más misteriosos de la naturaleza, perlas, flores, perfumes. Todo lo que, de derecho, fue creado para la juventud y para la hermosura, es en su mayor parte patrimonio de las mujeres

feas y viejas. Pues bien, eso es una usurpación ilegal y enteramente contra la naturaleza.

»Con auxilio de un pedazo de terciopelo, de una vara de encaje, de una piedra centelleante y de un ramo de flores, una mujer fea y vieja puede bajar a la calle y atentar contra la credulidad de quienes la sigan, sobre todo si son cortos de vista —y todos los jóvenes son hoy miopes—; y cada uno de esos atentados puede ocasionar las graves desgracias antedichas.

»De ahí resulta que ya no estamos seguros en París. Y todas las personas movidas por el amor al bien, que es igualmente el deseo de lo bello, deben protestar contra tal estado de cosas y esforzarse sobre todo en ponerle remedio.

»Como nosotros no somos de aquellos que se limitan a indicar el mal, daremos a los especialistas que quieran estudiar el asunto un medio que hace largo tiempo hemos imaginado.

»A las mujeres feas debería obligárselas a ir vestidas con un uniforme que pudiese darlas a conocer desde lejos: un traje de lana gris, una toca de viuda con un velo espeso como la niebla, un calzado burdo y medias de lana negra.

»Las medias blancas y los botitos les quedarían severamente prohibidos: dan relieve a la pierna, y está probado que la generalidad de las feas tienen una pierna muy bonita.

»En cuanto a las mujeres viejas, debieran estrictamente ir vestidas de amarillo, de pies a cabeza: ninguna flor, ningún diamante, ninguno de esos adornos que corresponden a otra edad.

»Además, ni feas ni viejas podrían bajo ningún pretexto penetrar en los bailes, espectáculos y otros lu-

gares de público esparcimiento. Tendrían para ellas bailes privados y reuniones particulares; pero entonces no querría ir allí nadie, y se morirían de aburridas.

»No vemos ningún inconveniente en ello.

»Estableceríase un tribunal especial para juzgar a las delincuentes, con arreglo a un código redactado por mujeres jóvenes y guapas.

»Y así andaría todo bien.»

## XLI

Oigamos ahora a Alfonso Karr, que conoce tan bien a las mujeres y las ama tanto:

«La mayoría de las mujeres no nos aman; no eligen a un hombre porque lo aman ellas, sino porque les agrada que las ame él. Las mujeres quieren demasiado el amor de todo el mundo; pero hay pocas gentes de quienes ellas amen la persona.»

«Una mujer que ama a un hombre de talento le quiere menos por el talento que tiene que por el talento que se le atribuye. Poco apetecido por las mujeres es un hombre que ellas creyesen no arrebatarlo a ninguna. No es por tenerlo, sino por quitarlo a otra, por lo que toman un amante. Si una mujer amase a la peste, no faltaría otra mujer para hacer infiel a la peste y tratar de quitársela a la primera.»

---

«La amistad entre dos mujeres no es nunca más que una conspiración contra otra tercera.»

---

«Sólo un hombre que ama a las mujeres es quien puede por ello haber sufrido lo suficiente para sabérselas y decir algo malo de ellas.»

---

«Cuando una mujer aparece muy adornada en un salón; cuando sus atavíos, ricos, suntuosos, de buen gusto, eclipsan al instante a los de las demás mujeres, parecele que nada falta para su felicidad, y su rostro se embellece con la idea de esepreciado triunfo. Sin embargo, conviene advertir una cosa a las mujeres acerca de este particular, y es: que basta que una mujer tenga un vestido o un sombrero nuevos, para que todas las demás mujeres estén dispuestas a admitir como hecho probado e incontrovertible y a propagar con ahinco toda calumnia que a cualquiera se le ocurra acerca de ella.»

---

«Una de las bendiciones que la devoción atrae innegablemente sobre las mujeres que la practican con asiduidad es el aumentar en subidísimo grado ciertas facultades. Así, a menudo me ha chocado el acrecentamiento de la memoria en algunas mujeres que van con regularidad a la iglesia «los domingos y días de fiesta». En efecto, ¿no es sobrehumano que una mujer haya pasado hora y media en un templo, haya rezado, haya seguido la misa en el devocionario sin saltarse una línea, y sin embargo, pueda detallaros, sin omitir la menor prenda, la vestimenta de las doscientas o trescientas mujeres que estaban en él al mismo tiempo que ella? No echa en olvido ni el calzado ni los guantes, y

nunca atribuye a una de las fieles los encajes o las alhajas de otra. Esto exige, como antes decía, un gran perfeccionamiento de la memoria, pero además un singular y fenomenal desarrollo de la vista. Porque las fervorosas personas colocadas a derecha e izquierda y detrás de ella no quedarán en más olvido que las situadas delante, —y las habrá visto, y habrá retenido con exactitud todos los detalles de su vestir, hasta los más insignificantes en apariencia, sin que haya de echársele en cara distracciones notablemente visibles, ni reiterados movimientos de cabeza.»

---

«¿Por qué los poetas y los pintores representan por mujeres a las más grandes calamidades de la humanidad: la Guerra, el Hambre, la Peste, la Muerte, las Parcas, las Furias, las Harpías, las Sirenas?

»Añadamos también que las más bellas cosas también son significadas por mujeres: la Justicia, la Virtud, la Piedad, la Beneficencia, la Gloria, etc. Es que las mujeres son extremadas en todo.—La belleza y las virtudes de las mujeres son superiores a las virtudes y la belleza de los hombres; pero una mujer fea y perversa, es más fea y más perversa que el más feo y perverso de los hombres.

»La avaricia es una palabra femenina: sin embargo, los pintores no se atreven a representar una mujer avara; siempre manifiestan por un hombre esta horrible pasión.»

---

«He oído decir a una mujer: «No es cómodo ser viuda; es preciso recuperar toda la modestia de la joven soltera, sin poder ni aun fingir su ignorancia.»

---

«Cada mujer cree haber llegado precisamente al grado de virtud y castidad que se necesita tener.—Sin hacerse de rogar, cada mujer acusa de cortesana a la que tiene menos virtud que ella; y de gazmoña y mojjata, a la que tiene más que ella.

»En vez de formaros una imagen de mujer según los novelistas y los poetas, redactad una nomenclatura algo completa de todos los males que puede causaros vuestra mujer o vuestra querida: puede haceros traición y poneros en ridículo; puede arruinaros; puede calumniaros; puede envenenaros, etc..., etc. Los ejemplos de estos diversos procedimientos no son raros; tenéis donde escoger. Pues bien, alegraos de que no os haya acontecido nada de lo que tengáis puesto en la lista, y agradecédselo a la compañera de vuestra vida.»

«Y cádate, —digámoslo de pasada—, cómo esta pequeña colección de todo lo malo que se ha dicho de las mujeres puede tener una gran utilidad práctica y moral. ¿Qué bello prefacio filosófico no hubiera yo podido componer sobre esta idea? ¡Pero he caído en ello sobrado tarde!»

## XLII

El autor de *Indiana*:

«La mujer es imbécil por naturaleza. Parece como si, para contrapesar la eminente superioridad que sus delicadas percepciones le dan sobre nosotros, el cielo

hubiese puesto de propósito en su corazón una vanidad ciega, una idiota credulidad. Para apoderarse de este sér tan sutil, tan flexible y tan penetrante, tal vez basta con saber manejar el elogio y halagar su amor propio. A veces los más incapaces de adquirir cualquier ascendiente sobre los hombres lo ejercen sin límites sobre el ánimo de las mujeres. La adulación es el yugo que tanto hace doblarse a esas cabezas ardientes y ligeras.»

Un gran matemático ha dicho:

«El cerebro de las mujeres es una esponja de prejuicios.»

Alfredo de Musset:

«Los conozco, conozco a esos seres hechiceros e indefinibles. Estad persuadidos de que gustan de que les echen polvos en los ojos; y cuanto más se les echan, tanto más los abren para que más les entren.»

Pablo de Musset:

«Una reina es una mujer. Gasta faldas como las demás. Todas las que tuvieron debilidades por simples súbditos no han ido a contárselo al Papa. Las mujeres que nunca han amado sino a sus maridos son más raras que las perlas hundidas en el seno del mar; y el enamorado que se calla no tarda en ver a otro apoderarse del bien que respetó.»

## XLIII

Edmundo About, en *Guillery*:

BRID'OIE, *llorando*.

»¿Había hecho yo algo para merecer esto?

TRUPLIÈME, *lo mismo*.

»Sí, pegas demasiado a tu mujer.

BRID'OIE, *lo mismo*.

»¡Pero, si es por principios! He leído en un libro que los romanos, hombres muy avisados, ponían siempre en el ajuar de boda una buena vara de cormal.

TRUPLIÈME, *lo mismo*.

»¿Y crees tú que a los romanos no les engañaban?... Pero, ¿qué te importa eso? ¿Es que amas a tu mujer?

BRID'OIE

»¡Yo! ¡La detesto, la desprecio, me da horror! ¡La considero como un animal inferior, caro de vestir, caro de alimentar, fatigoso para sacarlo a paseo, difícil de divertir e imposible de gobernar!... Pero ¡cada uno tiene su amor propio!»



## XLIV

P. J. Stahl:

«Cuando pienso que hay hombres bastante atrevidos para mirar de frente a una mujer, para acercarse a ella, para darle la mano y para decir sin morirse de espanto: «¿Quiere usted casarse conmigo?», no puedo menos de admirar hasta dónde llega la audacia humana.»

«El único milagro que aún se hace, —verdad es que en fuerza de producirse ese milagro, que ya no asombra a nadie, deja de serlo, —es el de la hechicera Circe, quien convertía en bestias a los hombres.»

«Con justo motivo ha quedado siendo célebre la isla de Itaca: una mujer fue fiel en ella.»

«Las mujeres no tienen gusto ni disgusto. No hay monstruo de estupidez o de fealdad que se vea reducido a morir virgen o célibe como tenga 200.000 libras de renta.»

«Por bello que sea el camino que se recorra con una mujer, llega un momento en que, para distraerse uno, no hay más remedio que ir contando los hitos de la carretera.»

«El amor es un alquimista. Un enamorado es casi

siempre un hombre que, habiéndose encontrado un pedazo de carbón, lo guarda cuidadoso en el bolsillo diciendo: «¡Es un diamante!»

«No es preciso quemar a la mujer a quien se adora, para saber que del más bello ídolo no puede quedar sino un poco de polvo.»

## XLV

Carlos Nodier:

«Se ha notado que, de todos los animales, los que más tiempo pierden en arreglarse al tocador son los gatos, las moscas y las mujeres.»

La señorita de Scudéry:

«En cuanto a las mujeres, si no hubiera pasiones en el mundo, yo no sé en qué se ocuparían. Porque como son las más débiles, si su belleza no hiciese nacer el amor en el corazón de los hombres, y no hiciera en ellas las veces de la fuerza, parece que sería preferible ser una bella mosca que una mujer bella. Pues, aparte de que con seguridad serían esclavas, también es cierto que se verían en una ociosidad muy aburrida, ya que no sabrían qué hacer de todo el tiempo que emplean en adornarse.»

Teófilo Gautier:

«No hay resistencia más furiosa que la de una mujer que tenga las rodillas mal formadas.»

## XLVI

Julio Janin:

«Tenía por nombre *Esperanza*, y por apellido *Lo-quiero*. Su abuela se llamaba *A-escape*. Al contrario de lo que ocurre en el mundo de la política y de la literatura, cumplía más de lo que quería prometer. *Esperanza Lo-quiero* nunca fue madre de nadie, y sin embargo, ha dejado muchos hijos.»

«Mad. de Jallais reunía, para su gloria y en perjuicio suyo, en su persona pulida y altiva, todos los contrastes. Era seria y alegre, imprevista y tranquila, insolente y buena. Tan pronto reía, tan pronto lloraba. Sus ojos eran azules, con un claro reflejo negro, además. Vista de un modo era morena, y vista de otro era rubia; con una vivacidad, una melancolía, un contento, un encanto, que daba envidia, daba temor, capaz de infundiros genio, capaz de volveros estúpido. Daban iguales deseos de adorarla y de pegarla. Tenía raptos de cólera hechiceros, y sonrisas que os mordían el corazón. Quien la viese sin amarla sería un loco; quien la hubiese amado sin echarla de menos, sería un bestia. Amable y violenta, mezcla de felicidad y de arrepentimiento.»

## XLVII

Michelet, en su libro *La Mujer*, ya citado:

«Las mujeres, que tienen entre ellas un destino aparte y tantos secretos comunes, debieran amarse un poco y sostenerse unas a otras, en vez de hacerse la guerra. Se perjudican en mil cosas, indirectamente. La señora rica, cuyo lujo transforma el vestir de las clases poco acomodadas, hace gran daño a las muchachas. Impide su matrimonio: ninguno que viva del trabajo se atreve a casarse con una muñeca tan costosa en vestidos. Se queda soltera, y supongamos que es señorita de mostrador o de caja en un almacén; pues allí mismo la dama también le perjudica. Prefiere entendérselas con un hortera de traje negro, adulador, más mujer que las mujeres. Los dueños de almacenes se han visto por eso obligados a sustituir con grandes gastos el dependiente masculino al femenino, que le costaba mucho menos.

»¿Qué será de ella? Si es bonita, a los veinte años será una entretenida y pasará de mano en mano. Marchita bien pronto, antes de los treinta años parará en costurera y hará labor para tiendas a razón de cincuenta céntimos diarios. Ningún medio de vivir que le impida pedir cada noche su pan a la vergüenza.

»De ese modo, por un terrible desquite, la mujer de todos va haciendo cada vez más económico el celibato, inútil el matrimonio. Y la hija de la dama no podrá casarse.»

«Las mujeres, que saben tan bien lo que sufre su sexo, debieran amarse, sostenerse. Pero ocurre lo contrario. ¡Cómo! ¡El espíritu de competencia y las envidias son muy fuertes! La hostilidad es instintiva; sobrevive a la juventud. Pocas señoras perdonan a la pobre obrera, a la sirvienta, el que sean jóvenes y bonitas.»

## XLVIII

Alejandro Dumas, hijo, en el *Proceso Clémenceau*, acerca del peligro de la belleza en las mujeres:

»Cuando se comete esa primera locura de casarse, es preciso no hacer esa otra locura de casarse con una mujer excepcionalmente hermosa.

»Esta clase de mujeres no está en la tierra para los goces íntimos de la vida conyugal. Hay que cantarlas, pintarlas, esculpiras, amarlas; pero casarse con ellas, ¡jamás! Dignidad, pudor, conciencia, inteligencia del bien, sentimiento de la familia, del deber y de la maternidad, hasta el mismo amor, son letra muerta para ellas, todo eso es patrimonio de las mujeres como la generalidad: a cada uno su lote. Nacidas para el placer, aquellas damas no conocen otras leyes que sus caprichos; están aquí abajo para inspirar, no para sentir, y no aceptan nada que pueda esclavizar o alterar su belleza. Toman el matrimonio como un trampolín: desde él saltan guapamente a la galantería. Por lo demás, poco les importa el marido; a no ser que se halle en una posición que a ellas les sirva para poner

de relieve su hermosura. El amante les importa aún menos. Por lo común, no se cuidan de la clase, ni del entendimiento, ni de la edad del adorador. Brillar y reinar: he aquí su misión. Aseméjense a los soberanos, para quienes todas las aclamaciones son buenas, cualquiera que sea la boca de donde salgan. Cuanto de más abajo venga el humo del incienso, más grato les será algunas veces. Si no tuviesen a mano más que un lacayo o un albañil, necesitarían la adoración de ese albañil o de ese lacayo. Pudiera citarse más de una que ha descendido hasta ahí.

»La fábula de Diana y del pastor, preferido a los dioses, no significa otra cosa. De ahí las audaces liviandades y los escandalosos amores de las bellezas célebres, amores de los que sin razón se extraña la posteridad. Esa anomalías son lógicas. La belleza, como toda soberanía, sólo admite vasallos. Pues bien, para una mujer notablemente hermosa, un hombre notablemente hermoso no es un admirador ni un amante: es un igual, es un enemigo. Si se entrega a él, no se regala, sino que se trueca. Tampoco el hombre célebre les hace gracia, porque ellas no serán más que su séquito en la glorificación futura de él; por eso prefieren un imbécil, bien embobado, bien dominado, bien encadenado. No quieren compartir con nadie la admiración que ellas inspiran, así como tampoco participan de la sensación que causan.

»¿Adónde va esa admirable criatura, vestida de terciopelo y de seda, en ese carruaje abierto forrado de satén? Todo el mundo, desde el millonario hasta el mendigo, vuelve la cabeza para verla pasar. Detiéndose delante de una iglesia, cuyas gradas sube majestuosamente a la hora en que está desierta de fieles; va

a lo largo de una de las naves bajas y se esfuma bajo las bóvedas. Cuando llega a la altura del presbiterio, toma agua bendita, hace la señal de la cruz, dirige atrás una mirada, desaparece por una puerta baja que se abre y se cierra sin ruido sobre una escalera de pocos peldaños, al pie de la que un ciego oficial mascullea una oración. Pasa por delante de ese mendigo sin mirarlo, se asegura de que no la conoce ninguno de los transeúntes, y salta dentro de un coche de alquiler parado allí desde unos minutos. Esa mujer habita en un palacio; tiene un marido respetable, a veces ilustre; el mundo la mimó, la lisonjeó, apenas la deja una hora libre de vez en cuando. Esa hora va a pasarla ella en un cuarto de fonda, casi en un cuchitril, donde la espera un hombre obscuro, feo y viejo quizá, pero a quien ella da honor y deslumbra, que se prosterna ante ella y cuya adoración llega al estupor, al éxtasis, hasta el frenesí. Para los suyos ella no es más que hermosa, la más hermosa de las mujeres, si queréis; para ese hombre, ¡es diosa! ¡Y no necesita más!

»En una postura rebuscada, con estudio, que la hace valer, sin velos, risueña, se entrega a ese mortal fascinado, y contempla con ojos curiosos cómo la ama él, comparando la expresión de éste con la expresión del de más allá. Porque es refinada esa mujer; porque su mente y sus sentidos necesitan reflexiones, analogismos y contrastes extraños. Esa noche se dará el mismo espectáculo con su marido; mañana con otro amante. Un día, sin decirles por qué, pues esto no la divertiría, ya no volverá a ver a esos hombres, ya no volverá a conocerlos; y si por ello sufren, si por ello se mueren, pues bien, ¡tanto mejor! Verá cómo se sufre, después de haber visto cómo se ama. Tales son esas pálidas y

mudas divinidades de la India que exigen un culto de sangre y que, mientras los fieles arrojan a sus pies las tiras de su carne palpitante, miran tranquilas el horizonte con ojos de piedras preciosas.»

Octavio Feuillet:

«Una mujer bonita es cosa buena durante un año, durante dos; pero desde el tercer año, ¿qué os importa el gracioso corte de aquella cara? ¿Qué os importan ese talle y ese pie y esa mano, adorados, admirados y comentados durante tan larga serie de lunas? Si en lo sucesivo amáis algo en esa mujer, es a vuestra esposa y no a la mujer bonita. La mujer bonita ya no es más que un lujo importuno, un patrimonio de inquietud, una muestra peligrosa, que tiene su parte llamativa vuelta hacia la calle y de la que sólo tenéis vosotros el reverso; no es más que un aparato para atraer el rayo.»

«La mayor parte de las mujeres, según creo, se pasan la vida en despojar de sus frutos, maduros o verdes, al viejo árbol de que Eva gozó las primicias. Y tal es el atractivo del fruto maldito, que hasta las mujeres honradas no pueden resignarse a morir sin haberle dado un mordisco.»

«Llega un día en que a lo mejor le acomete una impaciencia febril, una desesperada avidez de saber. La esposa entonces se vuelve adusta, y la madre negligente: no se da cuenta del objeto de su turbación, ni del fin de su ansiedad. Pero su humor y su lenguaje se alteran, sus preocupaciones confusas se manifiestan a pesar suyo: ora se hace la niña, como para suplicar



que se le diga todo; ora se avejenta y quisiera parecer perversa, a fin de que ya no existan razones para que se le oculte nada.»

«Si llega una edad en que a las mujeres honestas les dan tentaciones por lo malo, en cambio las que no lo son tienen sus crisis de virtud. Pero perderse es más fácil que salvarse, y esos caprichos de honestidad no son sino comedias que a sí mismas se representan para divertirse un momento. Se colocan en la cara una mascarilla de virtud para saber qué tal les sienta, y no pasan de ahí.»

Eduardo de Pompery:

«Para la mujer toda lisonja es buena. El deseo de agradar es tan violento en la mujer, que bebe los halagos como una gata en ayunas bebe leche.»

Beauchêne:

«Las mujeres son más felices por el amor que inspiran que por el que sienten. A los hombres les pasa todo lo contrario.»

## XLIX

«El tipo de la mujer coqueta, «que sólo conoce del amor el que ella inspira», data de remotísima antigüedad, puesto que Afrodita (Venus) está representada en el himno homérico como fría e insensible, pero ocupada siempre en inspirar de una manera irresistible»

ble sentimientos amorosos a los dioses, a los hombres y a los animales.»

Eduardo de Pompery:

«Por el carácter propio de su inteligencia, la mujer repugna todo concepto abstracto. Seguir un razonamiento es para ella una pena, y generalizar es un esfuerzo odioso.»

«Su curiosidad es viva y penetrante, pero no tiene profundidad ni persistencia.»

## L

El abate Bouchitté, cuando delante de él se elogiaba con entusiasmo la hermosura de una mujer, solía interrumpir diciendo:

- «—¿Come?  
 »—¿Hace usted el favor? ¿Qué dice usted?  
 »—Pregunto que si come.  
 »—No lo sé aún; pero creo que sí.  
 »—¡Puf! Entonces...  
 »—¿Por qué puf?  
 »—¡Porque yo no admito una mujer que coma!  
 »—Pero ¿es un crimen el comer?  
 »—No, el acto de comer no es un crimen en sí mismo; lo que yo repruebo absolutamente en una mujer es... lo que sigue.  
 »—Pero ¿qué?, vuelvo a repetir.  
 »—¡Puf, le digo a usted! ¡No hablemos más de ello!»

## LI

Gavarni, Cham, Bertall, Daumier y el *Charivari* dibujaron a lápiz agudos bocetos con que desearía yo adornar estas páginas; con su ligereza graciosa y su alegría sin acritud corregían la áspera ironía o la amargura de tantas sátiras.

Recuérdese lo que publicaba Luis Huart en un número del *Charivari*:

## «UNA NOTICIA INVEROSÍMIL

»Todos los periódicos han dado cuenta de una extraña noticia, sin añadir la más mínima observación. He aquí la noticia: «Recientemente acaba de zarpar de Londres para la Australia un buque cargado con novecientas mujeres; todas ellas tienen excelente constitución y buen carácter.»

»Admito que se pueda garantizar la excelencia de la constitución de novecientas mujeres. Pero certificar que todo un cargamento femenino está compuesto de damas de buen carácter, me parece un aserto más que atrevido.

»Mujeres tan perfectas desde todos puntos de vista no hubieran necesitado emprender un viaje de mil quinientas leguas para encontrar maridos. Semejantes tesoros se los disputarían en Inglaterra y hasta en Francia. ¿Qué les parece a ustedes? Serán de mi parecer.

»El reclamo matrimonial hecho a favor de ese car-

gamento supera a lo que nunca se ha permitido monsieur Willaume mismo, el inventor de la especialidad.

»Sé que es difícil colocar ventajosamente y en breve tiempo a novecientas mujeres, ni aun en Australia, donde ese artículo tiene mucha demanda. Pero eso no es razón para mandar imprimir en papeles públicos ingleses, y serios por tanto, que todas esas damas tienen buen carácter.

»La mujer fuerte y dulce es casi tan rara como el mirlo blanco, ave que no se encuentra con facilidad en ningún país, como deben ustedes de saberlo a poco que entiendan de cazador o de disecador.

»Hay un punto acerca del cual no nos dan ninguna explicación los diarios ingleses, y eso que no deja de tener su importancia: esas novecientas mujeres, ¿han sido dirigidas a la Australia por un especulador, por un exportador de mujeres al por mayor, o se han dado cita ellas en el mismo barco para intentar la aventura por su propia cuenta?

»Pueden admitirse una y otra hipótesis; pero, sin embargo, me inclino a la del exportador. Lo que me hace admitir esta suposición es la manera cómo está redactada la nota de que al principio hablamos.

»Si cada una de esas novecientas mujeres viajase con plena libertad, estemos seguros de que hubiéramos tenido novecientos reclamos diferentes; lo cual, en verdad, hubiera sido mucho.

»Después de todo, quizá esas damas reserven los anuncios para los periódicos de la Australia. En cuanto desembarquen en Hobart-Town, harán insertar en los *Noticieros* de la ciudad avisos concebidos poco más o menos en estos términos:

«*Aviso a los célibes!*—Acaba de llegar de Inglaterra una señorita joven, rubia, de buena constitución y de buen carácter. Desea casarse lo más pronto posible. Dirigirse al hotel de *La Pintada Negra.*»

»O bien este otro:

«Una joven viuda, no menos robusta que dulce, está enteramente dispuesta a labrar la felicidad de otro nuevo esposo. Recibirá proposiciones durante ocho días. Al noveno, concederá su mano al candidato que le parezca más digno. ¡Circúlese!»

»O bien este otro:

«*¿Quién quiere casarse?*—Tres inglesas, de las cuales dos son italianas, han llegado recientemente de Europa. Les importan menos las deferencias que una gran fortuna. Para informes, diríjase a M. Thomson, de Londres. Esas tres damas tienen excelente carácter, garantizado por un año.»

«¡Poder elegir entre novecientas mujeres! ¡Harto felices los australianos, si aprecian su dicha!»

### LII

En resumen, querido lector: ¿te parece que los franceses sean con mucho más galantes y más favorables para las mujeres que los hebreos, los griegos y los latinos?

Y adviértase que hubiera sido muy fácil multiplicar estas citas.

## LIII

Podría añadir ahora extractos de otros escritores modernos, —italianos, españoles, ingleses, alemanes, rusos, etc.

Entre los primeros, ¿hay algo más violento, algo más repulsivo a veces, que la invectiva de Boccaccio contra las mujeres rotulada: *Laberinto de amor*?

¿Cuánto no me suministrarían también Maquiavelo en sus comedias, Ariosto en sus poemas, —ya he citado más arriba algunos versos suyos—, y el harto famoso Aretino? Pero éste, aún más que los otros, debe pasarse en silencio, como en Francia al marqués de Sade.

## LIV

Entre los segundos, en *La Celestina*, tragicomedia, o más bien semidrama, seminovela, del bachiller Fernando de Rojas, —que, concluída hacia el año 1492 y durante el célebre sitio de Granada, fue la primera obra de consideración y el origen del teatro español—,

Sempronio dice a Calixto para apartarle del amor (1):

«Leed los historiadores, estudiad los filósofos, los poetas: sus obras están llenas de esos vergonzosos ejemplos y de los desventurados fines de los que, como vos, hicieron demasiado caso de las mujeres. Leed a Salomón: dice que las mujeres y el vino hacen apostatar a los hombres. Tomad consejo de Séneca, y veréis hasta qué punto las estima. Escuchad a Aristóteles, consultad a San Bernardo: gentiles, judíos, cristianos y moros, todos están conformes en este asunto. Sin embargo, a pesar de lo que he dicho y de lo que pudiera decir de ellas, no creáis que sea preciso generalizar; hay entre ellas muchas santas, virtuosas y nobles, cuya esplendente corona redime el vituperio en que las otras incurren. Pero, en cuanto a estas últimas, ¿quién bastaría a citar sus mentiras, sus intrigas, su versatilidad, su impudor, sus lloriqueos, su falsía, su audacia? ¿Quién es capaz de saber todo lo que piensan, todo lo que hacen sin vacilar? ¿Quién definiría su disimulo, su charla, su bellaquería, su infidelidad, su ingratitude, su inconstancia, su descaro, su presunción, su vanidad, su locura, su bajeza, su gula, su suciedad, su pusilanimidad, sus burlas, su vergonzosa complacencia? ¡Ved cuán poco seso se esconde bajo esos tocados ricos y altos; qué pensamientos se agitan bajo esas gorgueras almidonadas, bajo esas vestimentas fastuosas, bajo esas faldas amplias e imponentes! ¡Qué de vergüenza y de imperfección se en-

---

(1) Por no tener a mano en el momento ninguna edición española, deploro la necesidad de *verter* del francés lo que se escribió en *castellano*. ¡Nunca mejor dicho que en este caso, el llamar *verter* a *traducir*!—L. M.

cuentran bajo esos templos brillantes de colores! De ellos se dijo: «Armas del demonio, cabeza de pecado, destrucción del paraíso! ¿No habéis leído el libro de *La fiesta de San Juan?*: «He aquí la mujer, la antigua malicia, que expulsó a Adán de las delicias del paraíso; ella es quien ofrendó el género humano a las llamas del infierno; ella la maldita por el profeta Elías, etcétera.»

## CALIXTO

«Dime, ¿por qué Adán, Salomón, David, Aristóteles, Virgilio, en fin, todos esos de quienes hablas, se han sometido, no obstante, a las mujeres? Y yo, ¿soy más que ellos?»

## SEMPRONIO

»Imitad a quienes las vencieron y no a aquellos que por ellas fueron dominados. Huid de sus perfidias; sabed que hacen cosas incomprensibles; no tienen ni medida, ni razón, ni ilación en las ideas; niegan rigurosas lo que están ávidas de ofrecer; insultan en la calle a quien atraen luego a su zaquizamí; invitan y despiden; llaman y rechazan; hablan de amor y expresan odio; se irritan por una pequeñez y se sosiegan en un instante; quieren que se les adivinen los deseos todos. ¡Oh, qué plaga, qué aburrimiento, qué tedio es tener que tratarse con ellas mayor tiempo que los breves instantes en que son buenas para el placer!

## CALIXTO

»Escucha: cuanto más me hablas de ello y más inconvenientes me demuestras, tanto más siento que la amo. ¡Yo no sé que es!»



## LV

Un proverbio español dice:

«La breva verde y la moza de posada maduran a fuerza de sobadas.»

---

En una litografía de Gavarni, un portero viejo dice a una griseta que está apoyada contra la portería y se ocupa en pelar una manzana:

«Señá Norina. —¿Qué?—Hace cuarenta años metía el diente a las manzanas verdes y no me disgustaban las mujeres maduras. —¿Y después?—¿Después?... en cuanto me han gustado las manzanas maduras, me empezaron a gustar las mujeres verdes. —¡Viejo verde, váyase a comer manzanas cocidas!»

---

En España también, ¡cuántos rasgos picantes podría recolectar en *La mogigata* de Moratín, en Miguel de Cervantes, en Tirso de Molina!

---

## LVI

Entre los ingleses, las mujeres no son mejor tratadas.—Walter Scott las acusa de curiosas: «Después de los negocios del corazón, los negocios de los vecinos son los que más interesan al bello sexo.»

---

De Byron pudiera citarse el *Don Juan*, todo entero.

Douglas Jerrold, en un libro picaresco que cité más atrás, en una nota, a propósito de un rasgo de Juvenal:

«Cuando varias mujeres parlotean juntas, ponen en común todos los defectos de sus maridos, como los niños ponen en común sus golosinas y sus manzanas para celebrar un buen banquete con todo ello.»

Shakespeare, él solo, nos proporcionaría amplia provisión de maledicencias. Ya he insertado de ellas dos o tres párrafos.

Al final del segundo acto de *Cimbelina* exclama Póstumo, como recordando a Eurípides:

«¿No podrían reproducirse los hombres sin hacerlo a medias con las mujeres?... ¡Oh, si pudiera descubrir lo que en mí hay de la mujer! Porque el hombre, lo afirmo, no tiene un movimiento vicioso que no le venga de la mujer. De ella proceden la mentira, la adulación, el fraude, la impudicia, los pensamientos obscenos: todo eso le viene de ella, de ella sola; lo mismo que la venganza, la ambición, la codicia, los caprichos, la maledicencia, la inconstancia. Todos los defectos que se pudieran nombrar y que el infierno conoce, todos o la mayoría proceden de la mujer. ¿Qué digo? ¡Proviene de ella todos!... Lleva la inconstancia hasta en el vicio: cambia un vicio que data de un minuto, por otro más nuevo todavía. Quiero escribir contra las mujeres, detestarlas, maldecirlas. Pero la mayor prueba de odio que les puedo dar, es desearles que se cumplan todas sus voluntades. Los mismos demonios no podrían inventar un suplicio más grande para ellas.»

En el tercer acto de *Como gustéis*, Rosalinda, disfrazada de hombre, dice a Orlando:

«Tenía yo un viejo tío que en sus mocedades había vivido en sociedad, y era ducho en galanterías puesto que estuvo enamorado. Muchas veces le oí moralizar contra el amor; y doy gracias a Dios de no ser mujer y de no tener el montón de defectos que achacaba al sexo en general.

ORLANDO

»¿Podíais recordarme algunos de los principales defectos que imputaba a las mujeres?

ROSALINDA

»Ninguno era principal, parecíanse todos como monedillas de cobre; cada defecto a su vez parecía monstruoso, hasta el instante en que el defecto siguiente venía a rivalizar con él.»

En el segundo acto de *Otelo*, Yago, hablando a su mujer y a Desdémona, dice:

«¡Vaya, vaya! Sois cuadros mudos fuera de vuestra casa, campanas en vuestros locutorios, panteras en vuestras cocinas, santas hipócritas cuando se trata de hacer daño al prójimo, diablas cuando se os ofende; y empleáis en la cama útilmente el tiempo que perdéis en vuestros hogares.

DESDÉMONA

»¡Uf, maldiciente!

YAGO

»Os juro que todo eso es verdad, y si no que me vuel-

va turco. Os levantáis para no hacer nada, y os acostáis para empezar el trabajo.

EMILIA

»No seré yo quien te encargase de escribir mi panegírico.

YAGO

»Harías bien.

DESDÉMONA

»¿Qué diríais de mí siuviéseis que alabarme?

YAGO

»Señora, dignaos no someterme a esa prueba: fuera de la sátira no sirvo para nada.

DESDÉMONA

»¡No importa! Intentadlo... Vamos, ¿cómo os las arreglaríais para elogiarme?

YAGO

»Estoy pensándolo; pero, a la verdad, mis ideas se agarran a mi cerebro como la liga al paño; no puedo arrancarlas sin llevarme un trozo. Sin embargo, mi musa pare y he aquí lo que da a luz: «Mujer a la vez hermosa y espiritual, pone su belleza al servicio de su ingenio.»

DESDÉMONA

»¡Eso está muy bien alabado! ¿Y si es fea y espiritual?

YAGO

»Si es fea y tiene ingenio, acoplará su fealdad a la belleza de un guapo mozo.

DESDÉMONA

»¡De mal en peor!

EMILIA

»¿Y si es hermosa y necia?

YAGO

»Nunca es necia una mujer hermosa; siempre tendrá el talento de hacer un heredero.

DESDÉMONA

»Esas son añejas y ridículas zumbas destinadas a hacer reír a los tontos en una taberna. Entonces, ¿qué lastimoso panegírico haríais de quien es a un tiempo fea y necia?

YAGO

»No hay mujer, por fea y necia que fuere, que en asuntos de malas pasadas no sepa tanto como las mujeres hermosas y espirituales.

DESDÉMONA

»¡Qué absurdo! ¡A la peor es a la que elogiáis más! Pues ¿qué alabanzas otorgaríais a la mujer verdaderamente digna de elogios; a la que, fuerte con su mérito, impone la aprobación hasta a la misma perversidad?

YAGO

»La que aun siendo hermosa no es altanera; que, sabiendo manejar la palabra, sin embargo, sabe callarse; que, no careciendo nunca de oro, no gusta del fausto; que, después de haber dicho *ahora podría*, reprime su deseo; que, estando irritada y pudiendo vengarse, olvida la injuria y acalla su resentimiento; aquella cuya cordura no fue jamás tan frágil como para trocar una cabeza de merluza por una cola de salmón; aquella que sabe pensar y guardar el secreto de su pensamiento; que, viéndose seguida de adoradores, nunca vuelve la cabeza; esa mujer, —si alguna vez existió—, está hecha...

DESDÉMONA

»¿Para qué?

YAGO

»Para dar de mamar a cretinos y beborrotear cerveza suave.

DESDÉMONA

»¡Vaya una conclusión absurda e impertinente! —No tomes lecciones de él, Emilia, aunque sea tu marido. —¿Qué decís vos, Casio? ¿No le encontráis satírico, profano y licencioso?

CASIO

»Señora, habla con una franqueza grosera; el oficio de soldado le cuadra mejor que el de pedagogo.»

---

No hay sátira más sangrienta contra las mujeres que la escena de RICARDO III, donde este monstruo,

manchado de crímenes y chispeante de verbosidad, detiene a Ana al acompañar ésta al cadáver de su suegro el rey Enrique VI, asesinado por él; y allí, en presencia del cuerpo de su víctima, encuentra medios, por la ironía, por la insinuación, por la lisonja, por la elocuencia, para convertir poco a poco en amor el odio de aquella mujer indignada, ¡a cuyo marido también había matado!

¡Cosa singular! Fijándonos en ello, es poco más o menos el mismo dato que el de *La matrona de Efeso*, imitado de Petronio por La Fontaine. Pero, ¡en qué otro tono, en qué otro registro, en qué otras proporciones trágicas! Sin embargo, en el fondo la misma idea, la misma ironía, la misma sátira contra la fragilidad femenina y contra esos arrebatos de los sentidos a los que nada detiene, en el seno mismo del dolor.

¿No basta? ¿Es necesario, después de Shakespeare, recorrer toda la literatura inglesa para llegar a la *Escuela de la maledicencia*, de Sheridan?

¿O hasta esa ironía de lord Byron citada más atrás?

¿O hasta este refrán inglés: «Las solteronas llevan a los micos al infierno?»

¿O hasta este pensamiento de Hayley, en su libro intitulado: *Ensayo filosófico, histórico y moral sobre las Solteronas, por un amigo de ellas?*:

«Aconsejo a las solteronas que eviten todas las galas exteriores que la juventud se ha apropiado, y sobre todo el uso de cintas de color de rosa, por las cuales sienten mucha inclinación. Un pícaro a quien conozco declaraba que toda solterona que se presenta adornada con galas de ese color parecía un barco

en peligro haciendo señales de angustia e invitando al primer aventurero para que acuda en su auxilio.»

Este solo párrafo vale más que todo el boceto, un poco pesado y brutal, de Enrique Mürger.

## LVII

Conocido es el proverbio alemán:

«Donde no puede ir el diablo, envía a una vieja.»

Este refrán es toda una sátira. —Néstor Roqueplan respondió a ella elocuentemente.

## LVIII

En una encantadora novela titulada *La princesa Mary*, Lermontof, novelista ruso contemporáneo en quien se advierten algunas de las cualidades de Alfredo de Musset y de Balzac, hace hablar de este modo a su héroe Petchorin:

«El espíritu femenino es una paradoja de mil caras. Rara vez persuadís a una mujer; es preciso obligarla a que quiera.

»El orden de las pruebas por medio de las cuales triunfan de sus prejuicios las mujeres, es lo más original del mundo. Para ponerse al corriente de su dialéctica es preciso comenzar por destruir todas las reglas de la escuela. Pongamos un ejemplo:



»Siguiendo el sentido lógico, una mujer debiera decir: —Este hombre me ama, es así que estoy casada, luego no debo amarle.

»Pero en la lógica suya, he aquí cómo razonará: Yo no debo amarle porque soy casada; es así que él me ama, luego...

»Aquí hay una suspensión, porque el razonamiento ya no tiene nada que formular. Entonces llega la vez a la lengua, a los ojos y al corazón, si ella lo tiene.

»Si estas memorias caen en manos de una mujer, exclamará: «¡Qué calumnia!»

»Desde que los poetas escriben y las mujeres leen (lo cual es meritorio para el bello sexo), se les ha comparado con los ángeles tantas veces, que en la candidez de su amor propio han acabado por creer que ese cumplido tiene fundamento, sin acordarse de que esos mismos poetas hicieron de Nerón... un Dios.

»Sin embargo, debiera yo hablar de ellas con más miramientos, yo que sólo a ellas he amado en el mundo, yo que en todas las circunstancias nunca vacilé en sacrificar por ellas mi sosiego, mi ambición y hasta mi vida.

»No vayáis a creer que en un acceso de mal humor o herido en mi amor propio, es por lo que levanto el velo mágico que encubre sus imperfecciones y que apenas si la vista más ejercitada puede traspasar. No; todo lo que pienso de ellas proviene «de un ánimo sereno que juzga sin debilidad y de un corazón rebosante que sondea su tristeza.»

»Sería de desear a las mujeres que todos los hombres las conociesen tan bien como yo; pues las amo cien veces más desde que cesando de temerlas, he penetrado sus defectos.

»Sobre este particular, acuérdome de que Werner (1) compara las mujeres al bosque encantado de que habla el Tasso en su *Jerusalén libertada*:

«Desde los primeros pasos encontrarás sabe Dios qué monstruo: el deber, el orgullo, las conveniencias, la opinión, la burla, el menosprecio... ¡y cuántos otros más!... No mires y marcha en derechura: poco a poco se desvanecen todos esos fantasmas, y descubres una pradera apacible y risueña, en medio de la cual hay un mirto que verdea. Pero si tu corazón tiembla al final de la carrera, si tratas de volver pies atrás, ¡desventurado de ti.»

## LIX

Dicen los Serbios:

«Las mujeres tienen el cabello largo y el juicio corto.»

«En varias comarcas de ese país, dice Mad. Dora d'Istria, el matrimonio no es más que una compra. Entre los Liapes, por ejemplo, la gente del pueblo da por una mujer alrededor de diez francos. Los padres tienen tal prisa por coger el precio de esta venta, que a menudo no vacilan en desposar a sus hijas desde la cuna. A los doce años casi todas están casadas.

»Como se hacía en tiempo de Hesíodo, el Albanés coloca a su esposa en la misma línea que a su buey de labor. Excepto en las fiestas solemnes, la esposa no

---

(1) Un amigo de Petchorin.

tiene más alimento que las sobras de la mesa de su marido; mesa tan frugal, que el ajo y el queso constituyen los principales manjares. Cuando van de viaje, mientras que el marido camina montado en un mulo y fuma tranquilamente, sin dignarse echar una mirada a su compañera, ésta marcha jadeante bajo el peso de una cuna y de una larga carabina, siempre con la rueca al lado e hilando. Esta vida de opresión no ahoga en las mujeres todos los sentimientos tiernos. Cuando el marido parte para un viaje largo la albanesa cose en la ropa de su señor y dueño un trozo de su propio vestido, a fin de que le preserve de los peligros. «Porque, dice ella con gracia, la mujer es el genio del bien para el hombre.»

Si queremos figurarnos cuál debe ser la vida ordinaria de las mujeres entre los Fino-Samoyedos, basta leer las recomendaciones de dulzura que la suegra dirige al yerno en el momento de la boda:

«Desposado, mi buen hijo: para enseñar su camino a nuestra dulce paloma no es necesario que emplees el látigo de amo; no es preciso que ella suspire bajo la cuerda, ni llore bajo el palo, ni gima bajo la tralla. Piensa en sus verdes años, piensa en su corazón de mujer joven. Dale con calma tus lecciones. Instrúyela a puerta cerrada; corrígela con la mirada el primer año, con la palabra el segundo, con ligeros ademanes el tercero. Si entonces no responde a tus aspiraciones, saca un día del pantano una planta seca de los campos, tócala con el extremo de una varita, con una rama de árbol forrada de lana. Si entonces no te obedece, coge una tranca en el bosque, toma una rama de abedul,

escóndela debajo de tu vestido para que no puedan verla los vecinos de otra casa, y con ella dale unas friegas en las espaldas, pónle suaves los lomos; pero no la pegues en los ojos ni en las orejas, no sea que al verla el suegro y el cuñado pregunten si la atacó algún oso.»

¡He aquí toda la moderación, todos los miramientos que la madre misma, solícita por su hija, pide al novio en el día de boda! ¡Qué horizonte para la luna de miel!

Una ley de la Edad Media, recordada por Beaumanoir, decía:

«Un marido tiene derecho a pegar a su mujer, con tal de que sea moderadamente.»

Un carretero, mostrando un día su látigo, decía:

«—¡Esta es la paz de mi casa!

»—¿Pegas a tu mujer?

»—¡Qué duda tiene!

»—No hay derecho para ello.

»—¿Por qué? Cuando mi caballo no anda le zurro de lo lindo.

»—Tu mujer no puede compararse a tu caballo.

»—¡No, a fe mía! Porque ella aún es más terca que él.

»—¿Qué importa su terquedad? Es una cobardía encolerizarse contra una mujer.

»—¡Ah, señor! Es que yo la pego, pero no me encolerizo.»

Léese en la ley de Manú:

«No pegues, ni aun con una flor, a una mujer cargada de mil culpas.»

## LX

Abd-el-Kader:

«Un sabio, viendo a un cazador que se había parado a hablar con una mujer bonita, le gritó: «Oh, tú que persigues y matas a los animales salvajes, cuida no sea que esa mujer te coja en sus redes.»

---

«No te quedes a solas con una mujer bonita, ni aunque sólo empleéis el tiempo en leer el Korán.»

---

Había en otros tiempos en la Arabia la costumbre de matar a las niñas al nacer y hasta enterrarlas vivas. Esta horrible costumbre fue prohibida por Mahoma.

## LXI

Así, pues, acabamos de cruzar a la carrera seis o siete literaturas, expresión de seis o siete pueblos y de mayor número de civilizaciones muy diversas. Y en todas partes sólo hemos oído las más violentas y amargas sátiras contra las mujeres.

Apenas si tres o cuatro apologías han intentado dar

la réplica en esa larga serie de siglos. ¡Honor al valor desgraciado!

¿Hace falta una refutación? Contra todo lo que acaba de leerse, ¿no basta escuchar las reclamaciones de nuestro corazón en pro de este sexo femenino tan agobiado y a quien, sin embargo, debemos en primer término la vida y luego raros momentos felices que en ella disfrutamos; de este sexo, en fin, para resumirlo todo en cuatro palabras, que nos da nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas y nuestros hijos, es decir, los únicos bienes verdaderos de esta vida?

## LXII

He reservado para ponerla aquí, la hechicera y elocuente fantasía de Stahl, que tiene por título: *Opinión de mi amigo Jacobo acerca de las mujeres.*

Esta humorada ¿va en pro o en contra de las mujeres? ¿Es lo uno y lo otro?

Sean de ello jueces nuestras lectoras:

## OPINIÓN DE MI AMIGO JACOBO ACERCA DE LAS MUJERES

«Conocí a un hombre galante que había declarado la guerra a las mujeres. Pudiera yo añadir que era valiente. Anunciábase por todas partes y en voz alta como su enemigo encarnizado y no desperdiciaba ocasión para manifestar que el odio que contra ellas tenía era implacable.

»Cuando le preguntaban las razones de ese extraño

furor, y cómo podía ser que un hombre de buen juicio y de talento como él, bien formado además y joven todavía, aborreciese hasta ese punto a un sexo del cual no parecía probable que tuviese por qué quejarse, contestaba: «Precisamente porque nada malo tengo que decir de las mujeres, puesto que nunca se me pasó por la cabeza; precisamente porque soy de parecer, conforme con yo no sé qué filósofo, de que si Dios pudiera tener peso y medida en su amor debería amar a la mujer más que al hombre, y que respecto a nosotros no podemos menos de quererla y estimarla más que a nosotros mismos; precisamente porque de las mujeres se puede decir sin hipérbole, ya seamos católicos, paganos o musulmanes, que son unos ángeles, unas diosas o unas huríes —porque una linda mujer es a la vez más linda que el más lindo de los animales, incluso los pájaros, y más elegante, más gustosa a los ojos, más hechicera que la más hechicera flor;— porque nada de cuanto bueno existe es tan bueno como la mujer que nos agrada, porque puede comparársela a todo y darle sobre todo la ventaja; porque se ha hecho un lugar común, es decir, una verdad corriente, el decir de las mujeres que son más blancas que las azucenas, más sonrosadas que las rosas, etc.; —en fin, porque es imposible no amarlas, y en amándolas no sacrificar todo por ellas;— porque aun siendo un héroe, puede pasarse la vida a sus pies, y si queréis saberlo, porque así se pasa, —¡por eso las maldigo, las execro, pretendo que se las huya al igual de la peste, que se las tema como lo más terrible que hay en el mundo, en una palabra, que se las tenga por el más peligroso y quizá por el único enemigo del hombre!

• Y sabedlo bien: no son su hiel y vinagre, su vene-

no y su ponzoña, si es que algunas los tienen, sino por el contrario, su miel y su perfume mismos, el aroma de sus más exquisitas cualidades, el bonito color de sus gracias más cándidas, la ternura involuntaria de sus más castas miradas, el encanto invencible que las envuelve; todo eso es lo que me autoriza para considerar a esas adorables criaturas como otras tantas calamidades.

»¿Creéis acaso que si todas las mujeres fuesen bribonas y harpías, monstruos de perversión y monstruos de fealdad, creéis que me esforzaría en levantar legiones contra ellas? ¡No! Si hay hienas en el mundo, se las enjaula o se las rechaza a sus bosques, y no hay más que hablar. Si hay animales horribles en la creación, se aparta uno de ellos, o se destruye su raza, y tampoco hay más que decir. El hombre será siempre el más fuerte contra lo que es malo. Pero una mujer, una mujer bien educada, honesta, espiritual y bonita, es decir, un sér irresistible, una sirena sin cola de pescado, una sirena con pies de silfo..., no me habléis de eso. Sobre todo, no habléis con ella, no la oigáis, no la miréis; huid, cerrad los ojos, tapaos los oídos; al huir, decíos que ¡la mejor es la peor, que la más hermosa es la más temible! Y no vayáis a creeros nunca curados o invencibles: porque, llegue a pasar por delante de vuestras resoluciones, por delante de vuestra fortaleza, por delante de vuestra soledad, una niña de quince años con mirar de ángel; y frente a esa mirada ingenua que no os busca, que no os conoce, que no piensa en vosotros, que ni siquiera puede aún pensar, caerán vuestras murallas y con ellas vuestras resoluciones.

»Abandonando entonces vuestra soledad o vuestros trabajos o vuestra gloria o vuestro deber, seguiréis



con las manos suplicantes, con ambas rodillas, saltando ya el corazón, a ese peligro nuevo, ese riesgo siempre atractivo: el deseo que nace, la esperanza en su aurora, la belleza desconocida.

•El género humano no tropieza, el mundo no gira de través con tanta frecuencia sino porque en su rueda se halla ese polvo de diamante, ese grano de arena, ese escollo que se llama una mujer bonita.

•De lo que yo acuso a la mujer no es de que sea como es, sino de que se haga o se deje hacer lo que no es: que en lugar de ponerse junto a aquel a quien ama para ayudarle en la batalla de la vida, que en vez de hacerle ver el camino, sea quien se le atraviese; no imaginando él que, cuando ya ha llegado junto a ella, no pueda dar ya ni un solo paso más.

•Yo no hablo mal del amor, sino de la importancia que se le concede y del uso que de él se hace. Para una mujer que comprenda que el puesto del deber está antes que el del amor en el corazón de un hombre digno de ser amado, hay mil mujeres que miden la ternura de su amante por sus debilidades; tanto que alguna enamorada de un hombre por su valor —¡oh singular perversidad!—, sea capaz de pedirle como prueba suprema de amor una cobardía.

•La historia de Hércules no es de ayer. Si este semidiós realizó sus trabajos fue porque todavía no había hilado a los pies de Onfala. ¿Hay quien crea que, si hubiese comenzado más pronto su oficio de hilandero, habría conquistado su lugar en el Olimpo?

•¡Ay! ¿Cuál es el deber a que por una mujer no se haya renunciado? ¿Cuál es el perjurio que por una mujer no haya salido de un pecho humano? ¿Cuál es la locura que el hombre no haya cometido por una mu-

jer? ¿A qué una mujer no habrá sido preferida? ¿Cuántas no habrá que han visto a sus pies, bajo sus plantas, los dones de la juventud, las riquezas de la edad madura y la misma dignidad de la vejez; y que en lugar de levantar a esos hombres con manos confusas y enternecidas los han abandonado ingenuamente, sin remordimiento han echado a perros todos esos bienes perdidos?

» ¡Cuánto daño han hecho las mujeres, en su criminal inocencia, a las cosas más bellas y santas, a Dios, a la patria, a la ciencia, a las artes, a todo el progreso!

» Sin embargo, se me dirá que hay hermosos poemas y hermosos cuadros y una música casi celeste; y que la historia no está llena sólo de crímenes, y que entre esas obras maestras, como entre esas grandes acciones, las hay por el amor inspiradas. ¿Acaso lo niego yo?

» Pero, ¿qué son esas obras maestras que existen y que pueden contarse, junto a todas aquellas que no existen y que fueron sacrificadas a los pies de una mujer querida? ¿Qué son junto a esas cosas deslumbradoras, espléndidas, inexpresadas, sublimes ciertamente, que los grandes hombres —los cuales quizá no nos hayan legado sino muestras de su maestría— perdieron o gastaron en un suspiro, en una lágrima, en un pesar, en un gemido, ante las rodillas de sus amadas?

» La última palabra de los genios con que se honra la Humanidad, última palabra que aún se busca en sus obras y se echa en falta, por muy grandes que sean, ¿queréis saber dónde se encuentra? Buscadla en ese abismo siempre abierto que el amor excava en torno de sus ídolos.

» Hay una cosa no sabida lo suficiente, y es: que un

hombre enamorado, aunque lo contrario se pretende, si su amor es sincero, ¿no sirve nada más que para hacer el amor! ¿Acaso se ama a poca costa? ¿Acaso se ama a medias? ¿Acaso el amor deja un vagar, un pensamiento libre, a aquel de quien se apodera? ¿Acaso es un señor humano, fácil, cómodo? ¿Sabe tal vez que es tan solo una transacción? ¿No es quizá el más absoluto de los dominadores? ¿Acaso puede hallarse a gusto como no sea donde no haya nada sino él mismo? ¿Es que su primer cuidado no consiste en rechazar todo cuanto le estorba? ¿Es que el desierto, el vacío que hace en derredor suyo le apura nunca? ¿Es que su cándido y feroz egoísmo no lo llena todo, no basta para todo, no absorbe todo? ¿Acaso el amor que una a otra se tienen dos criaturas, por ínfimas que se supongan, no las eleva más alto que todo a sus propios ojos? ¿Acaso para aquel que ama hay miseria posible, ya en sí mismo, ya en la persona amada?

»Creedme: sólo tenemos las sobras del amor, sólo vivimos de lo que nos ha dejado.

»¡Cuántas batallas perdidas (qué digo, no dadas), cuántos monumentos que se han quedado dentro de la cabeza de sus arquitectos, o de los cuales no tenemos por única representación sino una insignificancia; cuántos borradores para una gran página, cuántos sonetos para un poema, qué nonadas, en fin, en lugar de obras magníficas, sólo por culpa del amor!

»Se cita como una gran catástrofe la de un astrónomo que cayó a un pozo mientras buscaba una estrella en el cielo. ¡Inténtese contar el número de quienes, sin ser astrónomos, dieron la misma caída buscando una mujer, ya en el cielo, ya en la tierra!

»Y me refiero aquí a las personas de quienes el

amor no se ha apoderado por completo, a quienes no ha sumergido (como es de su derecho, según parece, a la edad en que estamos), que no le han abandonado todo. ¿Qué sería si me refiriese a aquellos para quienes el amor lo es todo, en los cuales suple a todo, que lo ponen por encima de todo; y que, más paganos que los mismos paganos, los cuales al menos sólo consideraban el amor como un dios inferior, hacen de él un solo dios, su dios único, y se constituyen en sacerdotes y mártires y víctimas suyos!

•Dícese que no existe genio incomprendido, genio inadvertido. Ese es mi parecer. Todo hombre de genio que habla es escuchado. Pero no se niegue que hay genios ignorantes o desdeñosos de sí mismos, genios olvidadizos o poco deseosos de la gloria, genios mudos; o también genios humildes y abnegados, que, después de preguntarse cuál debiera ser su función sobre la tierra, se han respondido que esa función sólo podía obtener como recompensa sería su conveniencia personal y han creído que semejante finalidad no merece hacer un esfuerzo. ¿Queréis saber lo que hacen estos y dónde van sus tesoros a enriquecer a un siglo? ¡Ay! Ahora y siempre, al oído, a los brazos de una mujer; o a sus labios, entre dos besos.

•Bonito sitio, sin duda; pero, ¿y después? ¿Sería menos bueno el beso porque se pagase menos caro? Demos al amor según lo comprende nuestra época, a este amor que esteriliza en vez de fecundar, démosle su verdadero nombre: ¡tiempo perdido! Y acusemos a las mujeres, cuya misión era sin embargo más hermosa, de no haber sabido desprenderlo de la triste pretensión que tiene de ser una pasión y de no ser más que una pasión, sino para sufrir que se convierta en

esa cosa animalesca y grosera que se llama placer. Acusémoslas de haber hecho del mundo, de ese anciano aún robusto, que apetece y labora una vida nueva, como Aeson, un viejo actor en ruina, que, a los cuatro mil años, se esfuerza en representar papeles de galán de melodrama o de comedia ligera.

»¡Teme a la mujer y al rayo!— decía mi abuelo. Y mi abuelo tenía muchísima razón.

»Verdad es que mi abuelo no había podido oír a Arnal, al fin de no recuerdo qué pieza, donde había sido muy desgraciado por amar en demasía, dirigir al público, con un suspiro elegíaco, esta exclamación que basta para vengar a las mujeres de todo cuanto se haya podido decir contra ellas:

*»¡Y sin embargo, no hay más remedio que conformarse!»*

### LXIII

#### CONCLUSIÓN

Si hiciera falta una conclusión, diría:

Primero: la mayor parte de las diatribas que han desfilado a nuestra vista son o epigramas inocentes o calumnias injuriosas; los unos son harto fáciles de redargüir, las otras no merecen respuesta.

Segundo: en lo que concierne al resto de las imputaciones cargadas en cuenta al sexo femenino, el sexo masculino,— que es quien se las dirige,— es quien debe acusarse primero él mismo; puesto que los hombres son casi siempre los cómplices y con seguridad

siempre los autores de las culpas de las mujeres, ya individualmente, por sus instigaciones personales en provecho de sus pasiones, ya colectiva y socialmente, por su opresión hipócrita en provecho de sus privilegios. Corregid primero el medio social, y después veremos.»

---

Dice Montgaillard:

«Las mujeres, en general, valen mucho más que los hombres: en efecto, nuestros vicios crean los defectos de las mujeres; casi todos sus vicios nos pertenecen, al paso que sus virtudes y sus buenas cualidades son de ellas y sólo de ellas.»

---

«Tercero (lo cual compensa muchas cosas): las mujeres gustan naturalmente de la abnegación y del sacrificio. Digo sacrificio, para hablar como todo el mundo. Pero, a decir verdad, la palabra sacrificio, sea en amor, sea en política, es inexacta y baja: la devoción por lo que se cree y por lo que se ama, ¿no es siempre una dicha y una necesidad irresistible? Pues bien, las mujeres creen y aman más que nosotros; y, por consiguiente, son más abnegadas que nosotros. Y cuanta más abnegación tiene un sér, más grande es. En esto consiste la superioridad de las mujeres.»

---

Por tanto, soy de parecer de que es preciso decir, con aquel simpático Sterne, — y este pasaje no está en ninguno de sus sermones:

«Bendiga Dios a todo el bello sexo; nadie le ama más que yo. Después de todas las debilidades que he visto en las mujeres y de todas las sátiras que contra

ellas he leído, sigo amándolas siempre. Estoy firmemente convencido de que un hombre que no sienta afecto por todas ellas, no puede amar a ninguna como es debido.»

Y con Bernardino de Saint-Pierre:

«Las mujeres son las flores de la vida, como los niños son sus frutos.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## LO BUENO

### QUE SE HA DICHO DE LAS MUJERES

---

Catalani dijo en alguna parte:

«Para que las alabanzas dirigidas a una mujer sean justas y dignas, es preciso que quien la elogia nada tenga que esperar de ella.»

Homero hizo alabar a Helena por ancianos que admiran sus encantos y gimen por los efectos que éstos han producido. ¡Cuán fina y delicada es esta idea del padre de la poesía!

Theócrito le supera, puesto que pone las alabanzas a Helena en boca de sus rivales y de sus compañeras.

---

Sin verme en el caso de los ancianos de Homero y sin tener, al alabar a las mujeres, el mérito que tenían las compañeras de Helena elogiando a su rival,—dado que he recogido por pasatiempo lo Malo que se ha dicho de las mujeres, justo es que yo colecciono también lo Bueno.

Acerca de lo Bueno, como de lo Malo, me limitaré provisionalmente al simple papel de informador, re-



servándome el sacar consecuencias para más adelante, si ha lugar a ello.

Sin embargo, no he querido que estos elogios pudiesen parecer pesados en fuerza de su uniformidad; y he recordado que una mujer de talento, para criticar la dulzarronería monótona de las pastorales de Florián, decía:

«Bastante más me gustaran, si en ellas hubiera puesto lobos.»

Lo bueno que se ha dicho de las mujeres se refiere:

Ora a sus cualidades físicas, como son: su gracia, su hermosura, su fealdad, su gentileza, su coquetería, su gula, lo dulce de su voz, el insinuante hechizo de su sola presencia; y, como dice también Rousseau, el placer que se tiene estando con ellas;

Ora a sus cualidades intelectuales, como su agudeza, su ingenio, su facilidad para hablar, para mentir, para emplear las transiciones y los sinónimos, su flexibilidad, su astucia, su natural aptitud para la diplomacia;

Ora a sus cualidades morales, como su sensibilidad, su caridad, su modestia, su ternura, su fragilidad, su ánimo, su abnegación, su heroísmo, su entusiasmo, su locura.

Cada una de estas tres divisiones formará un libro de esta segunda colección.

## LIBRO PRIMERO

## I

La primera página de un libro consagrado a lo bueno que se ha dicho de las mujeres no puede comenzar sino por el elogio de la primera mujer.

Milton, en el octavo canto del *Paratso perdido*, describe así la belleza de Eva. Quien habla es Adán; cuenta al ángel Rafael lo que vió, primero durante su sueño y luego despierto:

«La forma divina, bajándose, me abrió el costado izquierdo, tomó de allí una costilla caliente aún con los espíritus del corazón y corriendo todavía fresca la sangre de la vida...»

«La forma amasó y modeló esa costilla con sus manos. Bajo esas manos creadoras formóse una criatura semejante al hombre, pero de diverso sexo, tan gratamente bella, que cuanto parecía hermoso en el mundo aparecía ahora como ruin o resultaba reunido en ella, contenido en ella y en sus miradas, las cuales desde aquel entonces han derramado en mi corazón una dulzura que hasta allí no había sentido nunca: su aire inspiró a todas las cosas el espíritu de amor y una amorosa delicia. Desapareció y dejóme en las tinieblas. Desperté para ir en su busca y hallarla-o deplorar por siempre su pérdida, y abjurar de todos los demás placeres.»

Eva reaparece:

«Veíase la gracia en todos sus pasos, el cielo en sus ojos; en cada uno de sus movimientos, la dignidad y el amor. Transportado de júbilo, no pude menos de exclamar en alta voz:

»¡Esta vez me has indemnizado! Has cumplido tu promesa, Creador generoso y lleno de benignidad, donante de todas las cosas bellas. Pero ¡este es el más bello de tus presentes, y tú no me lo has enviado! Veo ahora el hueso de mis huesos, la carne de mi carne, a mí mismo delante de mí. Mujer es su nombre, su nombre está sacado del hombre; por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre y se adherirá a su mujer, y serán una carne, un corazón, un alma...»

«Yo la conduje al tálamo nupcial, ruborosa como el alba; todo el cielo y las constelaciones favorables vertieron en aquella hora su más escogida influencia; la tierra y sus colinas dieron señales de congratulación; las aves se pusieron contentas; las frescas brisas, los vientos ligeros murmuraron esa unión en los bosques; y jugando sus alas nos arrojaron rosas, nos arrojaron los perfumes de los breñales embalsamados, hasta que el amoroso pajarillo de la noche entonó el cántico de bodas y ordenó a la estrella de la tarde que apresurase sus pasos por la cumbre de la colina, para encender la antorcha nupcial.»

---

En el canto siguiente, el poeta nos muestra la impresión que la hermosura de Eva hizo en la serpiente, genio del mal:

«La serpiente la sorprende a solas, velada por una nube de aromas, allí donde estaba medio entrevista,

¡tanto enrojecían en derredor de ella las rosas espesas y frondosas! Bajábase ella con frecuencia para levantar las flores de un débil tallo cuya cabeza caía sin sostén; las enderezaba graciosamente con un lazo de mirto, sin pensar que ella misma no estaba sostenida: ¡tan lejos su mejor apoyo, tan cerca la tempestad!»

La serpiente se deslizaba hacia ella.

«Eva, ocupada, oyó el ruido de las hojas arrugadas; pero no le prestó atención, habituada como estaba en los campos a ver juguetear ante ella a todas las bestias, más sumisas a su voz que el metamorfoseado rebaño a la voz de Circe.

«Atreviéndose entonces más, la llamada serpiente se puso derecha ante Eva, pero como en el pasmo de la admiración; a menudo, de un modo acariciador, bajaba su soberbia cresta, su cuello liso y esmaltado, y lamía la tierra que Eva pisaba. Su gentil expresión muda llama al cabo la atención de Eva, quien se pone a mirar sus jugueteos. Satanás, extático por haber conseguido su objeto, con la lengua orgánica de la serpiente o por el impulso del aire vocal, comenzó su tentación astuta...»

---

Lo curioso en ese trozo de Milton, que sería preciso citar todo entero, es la mezcla de color poético y de sutilezas abstractas. Eva, Adán y la serpiente han cursado filosofía escolástica y teología. Si fuese sólo la serpiente, se le podría dispensar el ser razonadora con exceso, lógica a rienda suelta, sofista a machamartillo; quedaría uno libre de considerar eso como una ficción medio epigramática, medio profunda. Pero por parte del primer hombre, que no había podido te-

ner estudios, pues nació de treinta años de edad, según refiere Chateaubriand; pero por parte de la primera mujer, aquella Eva inocente — son singulares anacronismos que, usuales en los tiempos de Milton, hacen sonreír a los lectores en el nuestro.

Sin embargo de eso, toda esta pintura no deja de ser muy noble y muy hermosa a través de las extrañas sutilezas y de las ficciones convencionales, que aun en cierto sentido, son un encanto más. ¡Qué dulce majestad, qué sólida suavidad, qué hechiceros rasgos de una candidez primitiva bien renovada o de una extrañeza penetrante! ¡Y qué música, y qué perfumes! ¡Cómo contribuye todo a expresar en primer término la imagen de la primera mujer y las delicias de la primera hora de amor, después las seducciones del genio del mal! En fin, ¡cuán severa e ingenua gracia! ¡Y cómo la traducción de Chateaubriand — una verdadera traducción, viva, sencilla y sabrosa — ha sabido conservar hábilmente, con audacia y modestia, tantos inestimables tesoros! ¿Por qué no habíamos de tener así traducido a Homero?

Todo el mundo se sabe de memoria los admirables versos de *La leyenda de los siglos*, donde Víctor Hugo, a su vez, pinta la hermosura de la primera mujer.

## II

Heliogábalo, desnudo en su carro, hacía que tirasen de él mujeres desnudas, enganchadas en tiro de dos, tres o cuatro.

Teófilo Gautier, en su *Fortunio*, expresa un deseo digno de aquel príncipe.

## III

Luciano, en sus *Diálogos de los muertos*, se enternece (¡cosa poco común!) hablando de la tan efímera belleza de las mujeres:

MENIPO

«Ruégote me digas, oh Mercurio, en qué lugar colocas a esas mujeres de que están llenas las tragedias y los poemas. ¿Dónde está la bella Helena? ¿Bajo qué fronda se oculta la hechicera Leena y qué habéis hecho de Myrto, la querida de Píndaro, Myrto, rubia como los trigos?

MERCURIO

«Están ahí, en cualquiera parte, a tu izquierda, en ese montón de osamentas.

MENIPO

«¡Cómo!... ¿Esos huesos blanqueados, esas calaveras?

MERCURIO

«Son precisamente las hermosas a quienes cantaban los poetas, son las gracias y voluptuosidades adoradas por reyes y héroes. Mira bien ese esqueleto: ¡en otro tiempo se llamó Helena y su nombre llena la *Iliada* inmortal!

## MENIPO

»¡Y por esta cosa se mataron entre sí durante diez años dos grandes pueblos! ¡Por esto cayó Ilion, y las damas troyanas languidecieron en la esclavitud!

## MERCURIO

»Sí, Menipo; en otro tiempo, esa cosa representaba la adoración de los hombres y de los dioses. Ocurre con las mujeres como con las flores: Abril las hace encantadoras; un instante marchita sus colores.»

---

Este pasaje de Luciano es el prelude griego de la linda balada francesa de Villon acerca de las *Damas del tiempo pasado*:

«Pero ¿dónde están las nieves de antaño?»

## IV

El espíritu caballeresco y el espíritu satírico se comparten la Edad Media, exaltando y rebajando respectivamente a la mujer. Así lo puso muy en claro Antonio Campaux, en una lección rotulada: *La cuestión de las mujeres en el siglo décimoquinto*.

«En este siglo sobresalieron dos poetas entre todos, aunque con desiguales títulos, en aquella conspiración general de la poesía contra las mujeres: un le-gista, Guillermo Coquillart, canónigo del cabildo me-tropolitano; y un chico travieso de la Sorbona, el es-

tudiante Francisco Villon. El más cruel de los dos fue el legista, cuya malicia en frío y desinteresada, pero tanto más implacable, sólo una vez se desarma contra el sexo, en el *Blasón de las Damas*, pieza de circunstancias, y de uno a otro cabo de sus obras parece embriagarse con sus picardías. O yo me equivoco, o nos dejó su última palabra acerca de la mujer en este verso tan desconsolador como expresivo: «El amor no es más que una traición.»

Villon, el gran poeta de esta época, tampoco piensa nada bueno de las mujeres, pero al menos, siente ternura hacia ellas, diga lo que quiera. Y el autor de la tan conmovedora pena por la suerte reservada en la tumba al cuerpo femenino, tan delicado, como de la exquisita balada de las *Damas del tiempo pasado*, por más que en el *Gran Testamento* reniegue del amor y repita amargamente, hablando de las mujeres: «¡Feliz quien no tiene ninguna!», por más que comprenda a todas en la misma maldición, se ve que no por estar reñido con ellas las odia, y que está dispuesto a firmar con el enemigo un nuevo tratado de paz: «¡Es muy cierto que he amado y con gusto volvería a amar!».

Por último, son de agradecerle las generosas lágrimas que, en la admirable balada de que antes hablamos, derramó ante la hoguera de la mártir de Rouen, «de Juana, la buena Lorenesa», como la llama él, y cuya misión aún encontraba tantos franceses incrédulos, dispuestos a no ver en ella sino una hechicera, a ejemplo de los ingleses.

Sin hablar de los predicadores populares, como los Raulin, los Menot y los Olivier Maillard, tan implacables también desde el púlpito contra sus contempo-



ráneas, otros muchos poetas más, hablaban mal de la mujer. Así, Eloy Damerval, en un poema estrafalario, intitulado *La Diablería*, decía de la más prudente de ellas —bien es cierto que por boca de Satanás,— que tenía *el grandísimo demonio en el cuerpo*. Y el autor de una de las farsas más chispeantes de la época, *La Pipée*, por no citar más que ésta, sacaba a escena a una muchacha de mármol de aquel tiempo, cogiendo sucesivamente en sus lazos a todos los pisaverdes que iban a rondarla. Por último, la prosa no era más elementalmente con las mujeres. Y limitándome a estas dos obras: el libro *Quince días de matrimonio* y los *Cien cuentos* (en que pasaba por haber puesto mano Luis XI, hábil político y mala persona), no cesaba el chorro acerca de las malicias y los artificios del bello sexo de entonces.

En eso andaba, por aquella época de vulgaridad y de prosaismo, la opinión de los escritores favoritos del público respecto a las mujeres, cuando un canónigo de Lausanne, llamado Martín Franc, antiguo secretario del papa Félix V, tomó por cuenta suya su causa, y apelando al público, mejor informado de la sentencia que las condenaba, emprendió la tarea de revisar su proceso y vengarlas en un poema titulado valientemente *El campeón de las damas*.

---

Finge que estando durmiendo el primer día de Mayo, vió en gran confusión el castillo de las damas. Mala-Boca (nótese bien este nombre que viene de perillas al detractor de las mujeres), Mala-Boca, enemigo jurado de ellas, presentóse a la cabeza de formidable ejército para sitiar la ciudadela que encierra tan

graciosos habitantes, muy resuelto a no retirarse sino luego de haberla saqueado. En vano las damas le disputan el gentil heraldo Pico de Oro, para pedirle tregua; el zamborotudo no quiere ni oír hablar de acomodamiento. Redobra la alarma en el castillo, cuando de pronto, como llovidos del cielo, llegan en auxilio de las damas, primero el Amor, su gracioso dueño, quien comienza por tranquilizarlas, y casi al punto Buen-Querer, un atrevido y cortés caballero, jinete como un San Jorge, y que se declara campeón de ellas.

Apenas echa pie a tierra para hacer su reverencia al Amor y a las damas, vuelve inmediatamente a montar a caballo para ponerse él solo en campaña contra su insolente enemigo; del primer embite derriba a uno de sus más fogosos lugartenientes, de tal modo que, tan despavorido como avergonzado, Mala-Boca aplaza para el siguiente día la continuación del combate.

Pero en el entretanto, habiéndole dado qué pensar el valor de Buen-Querer, por influencia de los consejos de la almohada, llegado el día, le propone dirimir con la palabra la contienda iniciada con las armas. El campeón, tan hábil en la esgrima de la lengua como en la de la espada, acepta este nuevo modo de zanjar la cuestión; y ambos jefes, escoltados cada cual por su séquito, se encaminan a una sala que ha de servir de liza a este duelo de nueva especie.

---

Primero, Consejo-Breve, el alocado, lugarteniente de Mala-Boca, ataca al Amor. Buen-Querer, tan bravo dialéctico como buen caballero, le replica victoriosamente.

Mala-Boca llama a la lid a Ruin-Pensar. Este ataca

a las mujeres mismas, y ante todo a la primera de ellas.

Por ella vinieron al hombre el infierno y la muerte. Por haber descolgado la manzana privó a «Adán, buen hombre, sencillo y torpe», de la vista de Dios, al cual antes veía cara a cara.

---

Alfredo de Musset dirige a la primera mujer la misma acusación:

«¡Oh! La flor del Edén, ¿por qué la ajaste, descuidada criatura, hermosa Eva de rubios cabellos? Hacer traición a todo y perderlo todo era tu destino; hiciste mortal a tu Dios, y lo amaste mejor. ¡Que te devuelvan el cielo, y lo volverás a perder! ¡Harto bien sabes que es a ti a quien el hombre adora; con él de nuevo quisieras desterrarte, para morir sobre su corazón y para consolarle!»

---

¡Ay! — prosigue Ruin-Pensar —. ¿En qué pensaba Dios al crearla? ¡Era tan feliz el hombre solo en aquel paraíso de delicias!

Todo cambió por culpa de la mujer. Y lo peor es que «tal fue la madre, y tales fueron y serán sus hijas, enemigas mortales del hombre».

Luego, tras una larga serie de imprecaciones contra las mujeres, a las cuales hacen eco Mala-Boca y su banda, estremeciéndose de gozo, termina por el galante deseo de que a todas se las lleve una epidemia.

Pero Buen-Querér, más intrépido que nunca, responde con voz firme asentando este principio, que corta en seco todas las calumnias de Ruin-Pensar: Que no puede hallarse nada reprehensible en la obra de Dios; «El es maestro y obrero perfecto».

Después de crear el cielo y la tierra, quiso hacer una cosa mejor; creó entonces a Adán, y después de Adán, como para sobrepujarse a sí mismo, hizo la mujer. Ella fue, pues, la obra suprema y última, perfecta y soberana; y como tal, resume en sí todas las bellezas del mundo.

Perfecta fue (prosigue el campeón, en un transporte admirativo que llega al ditirambo); y no es maravilla si el Creador quedó tranquilo después de haber acabado esta incomparable criatura:

«Todo fue hecho, todo quedó realizado, perfecta fue toda la naturaleza; el mundo se llenó de júbilo.»

Y como para vengarla de las imprecaciones del adversario, canta su llegada sobre la haz de la tierra, cuando apareció radiante por vez primera en el mundo joven y fresco; la celebra con un himno de bienvenida, desbordante de embriaguez:

«Bien venga la grata criatura, bien venga la faz clara y limpia, bien venga la noble imagen, bien venga el verdadero espejo del mundo.»

¿En qué hubiera pasado el hombre su tiempo sobre la tierra si Dios no le hubiese dado la mujer? En oír cantar a los ruiseñores.

Por el contrario, no puede existir más dulce alegría que mirar a una mujer que lleva en su regazo un niño. ¿Dicen que dió la manzana al hombre? Fue por amor. Si ella hubiera conocido las consecuencias de ese acto, hubiera arrancado el manzano.

Sólo el hombre es culpable; debió sostener la flaqueza de su mujer. Por otra parte, según San Ambrosio, fue Adán quien recibió de Dios la prohibición; Eva sólo la recibió de Adán. Y luego, si la mujer es tan débil como decís, ¿por qué indignaros tanto de que ca-

yese? Sin contar con que si la mujer no hubiera cogido la manzana, Dios no nos habría manifestado su amor descendiendo a la tierra y revistiendo nuestra humanidad; de donde resulta que, dígame lo que se quiera, la mujer queda libre de toda crítica. También decís que introdujo el dolor en el mundo; pero bien escaso mérito tendría la virtud si no tuviese que batallar. Para ejercitar nuestra caballería, es decir, nuestro valor, es por lo que sufre Dios que tengamos guerra. Así, desde donde mora allá arriba, «ve quien cumple bien con su deber».

No es preciso echar tan de menos la eterna primavera del Edén. La variedad de las estaciones también tiene su gracia. Por último —continúa Buen-Querer, hablando como un verdadero pensador del siglo XIX— que no sea tan penoso para nosotros el trabajo: aún vale más que la inacción.

Y de todo cuanto acaba de decir, saca por consecuencia que en vez de maldecir de la mujer, debiéramos adorar su imagen.

---

No es ese el parecer de Ruin-Pensar, quien responde brutalmente que la mujer no fue creada por Dios para gala del mundo, sino (¡quién lo imaginara!) para ser el instrumento del demonio, el cual sin ella nunca podría vencer al hombre. Arrebatado el contradictor por un bello arranque de indignación, y prestando al campeón un lenguaje exagerado de que éste no es culpable, al menos en términos expresos, exclama: ¿cómo exaltar a la mujer hasta decir que el hombre no es digno de descalzarla? ¿Quién no ve que la mujer no es más que un semihombre, un hombre imperfecto com-

puesto de las sobras del hombre? Cuando un alfarero ha hecho una olla, no sabiendo qué hacer del barro sobrante, a menudo lo amasa y fabrica con él «un muñeco de extraño rostro». Así, Dios, con las sobras del hombre hizo a la mujer. Digamos de pasada que Bossuet no es más galante cuando dice en alguna parte que la mujer no es más que un hueso supernumerario del hombre.

Luego, continúa el lugarteniente de Mala-Boca, ¿qué es esa hermosura de la mujer, que tanto se exagera? «No es oro todo lo que reluce.» Esa hermosura tiene muchas imperfecciones. ¡También parece bella la flor tierna, la flor que en seguida se aja! Hasta (dice él, y con más gracia de la que pudiera esperarse de personaje tan ruin) «¡la mujer es flor de una mañana!» Poco basta para marchitarla y abatirla. La naturaleza, al hacerla precoz, manifiesta bien que no se cura de ella: «mala hierba, pronto crece». Por esa razón «la mujer debe crecer muy prematuramente» y también declinar prematuramente: «belleza de mujer pronto se curte».

Sobre este particular dice otras muchas cosas más.

En resumen, y en esto termina, la mujer no vale más en lo moral que en lo físico. Se asemeja a la luna, que crece y decrece cada mes; tan variable como ella. Siempre es la fragilidad, dice anticipándose así a Shakespeare, quien cien años después había de decir: «Fragilidad, tu nombre es mujer.»

La mujer, así sea tan instruida como una sibila, «no vale más que para hilar su copo en la rueca.»

Entre paréntesis, esto viene a resultar como el parecer del bueno de Crisalo en *Las mujeres sabias*.

Tiene ingenio, es decir, espíritu ligero, aunque en

materia de malicias y de artificios es capaz de dar quince y raya a las brujas. A todas debieran ahorcarlas, «colgarlas debieran en mástiles altos». Léanse todos los libros, y hasta la Escritura: todos a quien más maldiga de ella; tiene contra sí a toda la opinión general.

Eso pronto se dice, replica Buen-Querer a ese grosero. ¿Pero hay algo más vano que la opinión? Si hubo santos que hablaron mal de la mujer, sólo fue de algunas y no de todas; y por el contrario, cita a todos aquellos que hicieron su elogio. En cuanto a los que suponen que la mujer, última obra salida de manos de Dios, es un hombre incompleto, se debiera hacerle mondar cebollas y ajos en castigo de semejante blasfemia.

Ruín-Pensar ha hablado mal de la belleza de la mujer. Pues ¿qué le falta? «¿Qué falta a la belleza de la mujer? Es la perla que resplandece por todo el mundo y que debe ponerse en lo alto del templo para que la vea cada cual; es la estrella de la mañana, que expulsa a la noche y anuncia la alegre claridad matutina; es el Oriente del placer humano, y el Mediodía del humano júbilo». Sin ella, el mundo acabaría dolorosamente. «La mujer es auxilio contra la debilidad, gozo contra la melancolía, buen juicio contra la locura, cortesía contra la rudeza; es el paraíso terrenal.»

Es, con largo tiempo de anticipación, el pensamiento de Channing al escribir a su hermana:

«Pienso algunas veces que las mujeres son superiores a nosotros en todo: de seguro, este mundo sería un

triste lugar sin vosotras. La mujer ha aportado del paraíso su sonrisa y su ternura, las cuales valen mucho más que las rosas sin espinas y los dulces zafiros que allí dejó.»

Es también el pensamiento de Lamartine en estos versos célebres, que son una verdadera declaración amorosa al mundo femenino entero:

«Mujeres, ángeles mortales, creación divina, único rayo de sol que alumbró un momento la vida... ¡Yo no echo de menos nada del mundo sino a vosotras! Lo que la vida humana tiene de amargo y de dulce, lo que la hace arder, lo que revela en ella de no sé qué perfume de la vida inmortal, ¡sois vosotras solas! Por vosotras, nuestro gozo es amor. Sombra de los perfectos bienes de la mansión celestial, sois vosotras aquí abajo la gota sin mezcla que Dios dejó caer de la copa del ángel, la estrella que, brillante en vasta noche, dice ella sola a nuestras miradas que otro mundo resplandece.»

Buen-Querer prosigue así su alegato:

Quien después de haberse pasado la vida en los antípodas o en las tinieblas de una caverna, viese de pronto el cielo (dice Aristóteles), maravillaría ante obra tan divina. De igual manera, quien por primera vez de su vida llegara a encontrar una mujer, a la vista de ese rostro angélico, de esos «flancos que se cimbrean como mimbre, cuerpo floreciente como rosal», cual amasado de luz, caería en arrobamiento.

Los hombres son más duros, más altos y más gruesos: es para conducir el arado y para defender la hermosura de la mujer. Como en los bosques, sobre la



verde hierba, después del invierno, «la naturaleza hace desplegarse flores», así Dios, que sabe ordenarlo todo, ha hecho las mujeres para gala y adorno de este mundo. Su presencia no es menos necesaria al cielo. Si lo dudáis, dice con ímpetu encantador, intentad presentaros a la puerta sin ellas, y ya veréis cómo os recibe San Pedro.

¡Ah, somos nosotros quienes condenamos a las mujeres, nosotros que de ellas procedemos! Todas ellas valen más que nosotros. Deberíamos adorarlas de rodillas, al pensar lo que sufrieron en el día de nuestro nacimiento.—Es la misma frase de la Escritura, una de las más hermosas que se han dicho: *Acuérdate del gemido de tu madre...*

Ruín-Pensar replica y prueba que las mujeres tienen *siete demonios en el cuerpo*, como quien dice los siete pecados capitales; y su conclusión es que ante ellas hay que huir y a todo escape. «Húyelas dentro, húyelas fuera.» Respecto al matrimonio, según él, es entre todas las resoluciones la más necia y la más lamentable.

Una de dos, dice: tu mujer será o hermosa o fea. Hermosa, será para ti una intranquilidad perpetua; fea, ¡quita, quita!, tírate primero al río. San Jerónimo te dirá que sólo hay para ti una probabilidad de conseguir una mujer buena: que Dios te la envíe hecha ex-profeso. Si, aunque sólo fuese desde algunos días antes de ir a la iglesia, se pudiera ponerlas a prueba, ¡santo y bueno! Pero la mayoría de las veces se toma gato por liebre, y el trato queda hecho para siempre.

Sin embargo, añade en tono irónico, si después de esto pretendes el premio de paciencia, no hay mejor

medio de merecerlo que el matrimonio: «Con la mujer el hombre es mártir.» Y detalla minuciosamente todos los desengaños, todos los fastidios, todos los accidentes que, según él, se encuentran en el matrimonio. Por eso, dice, debe dar gracias a Dios el que no haya tenido ánimo para dar ese salto, o de otro modo para casarse.

San Juan Crisóstomo define a la mujer como un mal necesario. ¿Hasta qué punto es responsable de esa definición el sabio arzobispo de Constantinopla? Yo no podría asegurarlo, porque no he comprobado la cita, ni tampoco las demás que hormigean en ese poema; lo seguro es que la misma dió el viejo cónsul romano Metelo.—El más hábil, continúa Ruín-Pensar, el más activo, el más sabio, una vez casado pierde su alegre voluntad y todas sus cualidades.

¿Será preciso añadir que la mujer, en fuerza de coquetería, echa a perder su propia cara, y con su cara la obra de Dios? Registra sus armarios, abre sus cajones, «¡y sabe Dios lo que verás en ellos!» ¡Cuántas cajas! No las abras todas. ¡Qué de chismes y artificios para sostener o reparar su belleza! Finalmente, todo es poco para huir de ellas; y Catón estaba en lo firme al decir que «si no fuese por la mujer, el hombre viviría en comercio con el cielo». Y sentada esta conclusión, también se sienta él en espera de lo que conteste el adversario.

No se hace esperar mucho tiempo. Está toda llena de teología, de historia, de escolástica, y también de razones prácticas, la contestación:

«¿Que la mujer es la enemiga del hombre? Pues entonces, ¿por qué estáis tan asiduos junto a ella?»

Aristófanes, en *Las fiestas de Ceres*, hace resaltar también esa chocante contradicción en la conducta de los hombres.

Eugenio Fallex, en su viva y elegante traducción, vierte así al francés los versos del poeta griego:

CORO DE MUJERES

«Sin embargo, sería menester que nos entendiésemos. ¡Veamos! Si somos nosotras las pestes que vosotros decís, ¿por qué todos queréis uniros con estas pestes malditas? ¿Por qué encerráis bajo rejas y cerrojos, por qué guardáis de la vista pestes y plagas?... Si por casualidad asomamos la nariz a la ventana, pronto hay quien quiera ver aparecer la peste, y si la peste se retira entonces por pudor, redóblase el ardimiento para que reaparezca la peste.»

Al aislamiento lleno de tristeza y de resignación en que languidecen la mayor parte del tiempo las mujeres, contraponen Buen-Querer el vagabundeo y la licencia de los hombres, los irrisorios pretextos con que los encubren, sus blasfemias continuas, su avaricia; y tanto dice sobre este particular, que con confusión de Mala-Boca, que palidece de despecho, obliga a callarse a Ruín-Pensar, puesto a su vez fuera de combate.

Todo es júbilo en el campo de las damas. Para coronar su victoria sobreviene otro nuevo personaje, la señora Naturaleza, hermosa a las mil maravillas, la cual confirma con su palabra todo lo bueno que el campeón ha dicho de las damas, a quienes llama ella «los bellos y claros espejos», así como todo lo malo que ha dicho de los hombres, a quienes acaba por agobiar con el re-

lato de sus fechorías. Apenas ha concluido cuando otra dama, más bella y majestuosa todavía, la señora Santa Iglesia, llega a su vez desconsolada, echando en cara sus divisiones a los hombres, lo mismo clérigos que legos, y les acusa de todos los males que ella sufre, sin dejar salir de sus labios ni una sola palabra contra las mujeres.

Buen-Querer triunfa y el poema acabaría a pedir de boca en este episodio, si Martín Franc supiera contenerse. Pero el campeón se empeña en celebrar a todas las damas ilustres de quienes la historia ha referido rasgos de genio, de abnegación o de valor: es una larga letanía gloriosa, en que cuida de no olvidar a las contemporáneas y entre todas a Juana la Doncella, cuya misión divina defiende contra Entendimiento-Romo que la niega. Tiene en ello tanto más empeño cuanto que su adversario procura por su parte recordar todas las damas que se hicieron célebres en su propia desventaja. Y vencedor ya Buen-Querer de tres lugartenientes de Mala-Boca, no se retira de la liza hasta después de haber desarzonado a otros tres; lo que, sacando bien la cuenta, eleva nada menos que a seis el número de los adversarios por él derrotados. Corona piadosamente el poema un elogio de la Virgen inmaculada, en la persona de la cual hace como la apotheosis de la mujer.

Tal es esta curiosa obra de la Edad Media, exhumada y analizada por mi amigo Antonio Campaux, profesor en la Facultad de Letras que fue en Estrasburgo.

Interesante y extraño monumento de la poesía francesa del siglo xv, en él se halla el pro y el contra, lo malo y lo bueno.

## V

Lo mismo este pensamiento de Pope:

«Una mujer hermosa es el paraíso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio de la bolsa.»

---

Pope dijo también:

«Una mujer hermosa no tiene menos de temer de una fea, que un hombre de talento de un necio.»

## VI

La Bruyère:

«Un rostro bello es el más bello de todos los espectáculos; y la armonía más dulce es la voz de la persona amada.

»El adorno es arbitrario; la belleza es algo más real y más independiente del gusto y de la opinión.

»Ciertas hermosas, tan perfectas y de un mérito tan deslumbrador, pueden conmovernos hasta el punto de que uno se limite a verlas y hablarlas.»

## VII

La belleza de las mujeres ha sido algunas veces celebrada de un modo bastante estrafalario.

Alfonso Karr, en el capítulo IX de su novela *Bajo los Tilos*, se burla de ello, diciendo:

«Un día se me ocurrió rogar a un amigo mío que pintase un retrato de mujer, según yo le dictara; y cogiendo un libro, cuyo autor cuidaré de no nombrar, leí en voz alta:

»Tenía frente de marfil, ojos de zafiro, pestañas y cabellos de ébano, mejillas de rosa, boca de coral, dientes de perlas y cuello de cisne.

»Lo cual podría despertar deseos en un ladrón, pero de ninguna manera en un enamorado.»

## VIII

Grandville parece haber tenido a la vista este pasaje en un dibujo del *Magasin Pittoresque* en que representó una figura de mujer tal y como los poetas y los novelistas pintan generalmente a sus amadas o sus heroínas: cabellos de tisú, entretejidos de redes y cadenas; ojos lanzando flechas, dardos inflamados, y abrasando los corazones; cejas en arco, dientes de perlas, mejillas de azucenas y de rosas, el amor sentado

en un trono sobre su frente. Todo esto se encuentra en los poetas, como lo prueban los extractos siguientes.

Primero, los cabellos:

«Los lazos de tus cabellos fueron mis ligaduras»  
(J. Racine).

«Bucles de cabellos adornados con algunas flores son otras tantas redes donde quedan prendidos los corazones» (Desmahis).

«¿Puedo yo dejar pasar el bello día de tu fiesta sin entrelazar algunas flores en los rubios cabellos que coronan tu cabeza, encantadoras redes donde quedan prendidos los corazones?» (Leonard).

«Oh cabellos, lazos míos, ignoro de qué tela, pero cuyo abrazo siento...» (Antonio de Baif).

«Cabellos de ébano, en largos repliegues ondulantes» (Dorat).

Segundo, la frente y las cejas:

«Sobre una frente blanca como el marfil, dos pequeños arcos de color negro estaban lindamente combados; desde donde ese dios que me hace la guerra, pisoteando mis libertades, triunfa sobre todo el mundo» (Voiture).

Tercero, los ojos:

«Mil rayos hechizados salen de vuestros ojos de lucero» (Voiture).

«Sus bellos ojos causan cien muertes: iluminan todos estos climas, y llevan en cada pupila el sol» (Voiture).

«¡Oh hermosos ojos, que llovéis tantos fuegos y saetas!» (Desportes).

«Hermosa, cuyas miradas van a despoblar el Estado, después de haberlo puesto en cadenas...» (Benserrade).

«¿En qué amoroso almacén, bello ojo homicida, bello ojo asesino, tomas tanto plomo y tanta pólvora de cañón? Creo que eso debe costarte un dineral» (Scarron).

---

Cuarto, los dientes, la boca, los labios:

«Una sarta de perlas sin igual compone el orden de tus dientes, y del fulgor de dos rubíes encendidos haces el de tus bermejos labios» (Malleville).

«Porque sé que en Francia se dice: boca pequeña y dientes de esmalte, con dos labios de coral, deben obtener la preferencia» (Pezay).

«Esos labios del más bello coral, esos dientes del más brillante esmalte, esa tez de grana y de alabastro» (Pezay).

«Junto á sus labios arrobadores treinta y dos perlas lucientes, que la mano del Amor pule, se asemejan a las lágrimas que la aurora esparce en la mañana de un hermoso día sobre la rosa a quien colorea» (Pezay).

---

Quinto, el color, la cara:

«Tenía en su tez cien rosas contra una azucena» (Montreuil).

«Mil flores recién abiertas, azucenas, claveles y rosas, cubrían la nieve de su faz; pero debajo de esas flores amontonadas, la serpiente que me atacó había armado sus trampas» (El mismo).

«De perlas, de astros y de flores, Borbón, el cielo hizo tus colores» (El mismo).



«Y vuestra piel blanca y finísima es de un armiño»  
(El mismo).

Pudiera ponerse otro sexto capítulo, que no sería el menos curioso, acerca de la hermosura del seno. En él se hallarían colecciones de dobles globos de alabastro y de hemisferios, para dar por el gusto a relojeros y discípulos del abate Gaultier. Pero a todas esas perífrasis preferimos, por nuestra parte, estos dos versos lisos y llanos de Teófilo Gautier: «Como los senos de Isis, de contornos redondos y puros, sus hermosos senos se erguían deslumbradores y duros.»

Esto no es alabastro, creo que es mármol: el poeta no lo dice, pero yo lo siento. Estos versos son, pues, doble mejores que todos cuantos se han hecho acerca del mismo asunto. Y el hecho es que es bien hermosa esta Isis de mármol negro y que nada tiene que envidiar a la Venus de Milo, su vecina en el Louvre.

## IX

Brantôme, según un antiguo, recuerda que la hermosura de las doncellas persas causaba a Alejandro deslumbramiento:

«Alejandro decía algunas veces a sus amigos que las hijas de los persas hacen mucho daño en la vista de quienes las miran; y por eso, cuando tuvo prisioneras a las hijas del rey Darío, nunca las saludaba sino con

los ojos bajos, y aun así lo menos que podía, por miedo a verse sorprendido por su excelente hermosura.»

---

Véase lo que también se lee en Brantôme, entre muchos otros discursos acerca de este asunto de la hermosura de las mujeres:

«El español dice que para ser enteramente perfecta y absoluta en hermosura la mujer, necesita treinta bellezas, que una dama española me enumeró una vez en Toledo, donde las hay bellísimas, muy gentiles y bien dotadas. Las treinta son, pues, estas tales:

Tres cosas blancas: la piel, los dientes y las manos.

Tres negras: los ojos, las cejas y los párpados (*¿las pestañas?*)

Tres rojas: los labios, las mejillas y las uñas.

Tres largas: el cuerpo, los cabellos y las manos.

Tres cortas: los dientes, las orejas y los pies.

Tres anchas: el pecho, la frente y el entrecejo.

Tres estrechas: la boca, la cintura y la garganta del pie.

Tres gruesas: el brazo, el muslo y la pantorrilla.

Tres finas: los dedos, los cabellos y los labios.

Tres pequeñas: los senos, la nariz y la cabeza.

Son en todo treinta.»

---

Balzac habla de treinta versos, inscritos, según dice, en el serrallo del Gran Señor, y que contienen la descripción exacta de las treinta bellezas de la mujer.

---

«Basta —prosigue el abate de Brantôme—; los ojos humanos no siempre se satisfacen con ver a una mu-

jer hermosa, de rostro bello, blanco y bien formado. Y aunque sea morena no importa, pues a veces vale tanto lo moreno como lo blanco; como dice el español: *Aunque yo soy morenita, no soy de menospreciar* (1). También la bella Marfisa *era brunetta alquanto*; pero que lo moreno no borre por demasía lo blanco.

»Un rostro tan bello preciso es que sea conducido por un cuerpo fabricado y hecho de igual modo: lo mismo me refiero a las grandes que a las pequeñas; pero en las grandes estaturas todo pasa.»

«Helena, por cierto voto, queriendo un día presentar al templo de Diana una gentil copa, al emplear al platero en construirla, le hizo tomar por modelo uno de sus hermosos senos y él hizo la copa de oro blanco. No se sabía qué admirarse más; si la copa o el parecido con el seno sobre el cual hubo de modelarla, que se presentaba tan lindo y tan mono, que el arte hacía apetecer el natural. Plinio dice esto por gran admiración y especialidad, donde trata de que hay oro blanco, lo cual es muy extraño, y que aquella copa fuese hecha de oro blanco» (2).

El mismo abate de Brantôme escribió un discurso entero, rotulado: *Sobre la belleza de la bella pierna, y de la virtud que tiene*. De él sólo puede citarse esto,— ¡y aun así y todo!

(1) En el original francés viene esto escrito así: *Aunque io sia mormica, no soi da menos preciar*. ¡Qué satisfecho quedaría Brantôme de este castellano!—(L. M.)

(2) Precisamente los griegos llamaban *elektron* a una aleación de oro y plata, cuyo color era muy pálido, y que se empleaba en orfebrería.—(L. M.)

«Incluída en las muchas bellezas que entre nosotros los cortesanos he visto alabar como propias para atraer el amor, estíbase en mucho una bonita pierna en una mujer hermosa; así he visto a muchas damas gloriarse de ellas y cuidarlas con esmero.

»Entre otras, oí contar de una muy gran princesa en el mundo, a quien he conocido, la cual amaba a una de sus damas por encima de todas las suyas y la favorecía más que a todas ellas, sólo porque la estiraba sin arrugas las medias y acomodaba bien la pantorrilla y ponía divinamente las ligas, mejor que otra cualquiera; de suerte que tenía con ella el mayor predicamento y hasta la otorgó grandes favores. Y así, respecto a ese gran cuidado que tenía de conservar hermosas las piernas, cabe pensar que no sería para ocultarlas debajo de la saya, ni del guardapiés, ni de la cola del vestido, sino para lucirlas algunas veces con lindos pantalones de tisú de oro o de plata u otras telas, muy esmerada y lindamente hechos, que por lo común solía llevar. Porque no se complace ninguna tanto de sí misma, que no desee por eso complacer a los demás con la vista y de todas las maneras...

»Esta dama tampoco podía excusarse diciendo que era por agradar a su marido, como la mayor parte dicen, y hasta las viejas cuando se hacen las jarifas y papelonas, por muy viejas que sean; porque ésta era vinda. Verdad es que en tiempo de su marido hacía lo mismo, y por eso no quiso discontinuar su costumbre después de haberlo perdido.

»He conocido a muchas bellas y honestas muchachas, que cuidan tanto de conservar preciosas sus bonitas y gallardas piernas; pero tienen razón...

»He oído hablar de una muy grande y muy hermosa

dama de los tiempos del rey Francisco, la cual, habiéndose roto una pierna y héchosela componer, se encontró con que no estaba bien y había quedado toda torcida. Fue tan resuelta que se la hizo romper de nuevo por el algebrista, para ponerla otra vez en su punto como antes y tornarla tan bella y tan derecha (1). Hubo alguien que se pasmó mucho de ello; pero otra dama arguyó: «Por lo que veo, no sabéis qué virtud amorosa tiene en sí una pierna bonita...»

»Conoció —prosigue Brantôme— a una bella y honesta damisela de lo mejor del mundo, la cual estando muy enamorada de un gran señor, para atraérselo y sacar el mejor partido, no pudiendo lograrlo, cierto día en que iba ella por una calle del parque y le vió venir, hizo como que se la caía la liga; y apartándose un poco, alzó la pierna y se puso a estirarse la media y ajustarse la liga. Ese gran señor lo advirtió bien, y encontró bellísima la pierna, y se perdió de tal manera por ella, que esa pierna hizo más operación en él que lo que había hecho su linda cara; juzgando para sus adentros que esas dos bellas columnas sustentaban una hermosa fábrica...»

Un poco más adelante, Brantôme desarrolla así el pensamiento de aquel gran señor y el suyo propio:

«Más arriba de las bellas columnas hay por lo común bellas cornisas, bellos frisos, bellos arquitrabes, ricos capiteles bien pulidos y tallados.»

(1) Para romper el callo de las fracturas antiguas mal conformadas y consolidarlas bien de nuevo, hubo cirujano alemán que inventó un aparato; pero aún inventó una cosa más notable, el nombre del mismo, en griego, para mayor claridad: *¡dismorfosteopalinklastes!*—(L. M.)

«No es hoy sólo —prosigue— desde cuando se estima la belleza de las piernas bonitas y de los lindos pies, porque no son sino una misma cosa. Ya en tiempo de los romanos, leemos que Lucio Vitelio, estando muy enamorado de Mesalina y deseoso de estar en favor con su marido por medio de ella, la rogó un día que le otorgase un don. Preguntóle la emperatriz: «¿Qué es? —Señora —dijo él—, que un día consintáis que os descalce las sandalias.» Mesalina, que era muy complaciente en tales asuntos, no quiso rehusarle esa gracia. Y él, habiéndola descalzado, se guardó un chapín y lo llevó siempre consigo entre la camisa y la piel, besándolo lo más a menudo que podía, adorando así el bello pie de la dama por el chapín, puesto que no podía tener a su disposición el pie natural ni la bella pierna.

También tenéis al milord de Inglaterra (*sic*) de los *Cien Cuentos de la reina de Navarra*, quien lleva consigo asimismo el guante de su querida, y tan bien enriquecido.

Conocía a muchos gentileshombres que, antes de ponerse las medias de seda, rogaban a sus queridas que se las probasen y estrenasen primero que ellos, durante ocho a diez días, más bien más que menos; y luego las llevaban puestas con suma veneración y contentamiento de espíritu y de cuerpo.\*

---

«He oído decir y preguntar: ¿Qué pierna es la más tentadora y atractiva, la desnuda, o la cubierta, o la calzada?...»

Y micer Pedro de Bourdeille, señor y abad de Bran-

tôme, se pone a discutir prolijamente cada uno de estos tres puntos.

No le seguiremos en ese terreno candente.

## X

Si Brantôme celebra la belleza de las piernas, Hamilton, el hechicero autor de las *Memorias del conde de Grammont*, al hacer el retrato de la señorita de Saint-Germain, señala la belleza del codo:

«Tenía la tez viva y fresca, aunque no brillase por su blancura; tenía agradable la boca, bellos los ojos, el escote como se requiere, y el más lindo talle del mundo. Tenía bien formados los brazos y singular belleza en el codo, que no la servía de gran cosa; sus manos eran pasaderamente grandes, y la bella se consolaba de que no hubiese aún venido el tiempo de tenerlas blancas. Sus pies no eran de los más pequeños, pero estaban bien formados. Dejaba ir todo eso como le pluguiese al Señor.»

Como contraste, conviene citar el retrato de la señorita Blague, del mismo autor:

«Su talle no era ni bueno ni malo. Su rostro era de lo más insípido, y su tez se metía por todas partes, con dos ojuelos hundidos, provistos de párpados rubios y de un dedo de largos. Con estos atractivos emboscábase para sorprender los corazones. Pero así habría permanecido en vano sin la llegada del marqués Brisacier...»

¡Cuántos retratos por el estilo, graciosos o picantes, hechiceros o risibles, hallaríamos en las Memorias del duque de Saint Simon! Pero ellos sólo formarían un tomo; por eso no pueden incluirse en éste.

## XI

Eduardo de Pompéry:

«Con frecuencia se ha comparado a la mujer con la flor por el encanto, con la mariposa por la movilidad, con la paloma por la ternura; también se la puede comparar con la abeja y la hormiga por la actividad infatigable, la industria minuciosa y el acendrado amor al hogar doméstico.»

## XII

Marivaux en la *Vida de Mariana*:

«No es una gran desventura el que una mujer sea algo feúcha si tiene bonita la mano: hay muchos, muchísimos hombres a quienes gusta más esa belleza que la de un rostro amable. Os diré la razón de esto. Creo haberla comprendido. Y es que nuestros ojos no admiten que sea una desnudez la cara, por bella que fuere; al paso que empieza a serlo una bella mano. Para fijar a ciertos hombres es mucho más seguro tentarles que agradarles. Como véis, el gusto de esos hombres no



es de los más honestos; sin embargo, en general es el gusto mejor servido por las mujeres, aquel a quien su coquetería permite más concesiones.»

«Aquella priora era una personita baja, rechoncha y blanca, con doble barbilla, con tez fresca y serena. No hay de esos tipos en el mundo. Es una gordura en un todo diferente de la de las demás; una gordura formada más a sus anchas y con más método; es decir, que en ella interviene más arte, más manera, más amor de sí misma que en la nuestra.

»De ordinario son o el temperamento o la cantidad de comida o la inacción y la molicie quienes nos hacen adquirir la nuestra. Mas respecto a esa otra de que hablo, compréndese que para haberla adquirido es necesario habérselo impuesto santamente como una tarea. Sólo puede ser obra de una delicada, de una amorosa y de una devota complacencia que se tiene para bien y comodidad de su cuerpo. No sólo es un testimonio de que se ama el vivir y la vida sana, sino que se la quiere dulce, ociosa y regalona; y de que disfrutando del placer de estar sano, se concede uno a sí propio tantos mimos y privilegios como si se estuviera siempre en la convalecencia.

»Por eso dicha gordura no tiene la fuerza de la nuestra, que es de aspecto más profano; por eso, menos es lo que abulta a una cara, que la gravedad y decencia que la comunica; por eso da a la fisonomía, no un aire alegre, sino tranquilo y satisfecho.

»Por lo demás, al ver a esas buenas muchachas, encontráis afable su exterior y, sin embargo, indiferente su interior. Sólo su expresión y no su alma es quien manifiesta enternecerse por vosotros: son bellas imá-

genes que parecen sensibles, y sólo tienen una superficie de sentimiento y de bondad. Pero dejemos esto; yo no hablo aquí más que de las apariencias y no de lo demás.»

## XIII

El tedio de las muchachas casaderas tiene claros de esperanza; pero el hastío de las solteronas, la mayor parte del tiempo, no es sino una sombría desesperación mezclada con pesares irremediables y a veces envidia. Si no ocurre así, encuentro en ellas mucho mérito y valor.

El reverendo padre Bonacina, sabio casuista de la Compañía de Jesús, se atreve a declarar «exenta de pecado a la madre que desea la muerte de sus hijas, si no puede casarlas a su gusto a causa de su fealdad y de su pobreza».

## XIV

Byron, en sus Memorias:

«Hay para mí algo de calmante en la sola presencia de la mujer, no sé qué extraña influencia, hasta sin el amor, que no puedo explicarme, sobre todo con la mala opinión que tengo de este sexo. Empero siempre

me siento de mejor humor conmigo mismo y con todas las cosas, como tenga cerca a una mujer, así sea mistress Mulc, encargada de encenderme lumbre, la más vieja sempiterna y la más marchita de su especie.»

## XV

Algunas particulares clases de bellezas femeninas merecen ser notadas de paso.

Don César de Bazán, en *Ruy-Blás*, habla a don Gutritán de las «tentaciones dadas a su virtud por una mujer amarilla».

---

Alfredo de Musset:

«¡Es un verdadero demonio! ¡Es un angel! Es amarilla como una naranja, es viva como un pájaro!

---

Por otra parte, existe una balada escocesa intitulada *Las mujeres verdes*. Es cierto que el título promete más de lo que cumple. El desconocido poeta lakista describe así a aquellas ninfas de las cascadas del norte:

«Las vestiduras de esas alocadas bellezas eran tan extrañas como sus hechizos. Iban vestidas con togas de un color verde brillante. Sus blancos hombros y sus senos de nieve parecían querer escaparse de los pliegues de la toga, como la espuma de un torrente se levanta y se desborda sobre la orilla...»

---

En una poesía india que tiene por título *Outtara Rama Tcharitra* se leen estas frases:

«Sus labios entreabiertos permitían ver unos dientes tan blancos como la flor del jazmín... Largas trenzas de cabellos, suaves como la seda, sombreaban sus mejillas. Todos sus miembros, elegantes en sus formas, graciosos en sus movimientos, tienen el fulgor y la ligereza de los rayos de la luna deslizándose por las ondas de los aires.»

## XVI

«Una corte sin mujeres, decía Francisco I, es un año sin primavera, una primavera sin rosas.»

Recuérdese la frase de Malherbe:

«Sólo hay dos cosas bellas en el mundo, las mujeres y las rosas; y sólo dos buenos bocados, las mujeres y los melones.»

Ese poeta decía también:

«De todo cuanto poseemos, sólo las mujeres sienten placer de ser poseídas.»

## XVII

Todo el mundo tiene en la memoria esta linda escena de *El burgués gentilhombre* en que Molière, con tanta gracia, bosquejó el más picante retrato de mujer; y esa mujer era la suya.

CLÉONTE

¡Cómo! ¡Tratar a un amante de esa manera, y al amante más fiel y apasionado de todos los amantes!

COVIELLE

Es una cosa que espanta lo que nos han hecho a los dos...

CLÉONTE

Da la mano a mi despecho, y sostén mi resolución contra todos los restos de amor que pudieran hablarme en pro de ella. Conjúrote me digas de ella todo lo malo que puedas. Hazme de su persona un retrato que me la haga despreciable; y para asquearme, señálame cuantos defectos puedas hallarla.

COVIELLE

¡Señor, vaya una gestera y remilgada que es, para que pueda inspiraros tanto amor! Para mí que en todo es muy mediana; cien mujeres encontraréis más dignas de vos. En primer lugar, tiene pequeños los ojos.

CLÉONTE

Es verdad, sus ojos son pequeños; pero los tiene llenos de fuego, ¡los más brillantes, los más penetrantes del mundo, los más conmovedores que puedan verse!

COVIELLE

Tiene grande la boca.

CLÉONTE

Sí, pero vense en ella gracias que no se ven en las otras bocas; y esa boca, al verla, inspira deseos, es la más atractiva, la más amorosa del mundo.

COVIELLE

Respecto a estatura, no es alta.

CLÉONTE

No; pero es garbosa y sandunguera.

COVIELLE

Afecta una languidez en sus palabras y en sus acciones...

CLÉONTE

Es verdad, pero en todo eso tiene gracia; y sus maneras son comprometedoras, tienen yo no sé qué encanto para insinuarse en los corazones.

COVIELLE

Respecto a ingenio...

CLÉONTE

¡Ah, lo tiene, Covielle! ¡De lo más fino, de lo más delicado!

COVIELLE

Su conversación...

CLÉONTE

Su conversación es encantadora.

COVIELLE

Siempre está seria.

CLÉONTE

¿Gustas tú de esas jovialidades abiertas, de esas alegrías descaradas? ¿Has visto algo más impertinente que las mujeres que por cualquiera cosa se ríen?

COVIELLE

En fin, es lo más caprichosa del mundo.

CLÉONTE

Sí, es caprichosa, estoy conforme; pero todo sienta bien a las bellas, todo se les aguanta a las bellas.

COVIELLE

Pues de ser así, bien veo que tenéis ganas de amarla siempre.

CLÉONTE

¡Yo! ¡Antes morir! Voy a odiarla tanto como la he amado.

COVIELLE

¿Y qué medio hay para eso, si la encontráis tan perfecta?

CLÉONTE

Por lo mismo será más estrepitosa mi venganza. Por lo mismo dejaré ver la fuerza de mi corazón para odiarla, para abandonarla, ¡por más hermosa y llena de atractivos y digna de ser amada que yo la encuentre!»

---

¿No es encantador este elogio en boca de un hombre despechado?

No parece que la ya antigua discordia entre Molière y su esposa debilitase la ternura que por ella sentía.—También de su mujer hablaba en *El Misántropo*, al decir:

«Por más que vea yo sus defectos y los vitupere, a pesar de tenerlos se hace amar: ¡su gracia es la más fuerte!»

### XVIII

Saint-Preux, en el aposento de su amada:

«... Vengo lleno de una emoción que se acrecienta al entrar en este asilo. ¡Julia, heme aquí en tu gabinete, en el santuario de todo lo que mi corazón adora! La antorcha del amor guiaba mis pasos y he pasado sin ser visto. Lugar hechicero, lugar afortunado, que en otro tiempo viste reprimir tantas tiernas miradas, ahogar tantos ardientes suspiros; tú que viste nacer y morir mis primeros ardores, por segunda vez verás coronarlos. Testigo de mi constancia inmortal, ¡sé testigo de mi ventura y vela por siempre los placeres del más fiel y del más feliz de los hombres!

¡Cuán hechicera esta misteriosa estancia! Todo en ella halaga y alimenta el ardor que me devora. ¡Oh Julia, tú eres quien la llenas y la llama de mis deseos se difunde por todos tus vestigios! Sí, todos mis sentidos embriáganse aquí a la vez. No sé qué perfume casi insensible, más suave que la rosa y más ligero que el lirio, se exhala aquí por todas partes. Creo es-



tar oyendo el sonido lisonjero de tu voz. Todas las prendas esparcidas de tus vestiduras presentan a mi imaginación ardiente las que de tu misma persona ellas ocultan. Este ligero gorrito, del cual son gala los largos cabellos rubios que finge cubrir; esta dichosa pañoleta, junto a la que una vez al menos ya no tendré que murmurar; este peinador elegante y flexible, que tan bien revela el gusto de quien lo lleva; estas tan lindas sandalias, que un pie ágil llena sin trabajo; este corpiño tan suave que toca y abraza a un talle tan encantador. Delante, dos leves contornos... ¡Oh espectáculo de voluptuosidad!... Las ballenas han cedido a la fuerza de la impresión... Huellas deliciosas, ¡os beso mil veces! ¡Dios mío! ¿Qué será cuando...? ¡Ah, ya me parece sentir cómo late ese tierno corazón bajo mi feliz mano! Julia, mi hechicera Julia, te veo, te siento en todas partes, te respiro con el aire que tú has respirado; tú penetras toda mi substancia. ¡Cuán ardiente y doloroso es para mí tu aposento! Es terrible para mi impaciencia. ¡Oh, ven, vuela o estoy perdido!... ¡Oh deseos, oh temores, oh palpitaciones crueles!... Abren, entran: ¡es ella, es ella! La entreveo, la he visto; oigo volver a cerrar la puerta. Corazón mío, mi débil corazón, tú sucumbes a tantas agitaciones. ¡Ah! Busca fuerzas para resistir la felicidad que te agobia.»

## XIX

Voltaire:

«Cuando se es amado por una mujer hermosa, siempre se sale ganando.»

Benjamín Franklin:

«El amigo más seguro y más útil que puede tenerse es una francesa de suficiente edad para no tener ya presunción. Estas damas están prontas a prestarnos servicios; y gracias a su conocimiento del mundo ¡saben tan bien cómo tomarlo!»

## XX

M. de Maupertuis, prisionero en Austria, fue presentado a la emperatriz-reina, quien le dijo:

«¿Conocéis a la reina de Suecia, hermana del rey de Prusia?»

»Sí, señora.

»Dicen que es la princesa más hermosa del mundo.

»Señora, eso creí hasta hoy.»

## XXI

Chamfort hace sartas de anécdotas, de las cuales desprenderé algunas cuentas:

«Comúnmente se dice: «La mujer más hermosa del mundo no puede dar más de lo que tiene», lo cual es muy falso. Precisamente da lo que uno quiera recibir, puesto que en esta materia es la imaginación quien pone el precio a lo que se recibe.»

«Se asegura que Mad. de Montpensier, habiéndose visto algunas veces obligada, en ausencia de sus damas, a hacer que volviera a ponerle un zapato alguno de sus pajes, le preguntaba si no había tenido alguna tentación. El paje respondía que sí. La princesa, harto honesta para aprovecharse de esa declaración, les daba algunos luises para ponerles en condiciones de ir a casa de alguna muchacha y que se les pasara la tentación de que ella había sido causa.»

«En una casa donde cenaba Mad. d'Egmont, presentaron a un hombre llamado Du Guesclin. Al oír este apellido, exaltóse su imaginación. Hizo que ese hombre se sentara a la mesa junto a ella, tuvo con él mil deferencias y por fin le ofreció del plato que ella tenía delante. Eran trufas. «Señora, dijo el necio, a vuestro lado no se necesitan.» —Al escuchar esa salida, decía ella contando esta historia, me pesó mucho de mis atenciones. Hice como aquel delfín, que en el naufragio de un buque, creyó haber salvado a un hombre y lo volvió a tirar al mar al ver que era un mico.»

«Mad. de Montmorin decía a su hijo: «Entras en sociedad; sólo tengo que darte un consejo, y es que te enamores de todas las mujeres.»

## XXII

Santo Tomás:

«Los hombres serían grandes santos, si amasen a Dios tanto como a las mujeres.»

## XXIII

Isidoro Bourdon:

«Leía yo últimamente el retrato que de sí misma hacía una mujer célebre. Comenzaba por la pierna y el pie, y concluía por el resto [de su cuerpo; trataremos de imitar esta decencia. Decía ella: «Tengo el pie pequeño, ligero y rápido; mis caderas son muy marcadas, tan pronunciadas que casi me da vergüenza de eso; y tengo amplio pecho, magníficamente modelado. Mi boca es quizá un poco grande, véñse mil más bonitas; pero ni una sola tiene una sonrisa más tierna y más seductora. Mi nariz me da un poquito de aprensión, pues la creo un poquito gruesa de punta; sin embargo, a todo tirar, no descompone el cuadro. Mi frente es vasta; mis cejas, muy arqueadas y muy espesas, le dan majestuosidad; por fortuna, mis amplios párpados atemperan todo ello velando más de la mitad de mis pupilas, mucho más ardientes de lo que yo quisiera. Las venas de la frente se me hinchan veinte veces al día, cuando estoy emocionada, y forman una especie de letra que me han asegurado ser una *y* griega. Mis cabellos son tan innumerables y tan largos, que de seguro encontraría en ellos defensa y abrigo: son mi más bello adorno. Tengo la barbilla arremangada y como esas en que los fisionomistas ven el indicio de la voluptuosidad: dudo que nadie estuviese más hecho para ella y menos la haya saboreado.»

La mujer que se retrataba así —Mad. Roland— de-

bía subir pocos días después al cadalso, donde no la acompañaba temor alguno; murió cual heroína. Pero no había querido que se perdiese el recuerdo de su figura, pues las mujeres estiman sus perecederos atractivos más que cualquiera otra cosa del mundo. Sólo por permanecer bellas, a menudo se resignan a dolores de los cuales huirían si no se tratase más que de la vida. Aun en el seno de los serrallos donde están cautivas, se ocupan sin descanso en una belleza que es precisamente lo que las retiene en la esclavitud. ¡Qué les importa la libertad, con tal de que vivan preferidas! ¡Qué les importa ser esclavas, si encuentran a quien echar cadenas! »

## XXIV

Casi todos los poetas han celebrado a las mujeres y las han amado.

Entre los griegos, Homero y Sófocles.

Entre los latinos, Lucrecio, Catulo, Horacio, Galo, Virgilio, Tibulo, Propercio, Ovidio.

Entre los italianos modernos, Dante, Petrarca, Ariosto, Boccacio.

Entre los españoles, Lope de Vega, Guillén de Castro, Calderón, Moratín.

Entre los franceses, Regnier, Malherbe, Bertaut, Corneille, Racine, Molière, Millevoye, Andrés Chénier, Víctor Hugo, Lamartine, Alfredo de Musset, Alfredo de Vigny, Saint Beuve, Baudelaire y otros cien

Entre los ingleses, Shakespeare, Milton, Sheridan, Sterne, Otway, Byron.

Entre los alemanes, el menestral Enrique de Meissen, muerto en el siglo xiv, y a quien sus poesías hicieron darle el sobrenombre de Frauenlob (*amigo de las mujeres*); Juan-Pablo, Gøthe, Schiller.

Entre los holandeses, Vondel, poeta del siglo xvi, que, en su tragedia *Lucifer*, se expresa así:

«No, en toda la extensión de las esferas sublimes, no hay un serafín que pueda compararse a la mujer... Cuando ella aparece, diríase que sale del seno de la luz y que su presencia da nuevo esplendor al día. La perla y el nácar son la imagen de la pureza; pero la mujer es más pura que el nácar y más blanca que la perla.»

Dante:

«Voltea en torno de ella un soplo de amor que dice al alma: «¡Suspira!»

Gøthe dice que los alemanes del siglo xvii designaban a la mujer a quien amaban con esta expresión: «Pequeña embriaguez del hombre».

El mismo poeta refiere que en Hiodensée, la frase más tierna que puede dirigirse a una mujer es: «¡Cara almita bien lavada!»

Lessing:

«La mujer es la obra maestra del universo.»

Otway:

«Para representar la belleza de los ángeles, los pintan a semejanza de las mujeres.»

Byron:

«Amo a las mujeres, y algunas veces retornaría de buena gana al pensamiento de aquel tirano que hubiera querido que la especie humana sólo tuviese una cabeza, con el fin de hacerla caer de un solo golpe. Mi deseo es tan vasto, pero no tan malvado; y sobre todo, mucho más tierno que feroz. Digo que con frecuencia he deseado (no ahora, sino cuando era mozo) que el sexo femenino no tuviese más que una sola boca de rosa, para besar a todas las mujeres a un tiempo desde el norte al mediodía.»

Andrés Chenier:

«¡Acude, joven Chromis! Te amo y soy hermosa, blanca como Diana y ligera como ella; como ella, alta y altiva. Y los pastores por la tarde, cuando con los ojos bajos paso sin mirarlos, dudando si no seré más que una simple mortal y siguiéndome con la vista, dicen: «¡Qué hermosa es! Neera, no vayas a confiarte a las olas, por temor de ser diosa y que los marineros no invoquen, en medio de la tormenta amarga, a la blanca Galatea y a la blanca Neera.»

Alfredo de Musset:

«Estaba yo solo o casi solo la otra noche en el Teatro Francés; el autor no había obtenido un gran éxito, no era más que Molière; y por lo demás, ya sabemos que ese gran torpe, que hizo un día *Alcestes*, ignoró el bello arte de cosquillear al ingenio...

Sumido como estaba en esa meditación, aunque registrando acá y allá con los gemelos la galería, vi que ante mí se columpiaba alegremente bajo unas trenzas

negras un cuello esbelto y encantador. Y al ver ese ébano engastado en marfil, un verso de Andrés Chénier cantó en mi memoria, un verso casi desconocido, estribillo inconcluso, fresco como el azar, menos escrito que ensoñado. Me atreví a recordarlo hasta delante de Molière; su gran sombra de seguro que no se ofendió por ello. Y a la vez que escuchaba, murmuré muy quedo, mirando a esa niña que no lo sospechaba:

«Bajo tu amable cabeza dóblase un cuello blanco, delicado, y que eclipsaría a la misma nieve.»

Luego seguí pensando (que así corre el pensamiento) que la antigua franqueza, abandonada hasta ese punto, con nuestra agudeza y nuestro ingenio de zumba, haría creer después de todo, que carecemos de corazón: ¡era una triste y vergonzosa miseria aquella soledad en torno de Molière!...

Así acariciaba una loca quimera. —En el entretanto, delante de mí, junto a su madre, seguía siempre la niña; y su cuello esbelto y blanco se balanceaba muellemente bajo sus largos cabellos negros. Concluído el espectáculo, la hechicera desconocida se levantó. El hermoso cuello y los hombros semidesnudos veláronse, la mano se deslizó dentro del manguito; y cuando la vi trasponer los umbrales de su puerta, me percaté de que la había seguido.

¡Ay! querido amigo, esa es toda mi vida. Mientras mi espíritu buscaba su voluntad, mi cuerpo sabía la suya y seguía a la belleza.

Y cuando desperté de aquel ensueño, ya no me quedaba sino su imagen querida: «Bajo tu amable cabeza dóblase un cuello blanco, delicado, y que eclipsaría a la misma nieve.»



Del mismo poeta:

«Sí, mujeres, dígase lo que se quiera, tenéis el fatal poder de sumirnos con una sonrisa en la embriaguez o en la desesperación.

»Sí, dos palabras, el silencio mismo, una mirada distraída o burlona pueden dar a quien os ama una puñalada en el corazón.

»Sí, vuestro orgullo debe ser inmenso; pues, gracias a nuestra cobardía, nada iguala a vuestro poder, sino vuestra fragilidad.»

---

»Tan hechiceras, y sólo aman a rabiarse los bigotes, los perros, el vals y los confites.»

---

Augusto Vacquerie:

«¡Oh mujeres, reinas por la gracia! ¿De qué acero y por qué arte nos haríamos una coraza que no atravesarais con una mirada?»

»Aunque la espada terrible y triunfadora todo lo vence, Hércules hila a los pies de Onfala: los ojos son más fuertes que los brazos.»

## XXV

Las mujeres españolas, entre todas, y particularmente las andaluzas, han obtenido infinitas alabanzas, no sólo de sus compatriotas, sino de los hombres de todos los países.—Ya oímos a Brantôme.

Oigamos a Byron con su ironía:

«En Cádiz hay muchachas tan bien dotadas, quiero decir, damas tan graciosas, que sólo sus andares hacen palpitar el corazón. Yo no puedo describirlo, por mucha impresión que en mí hayan podido hacer. ¿Con qué compararlas? ¡No he visto nada semejante! Un caballo árabe, un ciervo ágil, un caballo barbado berberisco recién amaestrado, una jirafa, una gacela... No, no es eso todavía... ¡Y su vestir! Su mantilla... sus faldas... ¡ay! Necesitaría consagrar todo un canto para hacerlos su pintura. ¡Y sus pies! ¡Y sus tobillos! A fe mía, dad gracias al cielo de que no tengo aquí metáforas dispuestas. (Vamos, sabia musa mía, vamos, caminemos con paso firme. Casta musa, vamos, es preciso, ¡es preciso!) ¡Qué de encanto en ese elegante ademán de una mano que por un momento aparta el velo, mientras una mirada irresistible os hace palidecer y penetra hasta el fondo de vuestro corazón! ¡Oh país, caro al sol, país de amor: si yo te olvido jamás, que se me olvide... rezar mis oraciones!»

Otra belleza española es aquella de la cual habla D. César de Bazán, cuando dice al lacayo:

«Arriba vive una hermosa fácil de reconocer: un gorro barato, con espesa cabellera despeinada debajo; un poco baja, algo rojilla—, ¡una mujer encantadora! Sé con ella muy respetuoso, amigo: ¡es mi amante! A Lucinda, rubia, con ojos de índigo, que en otro tiempo bailaba el fandango por la noche en presencia del papa, cuéntala cien ducados en mi nombre...»

## XXVI

Taine describe así la belleza de las jovencitas de Inglaterra:

«Nada más sencillo aquí que las muchachas. Entre las cosas bellas pocas hay tan bellas en el mundo: esbeltas, fuertes, seguras de sí mismas, ¡tan profundamente honestas y leales, tan exentas de coquetería! Cuando no se ha visto no es imaginable esa frescura, esa inocencia: muchas de ellas son flores, flores abiertas; sólo puede dar idea de ellas una rosa por la mañana con su colorido fugaz y delicioso, con sus pétalos bañados de rocío. Esto deja muy atrás la belleza del Mediodía y sus contornos precisos, estables, acabados, fijos en un dibujo firme. Aquí se siente la fragilidad, la delicadeza y el continuo brote de la vida; los ojos cándidos, azules como campanillas, miran sin sospechar que son mirados; al menor impulso del alma la sangre afluye a las mejillas, al cuello, hasta a los hombros, en oleadas de púrpura; veis pasar las emociones sobre esos matices transparentes de la piel como cambian los colores en sus praderas; y ese pudor virginal es tan sincero, que os dan tentaciones de bajar los ojos por respeto. Y, sin embargo, tan naturales y candorosas como las veis, no tienen nada de lánguidas y soñadoras: aman y soportan el ejercicio como sus hermanos; con el pelo suelto, a los seis años, corren a caballo y hacen grandes marchas.

»La vida activa fortifica en este país el temperamento

linfático, y el corazón se conserva en él más sencillo al mismo tiempo que el cuerpo se vuelve más sano.»

## XXVII

Víctor Hugo, en *Los trabajadores del mar*:

«Tal muchacha, si se viese lo que es, aparecería pájaro. Un pájaro en forma de muchacha: ¿hay algo más exquisito? Figuraos que la tenéis en vuestra casa. Será Déruchette. ¡Delicioso sér! Dan ganas de decirle: Buenos días, señorita Nevatilla. No se ven las alas pero se oye el gorjeo. Por la charla es inferior al hombre; por el canto, es superior. Hay misterio en ese canto; una virgen es la envoltura de un ángel. Cuando la mujer se forma, el ángel se va; pero más tarde vuelve trayendo una almita a la madre. En espera de la vida, la que un día será madre es largo tiempo una niña; la niña persiste en la joven y es una curruca. Al verla, se piensa: «¡Qué amable es, al no echarse a volar!» El dulce sér familiar salta en la casa de rama en rama, es decir, de aposento en aposento, entra, sale, se acerca, se aleja, se alisa las plumas o se peina los cabellos, hace toda clase de ruiditos delicados, murmura no sé qué de inefable a vuestros oídos.»

«Es una sangre particularmente atractiva la de Jersey y de Guernesey. Las mujeres, las muchachas sobre todo, son de una belleza florida y cándida. Son la blanca sajona y la frescura normanda combinadas. Mejillas de color de rosa y miradas azules. Falta a esas mi-

radas la estrella. La educación inglesa las amortigua. Los ojos límpidos serán irresistibles el día en que en ellos aparezca la profundidad parisina.»

---

«La expresión de *mujer embriagadora* se ha inventado para la parisiense.»

---

Eduardo de Pompery:

«Es en París donde la mujer es más mujer. Allí está la sede de su imperio; en París dicta la moda sus fallos y formula sus omnipotentes caprichos. París da la ley al mundo elegante y el artículo de París se impone con una tiranía aceptada por entusiasmo en todos los rincones del universo. En París aprende la mujer a vestirse, a andar, a hablar, a poner de relieve sus medios de seducir, a triunfar del hombre por el encanto femenino elevado a la máxima potencia. Para la mujer bien dotada que llega de los antípodas, París es toda una revelación. Se siente allí en una atmósfera propicia, se aclimata muy aprisa, se transforma, duplica su valor femenino; de suerte que bien pronto es consagrada parisiense, es decir, una mujer completa.»

---

Alfredo de Vigny:

«A una actriz verdaderamente inspirada es un hechizo el verla en su tocador antes de salir a escena. Habla de todo con arrebatadora exageración, se pone frenética por la cosa más insignificante, grita, gime, ríe, suspira, se incomoda, acaricia. En un minuto dice que está enferma, doliente, curada, sana, débil, fuerte, alegre, melancólica, colérica y no hay nada de eso;

está impaciente como un potro de carreras que aguarda que le den la salida, piafa a su modo, se mira al espejo, se da colorete, se lo quita enseguida, ensaya su fisonomía y la aguza, ensaya la voz hablando alto, ensaya su alma pasando por todos los tonos y todos los sentimientos, se aturde de arte y de escena, se embriaga.»

## XXVIII

Marivaux, en la *Vida de Mariana*:

«Cinco o seis días llevaba sin ver ni a la madre ni al hijo, cuando una mañana me trajeron una esquila de Mad. de Miran, en la cual decíame que a la una de la tarde vendría con su hijo para llevarme a comer a casa de Mad. Dorsin, terminando así su carta:

«Y sobre todo nada de descuido en tu vestir ¿oyes?; quiero que te adornes.»

Y seréis obedecida, dije para mí al leer su carta. Aun antes de leerla, ya tenía la intención de adornarme; pero esa orden hacía más cómoda mi vanidad; iba a tener coquetería por obediencia.

Cuando digo coquetería, quiero significar que siempre la hay en vestirse con un poco de esmero y no pretendo decir otra cosa, pues nunca me he apartado de la decencia más estricta en mi vestir; siempre he apetecido lo honesto, por natural sensatez y por amor propio; sí, por amor propio.

Sostengo que una mujer que falta al pudor pierde todo el mérito de las gracias que tenga; ya no se la

distingue a través de los groseros medios que emplea para agradar; ya no llega al corazón, ya ni siquiera puede lisonjearse de gustar; pervierte, ya no atrae como digna de ser amada, sino sólo como libertina; y de ese modo se pone poco más o menos al nivel de la más fea que no fuera circumspecta. Verdad es que con un continente reservado y modesto serán menos las personas que vengan a decirla: «os amo»; pero tal vez haya más que se lo dirían, si se atreviesen. De modo que tendrá menos declaraciones amorosas, pero no menos enamorados de ella; ganará en respeto y no perderá nada en amor.»

## XXIX

La condesa Merlin hace este elogio de las mujeres criollas:

«La carencia de artimañas en las mujeres criollas da a su trato un atractivo indecible. Todo es naturalidad en ellas y se las ve envejecer sin que se den cuenta de ello y sin que se les afecte la pérdida de sus encantos. Jamás les ocurre la idea de ocultar una cana, de disimular una arruga. Esta probidad de alma, esta abnegación voluntaria, haciéndolas más amables, prolonga su juventud y les hace ser amadas más allá de todos los escollos del tiempo.»

Con justo título pudiera hacerse el mismo elogio de las mujeres españolas: una sencillez perfecta en dejar ver sus deseos, pero ninguna coquetería. Si se les agrada, sus ojos dicen al instante: Sí.

## XXX

En un libro titulado *Lo que es una parisiense*, León Gozlan cede el paso a la parisiense ante todas las demás mujeres:

«Un día el hada Azul descendió a la tierra con el cortés propósito de distribuir entre todas sus hijas, las moradoras de los diversos países, los tesoros de favores que consigo llevaba.

Su enano Amaranto tocó el cuerno, y al punto presentóse al pie del trono del hada Azul una joven de cada nación. Ya se comprende que todas esas unidades acabaron por formar una multitud de bastante cuantía. Esto pasaba largo tiempo antes de la Revolución de Julio de 1830.

La buena hada Azul dijo a todas sus amigas: «Deseo que cada una de vosotras no tenga queja del donativo que le voy a hacer. No está en mis facultades el daros a cada una la misma cosa; pero semejante uniformidad en mis larguezas ¿no les privaría de todo mérito?»

Como el tiempo es precioso para las hadas, hablan poco; el hada Azul dió ahí por concluso su discurso y comenzó el reparto. A nadie le pareció eso mal.

Dió a la joven que representaba a ambas Castillas unos cabellos tan negros y tan largos, que con ellos podía hacerse una mantilla.

A la italiana, unos ojos vivos y ardientes como una erupción del Vesubio a media noche.



A la turca, una gordura redonda como la luna y suave como el plumón del eider.

A la inglesa, una aurora boreal para teñirse las mejillas, los labios y los hombros.

A una alemana, dientes como los de ella misma; y, lo que no vale más que buenos dientes, pero que tiene su precio, un corazón sensible y profundamente dispuesto a amar.

A una rusa, la distinción de una reina.

Luego, pasando a los detalles, puso la alegría en los labios de una napolitana, el ingenio en la cabeza de una irlandesa, el buen sentido en el corazón de una flamenca. Y cuando ya nada le quedó por dar, levantóse para proseguir su vuelo.

—«¿Y a mí?» dijo la parisiense, reteniéndola por los bordes ondulantes de su túnica azul.

—¿Yo te he olvidado?

—¡Olvidado por completo, señora!

—Estabas tan cerca de mí que no te he visto. Pero, ¿qué puedo hacer ahora? Tengo vacío el saco de los dones.»

El hada reflexionó un instante; luego, llamando con una seña a sus encantadoras favorecidas, les dijo:

«Sois buenas, puesto que sois hermosas; os corresponde reparar una gravísima sinrazón mía. En mi reparto, olvidé a vuestra hermana de París. Ruego a cada una de vosotras que se desprenda de una parte del presente que le hice y se la entregue a nuestra Parisiense. Perderéis poco y repararéis mucho.»

¿Cómo desairar a un hada, y sobre todo, al hada Azul?

Con la buena voluntad que tienen siempre las personas felices, aquellas damas fueron acercándose por

turno a la parisiense y echándole al paso, una un poco de sus hermosos cabellos negros, otra un poco de rosa de su tez, ésta algunos rayos de su alegría, aquélla lo que pudo de su sensibilidad. Y así es cómo la parisiense, al principio muy pobre, muy obscura, muy eclipsada, se halló en un instante, por aquel acto de participación, mucho más rica y mucho mejor dotada que ninguna otra de sus compañeras.»

## XXXI

Balzac:

«Las mujeres de París aguardan la hora y el momento de hacerse de valer; al paso que, en provincias, una mujer distinguida contrae no sé qué habito teatral y dominante, —un aire de *prima donna* al salir a escena—, que sonrisas burlonas hubieran reformado bien pronto en París.»

El autor de la *Fisiología del matrimonio* sólo concede el nombre de mujeres a las que se distinguen por la más exquisita elegancia:

«Para nosotros y para aquellos a quienes está destinado este libro, una mujer es una variedad rara en el género humano. He aquí sus principales caracteres fisiológicos:

»Esta especie se debe a los particulares cuidados que los hombres han podido dedicar a su cultivo, gracias al poder del oro y al calor moral de la civilización.

»Generalmente se reconoce por la blancura, la finu-

ra y la suavidad de su piel. Su inclinación la induce a una exquisita limpieza. Sus dedos tienen horror a encontrar otra cosa que no sean objetos suaves, blandos, perfumados... Como el armiño, algunas veces muere del dolor de ver ensuciar su blanca túnica. Gusta de alisarse los cabellos, de hacer que exhalen aromas embriagadores; de cepillarse las sonrosadas uñas, cortándolas en forma de almendra; de bañarse a menudo los delicados miembros. Durante la noche, sólo le place estar sobre el plumón más suave; durante el día, sobre divanes de crín: por eso, la posición horizontal es la que toma con más gusto. Su voz tiene una dulzura penetrante. Sus movimientos son graciosos. Habla con pasmosa facilidad. No se entrega a ningún trabajo penoso; y, sin embargo, a pesar de su debilidad aparente, hay cargas que sabe conducir y manejar con maravillosa facilidad. Huye de los fulgores del sol y se resguarda de él por ingeniosos medios. Para ellas, andar a pie es una fatiga. ¿Come? Es un misterio. ¿Participa de las necesidades de las otras especies? Es un problema. Curiosa con exceso, se deja coger fácilmente por quien sabe ocultarle la cosa más pequeña; porque su espíritu la induce de continuo a buscar lo desconocido. Amar es su religión: sólo piensa en agradar a aquel a quien ama. Ser amada es el fin de todas sus acciones; excitar deseos, el de todas sus actitudes. Por eso no piensa más que en los medios de brillar: no se mueve más que en el centro de una esfera de gracia y de elegancia. Para ella ha hilado la joven India el flexible pelo de las cabras del Thibet, teje Tarare sus velos de aire, Bruselas hace correr lanzaderas cargadas del lino más blanco y más sutil, Visapur disputa a las entrañas de la tierra piedras cente-

lleantes, y Sèvres dora su blanca arcilla. Medita noche y día nuevas galas, emplea la vida en hacerse almidonar enaguas y rizar pañoletas. Va mostrándose brillante y fresca a desconocidos cuyos homenajes la halagan, cuyos deseos la encantan, aunque le sean indiferentes. Las horas robadas al cuidado de su persona y a la voluptuosidad, las emplea en cantar los aires más dulces. Para ella inventan Francia e Italia sus deliciosos conciertos, y Nápoles da a las cuerdas un alma armoniosa. En fin, esta especie es la reina del mundo y la esclava de un deseo.»

Otra vez Balzac:

«¿Hay hombre alguno tan apático para los misterios del amor que no haya más de una vez admirado el paso ligero, menudo, coquetón, de una mujer que acude a una cita? Deslizase a través de la muchedumbre, cual una serpiente bajo la hierba. Las modas, las telas, los cepos deslumbradores armados por las lencerías, despliegan en vano para ella sus seducciones; anda y anda, semejante al fiel animal que busca la huella invisible de su amo, sorda a todos los requiebros, ciega a todas las miradas, insensible hasta a los ligeros rozamientos inseparables de la circulación humana en París. ¡Oh, cómo siente el valor de un minuto! Su andar, su vestir, su rostro cometen mil indiscreciones.

Pero ¡qué arrobador cuadro para quien callejea y cuán siniestra página para un marido, la fisonomía de esa mujer cuando regresa de aquel secreto aposento sin cesar habitado por su alma!... Su felicidad va firmada hasta en la indescriptible imperfección de su peinado, cuyo gracioso edificio y trenzas ondeadas no han sabido adquirir bajo el roto peine del célibe ese

matiz luciente, ese giro elegante y firme que les comunica la segura mano de la doncella. ¡Y qué admirable dejadez en el andar! ¿Cómo representar ese sentimiento que difunde tan ricos colores por su tez, que quita a los ojos toda su seguridad, y que por tantos vínculos se enlaza con la melancolía y el júbilo, con el pudor y el orgullo?»

«¡Ah! ¿Recordáis ese momento lúgubre y negro en que solo y doliente, acusando a los hombres, sobre todo a vuestros amigos; débil, desalentado y pensando en la muerte, con la cabeza puesta en una almohada que emite un calor desabrido, y acostado sobre una sábana cuyas blancas hebras de hilo se marcaban dolorosamente en vuestra piel, paseabais vuestros agrandados ojos por el papel verde de vuestro mudo aposento? ¿Recordáis, digo, haberla visto entreabrir vuestra puerta sin ruido, mostrar su juvenil y rubia cabeza, recuadrada por unos rizos de oro y un sombrero fresco; aparecer como una estrella en noche tempestuosa, sonreirse, correr medio mustia, medio dichosa, precipitarse hacia vosotros?...»

Jorge Røder, como quien marcha siguiendo los pasos de Balzac, dice a su vez:

«¡Una mujer *distinguida!*»

Un extraño pudiera creer que se trata de una mujer seria, de carácter firme, de espíritu recto, justo, sensato, ingenioso, benévolo, hasta elevado; de una mujer adherida a su marido, a sus deberes, dedicada en cuerpo y alma a sus hijos...

Pues he aquí el formulario convenido de la distinción:

De hecho, una mujer distinguida debe en primer término tener unas extremidades, no sólo muy finas, sino de una pequeñez que en las manos llegue a la desproporción y en los pies a la mutilación.

Con menosprecio de los principios de la estatuaria, debe tener la caña del pie en extremo delgada, —hasta el punto de que si a veces sale a pie, cuando sopla el viento del este, los viejos que la encuentren se pongan a seguirla inmediatamente renqueando, lo cual es una manía de hombre venerable; pero, ante todo, el criterio más seguro y más indispensable de la canilla aristocrática.

Las muñecas son de una delicadeza análoga.

Ya no gustan esos talles excesivamente delgados, que hacían morir con el pecho negro y las caderas llenas de callos. Sin embargo, una mujer cuya cintura recordase la forma y la amplitud de la de Venus de Milo, con toda evidencia, bajo un vestido contemporáneo, se vería afligida por un talle grueso y no podría ser *distinguida* bajo ningún pretexto.»

### XXXII

Un poeta cuyo nombre se me ha olvidado:

«La joven esposa de la víspera, a la vez pálida y encendida, tenía aún aire de asombro; y alternativamente feliz y modosa, dejaba leer en su rostro el placer que había dado.»

## XXXIII

J. Michelet:

«¿Por qué generalmente las viudas son más lindas que las solteras? Se ha dicho que: «El amor pasó por ellas». Pero también debe decirse: «El amor quedó en ellas». Se ve su huella encantadora. No perdió su tiempo al cultivar esta flor. Del capullo, poco expresivo, hizo la rosa de cien hojas. En cada hoja hay el atractivo de un deseo. Todo es gracia aquí, todo es alma.

¿Quita algo la posesión? No, más bien añade. Si fué feliz, guardada por una mano digna, hacedla feliz otra vez. En la brillante frescura de la segunda edad, frescura mucho más rica, no tendréis de ningún modo que echar de menos la indigente y canija belleza de su primera juventud.

La virginidad misma vuelve a florecer en la mujer pura, consolada por una vida dulce. Se armoniza inocente en el acorde de sus dos amores.

¿No vive el hombre más que una vez? ¿No tiene el alma sino un solo modo de perpetuidad? Aparte de la persistente duración de nuestra energía inmortal, ¿no tenemos al mismo tiempo alguna emanación de nosotros mismos en nuestros amigos que recibieron nuestros pensamientos, y a veces continúan los más caros afectos de nuestro corazón? El cálido escritor que heredó el último amor de su maestro Bernardino de Saint-Pierre, tenía algún reflejo de él. Y en la austeridad crítica de un eminente historiador de este tiem-

po, se ha creído poder hallar una grande herencia, si es cierto que tuvo la gloriosa ventura de comunicarse con el alma del siglo XVIII, en la persona de la viuda de Condorcet.»

Eduardo de Pompery:

«La vejez de la mujer se parece a los últimos días de buen tiempo. Es la estación de las frutas... La vejez no es triste ni desolada sino para las que hicieron mal uso de su juventud. Cuando se ha recogido un precioso tesoro de buenos recuerdos, de sentimientos generosos y de nobles emociones; cuando se ha sembrado mucho en el corazón y en el alma de sus semejantes, aún se siente uno vivo y se dice adiós a la vida dulcemente. ¡Cuán risueña es la nueva mies para las últimas miradas de la madre, que vivió tanto en sus hijos y puso en ellos la mejor parte de su alma!»

#### XXXIV

Aristófanes, en su comedia *Las mujeres en la Asamblea*, hace hablar así a una vieja que trata de conquistar a un guapo mozo:

«¡Venga a mi lado quien quiera saborear la dicha! Las muchachas no saben de eso: ¡no hay como las mujeres maduras para conocer el arte de amar! ¡Ninguna mujer sabría adorar como yo al amante que me poseyera! Las muchachas son coquetas y volubles...»



Una jovenzuela, interrumpiéndola:

«¡No hables mal de las muchachas! La voluptuosidad reside en las curvas de sus finas piernas, se despliega en sus pechos redondeados... ¡Pero tú, vieja, estás ahí de muestra, embalsamada como para tus funerales, amante de la muerte!»

### XXXV

El elogio de la belleza de las mujeres varía con los países y con los climas. Cada pueblo concibe la belleza a su modo. «Preguntad a ese sapo qué es la belleza, dice Voltaire en alguna parte, y os responderá que es su *sapa*.» Filosóficamente, algo habría que replicar; prácticamente, nada. Por lo demás, Voltaire no hacía sino resumir a Montaigne, quien acerca de la belleza se expresa así:

«Nosotros fantaseamos a nuestra guisa sus formas.»

*Turpis romano belgicus ore color* (1).

Los indios la pintan negra y atezada, con labios gruesos y abultados, nariz roma y ancha, y cargan de gruesos anillos de oro el cartílago tabique de las fosas nasales, para hacer que cuelgue hasta la boca; como también el labio inferior con gruesos aros, tan enriquecidos de pedrería, que les cae hasta la barbilla, y su gracia consiste en enseñar los dientes hasta por debajo de las raíces. En el Perú, las orejas más grandes

(1) «La tez belga adorna un rostro romano.»

son las más bellas y las extienden por artificio todo cuanto pueden; y un hombre de hoy dice haber visto, en una nación oriental, en tanto predicamento ese cuidado de agrandarlas y de cargarlas con pesadas joyas, que podía pasar sin dificultad el brazo vestido a través del agujero de un oreja.

Por otra parte, hay naciones donde ennegrecen los dientes con sumo esmero y les inspira menosprecio el verlos blancos. En otras se los tiñen de rojo.

No sólo es en Basconia donde las mujeres juzgan estar más bellas con la cabeza rasa, sino también en otros países; y, lo que es más, en ciertas comarcas glaciales, como dice Plinio (1). Las mexicanas cuentan entre las bellezas la frente pequeña, y al paso que se raen el pelo en todo el resto del cuerpo, lo dejan crecer en la frente y lo pueblan con arte. Y está en tanto predicamento el grandor de los pechos, que tienen a gala poder dar de mamar a sus hijos por encima del hombro. Eso para nosotros sería el colmo de la fealdad.

Los italianos estiman la belleza gorda y maciza; los españoles, delgada y esbelta, y entre nosotros, el uno la hace blanca, el otro morena, el uno muelle y delicada, el otro fuerte y robusta. Quién exige gachonería y dulzura; quién, altivez y majestuosidad.»

### XXXVI

El conde Enrique Rusell-Killough:

«¿Hablaré de la belleza de las egipcias? No me atrevo. Por noble y gracioso que sea su porte, por elo-

(1) *Hist. nat.*, lib. VI, cap. XIII.

cuenta que sea su mirada, después de las esbeltas indias, me parecieron bellas encinas al lado de jóvenes palmeras.»

## XXXVII

J. Michelet:

«En muchas tribus negras del Africa central, son las mujeres quienes reinan. Son tan inteligentes como amables y dulces. Bien se ve en Haiti, donde no sólo improvisan en las fiestas cancioncillas encantadoras, inspiradas por su buen corazón, sino que para sus negocios comerciales hacen mentalmente cálculos muy complicados.

Fue una dicha para mí el saber que en Haiti, por la libertad, el bienestar y la cultura inteligente, desaparece la negra etiópica, hasta sin mezcla, conviértese en mujer negra, de nariz fina y labios delgados; hasta los cabellos se modifican».

«Allí mismo donde permanece etiópica y no pueden afinarse sus facciones, la negra es de un cuerpo bellísimo. Tiene un hechizo de juventud suave que no tuvo la hermosura griega, creada por la gimnasia y siempre algo hombruna. Pudiera menospreciar, no sólo al odioso hermafrodita, sino a la musculosa belleza de la Venus en cuclillas (véase en el Jardín de las Tulle-rías). La negra es mujer muy de otro modo que las ciudadanas griegas: es esencialmente joven de sangre, de corazón y de cuerpo, dulce con humildad infantil; nunca segura de agradar, dispuesta a hacerlo todo por

desagradar menos. Ninguna exigencia penosa llega a agotar su obediencia. Intranquila por su rostro, de ninguna manera se tranquiliza por sus perfectas formas de morbidez conmovedora y de frescura elástica. Prosterna a vuestros pies lo que queríais adorar. Tiembla y pide perdón: ¡está tan agradecida por las voluptuosidades que da...! Ama, y por su vivo abrazo comunica todo entero su corazón!»

«Un manantial desconocido de belleza nos viene por la raza negra. La rosa de color de rosa, única que antaño era admirada, preciso es confesar, sin embargo, que ha variado poco. Gracias a las mezclas, tenemos los tan múltiples matices de las rosas de te, de las rosas aún más delicadas que se jaspean o tiñen de azul ligero. Nuestro gran pintor Prud'hon no pintó nada con más amor que la hermosa dama de color que está en el salón del Louvre. Está también en la sombra, como un misterio que se descubre. Su belleza sale de la nube. Sus hermosos ojos no son muy grandes, pero sí profundos y llenos de promesas. El espectador, que quizá ve allí lo que lleva él mismo dentro del corazón, se figura que esa obscuridad está entenebrecida de deseos.

¡Honda y ardiente pintura! Pero en un tono más claro, he visto algo más lindo todavía. El invierno último, al ir a visitar a un haitiano eminente, que se ha distinguido en las letras tanto como en los negocios, en ausencia suya fui recibido por una señorita tan modesta como encantadora, cuya belleza me dejó pasmado. Un imperceptible matiz lila delicioso daba a las rosas de sus mejillas un misterio, una magia indecibles. En el momento se ruborizó, y la llama de sus ojos hubiera deslumbrado a ambos mundos.»

## XXXVIII

Todo París pudo ver, hace casi un siglo, a una mujer *saaba* a quien su extraña belleza valió el nombre de Venus Hotentote. En primer término hacíase notar por una particularidad que se ha llamado delantal natural, y del que el gran fisiólogo Cuvier dió una descripción que no copiamos aquí; además, por ese género de gracias menos discutibles, llamadas calipiges por los griegos y *nitambini* por los indios.

---

En la linda pieza *Sacuntala*, del poeta Calidasa — que florecía en la corte del rey Vicramaditya, uno de los más grandes soberanos de la India, justamente hacia la misma época que Virgilio en la corte del emperador Augusto—, esta última particularidad que acabamos de mencionar ayudó a un amante a dar con la pista de la mujer amada. ¿Y sabéis de qué manera? —¡Valiente gracia!, diréis: se habría sentado en la arena.—Pues no, señor: sólo había andado.—Entonces, ¿cómo?—Oído, y fijaos en que sois vos quien me lo preguntáis.

Viendo en la arena la huella del pie de *Sacuntala* marcada más profundamente por el talón que por la punta, *Duchmanta*, con una perspicacia por lo menos igual a la de *Zadig*, reconoció la huella de la belleza *nitambini* de su adorada.

---

Puesto que hablo de esta obra encantadora, quiero citar otro pasaje.

Duchmanta sigue de lejos a Sacuntala por esa pista feliz; al cabo la divisa y se esconde para mirarla.

DUCHMANTA, *aparte.*

«Retirémonos sin ruido tras esos grandes árboles, para verla a nuestras anchas sin que ella sospeche lo más mínimo que pueda ser vista.

SACUNTALA, *hablando a sus dncellas.*

»Mira, Anusuya: esta querida Pryamvada ha apretado de tal manera sobre mi seno este tejido de corteza, que apenas puedo respirar. Haz el favor de aflójarmelo un poco.

*Anusuya lo desata.*

PRYAMVADA, *sonriéndose.*

»No lo achagues a eso, mi dulce amiga, sino a esta flor de juventud que es causa de la admirable extensión de tu seno.

DUCHMANTA, *aparte.*

»¡Oh, qué verdad dice! Aunque formado de nuditos muy juntos, ese tejido de corteza echado negligentemente sobre esos hermosos hombros y velando apenas el doble contorno de sus altos pechos, no puede ocultar el esplendor de esas formas arrebatadoras.»

---

En otra comedia india, *El carro de tierra cocida*, uno de los personajes, Metreya, hace este elogio de una mujer:

«Es una mujer de porte imponentísimo. Pero ¿cómo ha podido entrar en este aposento?... ¡Ah! Supongo que primero la habrán colocado aquí y después han construído los muros en torno de ella, como se ha hecho con las estatuas gigantescas de Mahadeva.»

Una sola noticia indicará bien de cuán diferente modo comprenden los orientales y los occidentales la belleza y lo que a ella atañe:

El colorete de las indias es amarillo.

El color amarillo ¿no es el que las francesas, sin hablar de los franceses, temen más?

### XXXIX

*El Cantar de los Cantares*, ese agradable idilio amoroso atribuído a Salomón, nos suministrará otras imágenes de la belleza femenina exótica. Cito, según la traducción de Le Maistre de Sacy (1), algunos de los pasajes más pintorescos, en los cuales el autor, sea quien fuere, describe las singulares gracias de su bien amada la sulamita.

(1) A mi vez traduzco del francés, como pudiera hacerlo si dicha obra fuese francesa. No es irreverencia, sino falta de Biblias.—(L. M.)

## CAPITULO PRIMERO

## LA ESPOSA

4. «Negra soy, pero hermosa, oh hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón.

5. No consideréis que me he vuelto morena, porque el sol es quien me ha quitado mi color...

## EL ESPOSO

8. Oh tú, que eres mi amiga, te comparo a la hermosura de mis caballos, enganchados a los carros de Faraón.

9. Tus mejillas tienen la suavidad de la tórtola, y tu cuello es como de ricos collares...

14. ¡Oh, qué hermosa eres, amada mía! ¡Oh, qué hermosa! Tus ojos son como los ojos de las palomas.

## CAPITULO II

## EL ESPOSO

2. Como el lirio entre los espinos, así mi bien amada entre las doncellas...

## CAPITULO IV

## EL ESPOSO

1. ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos son como los de las palomas, sin lo que hay escondido dentro. Tus cabellos son como rebaños de cabras que subieron de Galaad.

2. Tus dientes son como rebaño de ovejas esquila-



das, que han subido del lavadero, y que todas traen doble fruto, sin que en ellas haya ninguna estéril.

3. Tus labios son como una tira de escarlata; tu hablar es agradable. Tus mejillas son como media granada, sin lo que hay oculto dentro.

4. Tu cuello es como la torre de David, que está edificada con baluartes, mil escudos cuelgan de ellos, y todas las armas de los más valientes.

5. Tus dos pechos como dos gemelos de corza, que pacen entre las azucenas.

6. Hasta que el día comience a aparecer y las sombras se retiren, iré a la montaña de la mirra y a la colina del incienso.

7. Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha.

9. Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía; heriste mi corazón con uno de tus ojos y con un cabello de tu cuello.

10. ¡Cuán bello es tu seno, hermana mía, esposa mía!

## CAPÍTULO VII

4. Tu cuello es como una torre de marfil. Tus ojos son como las piscinas de Hesebón, situadas a la puerta del mayor concurso de los pueblos. Tu nariz es como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

5. Tu cabeza es como el monte Carmelo; y los cabellos de tu cabeza son como la púrpura del rey, atada y teñida dos veces en las canales de los tintoreros.

6. ¡Qué hermosa y llena de gracia eres, tú que eres mi muy amada y las delicias de mi corazón!

7. Tu talle es semejante a una palmera, y tus pechos a racimos de uva.

8. He dicho: Subiré a la palmera y cogeré sus frutos, y tus pechos serán como racimos de uva, y el olor de tu boca como el de las manzanas...

Aunque evidentemente la traducción de Le Maistre de Sacy altera en ciertos puntos el color del original, aunque no sea más que por las palabras *la esposa* y *el esposo*, y por otras expresiones intercaladas o substituidas, con el piadoso propósito de dar a esa obra un carácter menos erótico, he preferido este inconveniente al de parecer buscar las traducciones hechas por otros escritores, que, sin embargo, se aproximan más a la intención del autor del poema. También he reemplazado por puntos suspensivos varios pasajes que pueden hallarse en su lugar en la *Biblia*, pero que en esta pequeña colección podrían convertirse en pretexto de escándalo para las buenas almas.

## XL

Estos ejemplos desarrollan el pensamiento de Montaigne sobre las muy diversas maneras cómo los diferentes pueblos conciben la belleza de las mujeres. Un pasaje notable de Isidoro Bourdon acabará y completará este punto:

«¿Para qué sirve enumerar los caracteres de la belleza. si cada uno de nosotros la concibe a su modo y

si lo que un pueblo admira es tenido como un defecto en otra nación? Por ejemplo: el negro encuentra adorables los gruesos labios, la nariz arremangada y el tinte de ébano de su negrura; sus Canovas y sus Thorwaldsen, si la raza negra los poseyese, producirían Venus de cabellos crespos y Gracias de color de basalto. El mongol, sea de Siam o de la China, se entusiasma por la piel aceitunada y los anchos pómulos de la mujer mongola. El inglés concede gran mérito a la dorada cabellera de las inglesas, a su talle esbelto y flexible, y a su palidez tanto como a su indiferencia. El francés, más universal en sus gustos y más digno de ser cosmopolita, prefiere, sin embargo, el aire jovial o caprichoso de las parisienses a las fisonomías más nobles, más sentimentales o más majestuosas de las mujeres griegas, alemanas, españolas u orientales.»

«Cada uno de nosotros, conforme a su edad, tiene ideas diferentes en cuanto a la belleza del sexo.

Joven, sólo se atiende al rostro, a su frescura, a la armonía de las facciones; ni siquiera se piensa aún en analizarlas.

El adolescente no sospecha que, de todas las bellezas, es la de un imperio menos duradero; aparte de que se prodiga en demasía para hechizar largo tiempo los mismos ojos o espolear deseos ya colmados. Una linda cara da menos felicidad que apetitos inspira o que envidia suscita. Su trivialidad, multiplica los riesgos de la posesión y desilusiona a menudo al egoísmo.

El hombre hecho, engañado con frecuencia, pero convertido en juez más ducho, ensancha poco a poco

el cuadro de sus gustos: la belleza que él apetece se encontraría muy estrecha dentro del espacio oval de un medallón; su ambición entonces abarca el busto entero. Todo hombre de treinta a cuarenta años se hace generalizador como Boufflers: «De la cintura para arriba, no hay sino voluptuosidad.»

Hasta la transpiración superficial e insensible tiene en las personas del bello sexo caracteres muy marcados y un olor que nuestro Enrique IV tenía mucha razón en preferirlo a los perfumes diputados por más exquisitos. Tan incitante y característico es el olor de que hablamos, que un químico moderno pretendió que era fácil diferenciar la sangre de la mujer de la del hombre: «El medio consiste, dice, en verter ácido sulfúrico en la sangre, con el fin de que se desprenda esa especie de aroma significativo.» Barruel, que fue el inventor de este medio, no vaciló en fundar sobre esta base testimonios judiciales de capital importancia.»

## XLI

La Fontaine, y otros, han celebrado la belleza de las mujeres que lloran. Yo no sé dónde, dice:

«... Una hermosa, cuando derrama lágrimas, es una mitad más hermosa.»

Choderlos de Laclos, o Valmont, su héroe en las *Relaciones peligrosas*, escribe a Mad. de Merteuil:

«De seguida he estado en casa de la muchacha. No

podéis creer cuánto la embellece el dolor. A poca coquetería que adquiriera, os garantizo que llorará a menudo. Pero esta vez lloraba sin malicia... Impresionado por este nuevo atractivo, que yo no conocía en ella y que pude observar a mis anchas, al principio sólo le di esos torpes consuelos que aumentan las penas más bien que consolarlas, y por ese medio sólo conseguí ponerla verdaderamente sofocada. Dejé de llorar, y por un momento temí que le dieran convulsiones. La aconsejé que se acostase, lo cual aceptó. Yo hice de doncella: no se había peinado, y bien pronto sus cabellos esparcidos cayeron sobre los hombros enteramente desnudos; la abracé, ella se dejó caer en mis brazos, y sus lágrimas volvieron a correr sin esfuerzo. ¡Dios mío, qué hermosa estaba! ¡Ah! Si la Magdalena era así, debió de ser mucho más peligrosa de penitente que de pecadora.»

Moratín, poeta español:

«Los ojos de una mujer que llora siembran perlas.»

La verdad desprovista de toda gala poética, declararía tal vez, en contra de esos autores, que cuando llora el bello sexo se pone tan horroroso como el sexo feo.

## XLII

Pero ¿no hemos visto ya que la fealdad, la misma fealdad, ha tenido sus panegiristas?

¿No se ha nombrado entre ellos a Descartes, quien

gustaba de las bizcas; a Montesquieu y Benjamín Constant, que, para mayor seguridad, preferían a las mujeres no agraciadas por la naturaleza?

Además, según dicen en grandísimo número escritores modernos, novelistas, autores cómicos y poetas festivos, la fealdad tiene sobre la belleza esta ventaja: que la belleza pasa y la fealdad queda.

---

No es de ese parecer P. J. Stahl. Según él, todo pasa, hasta la fealdad.

«Hay una edad en que la fealdad pasa, como todo lo demás. Es aquella en que las mujeres bonitas cesan de serlo, y las mujeres feas comienzan a atreverse a decir que fueron guapas.

»Muy pocas se niegan a sí mismas esta inocente satisfacción cuando cumplen la cuarentena; pareciéndose en ello a los calvos, quienes, a creerlos, serían siempre las personas que *tuvieron más pelo.*»

---

Stahl dice en otra parte:

«La fealdad tiene también otra ventaja sobre su enemiga la hermosura: que es tan difícil a una mujer fea ser calumniada, como a una mujer bonita no serlo.»

---

El mismo autor pretende que, en general, la fealdad hace aguzar el ingenio.

«Cuando se habla de mujeres de talento, por fuerza llega a hablarse de feas.

»Una mujer fea puede ser perversa, pero nunca es bestia. Por el contrario, muchas de ellas tienen gran talento. Sin embargo, ninguna tiene tanto como para conformarse con su fealdad; y ninguna dejaría de tro-

car todo su ingenio, es decir, una ventaja duradera, por unos cuantos años de hermosura efímera y sin talento.»

«No es indispensable que una mujer sea jorobada para tener talento. Bástale ser fea. La fealdad, la falta de belleza, tienen tal influencia sobre la vida de una mujer de mundo, que no es raro que ese defecto desenvuelva en ella las cualidades de chispa y de malicia que distinguen a los jorobados. «Aseguro a ustedes que mientras fui joven era muy estúpida» —me decía una vez una mujer que no era ni joven ni estúpida—. «Era yo casi bonita; a los diez y ocho años tuve la desgracia de padecer la viruela, que en lugar de los ojos pasaderos que tenía me dejó estos ojillos imposibles que ven ustedes. Para colmo de desdichas, a los diez y nueve años me salieron bigotes. Comencé por reirme de ello y acabé por llorarlo; porque esos horrendos bigotes, en vez de quedarse en estado de sombra y de bozo, adquirieron muy pronto terribles proporciones. Mi ingenio tuvo que nacer y crecer con ellos: necesitaba defenderlos, y no era cosa fácil. ¡Ni una navaja barbera habría bastado!» —añadió.

Su lengua, mejor afilada que una navaja de afeitar, bastaba y sobraba.»

Sigue diciendo Stahl:

«Una mujer fea y buena es un ángel a quien deberían beatificar. En una novela de Eugenio Sue, *La familia Jouffroy* —cuyos tres primeros volúmenes, entre paréntesis, son obras maestras—, hay una solterona seca y fea, la tía Prudencia, que es la realización más cabal de la mujer fea, buena, chispeante y per-

fecta. Siente un antiguo amor, tan extraño, tan hechicero, tan burlesco, tan conmovedor, hacia un primo que le sirve de pareja en este libro, que al igual del susodicho primo, se casaría uno con ella en la última página, primero que dejarla como estaba.»

## XLIII

Un hombre de talento, que firma *Mané*, dice:

«Las mujeres sabrán siempre sostener su categoría y persuadir, ocurra lo que ocurriere, a nuestros hijos como a sus padres, de que ellos son el sexo feo y ellas son el bello sexo.

»Sobre ese particular tienen una confianza que impone, por lo común muy motivada, pero a veces gratuita. Son mujeres: luego deben agradar, seducir, ser adoradas; aunque fuesen feas, pertenecen al bello sexo y esto basta; una mujer fea se parece a un rey desposeído de su trono y desterrado de su patria, quien todavía encuentra un puñado de servidores para decirle «señor y majestad» por ínfima que sea su fortuna presente. De igual modo, no hay monstruo femenino tan repugnante que jamás haya encontrado un mortal tan ciego o tan compasivo como para cortejarla.

»El 22 de Octubre de 1791 leyóse en la Asamblea nacional la petición de una soltera tan fea que los habitantes del país donde vivía se comprometieron a pagarla una pensión con tal de que saliese de su territorio. Era poco galante. Como esa pensión hubiera cesado de abonarse con regularidad a esa desterrada de



nueva categoría, reclamaba su continuación ante los miembros de la Asamblea nacional.

Pues bien, casi apostaría que esa desgraciada, en el país donde se vió obligada a refugiarse, acabó por hallar un hombre de buena voluntad para comerse la pensión con ella.

Y quizá fuese un guapo mozo.

Y quizá encontrara ella medio de convencerle de que el favorecido era él.

En fin, o yo no conozco al *eterno femenino*, o la dama pensionada por su fealdad intentaría por lo menos, —si no lo consiguió— hacer creer en primer término al amante que le supongo y después a otros, que la causa de su destierro habían sido los celos y la envidia de sus compatriotas, irritadas por el efecto que ella producía.

He aquí cómo se juzgan a sí mismas las mujeres.

Sólo las que unen una gran belleza a un verdadero talento se permiten el lujo de la modestia, dudan de sí propias y admiten la posibilidad de que sus atractivos no hagan mella.

Las que sólo tienen atractivos, sin talento, emplean inmenso trabajo, sobre todo de algunos años acá, en estropear y comprometer su hermosura. ¡Qué excesos de lujo escénico que matan la obra teatral! Por el contrario, ciertas mujeres de mejor talento que palmito, saben embellecerse de un modo milagroso con un montón de trapos perfeccionados y se los adaptan tan bien que apenas puede distinguirse el marco del cuadro. ¡El conjunto es arrebatador! ¿Qué más puede pedirse?

Sobre todo en playas y balnearios de moda, donde la libertad de vestir da vuelo al buen o mal gusto de

cada una, es donde más pronto tenemos medios para juzgarlas a todas.

Aquella que se intitula marquesa y que tal marquesa me había parecido bajo los arreos casi uniformes de los salones parisinos, que hacen más difíciles los grandes triunfos y preservan de las grandes caídas, por legítima que sea la corona con la cual timbra su escudo, ya no es para mí sino una doncella de labor en domingo, puesto que la he visto pasear al aire libre en Trouville su charloteo de cotorra y su vestimenta insolenta y abigarrada cual plumaje de loro.

Por el contrario, aquella otra cuyo mérito un poco gris se esfumaba entre el movimiento rápido y regular de la vida parisiense, nos hechizará si, al hallarla por fortuna en Ems, podemos comprobar cuán bien le sienta el discreto capricho de su vestido de viaje y cuán lindas perlas sabe sembrar su ingenio en las orillas de la Lahn.\*

#### XLIV

Eugenio Sue, en su personaje de la señorita de Cardoville, rehabilitó a las mujeres pelirrojas, que, desde la escuela veneciana y el siglo xvi, habían pasado ya de moda.

«Después de todo, hay pelirrojas y pelirrojas, como entre lío y lío hay diferencias. Los cabellos castaños dorados de algunas inglesas son adorables. Pero no hay que confundirlos con los cabellos *mahoní*.»

El picante narrador Hamilton, en las *Memorias de Grammont*, que ya he tenido el gusto de citar, dice:

«La señora marquesa de Sénantes pasaba como rubia: sólo de ella hubiera dependido el pasar por pelirroja; pero gustaba más de conformarse con el gusto del siglo que respetar el de los antiguos.»

Chamfort cuenta:

«La duquesa de Fronsac, joven y bonita, no había tenido amantes, y eso extrañaba. Otra mujer, para recordar que era pelirroja y que este motivo pudo contribuir a mantenerla en su tranquila honestidad, dijo: «Es como Sansón, su fuerza está en sus cabellos.»

#### XLV

Alfonso Karr —digan lo que quieran Aristóteles (es decir Descartes) y Montesquieu, y Benjamín Constant, y Eugenio Sue, y Stahl, y Scribe y otros muchos—, Alfonso Karr elogia la belleza ¡a despecho de todo! y no quiere oír, bajo ningún pretexto o paradoja, las alabanzas de ninguna fealdad, en general ni en particular.

No faltan buenas almas que, para consolar a las mujeres que no son guapas, o ellas mismas para consolarse a sí propias, hayan intentado en todos tiempos denigrar a la belleza. Esos discursos no han disgustado hasta aquí a nadie de la hermosura.

• Uno de los argumentos más usuales que se emplean es el de su poca duración. Pero ¿hay algo duradero? ¿Es preciso no admirar el sol porque irá seguido de la

obscuridad, ni la primavera porque será reemplazada por el invierno? ¿Son despreciables los melocotones que coméis, porque desaparezcan en tres bocados? ¿Creéis que es menester dejarlos que se pudran en el árbol, porque no sean de gordos, lo menos, como cabezas? ¿Desdeñaríais, a cosa de las once de la mañana, una succulenta chuleta porque no es inmortal como el hígado de Prometeo? ¿Os negaríais a aspirar el perfume de las rosas porque las del jardín duran menos que las artificiales, hechas con tela y papel?

»A las mujeres no les engañan esas salidas de mala fe contra la belleza.—Decid de una mujer que es mala, hosca, extravagante, alocada; que engaña a su marido y aun a su amante —pero añadid que es muy hermosa—, y estad seguros de antemano que el resentimiento que os manifieste será fingido. Tratad de ofenderla realmente: decid que es dulce y buena, decente, sensata y que cumple sus deberes todos con el mejor deseo, —pero añadid que es fea;— y entonces veréis lo que es un resentimiento verdadero.

»Escuchad las preguntas que se hacen respecto a una mujer a la cual no conocemos: —«¿Es guapa?» Es la primera pregunta y casi siempre la única. Si se hace otra más, es para hallar algo que atenúe el efecto de la primera respuesta, si ha sido afirmativa.

»En efecto, si es guapa esperamos que no tendrá talento.—Si es bonita y tiene ingenio, queda la posibilidad de que tenga mal corazón o de que una conducta ligera la haya entregado a las hablillas de la gente—; pero estad seguros de que se darían de barato esos defectos y no se rezongaría de ellos, como ella quisiera y pudiera en cambio hacer el sacrificio de su belleza.»

---

«Yo no entiendo la belleza como la entienden las mujeres mismas, y es por esta sencilla razón: porque tengo el íntimo convencimiento de que ellas no entienden de eso. En efecto, ¿cómo podrían juzgarla? La belleza no consiste en cierta forma de ciertos rasgos. —Considerada así, la belleza no es la misma para las diversas naciones y hasta cambian sus caracteres a capricho de la moda, en diferentes épocas del mismo pueblo.

»Yo entiendo por belleza ese encanto secreto, esa influencia que hacen descogerse en el corazón y en la mente tantas y tan dulces embriagueces, tantos y tan hechiceros ensueños.

»Las mujeres, cuando se trata de mujeres, juzgan de la belleza que se prueba; sólo los hombres podemos reconocer la que nos prueba, —y esta última es la única verdadera: en todos los países y en todos tiempos ejerce sin duda su dulce e irresistible tiranía.

»Por consecuencia de lo cual acontece que las mujeres se pasan parte de la vida en pasmarse y escandalizarse de las pasiones que excitan ciertas mujeres que no tienen una hermosura conforme al programa convenido entre ellas. «¡Cómo! exclaman: Dícese que Fulano se ha saltado la tapa de los sesos por Fulana; y sin embargo, ésta no tiene una nariz tan bonita como la mía, y por la cual no ha muerto nunca nadie! ¡Los hombres son muy ciegos!»

»No pretendo desesperar a las que no hayan recibido del cielo la belleza como patrimonio; pero, no obstante, no quiero ocultarles que han nacido con muy mala estrella.»

Saint-Prosper, acordándose quizá de una frase de La Bruyère:

«Hay mujeres que tienen poderío sin más que el timbre de la voz. Conmueven, revuelven el corazón; y se les ama, aun antes de haber soñado mirarlas.»

---

El coronel A. Alvin:

«¿Pensáis que sólo los hombres jóvenes son conducidos por las chicas guapas? Desengañaos. Son como el centro de un torbellino, todo lo arrastran en pos de ellas. Padre, madre, viejos amigos, todo el mundo marcha a voluntad de ellas y a menudo sin sospecharlo. Y es que eso es otra gran ley de Dios, un poder irresistible al cual es forzoso obedecer y se le obedece con gusto. Mirad, yo conozco esto; por lo que ya no trato de resistir.»

---

Daniel Stern:

«Dotada de un hechizo insinuante, la mujer es ya bienhechora por su sola presencia.»

---

«En la debilidad de la mujer hay una potencia atractiva que la fuerza del hombre sufre con asombro, que lisonjea y maldice él alternativamente como una tiranía, porque costaría demasiado a su orgullo reconocer en ella una ley providencial. Los archivos del género humano, epopeyas, historias, leyendas, están llenos de brillantes testimonios de ese encanto misterioso. Eva y María, Minerva y Venus, las Musas y las Sirenas, Armida y Beatriz, Cleopatra y Juana de Arco, son sus figuras inmortales. La mujer está más cerca

de la naturaleza que el hombre. A despecho del Génesis, me dan tentaciones de creer que ella le ha precedido en el orden de la creación. El influjo que ejerce, como sin darse cuenta, participa de las influencias naturales. Sus ojos tienen las fascinaciones del mar; su espléndida cabellera es un foco eléctrico; las ondulaciones de su cuerpo virginal rivalizan en gracia y flexibilidad con las curvas de los ríos y los enlazamientos de las lianas y el Creador ha dado a su bello seno la forma de los mundos.»

---

Balzac:

«¡Qué embriaguez para un joven el ver que la mujer a quien ama es la más hermosa de todas, que es objeto de miradas apasionadas, y saber que sólo él recibe la luz de sus ojos castamente reservados; conocer lo suficiente todos los matices de su voz para hallar en sus palabras, al parecer ligeras o burlonas, las pruebas de un pensamiento constante!»

---

Coronel A. Alvin:

«Los jóvenes no pueden menos de ganar en el trato con las mujeres superiores. Con mil delicadas atenciones nos hacen aceptar sus consejos y nos obligan a adquirir algo de su distinción. Nunca se siente uno humillado junto a ellas. Cuando es necesario, encuentran acentos maternos a los que no se resiste uno. Se apoderan de una autoridad que obedecemos con gozo. ¡Tanto saben imponerla con gracia! Esas mujeres inspiran lo mismo respeto que cariño a quienes se les acercan. ¡Feliz el que halle una mujer de este valor al iniciarse en el trato social! Toda la vida influirá en él.

¡Y más dichoso aún quien haya encontrado esa mujer en su propia madre! Toda su existencia quedará como perfumada.»

## XLVI

Brillat-Savarin, en su *Fisiología del gusto*, aplaude a las mujeres aficionadas a la buena mesa:

«La glotonería no sienta mal a las mujeres; conviene a la delicadeza de sus órganos y les sirve de compensación de los placeres de que es necesario que se priven, y de algunos males a que la naturaleza parece haberlas condenado.

»Nada hay más agradable de ver como una linda golosa bajo las armas: tiene la servilleta graciosamente prendida; una de las manos puesta encima de la mesa; con la otra se lleva a la boca trocitos elegantemente cortados, o el ala de perdiz que ha de morder. Sus ojos son brillantes, sus labios están barnizados, su conversación es agradable, graciosos todos sus movimientos; no le falta ese grano de coquetería que las mujeres en todo ponen; y el mismo Catón, el Censor, se dejaría convencer.»

---

«La tendencia del bello sexo a la glotonería tiene algo que se relaciona con el instinto, porque la buena mesa es favorable a la hermosura.

»Una serie de observaciones exactas y rigurosas ha demostrado que un régimen suculento, delicado y ex-



quisito rechaza por largo tiempo y muy lejos las apariencias exteriores de la vejez.

»Da más brillo a los ojos, más frescura a la piel, más apoyo a los músculos; y como es cierto en fisiología que la depresión de los músculos es causa de las arrugas, esos temibles enemigos de la belleza, es igualmente verdadero el decir que, en igualdad de circunstancias, los que saben comer son comparativamente diez años más jóvenes que quienes ignoran esa ciencia.

»Los pintores y escultores están bien penetrados de esta verdad, pues nunca representan a los abstinentes por gusto o por deber, como los avaros y los anacoretas, sin darles la palidez de la enfermedad, la demarcación de la miseria y las arrugas de la decrepitud.»

«En fin, cuando la glotonería es compartida, ejerce la influencia más marcada que puede haber en la unión conyugal.

»Dos esposos glotones tienen, por lo menos una vez al día, una grata ocasión para reunirse; pues hasta los que hacen cama aparte (y son un gran número), por lo menos comen en la misma mesa. Tienen un asunto de conversación siempre renaciente: no sólo hablan de lo que comen, sino también de lo que han observado en casa de otros, de los platos de moda, de las nuevas invenciones, etc., etc.; y sabido es que las charlas familiares (*chit chat*) están llenas de encantos.

»No cabe duda de que la música también tiene atractivos muy poderosos para los que la aman; pero hay que dedicarse a ella, es una faena.

»Por otra parte, algunas veces se tiene romadizo, se ha extraviado la música, los instrumentos desafinan, se tiene jaqueca: hay paro.

»Por el contrario, una necesidad compartida llama a los esposos a la mesa, la misma inclinación los retiene en ella; naturalmente tienen uno para otro esas pequeñas atenciones que anuncian el deseo de obligar; y la manera de pasar el tiempo en las comidas entra por mucho en la felicidad de la vida.

»Esta observación, bastante nueva en Francia, no se le había escapado al moralista inglés Fielding, en su novela *Pamela*.»

Balzac, analizando este asunto de la glotonería femenina:

«Las mujeres, en una comida de convite, comen poco. Su secreto arnés les molesta, tienen puesto el corsé de las solemnidades, y están en presencia de mujeres cuyos ojos y lengua son igualmente temibles. Gustan de la mesa no buena, sino bonita: chupar cangrejos, zamparse codornices al *gratin*, retorcer el alón de un gallo silvestre, y comenzar por un pescado muy fresco, realizado por una de esas salsas que son gloria de la cocina francesa.»

## XLVII

En lo bueno que se ha dicho de las mujeres, véase lo que atañe a las cualidades físicas. Sólo he escogido algunos rasgos de las diversas literaturas. Si no hubiera habido que contenerse dentro de ciertos límites, este primer libro, consagrado a las cualidades físicas casi únicamente, habría constado de varios volúmenes.

Lo que concierne al ingenio de las mujeres suministraría materia para cincuenta tomos lo menos; su bondad, ciento y más. Pero es preciso respetar su modestia.

Y luego, debe temerse a la frase de Meilhan:

«Los hombres que más lisonjean a las mujeres son los que menos las estiman.»

---

## LIBRO SEGUNDO

### XLVIII

El segundo libro concierne a las cualidades intelectuales.

Relaciónase con el primero más de lo que pudiera creerse; tanto, que algunas veces nos hemos visto obligados a mezclar uno de ellos con el otro.

---

Stahl acaba de demostrarnos que una mujer fea rara vez es estúpida. Luego, nos afirma también que una mujer guapa nunca lo es, —¡por lo menos para los hombres!

«Una mujer bonita nunca es bestia para los hombres; siempre tiene el primer talento que piden a una mujer, el de ser bonita. Sería preciso que una majadería fuese más grande que una casa, para que un hombre la viera salir de una linda boca, esclarecida por bonitos dientes, entre dos labios bien sonrosados.»

---

Rivarol terminaba así una epístola a su amada:

«Ten siempre para mí sabor a buena fruta, y talento como una rosa.»

## XLIX

Carlos de Bernard:

«Mad. de Bergenheim, mujer muy a la moda, muy cortés, muy envidiada, hallábase bajo la vigilancia especial de las devotas, de las solteronas, de las bellezas mandadas recoger; en una palabra, esa cuadrilla de la santa hermandad femenina, cuyos ojos, boca y oídos parecen tener la expresa misión de desolar los corazones sensibles, velando por la conservación de las buenas costumbres.»

«Alina escuchaba las palabras de su pareja de baile, con un placer que no intentaba disimular. La elasticidad de sus pasos, una especie de estremecimiento general que la hacía semejar a una flor mecida por la brisa, la poesía que una emoción interior comunicaba a la gracia candorosa de sus posturas, revelaban el encanto saboreado por su alma en esa conversación. Sus ojos, cada vez que encontraban la penetrante mirada de Octavio, bajábanse por un instinto de pudor; pero, en esos momentos, su brillo parecía redoblarse bajo sus párpados semicerrados. Cada palabra, aunque fuera indiferente, resonaba en sus oídos, dulce y melodiosa; cada contacto de manos le parecía una presión. ¡A los diez y seis años, el sexo es un cómplice tan poderoso de los sentimientos que se abren en el corazón de una muchacha! En ese período de la adolescencia comprendido entre

el blanco velo de la primera comunión y el velo blanco de la boda, un vago deseo, un confuso presentimiento de la palabra real de la vida, una atracción invencible hacia el amante ignorado, dan a veces a las más ingenuas de esas niñas algo de la embriaguez de Eri-gona.

Al notar la expansión con que cada palabra salida de su boca embellecía a esta rosa fresca e inocente, Gerfaut experimentó un sentimiento involuntario de melancolía.—Ella es capaz de amarme como yo quiero ser amado (dijo para sí), con todo su pensamiento, con todo su deseo, con toda su alma. Para ella sería yo la llama que abrasa y el sol que fecunda; se arrodillaría ante mi amor como ante un altar, al paso que esta coqueta... Volvió la vista hacia Mad. Bergenheim, que bailaba con Marillac, y encontró su mirada fija en él. El vistazo que le dió fue rápido, descontento e imperioso. Significaba claramente: Te prohibo hablar así con tu parejita.

Por el momento, Octavio no estaba más dispuesto a obedecer que lo estuvo Mad. Vertbois en un caso análogo. Después de pasar la vista por la contradanza que se bailaba, como si sólo la casualidad hubiera hecho que sus ojos se encontrasen con los de Clemencia, volvióse hacia Alina y aumentó su amabilidad para con ella.

Un momento después recibió, no directamente, sino por intermediación del espejo, ese confidente tan a menudo indiscreto, otra segunda mirada más sombría y amenazadora que la primera.

—Muy bien —dijo para sí, volviendo a dejar en su sitio a la joven—, celos tenemos. Esto cambia la cuestión. Ahora sé dónde son débiles las murallas y dónde debe atacarlas el minador.\*

## L

J. Michelet:

«A las mujeres jóvenes y bonitas les está enteramente permitido ser tontas; pues tienen la seguridad de ser admiradas siempre. Pero no a la mujer madura. Esta es preciso que tenga talento. Si lo tiene, con frecuencia es agradable y divertida.»

Mad. de Sevigné dice esto, de lindo modo (cito de memoria):

«La juventud y la primavera, dijo ella, sólo son verdes y siempre verdes; pero nosotras, las gentes del otoño, somos de todos colores.»

Michelet continúa así:

«Esto permite a la dama ejercer en torno suyo esas amables influencias de sociedad, que son sobre todo peculiares de Francia. ¿Qué es en el fondo sino una disposición buena y simpática que se siente y que expulsa, que da ingenio hasta a los faltos de él, tranquilizándolos, imponiéndose a los necios burlones que se dan el fácil gusto de apurar a los tímidos? Esa realeza de bondad ilumina su salón como con suaves resplandores. Alienta al hombre de conocimientos especiales a quien los parlanchines hacían callar, y el cual, ante

las miradas de una mujer de talento que le autoriza, adquiere modesto aplomo. Entonces la conversación ya no es el vano charloteo que oímos en todas partes, el eterno saltar de un asunto a otro, en que todas las ventajas son para los cerebros hueros. Cuando el hombre culto ha planteado bien una cuestión, sin desarrollos prolijos y sin pedantismo, ella añade alguna palabra salida del corazón, que con frecuencia le ilumina a él mismo, dando calor y luz a lo que dice, haciéndole fácil y agradable. Los oyentes se miran, se sonríen: todos se han entendido.»

«No es un hecho lo suficiente sabido el de que a veces una sencilla frase de una mujer puede levantar y salvar a un hombre, engrandecerle a sus propios ojos, darle para siempre la fuerza que hasta entonces le faltó.

»Veía yo una vez a un niño sombrío y encogido, de aspecto tímido, cazarro, mísero. Sin embargo, tenía aire inteligente. Su madre, que era muy dura, me dijo: «No se sabe qué tiene.—Señora, pues yo lo sé: es que nunca le han besado.» Y era ciertísimo.

»Pues bien; en la sociedad —esta madre antojadiza de los ingenios— hay muchos que abortan, y no de los menores, porque ella nunca los ha besado, favorecido, alentado. No se sabe por qué, pero nadie les hace caso; mas, en cuanto se atreven a decir una frase tímidamente, todos se quedan fríos, se pasa a otro asunto, no se le tiene en cuenta, o bien se echan a reír.

»Tened cuidado; ese hombre encogido y rechazado puede que sea un genio cautivo. ¡Oh, gran metamorfosis ocurriría si en ese momento una mujer auto-



rizada por el ingenio, la gracia y la elegancia, recogiese la frase (a veces intensa, a veces profunda) que se le escapa a ese paria; si, cogiéndole de la mano, lo hiciese valer, mostrando a los distraídos y a los zumbones que esa piedrecilla es un diamante!... Vengado, redimido, vencedor, pudiera demostrar que entre todos esos hombres, sólo él es hombre y los demás nada.»

## LI

Marivaux, en la *Vida de Mariana*:

«Nosotras las mujeres tenemos dos clases de talento. En primer lugar el nuestro, el que recibimos de la naturaleza, el que nos sirve para razonar, según el grado que tenga, que llega a ser lo que puede, y que no sabe nada sino con el tiempo.

•Y además tenemos otro, aparte del nuestro, y que puede hallarse aun en las mujeres más necias. Es el talento que la vanidad de agradar nos comunica y que, dicho de otro modo, se llama coquetería.

»¡Oh! Este, para ser instruido, no aguarda al número de los años: es agudo desde que aparece; en las cosas de su incumbencia, tiene siempre la teoría de lo que va a poner en práctica. Es un hijo del orgullo, que nace ya educado; y que si al principio carece de audacia, no por eso deja de pensar tenerla. Creo que pueden enseñársele gracias y facilidades; pero sólo aprende la forma, y nunca el fondo.»

La Rochefoucauld, ese pesimista, pero amigo de las señoras de Chevreuse, de Longueville, de Sablé y de La Fayette, se ve obligado a confesar lo siguiente:

«Cuando las mujeres tienen talento de buena ley, gusto más de su conversación que de la de los hombres; encuéntrase en ellas cierta dulzura que no existe entre nosotros; además de eso, parece que se explican con mayor claridad y dan un giro más agradable a las cosas que dicen.»

Michelet:

«Nuestras obreras, que tienen tanto ingenio, gusto y destreza, son en su mayoría distinguidas físicamente, finas y delicadas. ¿Qué diferencias hay entre ellas y las damas de las clases superiores? ¿El pie? ¡No! ¿El tallo? ¡No! Solamente la mano constituye la diferencia; porque la pobre obrera, obligada a lavar a menudo, pasando el invierno bajo techado con un simple braserillo, tiene las manos, su único instrumento de trabajo y de vida, hinchadas dolorosamente, agrietadas por los sabañones. Salvo eso, la misma mujer, a poco que se la vista, es la señora condesa tanto como cualquiera de los barrios aristocráticos. No tiene la jerga de la sociedad distinguida; pero es más novelesca, más viva. Si por ella cruza un rayo de felicidad, eclipsará a todas.

»No es bien sabido cómo las mujeres son una aristocracia. No hay pueblo entre ellas...»

Marivaux, en la *Vida de Mariana*:

«En cuanto a nosotras las mujeres bonitas (y yo lo he sido), nadie tiene más ingenio que nosotras, cuando tenemos un poco.

» Los hombres entonces ya no saben el valor de lo que decimos; al oírnos hablar, nos miran, y lo que decimos se aprovecha de lo que ven.

» Conozco a una mujer bonita, cuya conversación pasaba por un encanto. Nadie en el mundo se expresaba como ella: era la vivacidad misma, la agudeza misma quien hablaba; los inteligentes no cabían en sí de gozo. Diéronle las viruelas y quedó muy picada de ellas; cuando reapareció la pobrecita, ya no era más que una parlanchina incómoda. Ved cómo, con anterioridad, su rostro le había prestado talento; bien pudiera ocurrir que el mío también me lo hubiese prestado, en los tiempos en que me encontraban mucho. Me acuerdo de mis ojos de aquel entonces, y creo que tenían más talento que yo.

» ¡Cuántas veces me he sorprendido diciendo cosas que hubiera costado sumo trabajo que pasaran por sí solas! Sin el juego de una fisonomía picaresca que las acompañaba, no se me habrían aplaudido como lo eran; y si las viruelas hubiesen llegado a reducir eso a su propio valor, francamente, pienso que yo habría perdido mucho.

» Por ejemplo, no hace arriba de un mes que aún me hablabais de cierto día (y hace ya doce años que ese día pasó), en que, en una comida, se ponderó tanto mi vivacidad de espíritu. Pues bien, en conciencia, yo no era más que una locada. ¿Creeríais que lo he sido a menudo expresamente, para ver hasta dónde llega el engaño de los hombres respecto a nosotras? Todo me salía bien, y os aseguro que en boca de una fea mis locuras hubieran parecido dignas de un manicomio, y quizá tenía yo que ser amable en todo lo mejor que decía. Pues ahora, que han caducado mis atractivos,

noto que me encuentran un ingenio bastante corriente; y, sin embargo, estoy más satisfecha de mí que lo estuve nunca.»

«Tuve un palmito que costó bastantes locuras, aunque no parezca haberlas merecido por la facha que hoy tengo. Por eso me da lástima cuando me veo la cara, y no la miro sino por casualidad, no le dispenso expresamente ese honor casi nunca; pero, en cambio, mi vanidad se desquitó a su gusto en otros tiempos; me valía de todos los modos de agradar, sabía ser varias mujeres en una. Cuando quería tener un aire pícaro, mi apostura y adorno hacían el gasto; al día siguiente me hallaban con gracias tiernas; al otro, era yo una belleza modesta, seria, con abandono. Fijaba al hombre más volandero, engañaba a su inconstancia; porque todos los días le renovaba su querida, y era como si él hubiese cambiado.»

## LII

Boccaccio, como compensación sin duda de su invectiva rotulada *El laberinto de amor*, compuso en honor de las mujeres una obra latina intitulada *De las mujeres ilustres*. En ella recorre la mitología, la historia sagrada, la historia griega, la historia romana; pone juntas a Cleopatra y Lucrecia, Flora y Porcia, Semíramis y Safo, Atalía y Dido.

Después de Boccaccio, más de veinte autores escribieron sucesivamente elogios de las mujeres célebres de todas las naciones.

---

En Francia, Brantôme publicó un libro con el título de *Vidas de las damas ilustres*. En la primera parte de esta obra tuve ya ocasión de decir de qué naturaleza suelen ser los elogios de ese autor; y he citado algunos pasajes de sus Discursos acerca del pobre sexo bello, asunto habitual de los escritos de aquella pluma desgreñada.

## LIII

Bien pronto ya no bastó preconizar el mérito de las mujeres; se quiso ponerlas por cima de los hombres, en vez de declarar simplemente que entre el hombre y la mujer no hay superioridad ni inferioridad, sino diferencia. Durante unos ciento cincuenta años, en los siglos xv y xvi, la superioridad del sexo femenino fue celebrada en todas partes y en todos los tonos.

Enrique Cornelio Agrippa, de Nettesheim, merece distinguirse entre todos aquellos panegiristas. En 1509 publica su obra latina: *De la superioridad del sexo femenino*. Buscando la protección de Margarita de Austria, tía de Carlos V y regente de los Países Bajos, dedica su libro a esta princesa.

Divídese la obra en treinta capítulos, llenos de pruebas morales, físicas, teológicas, históricas y cabalísticas, y de un gran número de paradojas. He aquí los principales párrafos:

«Dios llamó al hombre Adán, y a la mujer Eva.

Pues bien, la palabra Adán significa *la tierra* y la palabra Eva quiere decir *la vida*. La vida es más preciosa que la tierra. Por tanto, la mujer es más preciosa que el hombre.

»En la creación, la mujer fue la obra maestra del trabajo de los seis días; después de haberla hecho, Dios descansó: «Dios se había como agotado al formarla». Por consiguiente, la mujer, a pesar de todos los defectos corporales y espirituales que sus enemigos le atribuyen, «vale ella sola por todo el universo».—«Dios la guardó para dejar buen sabor de boca; [la hizo la última, porque debía ser la reina de la creación; tanto es así, que antes de hacerla nacer edificó para ella una regia residencia; luego la introdujo en el mundo como en corte que le destinaba y que había embellecido, adornado y enriquecido con una magnificencia digna de tal monarca» (1).

Recuérdese aquí la fábula de La Fontaine, citada en nuestra *Primera parte*.

«La mujer —prosigue Agrippa, a quien abrevio—, supera al hombre por la materia de que fue formada. El hombre fue hecho de un poco de barro; pero la mujer fue hecha de una materia organizada y viva, en una palabra, de una costilla del hombre.»—De donde se sigue, como corolario, que la mujer es una produc-

---

(1) No habiendo podido hallar en Bruselas el texto latino, véome obligado a valerme de la traducción del señor de Guendeville, el cual no goza fama de ser traductor muy exacto. Solamente que la cotejo, cuando puedo, con algunos párrafos de otras traducciones, encontrados acá y acullá.—(E. D.)

ción entera y completa, «al paso que el hombre no tiene todas sus costillas».

Desarrolla en seguida el tema de la belleza de la mujer, y hace una encantadora descripción de su cuerpo. Entre otros encantos, celebra:

«Ese cuello, ese cerviguillo del cuello, tan blanco que creyérase que es de leche;

»Esas mejillas, tiernas, delicadas, brillantes como el rocío, y además tan honestas que pudieran llamarse asiento y trono del pudor.»

Desciende desde la cabeza a los pies, y de pasada entra en todos los detalles.

Pretende que la mujer tiene dos dientes menos que el hombre. ¿Por qué? Porque no es glotona ni mordaz.

Yo no sé dónde adquirió Cornelio Agrippa esas nociones dentarias y otras, acerca de las cuales quizá hubiera algo que decir. En todo caso, sus elogios acerca de esos dos puntos tienen aspecto de ser irónicos.

Cita un gran número de ejemplos del imperio que ejerce la belleza femenina, tomados de la Mitología y sobre todo del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Celebra el pudor natural de la mujer. Si tiene largos los cabellos, es para poder cubrir y ocultar todas las partes de su cuerpo.

De donde debemos concluir, digámoslo de paso —añade—, que esa larga cabellera no vino sino después del pecado; porque, en el estado de inocencia, nuestros primeros padres no se ruborizaban por nada.

Sobre este particular presenta también otros argumentos un poco estrafalarios o ligeramente irónicos.

Como también acerca de la respectiva limpieza del hombre y de la mujer, y respecto a otras cosas que con ésta se relacionan.

Viene luego una argumentación fisiológica referente a la propagación de la especie, para probar que el hijo lo es mucho más de la madre que del padre. Elogio de la sangre femenina.

Incidentalmente añade esto:

«El gran Aristóteles dice que la bondad del alma es atributo propio del sexo femenino.»

Argumento teológico: una mujer sola, la Virgen María, llegó a ser madre. Un hombre solo ¿puede llegar a ser padre?

En cuanto a la palabra, «la naturaleza ha hecho a la mujer más elocuente que al hombre. Toda hembra humana nace orador: tiene una volubilidad de lengua, un flujo de palabras, un torrente de expresiones, de que el hombre carece... La naturaleza ha sido en este punto tan previsora, que no hay nada en el mundo tan raro como una mujer sin lengua; apenas si se encuentra una muda de vez en cuando. Ciertamente, es glorioso para la mujer superarnos en lo que más nos distingue del resto de los animales».

«Dios no bendijo al hombre sino en favor de la mujer: si la mujer no hubiera sido creada, jamás el hombre hubiera sido bendecido; no lo merecía, no valía la pena, era indigno de esa gracia... Así, la mujer es la consumación, la perfección, la felicidad, la bendición; en fin, la mujer es la gloria del hombre; y como dice el gran Agustín, es la primera sociedad del género humano en esta vida mortal y transitoria. Dado esto, ¡lejos de aquí, lenguas malvadas y blasfematorias, que osáis decir que la mujer es un mal necesario! ¡Ni mucho menos! Digo y lo sostendré con riesgo de mi vida: Todo hombre está obligado en buena conciencia a amar a la mujer: es un deber ineludible, es una necesidad.



Y escuchad bien lo que voy a decir: Todo macho humano que no ama a la mujer, y con mayor motivo el que la odie, no tiene virtud, ni gracia, ni humanidad.»

Cornelio Agrippa lleva la paradoja hasta pretender, y eso con arreglo al texto mismo del Génesis, que la mujer no tuvo arte ni parte en la condenación del género humano, puesto que la prohibición de tocar al fruto del árbol de la ciencia sólo se le hizo al hombre, no habiéndose aún creado la mujer. «Porque Dios quiso que la mujer, como su obra favorita, fuese libre desde el principio... Si no hubiera existido más que la mujer, jamás habiéramos conocido la muerte: la muerte, esta fea guadañadora que, desde el comienzo del mundo, tanta ocupación tiene en el prado de los vivientes. Todos pecamos en Adán, pero no en Eva; y ese pecado original, que, antes de que hayamos podido ofender a Dios, nos hace dignos del fuego eterno, ese pecado, repito, procede del primer macho de nuestra especie; la primera hembra no tuvo parte en él.»

Cuando Cristo vino al mundo, «escogió el sexo masculino, por ser el menor y más humilde: no queriendo hacerse mujer, por la razón de que el bello sexo es demasiado noble y demasiado sublime para el designio que él se proponía.»

Mas, por otra parte, «no quiso encarnarse en las entrañas de un hombre, lo cual le era fácil; quiso nacer de la mujer sola. ¡Tanta estima y consideración mostró por este sexo!»

Siguen otras razones y ejemplos tomados del Evangelio, acerca del hermoso papel asignado en todas partes a las mujeres, y el feo que a los hombres ha correspondido siempre.

La mujer no sólo es más bella que él, sino también

más fuerte: es irresistible. ¿No es la mujer quien arrastró a Adán? ¿No es la mujer quien domó a Sansón? ¿No es la mujer quien hizo caer a Loth en la vergüenza del incesto? ¿No son las mujeres quienes perturban la cabeza al rey David y pervierten al rey Salomón hasta llevarlo a la idolatría? Job había resistido a Satanás y sus más rudos asaltos. «Pero lo que el diablo no había podido hacer lo ejecutó la señora Job, más audaz y más fuerte que el demonio; y en vez de consolar a su desventurado esposo, lo irritó tan furiosamente que, perdiendo la paciencia, comenzó él a murmurar y a maldecir el día en que nació. Después de estos famosos ejemplos, ¿podría caberos duda de que la fuerza del hombre es muy poca cosa en comparación de la fuerza de la mujer?»

Preciso es confesar que semejante elogio se parecería mucho a una sátira, si no tomásemos las cosas por su lado bueno.

El autor añade otros ejemplos:

«En esta Escritura, dictada invisiblemente por el Espíritu Santo, ¿no se bendice, no se eleva a menudo la malicia, por no decir la maldad de la mujer, por encima de las buenas acciones del hombre? Raquel, con una bonita invención hurta a su padre Labán, quien, a cualquier precio que sea, quiere volver a tener sus dioses; y de esto se ha hecho un gran mérito a la bella ladrona. ¿No se le agradece a Rebecca el haber escamoteado con fraude la bendición patriarcal de su marido para Jacob, y el haber luego salvado a éste de la furia de Esaú, su hermano mayor? Raab, ramera de profesión, engaña a los batidores de Josué, y esto se le imputa en justicia. Jahel sale de su casa ante Sisara y le dirige este gracioso ofrecimiento: «Señor, ¿os

place otorgarme el honor de entrar en mi casa? El, aceptando la oferta, pide un vaso de agua y le obsequian con leche. Cuando el hombre está acostado, su huésped, que cuidó de cubrirle bien, le da las buenas noches; pero en cuanto le ve dormido, entra quedito y le mete un clavo en la cabeza; mata a quien le había confiado su vida y descansaba en la buena fe y probidad de ella. ¿Puede verse más negra perfidia, más insigne traición? Sin embargo, la Escritura celebra y canoniza el hecho: «¡Jahel es bendita entre las mujeres, ya sea que habite en su tabernáculo o en su casa!» —Os ruego que leáis la historia de Judith, y pesad bien lo que dice a Holofernes: «Escuchad las palabras de vuestra sierva; porque si las seguís, el Señor será perfecto contigo; cuando lleguemos, te lo haré saber todo; tanto que te conduciré por en medio de Jerusalén y tendrás a todo el pueblo de Israel como un rebaño de carneros que no tiene pastor; y ni siquiera un perro te ladrará: porque todo esto me ha sido dicho por lo providencia de Dios.» Luego esta mujer, después de haberlo adormecido con sus caricias, le corta la cabeza de un sablazo. Pues bien, aunque disguste a nuestra heroína, ¿podría formarse un proyecto más indigno y más malvado? ¿Podría inventarse una traición más asquerosa y más horrible? Sin embargo, por ese mismo hecho la Escritura alaba, exalta, bendice a Judith; y la iniquidad de la mujer es tenida por mejor que las buenas obras del hombre.»

Así se mezclan la paradoja y la ironía en ese extraño escrito de Cornelio Agrippa.

«Las mujeres (dice también) son más castas que los hombres.» —Después de unos extraños razonamientos acerca de este punto, acude a los ejemplos.

Pero (dirá algún enemigo del bello sexo) ¡cuántas mujeres malvadas! ¡Cuántos amantes, y aún más maridos, para quienes el amor y el matrimonio fueron funestos, por la maldad de la querida o de la esposa! Sansón, Jasón, Deífobo, Agamemnón y otra infinidad, ¿no perecieron por esa causa?

—Pues yo os ruego que miréis un poco de cerca, que examinéis esas especies de tragedias con ojos de lince: veréis que es muy injusto acusar a las mujeres, y que nunca un hombre bueno y honrado tuvo la terrible suerte de tomar una mala mujer. Porque, en fin, es el hombre (sí, lo sostengo), en nuestra especie, es el macho quien hace caer, quien pervierte a la hembra. Así, aunque generalmente son buenas todas las mujeres, y tan buenas que quien dice hembra humana dice la quintaesencia de todo lo que hay mejor, sin embargo, con frecuencia esta excelente máquina se desmonta, se estropea, se desquicia por los vicios y defectos del hombre. ¡Juzguemos por ende lo que valemós!

En sentir vuestro, lector muy benévolo, si nosotros hubiéramos permitido a nuestra hembra hacer las leyes y escribir la historia, ¡qué trágicas y espantosas narraciones no hubieran podido escribir las mujeres acerca de la perversidad inenarrable de sus indignos machos: esos hombres, llamados imágenes del Sér soberanamente perfecto, este sexo supuesto el más sabio, en quien se hallan tantos asesinos y homicidas, tantos ladrones, tantos raptos de solteras y casadas, tantos falsarios, tantos incendiarios y quemadores de hom-

bres, tantos traidores y tantas almas más negras que el carbón del infierno! Desde los tiempos de Josué y del rey David, los bandoleros menudeaban tanto, que ponían a la cabeza de sus bandas jefes y príncipes. Y aun hoy, ¿no podíamos decir que el número de ladrones no es menos infinito que el de mentecatos? Por eso las prisiones rebosan de hombres, y por todas partes se encuentran cadáveres de enrodados y de ahorcados.

Por el contrario, al sexo femenino somos deudores de todas las artes liberales, de todas las virtudes y de todas las cosas de utilidad pública. Tengo una prueba invencible de que las mujeres han inventado las artes y todas las virtudes, y por poco fuertes que estéis en gramática no os atreveréis a dudarlo: ¿no convenís en que todos los nombres de esas cosas pertenecen al género femenino? Se dice *la* pintura, *la* música, *la* justicia, *la* sabiduría, etc.; por todas partes el artículo femenino, jamás el artículo masculino. De modo que las mujeres son las inventoras, las autoras de las artes y de las virtudes.

¡Esto es lo que se llama traer a un hombre al retorero!

La mujer no tiene menos inteligencia que el hombre. Un gran número de ejemplos demuestran —los hace desfilas todos ante nuestra vista— que no hay ninguna función, ningún deber, nada grande y bello cumplido por los hombres, que las mujeres no hayan hecho otro tanto y que no lo hayan hecho tan bien.

Ha habido mujeres profetisas y sacerdotisas: cita varias de la antigüedad profana y sagrada, y consagra un párrafo particular a la papisa Juana.

Ha habido mujeres filósofos, mujeres oradores, mujeres poetas, mujeres jurisconsultos.

Al llegar aquí dice, con perfecto buen sentido, que, quizá como el de Rabelais, en aquellos tiempos de fanatismo, no podía manifestarse sino a favor de tantas paradojas y chungas:

«Si en nuestro tiempo no se hubiera prohibido a las mujeres el estudio de las bellas letras, seguro es que aún hoy las veríamos brillar mucho más que los hombres en ingenio y erudición. ¿No es sorprendente que, sólo por instinto natural, como se ve en mil cosas, el bello sexo aventaje a los artífices de todas las ciencias?»

Además, ¿no ha habido mujeres que han hecho descubrimientos admirables? ¿Y otras que han fundado imperios? ¿Y otras que se ilustraron en la guerra y que ganaron batallas? ¿Y algunas que salvaron a su país?

Por tanto, se ve una vez más que la mujer está por encima del hombre.

«Si muchas cosas digo para gloria de las mujeres, incomparablemente más son las que suprimo; no tengo un cerebro tan ambicioso, un espíritu tan presumido como para creer que en tan breve volumen puedan contenerse las grandezas y las infinitas virtudes de nuestra muy digna hembra. Porque, en fin, ¿qué macho humano tendría la vasta extensión de genio y de capacidad suficiente para hacer a las mujeres toda la justicia que se les debe y detallar con exactitud sus méritos, que sin duda superan a todo lo imaginable? Todo lo que tenemos viene de las mujeres: ellas son quienes conservan nuestra especie; y si la raza de este bonito y amabilísimo animal llegara a faltar, ¿qué sería del género humano? ¡No tardaría en perecer! En fin, los individuos, las familias, las repúblicas, todo

depende de la conservación de las mujeres; y no muere una de ellas, que no sea esto una gran pérdida para el Universo.»

Podrá creerse que el autor ha concluido. ¡Pues nada de eso! Sobrevienen entonces algunas razones tomadas del derecho romano. Y después otros ejemplos históricos, que hubieran estado más en su lugar antes, probando que en ciertas naciones era a las mujeres a quienes incumbían todas las ocupaciones útiles o liberales, «la agricultura, la arquitectura, los negocios, la caballería, la guerra, las deliberaciones públicas».

Después de lo cual, con mucha fuerza y elevación, añade:

»Entonces, diréis, ¿por qué las mujeres están reducidas en todas partes a la rueca y al simple cuidado de la casa? He aquí la razón: la tiranía de los hombres, que prevalece sobre todo, obrando contra el derecho divino, violando impunemente la equidad natural, ha privado a la mujer de la libertad que recibió al nacer. Si, por leyes inicuas se le prohíbe su disfrute, queda abolida por el uso y la costumbre, y finalmente se la extingue en absoluto por la educación. Porque, desde el punto en que una mujer sale de la infancia, tiénesele como prisionera en el hogar doméstico; y como si fuese incapaz de una ocupación más sólida y más elevada, no se le hace aprender más que el manejo de la aguja. En seguida, cuando ha llegado a la edad núbil, entréganla en esclavitud a un marido que con mucha frecuencia, por el furor de los celos o por otras cien contrariedades de humor, la pone en una situación deplorable; o bien se la encierra para toda la vida, como en una verdadera cárcel, en un retiro de sedicentes

vírgenes o vestales, donde sufre mil penalidades y sobre todo un arrepentimiento roedor de haber entrado allí, que sólo acaba por la muerte.»

¿No es esto el buen sentido más firme y la más viva elocuencia?

«Las leyes excluyen a la mujer de los empleos públicos. Por muy sabia y muy prudente que pueda ser, se le prohíben las demandas y las peticiones ante los tribunales. Además, ciérrase a las mujeres el acceso a la jurisdicción, a los arbitrajes, a la adopción, a la intercesión, a la procuración, a la tutela, a la gerencia o administración de bienes, a las ejecuciones testamentarias, al procedimiento criminal.»

Además pide (lo cual es lógico, pero más discutible en la práctica, ya que no en teoría) que las mujeres puedan subir al púlpito y dedicarse a la predicación. ¿No dijo el Espíritu Santo, por boca del profeta Joel: «Y vuestras hijas profetizarán»? Apoya esta idea con hechos y razonamientos, y concluye que, «si por la fuerza mayor de injustas y detestables leyes, las mujeres se ven constreñidas a ceder en todo a los hombres, lo mismo que en la guerra los vencidos ceden a los vencedores, no es ciertamente por orden de Dios y de la Naturaleza, ni por una necesidad racional, sino por la fuerza de la costumbre, por la educación, por el azar, y principalmente por la violencia y por la opresión.»

Termina deseando al señor lector que tome mujer, si por acaso no la tuviere ya.

Tal es este pequeño libro, muy original, a menudo chocarrero, a veces grave y enérgico. Casi todos los argumentos de las últimas páginas son obra de un in-



genio tan justo como independiente y elevado. Es inaudito que desde el siglo xvi, en que se publicó este libro, no se hayan atendido aún en justicia muchas de las reclamaciones tan fundadas que en él se contienen, principalmente sobre la emancipación de las mujeres por la instrucción y la educación. La mayoría de esos argumentos subsisten y subsistirán hasta que hayan obtenido justicia. Quedan en pie y formados en batalla para el día en que por fin se entable la lucha sobre esa gran cuestión de la suerte de las mujeres, que es la clave de todas las demás.

¡Ah, si las mujeres mismas pudieran comprenderlo y repetirse la máxima: *Ayúdate y Dios te ayudará!*

#### LIV

La reina Margot, primera mujer del rey de Navarra que fue luego rey de Francia, con el nombre de Enrique IV, también intentó probar, en una obra en forma de cartas, *que la mujer es superior al hombre*.

Ya he dicho que esta moda duró más de dos siglos y pasó luego, como todas las modas.

## LV

P.-J. Stahl:

«La mujer más bobalicona, si no está enamorada, tiene siempre mas talento que el hombre que la ama.»

---

Mad. de Girardin:

«Entre cien hombres, hallaréis dos ingeniosos; entre cien mujeres, hallaréis una estúpida. He aquí la proporción.»

---

Chamfort:

«Lo que da tanto interés al trato con las mujeres, es que siempre hay en él una multitud de sobrentendidos, que entre hombres son molestos o por lo menos insípidos, pero que son agradables entre hombre y mujer.»

---

Sanial Dubay:

«El ingenio de las mujeres es como el jardín del Edén, que producía hermosos frutos sin tener necesidad de cultivo.»

---

Montaigne:

«Por eso, cuando las veo empeñadas en la retórica,

en la judicaria, en la lógica y otras drogas semejantes, tan vanas e inútiles para lo que ellas necesitan, acométeme el temor de que los hombres que las aconsejan eso lo harán por tener derecho a regentarlas bajo ese color. Porque ¿qué otra excusa pudiera yo encontrarlas? Baste que ellas puedan sin nosotros, acomodar la gracia de sus ojos a la alegría, a la severidad y a la dulzura; sazonar de duda y de favor un *nones* de rudeza; y que no busquen intérprete ninguno para los discursos que se dirigen a su servicio. Con esta ciencia nos dan una carrera de baquetas y regentan al regente y la escuela.»

---

Sin embargo, Voltaire, el amigo de Mad. Du Châtelet, dice:

«Una de las razones que deben hacer estimar a las mujeres que hacen uso de su talento consiste en que sólo su gusto las determina a obrar así; no buscan en ello más que otro nuevo placer, por lo cual son muy dignas de alabanza.»

---

Y La Bruyère:

«Si la ciencia y la sensatez se dan unidas en una misma persona, ni siquiera me informo de su sexo, sino que admiro. Y si me decís que una mujer sensata no piensa siquiera en ser sabia, o que una mujer sabia no tiene nada de sensata, habéis olvidado que las mujeres no son disuadidas de las ciencias sino por ciertos defectos. Sacad, pues, vosotros mismos la consecuencia: cuantos menos defectos tuvieran, más sensatas serían; de ese modo, una mujer sensata sería por eso

mismo más apta para llegar a ser sabia; o bien una mujer sabia, al serlo porque pudo vencer muchos defectos, por eso mismo es más sensata.»

Isidoro Bourdon:

«Todas las mujeres hablan bien, sin preceptores de elocución o de elocuencia: el amor, la coquetería, la naturaleza son quienes, respectivamente, les dan lecciones de bien decir. Siempre seguras de ser aplaudidas, y dueñas de su asunto más que un orador consumado, narran con una abundancia y un hechizo inexpressables. Libres de tener que encadenar la atención o exigir silencio, una simple ojeada es su exordio, una sonrisa su peroración.»

Por lo demás, es de observación general que las mujeres son tanto más instruídas cuanto más sabios amigos tienen. La Rochefoucauld daba lecciones a madama de La Fayette; Voiture y luego Boileau, a Ninon; Scarron, a su mujer; Bussy y de Retz, a Mad. de Sévigné; Fénelon, a Mad. Guyon; Benjamín Constant, a Mad. de Stael; Bosc, a Mad. Roland, y Voltaire, a Mad. Du Châtelet.»

Fontenelle:

«Para las investigaciones laboriosas, para la solidez del razonamiento, para la fuerza, para la profundidad no hace falta más que ser hombres. Para una elegancia natural, para una sencillez fina y aguda, para el sentimiento delicado de las conveniencias, para cierta flor de ingenio, hay que ser hombres pulidos por el trato de las mujeres. En Francia los hay más que en

ninguna otra parte, gracias a la forma de nuestra sociedad; y de ahí nos vienen ventajas cuyo precio inútilmente tratarán las otras naciones de rebajar o de disimular.»

---

Mad. de Maintenon al abate Gobelin:

«Ya sabéis que en todo cuanto las mujeres escriben hay siempre mil faltas contra la gramática; pero, con vuestro permiso, hay una gracia que escasea en los escritos de los hombres.»

Voltaire:

«Todos los razonamientos de los hombres no valen lo que un solo sentimiento de las mujeres.»

---

J.-J. Rousseau:

«A las mujeres se les forma el juicio mucho más pronto que a los hombres: estando a la defensiva casi desde su infancia, y encargadas de un depósito difícil de guardar, conocen más pronto necesariamente lo bueno y lo malo.»

---

«Los hombres filosofarán mejor que la mujer acerca del corazón humano, pero ésta leerá mejor que aquéllos en el corazón de los hombres. A las mujeres incumbe, digámoslo así, la moral experimental; a nosotros reducirla a sistema. La mujer tiene más ingenio y el hombre más genio; la mujer observa y el hombre razona. De ese concurso resultan la luz más clara y la ciencia más completa que el entendimiento humano puede adquirir en las cosas morales; en una palabra, el más seguro conocimiento de sí mismo y de los demás que se halle al alcance de nuestra especie. Y véase

cómo el arte puede tender incesantemente a perfeccionar el instrumento dado por la naturaleza.

»El mundo es el libro de las mujeres: cuando lo leen mal, ellas tienen la culpa o alguna pasión las ciega.»

---

Cabanis:

«En vano el arte del trato social cubre a los individuos y sus pasiones con su velo uniforme: la sagacidad de la mujer descubre a través de él cada rasgo y cada matiz... El interés continuo de observar a los hombres y a sus rivales comunica a esa especie de instinto una prontitud y una seguridad tales, que el juicio del filósofo más sagaz nunca podría adquirir. Si fuese lícito hablar así, diría yo que su ojo oye todas las palabras, su oído ve todos los movimientos; y, para colmo de arte, casi siempre sabe ella hacer que desaparezca esta continua observación, bajo las apariencias de la ligereza y de un tímido apuro.»

---

Florián dijo, y varios han repetido:

«La menos coqueta de las mujeres sabe que se está enamorado de ella, antes que el mismo que de ella se enamoró.»

---

J.-J. Rousseau:

«La astucia es un talento natural en el bello sexo; y convencido de que todas las inclinaciones naturales son buenas y rectas por sí mismas, soy de parecer que se cultive esa como las demás: no se trata sino tan sólo de prevenir su abuso.

»Respecto a la verdad de esta observación, apelo a todo observador de buena fe. No pretendo que respecto a ese particular se examine a las mujeres hechas:

nuestras molestas instituciones pueden haberlas obligado a aguzar el ingenio. Examínese a las muchachas, a las niñas que acaban de nacer, digámoslo así; compáreselas con los mocitos de la misma edad; y si éstos no parecen pesados, aturdidos, estúpidos al lado de ellas, indudablemente no tengo razón...

»Lo que es, es bueno; y ninguna ley general es mala. Esa particular habilidad concedida al bello sexo es una indemnización muy equitativa de la fuerza que tiene de menos: sin ella, la mujer no sería la compañera del hombre, sino su esclava; por esa superioridad de talento es como se mantiene igual a él y le gobierna obedeciéndole. Todo lo tiene en contra suya la mujer, sus defectos, su timidez, su debilidad; sólo tiene a su pro su arte y su belleza. ¿No es justo que cultive el uno y la otra? Pero la belleza no es general; además, parece por mil accidentes, pasa con los años, el hábito destruye su efecto. Sólo el ingenio es el verdadero recurso del bello sexo: no ese necio ingenio a que se da tanta importancia en el trato de sociedad y que de nada sirve para hacer feliz la vida, sino el verdadero ingenio, el arte de sacar partido del nuestro y prevalerse de nuestras propias ventajas. No se sabe cuán útil para nosotros mismos es esa habilidad de las mujeres, cuántos hechizos añade a la sociedad de ambos sexos, cuánto sirve para destruir la petulancia de los niños, cómo sirve para sostener buenos matrimonios que sin aquélla serían perturbados por la discordia. Las mujeres artificiosas y malvadas abusan de ella, bien lo sé; pero ¿de qué no abusa el vicio? No destruyamos instrumentos de felicidad, porque los malos se valgan de ellos a veces para hacer daño.»

Grimm:

«La moral de las mujeres se funda siempre en principios arbitrarios. Su honor no es el verdadero honor, su decencia es una falsa decencia; todo su mérito y todo el decoro de su estado consisten en el disimulo y el disfraz de los sentimientos naturales que un deber quimérico les prescribe vencer, y que con todos sus esfuerzos no sabrían aniquilar. Desde el momento en que una mujer joven aparece en sociedad, todo conspira contra ella y contra su virtud; diríase que toda la sociedad está interesada en que se pierda; así es que sólo por el mayor de los milagros puede librarse de todas las celadas que por todas partes se arman contra su sencillez y su inocencia. Cuando se meditan de buena fe las desventuras inseparables de tal situación, muy lejos de decir nada malo contra las mujeres, dan tentaciones de creer que, en general, son mucho mejor nacidas que los hombres. Si por milagro se preserva del naufragio ese amable sexo, dicho milagro honra a las mujeres.»

Chamfort:

«El abate Fraguier perdió un pleito que había durado veinte años. Hacíanle notar todos los sinsabores que le produjo ese pleito, el cual acabó por perder. «¡Oh, dijo, lo he ganado todas las noches durante veinte años!» Esta frase es muy filosófica y puede aplicarse a todo. Explica cómo ama la coqueta: os hace ganar vuestro pleito durante seis meses, por un día en que os lo hace perder.»

El autor del *Emilio*:

«Las mujeres tienen flexible la lengua: hablan más



pronto, con mayor facilidad y más agradablemente que los hombres. También se las acusa de hablar durante más largo tiempo; esto es debido que así sea, y con gusto convertiría yo ese vituperio en elogio. La boca y los ojos tienen en ellas la misma actividad, y por idéntica razón.

El hombre dice lo que sabe, la mujer dice lo que agrada; para hablar, el uno necesita conocimientos, y la otra buen gusto; el uno debe proponerse como principal objetivo las cosas justas, y la otra las cosas agradables. Sus discursos respectivos no pueden tener formas comunes a ambos, excepto las de la verdad.»

---

Mad. de Coicy:

«Las mujeres, no cabe dudarlo, recibieron de la naturaleza los mismos dones que los hombres; y cuando ellas han tenido libertad para obrar, los han igualado en los actos que requieren fuerza, talento, juicio, valor, virtudes. Sin embargo, en Francia, por obra de las leyes, de las costumbres y de la educación, las mujeres carecen de categoría propia, de estado y de ocupaciones. Debemos comprender que giman por ende bajo la pesadumbre de la inacción, de la sumisión, del envilecimiento; pero la naturaleza, ultrajada por la bárbara injusticia de los hombres, para indemnizar y vengar a las mujeres, proporciona a éstas los medios de reintegrarse en sus derechos, por el imperio real que les dan la virtud, la belleza y el talento de agradar.»

---

Voltaire:

«El espíritu de sociedad y la gracia son comúnmente patrimonio de las mujeres. Hablando en general,

parece que han sido hechas para dulcificar las costumbres de los hombres.»

---

Mad. Necker:

«Las mujeres rellenan los intervalos de la conversación y de la vida, como ese plumón que se introduce en las cajas de porcelana: ese plumón se tiene como nada, y sin él se quebraría todo.»

---

Sheridan:

«Las mujeres nos gobiernan, tratemos de hacerlas perfectas: cuantas más luces tengan, mejor iluminados estaremos. De la cultura de espíritu de las mujeres depende la cordura de los hombres.»

---

El caballero de Méré:

«Un hombre nunca sabe vivir bien, a menos de que en ello intervengan las mujeres.»

---

P. J. Stahl compuso un bello librito intitulado *Opinión de mi amigo Jacobo acerca de las mujerss de talento, y acerca del talento de las mujeres*, en el cual dice:

«El talento de las mujeres tiene toda clase de relaciones con el diamante. Es fino, es precioso; tiene mil luces, mil centellas; tiene facetas que irradian en todas direcciones; en fin, deslumbra, se hace traición a sí mismo hasta en la obscuridad, en cuanto se le proporciona el más leve rayo de luz. No puede permanecer encerrado en un cajón, sino que necesita mostrarse; y esta necesidad en que parece hallarse de lucirse, es lo que explica la mayor parte de las tonterías céle-

bres que han podido hacer y decir las mujeres de chispa de todos los tiempos, desde Eva y Pandora, que seguramente no eran bobas ninguna de las dos.

»Otra semejanza que ofrece el talento de las mujeres con el diamante, es que, así como éste, es a veces falso con apariencias buenas; y por la noche, con luz artificial, aunque en el fondo no tenga más valor que un tapón de botella bien tallado, puede engañar a las gentes presurosas que no se toman tiempo para examinarlo, y las engañan en grande.»

»No hay cadena lo suficientemente fuerte para amarrar a una mujer de ingenio a un hombre de quien se ha propuesto separarse. Aunque la encerraran con él en una isla desierta, encontraría el medio de romper y escaparse. Añadiré que al partir, para sosiego de su propia conciencia — y esto bastaría —, es probable que cuidara de escribir en la arena o de dirigir a su consternado amante algún adiós conmovedor, como «¡Dios te bendiga!» o «¡Que seas feliz!»

»Esta obra dolorosa, — la separación necesaria de dos seres que por largos días vivieron unidos —, esta obra en que se agota la mujer que sólo tiene corazón, en que emplea años, su vida entera, y en la cual fracasa, hácela en cinco minutos la mujer que sólo tiene ingenio, y aun así queda bien acabada la labor, como suele decirse.

»¡Cuántos pobres mozos he visto que no se percataban de haber sido despedidos por esa pérdida y maliciosa figura retórica que se llama una transición bien hecha, sino cuando, al cabo de un tiempo por lo general muy corto, se veían puestos muy suavemente a la

puerta misma del paraíso, cerrado en lo sucesivo para ellos.»

---

El caballero de Bruix:

«Una mujer hermosa en Francia, puede ser fea en cualquiera otra parte; pero una mujer de ingenio en Francia lo será en todas partes.»

---

Mad. de Girardin:

«En Francia tienen talento todas las mujeres, menos las marisabidillas.»

---

La misma, en otro lugar:

«Sin fundamento se supone a las mujeres como poco aptas para la gestión de los negocios; sobresalen en ella a poco que se apliquen a la misma o que la hayan ejercido.»

---

John Lemoine:

«Las mujeres son terribles revolucionarias, cuando se ponen a serlo; no hay como ellas para hallar el camino del corazón y el secreto de las pasiones. Todos habréis oído hablar de esas personas, especialmente dotadas, que adivinan el yacimiento de manantiales subterráneos sin más que con una simple varita de avellano. También las mujeres poseen esa especie de adivinación magnética; saben dónde están las fuentes escondidas, tienen la varita mágica que abre el misterioso depósito de las lágrimas. Eso es lo que las hace ser irresistibles instrumentos de propaganda.»

---

Sanial Dubay:

«Todo nos induce a creer que la mujer tiene el espíritu y el carácter más republicanos que el hombre.»

---

En sentir nuestro, este elogio lo dice todo y cierra bien el segundo libro.

## LIBRO TERCERO

### LVI

Trátase ahora de las cualidades morales de la mujer. Acerca de este solo asunto pudiera formarse una biblioteca entera.

Plutarco es, con Homero y Sófocles, una gloriosa excepción entre todos los escritores griegos, quienes tan mal trataron a las mujeres.

Escribió un *Tratado de las acciones virtuosas de las mujeres*, dirigido a Clea, una de ellas. En el comienzo de esa obra, vitupera a los que han querido privar a las mujeres de los justos homenajes que se les deben:

«Pudiera hacerse, dice, el paralelo entre Anacreonte y Safo, entre Semíramis y Sesostris, entre Tanaquil y Servio, entre Bruto y Porcia. Los talentos y las virtudes están modificados por las circunstancias y las personas, pero el fondo es el mismo; sólo difieren, digámoslo así, la superficie y el color.»

Plutarco habla luego de un gran número de mujeres de todas las naciones, que dieron ejemplos de valor y de un generoso desprecio de la muerte.

A esas cualidades altivas, por las cuales se elevaron las mujeres sobre el nivel de su sexo, agrega Plutarco otras más dulces y que se relacionan más de cerca con

el encanto y el mérito natural de ese mismo sexo. Elogia a las mujeres de una isla del Archipiélago, donde en setecientos años dice que no pudo citarse ni un sólo ejemplo de debilidad por parte de una joven soltera, ni de adulterio por parte de una casada; y a las jóvenes Milesias, de quienes cita un rasgo notable.

Dábanse muerte en gran número, sin duda en esa edad en que el alma, absorta por sus nuevos deseos, siente suceder la melancolía a la paz y a los juegos de la infancia. Nada lograba contener los suicidios. Se hizo entonces una ley condenando a la primera que se matase a ser conducida desnuda y quedar expuesta así en la vía pública. Aquellas muchachas desafiaban a la muerte; ninguna se atrevió a arrostrar la vergüenza después de la muerte misma, y cesaron los suicidios.

Además de esa obra, Plutarco dejó otra en loor de las mujeres espartanas, donde cita de ellas una multitud de frases que anuncian el valor y la fuerza.

Entre los latinos, Valerio Máximo alabó en varios lugares a las mujeres romanas. No celebra menos sus talentos que sus virtudes. Nos hace saber cómo en el segundo triunvirato los tres asesinos dueños de Roma, ávidos de oro tanto como de sangre, quisieron imponer tributos a las mujeres: señalaron por cabeza una contribución muy crecida. Las mujeres buscaron un orador para defenderlas y no pudieron hallarlo. Nadie, dice Thomas, intenta tener razón contra los que proscriben. Sólo se presentó la hija del célebre Hortensio; hizo revivir los talentos de su padre y defen-

dió con intrepidez la causa de las mujeres y la suya propia. Los tiranos revocaron las órdenes. Hortensia fue llevada en triunfo a su casa. «Y una mujer tuvo la gloria de haber dado en el mismo día un ejemplo de valor a los hombres, un modelo de elocuencia a las mujeres y una lección de humanidad a los tiranos.»

Thomas, resumiendo a Valerio Máximo, continúa así:

«Muchos romanos desplegaron las virtudes que el estoicismo inspiraba; y las mujeres, más capaces de hábitos que de principios, y casi siempre gobernadas por las costumbres, que les tocan más de cerca, imitaron las virtudes de sus maridos o de sus padres. Porcia había dado el ejemplo. Hija de Catón y esposa de Bruto, se había puesto a la altura de sus almas. En la conspiración contra César, se mostró digna de verse asociada al secreto de Estado. Después de la batalla de Filipos, no pudo sobrevivir ni a la libertad ni a Bruto y murió con la intrépida ferocidad de Catón. Su ejemplo fué seguido por aquella Aria, que viendo a su esposo vacilar en morir, para animarlo se atravesó el seno y le entregó después el puñal; por su hija, esposa de Thraseas y por la hija de Thraseas, esposa de Helvidio Prisco, dignas ambas de tener por maridos a aquellos dos grandes hombres; por Paulina, mujer de Séneca, que se hizo abrir las venas con él y obligada a vivir, durante los pocos años que sobrevivió, llevó en el rostro (según dice Tácito) la honrosa palidez testimonio de que una parte de su sangre había corrido con la sangre de su esposo; y, en otro género, por aquella Agripina, mujer de Germánico, al-



tiva y sensible, que, joven aún, se sepultó en el retiro; y, sin dejar nunca doblegarse su altivez bajo Tiberio, ni corromperse sus costumbres por su siglo, tan implacable para con su tirano como fiel a su esposo, pasó su vida llorando al uno y aborreciendo al otro; y por aquella Eponina tan célebre, a quien Vespasiano hubiera debido admirar y a la cual tan cobardemente hizo morir.»

## LVII

Sabido es cómo los reyes persas daban testimonio de su respeto a sus mujeres legítimas:

«Los reyes de Persia (dice Montaigne) llamaban a sus mujeres para acompañarlos en sus festines; pero cuando el vino empezaba a enardecerlos a conciencia y era preciso abandonar las riendas a la voluptuosidad, las hacían que se fuesen a sus habitaciones privadas, para que no participasen de sus inmoderados apetitos, y en lugar de ellas hacían venir mujeres a las cuales no se viesen obligados a dar muestras de ese respeto.»

Elogia la poligamia, ora en los caníbales, ora en los patriarcas.

Primero, en los caníbales:

«Los hombres (dice) tienen allí varias mujeres y en tanto mayor número cuanto más fama de valientes tengan. En sus matrimonios es de una hermosura notable el hecho de que el mismo afán que nuestras mujeres

muestran en impedirnos la amistad y la benevolencia de las demás mujeres, ese mismo afán ponen las de ellos para adquirirselas. Siendo más cuidadosas que de nada del honor de sus maridos, buscan y ponen todo su empeño en tener las más compañeras que ellas puedan, por ser esto un testimonio de la virtud de su marido. Las nuestras gritarán. «¡Milagro!», pero no lo es; es una virtud propiamente matrimonial, pero de las más altas.

Y en la Biblia, Lía, Raquel, Sarah y las esposas de Jacob entregaban sus bellas siervas a sus maridos; y Livia secundó los apetitos de Augusto, en interés de él; y la mujer del rey Deyotaro, Estratónice, no sólo prestó al uso de su marido a una bellísima doncella que la servía, sino que crió esmeradamente a los hijos.\*

Lo mismo hizo la reina Margot con respecto a las queridas y a los bastardos de su marido el Bearnés. Las picantes Memorias de esa mujer de talento contienen curiosas páginas acerca de este particular.

Montaigne cita varios ejemplos del valor de las mujeres:

«Hay naciones enteras donde no hacen caso ninguno de los dolores de parto. Dejo un lado a las mujeres lacedemonias. Pero en la suizas, entre nuestras gentes de a pie, ¿qué cambio encontráis sino que, trocando detrás de sus maridos, las veis hoy llevar en brazos la criatura que ayer llevaban en el vientre? Y esas egipcias, contrahechas, llevadas a rastras entre nosotros, van ellas mismas a lavar a los hijos que acaban de nacer, y se toman un baño en el río más pró-

ximo. Aquella hermosa mujer de Sabino, patricio romano, por interés ajeno parió sola y sin auxilios, y sin voces y gemidos, dos gemelos.»

¿Quién no ha oído hablar en París de aquella que se hizo desollar sólo por adquirir la tez más fresca de otra nueva piel? Las hay que se han hecho arrancar dientes buenos y sanos, para tener así la voz más suave y más pastosa, o porque los demás queden mejor alineados. ¿Cuántos ejemplos de esa especie tenemos nosotros de menosprecio al dolor? ¿Qué no podrán y qué temerán ellas a poca mejora que esperen en su belleza?

*Vellere quis cura est albos a stirpe capillos  
Et faciem dempta pelle referre novam.*

Yo las he vislo tragar arena o ceniza, y afanarse hasta el punto de estropearse el estómago, no más que por adquirir colores pálidos. Para formarse un talle muy a la española, ¡cuántas molestias no se imponen y aguantan, guindadas y cinchadas, con gruesas medias cañas en los costados hasta la carne viva, sí, a veces hasta morirse de las resultas!»

«Aun hoy, en el reino de Narsinga, las mujeres de los sacerdotes son enterradas vivas con el cadáver de su marido. Todas las demás mujeres son quemadas en los funerales de los suyos, no sólo consintiéndolo por fuerza, sino alegres.»

Tanto como *alegres*, quizá sea un poco fuerte. Sin embargo, preciso es creerlo, si lo que dice Sétoc es verdad, en el cuento de Voltaire rotulado *Zadig*:

«La tribu en la cual habíanse quemado más mujeres, era la más considerada... Zadig manifestó a Sétoc cuán contraria al bien del género humano era esa horrible costumbre de que permitiesen quemar todos los días viudas jóvenes, que podrían dar hijos al Estado o por lo menos educar los que ya tuviesen. Y le hizo convenir en que, si se pudiera, era preciso abolir un uso tan bárbaro. Sétoc respondió: «Hace más de mil años que las mujeres acostumbran a quemarse. ¿Quién de nosotros se atreverá a cambiar una ley consagrada por el tiempo?»

Montaigne vuelve a hablar de esta materia en otro sitio:

«Siendo costumbre de los maridos el tener varias mujeres, y que la más querida de ellas se mate junto a su marido, cada una, según propósito de toda su vida, trata de ganar este punto y esta ventaja a sus compañeras; y los buenos servicios que prestan a su marido no aspiran a otra recompensa, sino a ser preferidas para acompañarle en su muerte.

Un hombre escribe aún en nuestros días haber visto en esas naciones orientales esta costumbre en auge: que no sólo se entierra a las mujeres junto a sus maridos, sino también a las esclavas a quienes ellos han gozado. Lo cual se efectúa de esta manera: luego de haber muerto el marido, puede la viuda, si quiere (y pocas lo quieren), pedir dos o tres meses de plazo para arreglar sus asuntos. Llegado el día, monta a caballo, engalanada como para boda; y con alegre continente dice que va a dormir con su esposo, llevando en la mano izquierda un espejo y en la otra una flecha. Después de pasearse así con gran pompa, en compañía de sus

amigos y parientes, entre la muchedumbre del pueblo vestido de fiesta, en seguida se dirige al lugar público destinado a tales espectáculos. Es una gran plaza, en medio de la cual hay una fosa llena de leña y junto a ella un sitio levantado sobre cuatro o cinco escalones, adonde es conducida y se le sirve una magnífica refacción. Concluída ésta, se pone a bailar y a cantar; y, cuando le parece, ordena que enciendan la hoguera. Hecho esto, desciende, toma de la mano al más próximo pariente de su marido y se van juntos al río inmediato, donde se queda enteramente desnuda, distribuye sus alhajas y ropas a sus amigos, y va metiéndose en el agua como para lavar allí sus pecados. Al salir del río, se envuelve en un lienzo amarillo de catorce brazas de largo, y dando otra vez la mano a aquel pariente de su marido, vuelven a subir al altillo, desde donde ella habla al pueblo y recomienda a sus hijos, si los tiene. Entre la fosa y el altillo suele correrse una cortina, para ocultar a su vista aquel horno ardiente; pero algunas lo prohíben, para demostrar más su valor.—Así que ha terminado de hablar, una mujer le presenta un vaso lleno de aceite para ungirse la cabeza y todo el cuerpo, vaso que arroja al fuego en cuanto ha concluído; en el mismo instante se arroja ella también a la hoguera. Inmediatamente el pueblo echa encima un montón de leños, para evitar que se apague. Y todo su júbilo se trueca en duelo y tristeza.—Si se trata de personas de poca categoría, el cadáver del marido es transportado al sitio donde lo han de enterrar y lo ponen sentado; la viuda se arrodilla ante él y le abraza estrechamente; así se está mientras edifican en derredor suyo un muro hasta llegar a la altura de los hombros de la mujer; entonces, uno de los su-

yos se acerca por detrás, le coge la cabeza y le retuerce el pescuezo. Y en cuanto ha expirado ella, se termina el muro hasta arriba y se cubre, quedando ambos sepultados dentro.»

Sainte-Foix:

«Habiendo sido herido por una flecha envenenada Roberto, hijo de Guillermo el Conquistador, los médicos declararon que no podía curarse sino haciendo que en seguida le chupasen la herida, y que la persona que lo hiciese moriría a consecuencia de ello. «Pues muramos, dijo; nunca seré bastante injusto y bastante cruel para sufrir que alguien muera por mí al chuparme la herida.» Su mujer, aprovechando la ocasión del sueño, le chupó la herida y perdió la existencia al salvar la de su esposo.»

## LVIII

Thomas, en el *Ensayo sobre las mujeres*, del cual ya hemos hecho más arriba algunas citas, dice:

«Si se recorren los países y los siglos, se verá casi en todas partes a las mujeres adoradas y oprimidas. El hombre, a quien jamás falta ocasión de abusar de su fuerza, rindiendo homenaje a su hermosura, se ha prevalido en todas partes de su debilidad. Ha sido a la vez su tirano y su esclavo.»

»Los hombres, en general, tienen más los procedimientos que las gracias de la amistad. Algunas veces,

aliviando, hieren; y sus sentimientos más tiernos no están muy ilustrados respecto a menudencias que tienen mucho precio. Pero las mujeres disfrutan de una sensibilidad para los detalles que les hace darse cuenta de todo. Nada se les escapa. Adivinan la amistad callada, alientan a la amistad tímida, consuelan dulcemente a la amistad que sufre. Con instrumentos más finos, manejan más fácilmente un corazón enfermo; le hacen sosegar y le impiden que sienta sus agitaciones. Sobre todo, saben dar precio a mil cosas que no lo tendrían. Por tanto, quizá convenga tener a un hombre por amigo en las grandes ocasiones; mas, para la felicidad de todos los días, es preciso desear la amistad de una mujer.

»Las mujeres, en amor, tienen las mismas delicadezas y los mismos matices. Pero el hombre tal vez se enardece con más lentitud y por grados; al paso que las pasiones de las mujeres son más rápidas.»

---

«Después de la amistad y del amor viene la beneficencia, y esa compasión que une el alma con los desgraciados. Nadie ignora que eso es sobre todo patrimonio de las mujeres. Todo las dispone al enternecimiento de la conmiseración.»

---

«Adviértese en general que las mujeres corrigen lo que el exceso de las pasiones pondría un tanto de dureza en el comercio entre los hombres. Su mano delicada suaviza, digámoslo así, y pule los resortes de la sociedad. Se ve que su cortesía es una consecuencia de su carácter: se relaciona con su espíritu, hasta con su interés. Para las más virtuosas, la sociedad es un lugar

de conquistas. Pocos hombres han seguido el sistema de dejar a todo el mundo contento, ¡y tanto peor para quienes lo hubieran hecho! Pero muchas mujeres han tenido esos propósitos, y algunas lo consiguen.»

«Las mujeres rara vez hacen como la ley, que falla sin amor ni odio: su justicia levanta siempre un ángulo de la venda, para ver a aquellos a quienes han de condenar o absolver. Abrid la historia y las veréis siempre propicias o al exceso de la piedad o al exceso de la venganza. Carecen de esa energía tranquila que sabe contenerse. Todo lo que es moderado les atormenta.

»Una mujer de mucho talento (Mad. de Graffigy, *Cartas peruanas*) ha dicho que los franceses parecen haber salido de manos de la Naturaleza, cuando todavía no habían entrado en su composición más que el aire y el fuego. Habiera podido decir otro tanto de su mismo sexo. Pero, sin duda, no quiso revelar su secreto.»

«De todos los géneros de valentía, el que más tienen las mujeres es el del dolor; lo cual proviene, sin duda, de la multitud de males a que las ha sujetado la naturaleza... Preferirían cien veces sufrir a desagradar, y desafiarían más bien al dolor que a la opinión.»

## LIX

Diderot, vituperando con alguna severidad a Thomas, por haber compuesto acerca del sexo femenino un libro sin sexo, le dice entre otras cosas:



»¿Qué enternecimiento no nos habríais inspirado mostrándonos a las mujeres sujetas como nosotros a los achaques de la infancia, más constreñidas y más abandonadas en su educación, entregadas a los mismos caprichos de la suerte, con un alma más móvil, órganos más delicados y nada de esa firmeza natural o adquirida que a nosotros nos prepara; reducidas al silencio en la edad adulta, sujetas a una indisposición que las dispense para llegar a ser esposas y madres; tristes, inquietas y melancólicas entonces, junto a unos padres alarmados no sólo respecto a la salud y a la vida de su hija, sino también respecto de su carácter; porque en ese instante es cuando una muchacha llega a ser lo que seguirá siendo toda su vida, aguda o roma, triste o alegre, seria o ligera, buena o mala, la esperanza equivocada o realizada de su madre? Durante una larga serie de años, cada luna traerá consigo la misma indisposición.

»Hallegado el momento que la libertará del despotismo de sus padres; su imaginación se abre a un porvenir lleno de quimeras; su corazón nada en una alegría secreta. ¡Regocíjate bien, desdichada criatura! El tiempo hubiera debilitado de continuo la tiranía que dejas; el tiempo acrecerá de continuo la tiranía bajo la cual vas a pasar. Se le elige un esposo. Se hace madre. El estado de preñez es penoso para casi todas las mujeres. Entre dolores, con peligro de la vida, a expensas de sus encantos y a menudo con detrimento de su salud, es como dan a luz sus hijos. El primer domicilio del niño y los dos depósitos de alimento para él, los órganos que caracterizan el sexo, están sujetos a enfermedades incurables. No hay quizá júbilo comparable al de la madre que ve a su primogénito, ¡pero

ese momento se paga muy caro! El padre se descarga del cuidado de los varones sobre un mercenario; la madre permanece encargada de la guarda de sus hijas. La edad avanza, la belleza pasa: llegan los años del abandono, del mal humor, del tedio. Con una indisposición las ha dispuesto la naturaleza para llegar a ser madres; con otra indisposición larga y peligrosa les quita el poder de serlo. Y entonces, ¿qué es una mujer? Descuidada por su esposo, dejada por sus hijos, nula en la sociedad, su único recurso y el postrero es la devoción.»

»En casi todos los países, la crueldad de las leyes civiles se ha juntado con la crueldad de la Naturaleza contra las mujeres. Son tratadas como niños imbéciles. No hay vejación alguna que, en los pueblos civilizados, no pueda el hombre ejercer impunemente contra la mujer. La única represalia que depende de ella va seguida de la perturbación doméstica, y castigada con un menosprecio más o menos marcado, según las mejores o peores costumbres de la nación. No hay vejamen alguno que el salvaje no ejerza contra su mujer. La mujer, desgraciada en las ciudades, aún lo es más en el fondo de los bosques.

»Oid el discurso de una india de las márgenes del Orinoco y escuchadlo, si podéis, sin que os conmueva. El misionero jesuíta Gumilla la acusaba por haber hecho morir a una hija que había parido, cortándola el cordón umbilical demasiado al rape. Y contestó ella: «¡Pluguiese a Dios, padre, que en el momento de haberme traído al mundo mi madre hubiera tenido bastante amor y compasión para evitar a su hija lo que yo he sufrido y sufriré hasta el fin de mis días! Si mi madre me hubiese ahogado al nacer, me habría muerto

sin sentir la muerte, y me hubiera librado de la más desventurada de las condiciones. ¡Cuánto he sufrido! ¿Y quién sabe lo que me queda por sufrir hasta que me muera? Representate bien, padre, las penas reservadas a una india entre estos indios. Nos acompañan al campo, con su arco y sus flechas. Nosotras vamos cargadas con un niño pendiente de nuestros pechos; y otro que llevamos en un cesto. Ellos van para cazar un pájaro o pescar un pez. Nosotras somos quienes cavamos la tierra; y después de haber soportado toda la fatiga del cultivo, soportamos toda la de la recolección. A la tarde, ellos regresan sin carga ninguna; nosotras les llevamos raíces para su alimento, y maíz para su bebida. De regreso ya en casa, ellos se van a charlar con sus amigos; nosotras nos vamos en busca de leña y agua para prepararles la cena. En cuanto comen, se duermen; nosotras nos pasamos casi toda la noche moliendo maíz y haciéndoles chicha. ¿Y cuál es la recompensa de nuestras vigiliass? Ellos se beben su chicha y se embriagan; cuando están ebrios nos arrastran por el pelo y nos patean. ¡Ay, padre, pluguiese a Dios que mi madre me hubiera ahogado al nacer! Tú mismo sabes si son justas nuestras quejas. Lo que te digo lo ves tú todos los días. Pero no puedes conocer nuestra mayor desventura. Es triste para la pobre india el servir a su marido como una esclava, en los campos bañada de sudor, y en el hogar falta de reposo. Pero lo más horrible es, al cabo de veinte años, tomar una mujer más joven y que no tiene discernimiento, a la cual se aferra. Ella nos pega, pega a nuestros hijos, nos manda, nos trata como siervas tuyas; y al menor murmullo que se nos escapase, tenemos levantada contra nosotros una rama de árbol...

¡Ay, padre! ¿Cómo quieres que soportemos nosotras ese estado? ¿Qué cosa mejor puede hacer una india sino eximir a su hija de una servidumbre mil veces peor que la muerte? ¡Pluguiese a Dios, padre, te repito, que mi madre me hubiera amado lo bastante para enterrarme cuando nací! ¡Mi corazón no hubiera tenido tanto que sufrir, ni mis ojos que llorar!»

---

«¡Mujeres, cómo os compadezco! No había más que un solo alivio a vuestros males. Y si yo hubiera sido legislador, quizá lo hubieseis logrado. Libres de toda servidumbre, hubierais sido sagradas en cualquiera parte donde os hubiereis presentado.»

---

«Cuando se escribe acerca de las mujeres es preciso mojar la pluma en el arco iris y echar sobre lo escrito el polvo de las alas de la mariposa. Como el perrito del peregrino, a cada vez que menea la pata es preciso que caigan perlas.»

---

«Al paso que nosotros leemos en los libros, las mujeres leen en el gran libro del mundo. Por eso su ignorancia las predispone a recibir prontamente la verdad, tan luego como se les enseña. Ninguna autoridad las ha subyugado; en cambio, la verdad, al querer penetrar dentro de nuestros cráneos, se encuentra a la entrada con un Platón, un Aristóteles, un Epicuro, un Zenón, de centinelas y armados de picas para rechazarla.

»Ellas rara vez son sistemáticas, siempre siguen el dictado del momento.»

---

«Thomas no dice palabra respecto a las ventajas del trato con las mujeres para los hombres de letras; es un ingrato. Como el alma de las mujeres no es más honesta que la nuestra, y como la decencia no les permite explicarse con nuestra franqueza, de ahí el que hayan inventado un gorjeo con el cual se dice honestamente todo cuanto se quiere, así que ha aprendido uno a piar en su pajarera.

»O las mujeres se callan, o a menudo aparentan no atreverse a decir lo que dicen.

»Es fácil notar que Juan Jacobo perdió muchos momentos a los pies de las mujeres, y que Marmontel empleó mucho tiempo en brazos de ellas. Y se inclina uno a sospechar que Thomas y d'Alembert fueron demasiado sensatos.

»También nos acostumbran a poner gracia y claridad en las materias más áridas y espinosas. Se les dirige de continuo la palabra, se teme cansarlas o aburrirlas, y se adquiere una notable facilidad para expresarse, que pasa de la conversación al estilo.

»Cuando ellas tienen genio, creo que su impresión es más original que la nuestra.»

## LX

Chateaubriand:

«Sin la mujer, el hombre sería rudo, grosero, solitario, e ignoraría la gracia, que no es sino la sonrisa del amor. La mujer suspende en torno de él las flores de la vida, como esas lianas que decoran el tronco de los robles con sus aromosas guirnaldas.»

## LXI

Duclos:

«Los grandes y raros sacrificios del corazón no se ven jamás sino por parte de las mujeres; casi todos los buenos procederés en amor les pertenecen; y a menudo en amistad, sobre todo cuando ésta ha sucedido al amor.»

A. Bougeart:

«El amigo da cuando tiene demasiado; la mujer, hasta cuando no tiene lo suficiente.»

## LXII

Fontelle dijo antes que Alfonso Karr:

«No decido cuál es el primer mérito de una mujer; pero en el uso corriente, la primera pregunta que se hace respecto a una mujer que no conocemos, suele ser:

*¿Es guapa?*

La segunda:

*¿Tiene ingenio?*

Rara vez ocurre que se haga otra tercera pregunta.»

«Ya adivináis cuál sería esa tercera pregunta que no se hace:

*¿Es buena, tiene corazón?»*

---

Lamartine:

«Dios ha puesto el genio de las mujeres en el corazón, porque todas las obras de ese genio son obras de amor.»

---

Arsenio Houssaye:

«Sólo la mujer puede vivir y morir por el corazón.»

---

Crevier, hablando de la reina de Saba:

«No tenía más que un ojo, pero tenía un gran corazón.»

---

A. de Belloy:

«Hay en el corazón de las mujeres más cosas misteriosas y diversas que en todo el resto de la creación.»

---

La princesa de Salm:

«Una mujer verdaderamente delicada y sensible experimenta una multitud de sensaciones que son desconocidas para la mayor parte de los hombres.»

---

«Cuando una mujer sensible y de alma generosa tiene verdadera adhesión a un hombre, sea por amor, sea por amistad, siente en sí misma y en todas las relaciones que tiene con él, una superioridad de sensaciones y de abnegación que rebajaría en extremo al hombre, a sus propios ojos, si le fuera posible formarse de ella una idea exacta.»

---

Mad. de Genlis:

«Cuando las mujeres son verdaderamente sensibles, superan a los hombres por una delicadeza de la cual no son capaces ellos.»

---

Sanial Dubay:

«No es cosa decidida el que las mujeres amen más que los hombres, pero es innegable que saben amar mejor.»

---

### LXIII

Beaumarchais:

«Los hombres formales aman a las mujeres; los que las engañan, esos las adoran.»

---

### LXIV

De Bonald:

«La mujer es natural amiga del hombre; y cualquiera otra amistad es débil o sospechosa en parangón con ella.»

---

Saint-Prosper:

«A cierta edad, algunas mujeres tienen en su trato amistoso una gracia y una delicadeza desconocidas en



los hombres. No hay que extrañarlo: es un resto del amor.»

---

Sainte Foix:

«Precioso tesoro es para el hombre una mujer que le ama. No hay corazón de donde el amor caiga desde más alto, y con olas más amplias y juntas, que el corazón de la mujer. La ternura no tiene manantial más hondo, la abnegación no tiene abandonos más sublimes, el sacrificio no tiene actos más santos y más completos que en ella.»

---

Saint-Prosper:

«En el trato entre los sexos, la astucia no va nunca lejos: el corazón sabe más que ella. Esto explica por qué mujeres de un talento ordinario han podido inspirar grandes pasiones.»

---

## LXV

Michelet:

«Infinitamente variadas son las almas de las mujeres. Ya he advertido que el hombre se modela por una misma turquesa, se unifica por la educación; pero las mujeres tienen más del natural, son más diversas. Ni una sola se parece a otra. No hay nada más encantador.»

---

«El amor es cosa bien diversa, en especie y en grado. Difiere en extremo de nación a nación. La fran-

cesa es para su marido un admirable consocio, lo mismo en negocios que en ideas. Si no se le sabe emplear, puede ocurrir que ella lo olvide. Pero si él se ve apurado, ella recuerda que le ama, se sacrifica gustosa por él, y algunas veces (eso se vió en el 93) se haría matar por él.

»La inglesa es la firme esposa, valiente, infatigable, que sigue a todas partes y lo sufre todo. A la primera señal, está pronta. «Lucy, hoy salgo para Oceania. —Amigo mío, no me des más tiempo que el preciso para ponerme el sombrero.»

»La alemana, ama, y ama siempre. Es humilde, quiere obedecer, quisiera obedecer aún más. No vale más que para una cosa, amar; pero eso hasta lo infinito.

»Con la inglesa podéis fácilmente cambiar de medio; y si éste es malo, emigrar al fin del mundo. Con la alemana podéis vivir enteramente solos, si gustáis, en una campiña lejana, en la más profunda soledad. La francesa no es capaz de eso sino estando ocupadísima y sabiendo crearla una gran actividad de espíritu. Su fuerte personalidad es mucho más embarazosa, pero la hace capaz de ir lejos en el sacrificio, hasta de inmolarse la vanidad y la necesidad de brillar.

»Esto último no le importa a la alemana, que sólo quiere amor.

»Un ingenio ultrafrancés, muy opuesto a la Alemania y que se burla de ella a cada instante, Stendhal, hace esta exactísima observación: «Los mejores matrimonios son los que se ven en la Alemania protestante.»

»Así vió él a la alemana en 1810, así la vi yo en 1830 y con frecuencia después. Las cosas han podido

variar en las clases elevadas y en algunas grandes ciudades, pero no en el conjunto del país. Es siempre la esposa humilde, obediente, con la pasión por la obediencia; en una palabra, es la mujer amorosa.»

«El coronel Selves (Solimán-Pachá) decía: ¿Cómo saber que la mujer de Oriente nos ama?»

»Nosotros, que tenemos la dicha de poseer en nuestras mujeres de Europa almas y voluntades, por muchos apuros que a veces esas voluntades nos hagan pasar, nosotros, sin embargo, debemos evitar todo lo que pudiera quebrantarlas, romper en ellas el resorte del alma. Dos cosas habría en ello peligrosísimas.

»La primera y de la cual se abusa hoy demasiado con las mujeres sin prudencia, es el ascendiente magnético. La facilidad que tienen para sufrir su influjo es una verdadera enfermedad que las perturba hondamente y se agrava cultivándola. Aun cuando no existiera ese peligro, es una vergüenza el ver a un hombre que no es amado y que no tiene nada que ver con el corazón, adquirir un poderío sin límites sobre la voluntad de una mujer. Esta se convierte en propiedad suya, se ve obligada a moverse a una seña suya o a decir ante testigos el más humillante secreto. Le sigue fatalmente. ¿Por qué? No sabría decirlo. El no es superior en nada; ni por su ingenio, ni por su energía; pero ella se ha dejado sorprender con el pretexto de medicina, de entretenimiento de sociedad, etc., y ya la tenemos entregada a mil suertes desconocidas. Esas víctimas ¿tienen verdaderamente inspiración médica? El tiempo lo dirá. Pero sea lo que fuere, ese don se paga muy caro, puesto que produce una enferma, una enferma humillada, que pierde la libre disposición

de su voluntad. Aun el mismo que sea amado suyo, su amante, su marido, si es por ella solicitado para que adquiriera ese dominio, debe mirarse mucho. En lugar de evocar en ella esa pasividad de esclavitud y de inspiración tenebrosa, debe asociarla a las facultades activas propias de la libertad; no quiera ejercer sobre ella más que un género de atracción, el amor en plena luz.»

«Otro ascendiente que todo hombre generoso, que tenga el corazón en su sitio, se libraré mucho de ejercer, es el de la violencia, la fascinación del temor.

»Las mujeres en todo el Asia (pudiera decirse en casi toda la tierra) son tratadas como niños. Pero preciso es considerar que, excepto en nuestra Europa, se casan siendo niñas: en los países cálidos a los doce, a los diez años; y aun en la India, algunas veces a los ocho. El marido de una mujer de ocho años se ve obligado, para formarla, a ser su padre y en cierto modo su señor. De ahí la contradicción aparente de las leyes indias, que por una parte prohíben pegar a la mujer y por otra permiten corregirla «como a un pequeño escolar». Son siempre niñas y sufren con paciencia esa disciplina pueril, no servil ni violenta. En el estado poligámico, permanecen tímidas y sensuales, se apegan un poco por el temor, recibiendo de igual modo caricias y severidades.

»Nuestras mujeres del Norte, por el contrario, como son núbiles ya tarde, en el momento del matrimonio son personas hechas y derechas, de ninguna manera niñas. Si se las tratase como niñas, eso sería el más horrible abuso de la fuerza; y añadamos que el más peligroso. Generalmente ocurre que los momentos en

que su humor difícil provoca la brutalidad del hombre son las épocas del mes en que son más vulnerables, en que toda emoción violenta podría causarles la muerte. Entonces tienen horas, días de agitación cruel en que sufren ellas mismas (lo confiesan) el dominio de la contradicción, en que todo conspira a disgustarlas, en que tienen necesidad de chocar. Es preciso complacerlas y no irritarse. Es ese un estado muy movable; y como en el fondo, a pesar de esas agruras, oculta una emoción en modo alguno odiosa, basta con frecuencia un régimen sin tirantez, un poco de maña y de amor para calmar de pronto a esa fierecilla y hacerla pasar a la más encantadora dulzura, a las reparaciones, a las lágrimas, al más amoroso abandono.

»El hombre debe reflexionarlo bien. La mujer es más sobria que él: el abuso de los espirituosos a que es harto propenso, debe singularmente ponerle en guardia contra sí mismo. Cuando ella es exaltada y violenta, por lo común es la causa más natural (y en el fondo la más simpática) la que la agita y hace que pinche al hombre con frases punzantes, con retos. Los franceses lo saben bien: no se trata de amor propio, sino de amor. Es preciso no chocar de frente, como en Inglaterra suele hacerse en demasía. También es preciso no reirse, ni pretender un brusco paso de la riña a las caricias; sino tomar la vuelta un poco, barloventear. Llegar un entreacto de debilidad, de relajamiento natural, os confiesan que han sido malas y os agradecen que hayáis sido buenos.»

---

«Si Dios me hubiera hecho nacer hembra, yo habría sabido hacerme amar. ¿Cómo? Exigiendo mucho, mandando cosas difíciles, pero nobles y justas.

»¿Para qué sirve la realeza sino se hace uso de ella? Hay sin duda un momento en que la mujer puede mucho sobre el hombre, en que aquella que conoce su valía le encanta al imponerle elevadas condiciones, queriendo que él pruebe seriamente que está enamorado.

»¡Cómo, caballero! En ese momento toda la naturaleza se esfuerza, todos los seres ascienden un grado; el vegetal en la flor manifiesta la sensibilidad, el hechizo de la vida animal; el ave adquiere un canto divino y en el insecto el amor se exalta hasta echar lumbre... ¿Y podéis creer que el hombre no está obligado a cambiar, a ser entonces un poco más que hombre?

»¡Pruebas, caballero, pruebas!... De otro modo poco se me da de vuestras insustanciales declaraciones. No os pido, como aquellas princesas de los libros de caballería, que me traigáis la cabeza de un gigante o la corona de Trebisonda. Esas son bagatelas: yo exijo mucho más. Exijo que del joven burgués, del estudiante vulgar, me hagáis esa criatura noble, regia, heroica, que siempre tuve en mi mente; y no para un día, sino por una transformación definitiva y radical.

Cualquiera que sea vuestra carrera, llevad a ella un espíritu elevado y una gran voluntad. Entonces llegaré a adquirir confianza, podré creerlos sinceros; y a mi vez, veré lo que puedo hacer por vos. Aquel que nada puede para mí, a quien el amor mismo no puede elevarle por encima de la prosa, de este a ras del suelo de nuestros tiempos, ¡Dios me libre de tenerlo por marido! Si no podéis cambiar, es que no estáis enamorado!»

J.-J. Rousseau:

«Una mujer atrevida, descarada, intrigante, que sólo sabe atraer a sus amantes por la coquetería y conservarlos por los favores, los hace obedecer como lacayos en las cosas viles y comunes; pero en las importantes y serias no tiene autoridad sobre ellos. Mas la mujer honesta, amable y sensata a la vez, aquella que obliga a los suyos a respetarla, la que tiene reserva y modestia, en una palabra, la que sostiene el amor por la estimación, esa los envía a la menor señal de un extremo a otro del mundo, al combate, a la gloria, a la muerte, donde ella quiera. Paréceme que este imperio es hermoso, y que merece la pena de adquirirlo.»

## LXVI

Eduardo de Pompery:

«Comienzo por declararlo bien alto: si alguna cosa hay visiblemente escrita en la frente de la mujer, es que no ha sido hecha para la mentira. El rostro de Eva no miente tan bien, sino porque no debe mentir. La mujer está tan poco hecha a la mentira, que, aun después de haber perdido la inocencia, todavía conserva por largo tiempo su expresión.»

Balzac:

«Hay esto de admirable en las mujeres: que jamás razonan sus actos más vituperables; el sentimiento las arrastra a ellos. Hay naturalidad hasta en su disimulo;

y creo que en ellas puede encontrarse el crimen sin bajeza. La mayor parte de las veces, *ellas no saben cómo ha sido eso.*»

## LXVII

P.-J. Stahl:

«El talento no le es indispensable a una mujer. Hay gran número de ellas que consiguen, a fuerza de medida y de tacto, que a menudo les falta a las mujeres de ingenio y casi nunca a las mujeres de corazón —porque el tacto es una cualidad del corazón—, hay gran número de ellas, digo, que logran sin talento, sin lo que puede llamarse talento, no decir ni hacer jamás un disparate, ser buenamente unas criaturas exquisitas. A esó no llegaría nunca una mujer que sólo tuviera talento.

»Una mujer que sólo tenga corazón puede bastar para todo. Una mujer que sólo tenga entendimiento puede no valer para gran cosa. Hasta diría yo que hay tantas mujeres de corazón, que nadie ha podido notar nunca que careciesen de talento.»

Alibert:

«Sólo las mujeres son quienes jamás se desligan de la desventura. La Naturaleza ha llenado su alma de tanta benevolencia y compasión, que parecen puestas como seres tutelares entre el hombre y las vicisitudes de la suerte.»



## LXVIII

El poema de Legouvé sobre *El mérito de las mujeres* es demasiado conocido para ser citado. Además, es difícil entresacar nada de él: todo se enlaza. Esto es elogiar ese poema, por lo menos desde el punto de vista de la composición. Habría que hacer reservas en lo que concierne al estilo. Después de haberse leído y elogiado mucho, sobre todo por aquellas y junto a aquellas a quienes celebraba, ese poemita, que tiene el sabor a su época, ha visto menguar sus loores. Y por una especie de reacción, hasta parecen hoy algo ridículos algunos versos alabados antaño. Aquel por el cual termina, «¡Cae a los pies de ese sexo a quien debes tu madre!» ha tenido el poder —no por el sentimiento, sino por el estilo— de hacer sonreír a la generación nueva, después de haber hecho llorar a la otra. Así, la suerte de los versos tiene sus vicisitudes, lo mismo que los imperios.

Para ser imparcial, puede hoy decirse que el poema de Legouvé tiene ese pretensito tono noble, esa elegancia *rococo* que Delille había hecho florecer y que tan pronto se desfloreció, pero que, al fin y al cabo, aún se distingue por un sentimiento elevado y por detalles bastante lindos; que, por consiguiente, no merece ser puesto ni tan alto ni tan bajo; y en fin, que no ha merecido «ni ese exceso de honor ni esa indignidad.»

## LXIX

Saint-Maurice:

«La benevolencia es uno de los adornos de la hermosura; nada afea tanto a una boca bonita como una sonrisa burlona.»

## LXX

Isidoro Bourdon:

«Lo que nos agrada sobre todo en la mujer es el pudor ingenuo, es la castidad. No acaso la castidad de Susana, que no se expuso gran cosa para tenerla por meritoria; no el pudor que se limita a ruborizarse, ni el que se calla, ni el que da gritos, ni el que se turba o se ofende por todo. —«Gritad, señorita, gritad fuerte, decía el viejo Fontenelle a una jovencilla que rehuía sus inocentes caricias; gritad, ¡eso nos haría mucho favor a ambos!»— El pudor que preferimos no es el de Clarisa, que disputa a brazo partido hasta la llave de la puerta por donde la raptan. Es el de la joven que leyendo a solas el Buffon, salta por propio impulso cincuenta páginas del libro, aunque con curiosidad por leerlas; es el de Virginia, que prefiere la muerte a la vergüenza de exponerse desnuda ante los ojos de un hombre; es el de Juana de Arco, que cierra ingenuamente los

ojos, «Y que, no viendo ella, piensa no ser vista.» La inocencia y la ingenuidad, tal es el más irresistible atractivo de las mujeres: una joven que, con el pelo suelto, cree ocultarse tras de unas cañas o debajo de su mesa de tocador; la mujer que huye de aquel a quien ama y busca un refugio en los brazos de un indiferente; Nausicaa, temerosa de acompañar a Ulises en la ciudad y que, no obstante, lo conduce al baño. He aquí la inocencia que nos hechiza, porque no tiene nada de afectación.»

---

Pitágoras:

«Hay un personaje superior a la mujer hermosa, y es una mujer hermosa y modesta.»

---

Fontenelle:

«En las mujeres tiene grandes ventajas la modestia: aumenta la hermosura y sirve de velo a la fealdad.»

---

Marivaux, en la *Vida de Mariana*:

«¡Es tan dulce y tan consoladora la virtud en el corazón de quienes la tienen! Aunque fueran siempre pobres, ¡dura tan poco su indigencia, es tan breve la vida! Los hombres que más se burlan de lo que se llama castidad tratan a menudo tan brutalmente a una mujer que se deja seducir; adquieren derechos tan insolentes con ella, la castigan tanto por su extravío; la sienten tan desprovista contra ellos, tan sin armas, tan degradada, a causa de haber perdido aquella virtud de que ellos se mofaban, que en verdad, hija mía, sólo por falta de un poco de reflexión puede una des-

carriarse. Porque, pensándolo bien, ¿quién querría dejar de ser pobre, a condición de ser infame?»

Plutarco critica a Herodoto por haber dicho que una mujer se despoja del pudor al quitarse el último vestido. «De ninguna manera, dice Plutarco, porque una mujer casta se reviste de modestia al quitarse la túnica de lino.»

De ahí quizá esta extraña definición del pudor, por P.-J. Stahl: «El pudor es una segunda camisa.»

Montaigne:

«Livia decía que para una mujer de bien, un hombre desnudo ya no es más que una imagen.

«Las lacedemonias, más vírgenes de casadas de lo que son hoy nuestras muchachas solteras, veían a diario a los hombres jóvenes de su ciudad, enteramente desnudos, en sus ejercicios; poco cuidadosas ellas mismas de taparse las piernas al andar, estimándose, como dice Platón, bastante vestidas con su virtud sin aliños.

»Pero aquellos de los cuales habla San Agustín como prestando un maravilloso esfuerzo de tentación a la desnudez, son los que pusieron en duda si en el juicio final resucitarán las mujeres con su sexo y no más bien con el nuestro, para tentarnos todavía en aquel santo estado.

»En suma, se las embauca y excita por todos los medios; nosotros enardecemos e incitamos de continuo su imaginación y luego gritamos ¡por vida! Confesemos la verdad: entre nosotros no hay nadie que no tema más la vergüenza proveniente de los vicios de la mu-

jer que de los suyos; que no pase más fatigas (¡pasmosa caridad!) por la conciencia de su buena esposa que por la suya propia; que no prefiriese ser ladrón y sacrilego, y su mujer asesina y hereje, a que ella no sea más casta que su marido. Nosotros y ellas somos capaces de mil corrupciones más dañinas y contranaturales que la lascivia; pero hacemos y pesamos los vicios, no según la naturalezas de ellos, sino según nuestro interés.»

«Yo no sé si las hazañas de César y de Alejandro superan en rudeza a la resolución de una mujer joven y bella, criada a nuestro modo, a la luz y trato del mundo, hostigada por tantos ejemplos contrarios y manteniéndose entera en medio de mil continuas y fuertes persecuciones. No hay hacer más espinoso que ese no hacer, ni más activo. Encuentro más fácil llevar toda la vida una coraza que una doncellez. Y el voto de virginidad es el más noble de todos los votos, por ser el más áspero. *Diaboli virtus in lumbis est*, dice San Jerónimo. Ciertamente, el más arduo y vigoroso de los humanos deberes se lo hemos impuesto a las damas, y les quitamos la gloria de ello.»

«La idea misma que nos forjamos de su castidad — prosigue Montaigne —, es ridícula: porque entre los modelos extremados que de ella sé, están Fatua, mujer de Fauno, que desde su boda no se dejó ver ya nunca de ningún macho; y la mujer de Hierón, que no se sentía molesta por el mal olor de boca de su marido, creyendo que sería una cualidad común de todos los hombres. Es preciso que ellas se hagan insensibles e invisibles para satisfacernos.

»Pues bien, confesemos que el nudo del juicio de ese deber estriba principalmente en la voluntad. Maridos hubo que sufrieron ese accidente, no sólo sin vituperio ni ofensa para sus mujeres, sino con singular obligación y recomendación de su virtud. Mujer hubo que prefería su honra a su vida y prostituyó aquélla al furioso apetito de un enemigo para salvar la vida a su marido, haciendo por éste lo que por ella misma no habría hecho de ninguna manera. No hay lugar aquí para extenderse en tales ejemplos: son harto elevados y ricos en demasía para representarlos en este espejo; guardémoslos para más noble lugar. En cuanto a ejemplos de un brillo vulgar, ¿hay todos los días entre nosotros mujeres que sólo por utilidad de sus maridos se presten, y por su expreso mandato y mediación? Pues antiguamente Paulo de Argos ofreció por ambición la suya al rey Filipo. Así como, por cortesía, aquel Galba que había dado una comida a Mecenas, viendo que su mujer y él comenzaban a dirigirse a hurtadillas miradas y señas, se dejó caer sobre su almohadón como si estuviera muerto de sueño, para hacer la vista gorda a sus amores. Lo cual confesó luego con la mayor gracia; porque en ese punto y hora un criado tuvo el atrevimiento de echar mano a unos vasos que estaban sobre la mesa, y entonces le gritó con la mayor frescura: ¡Cómo, granuja! ¿No ves que sólo duermo para Mecenas?»

---

«Tal hay que es de costumbres libres y tiene la voluntad más refrenada que esotra, que se conduce con apariencias de regularidad.

«Como vemos algunas que se quejan de haberlas forzado a la castidad antes de la edad del conocimiento,

también he visto a otras dolerse verdaderamente de que las hubieran forzado a la liviandad antes de la edad del discernimiento. El vicio de los padres puede ser su causa; o la fuerza de la necesidad, que es áspera consejera.

»En las Indias orientales goza de singular predicamento la castidad; no obstante, el uso permitía que una mujer casada pudiera abandonarse a quien le hiciera el regalo de un elefante: y eso a mucha honra, por haber sido tasada en tan alto precio.»

---

Una mujer de Atenas preguntaba a una lacedemonia, como haciéndole cargos por ello, qué había aportado en dote a su marido. —«La castidad»— respondió ella.

---

J. J. Ampère:

«Sabios alemanes han supuesto que Lucrecia, verdaderamente culpable, se mató para librarse del juicio de sus deudos. Eso es renovar el crimen de Sexto—, como Voltaire, al manchar el nombre de Juana de Arco, imitó a los soldados que quisieron deshonorarla en su prisión.— La pureza de la doncella de Orleans, la castidad de Lucrecia, forman parte del tesoro moral de la humanidad.»

---

Publio Siro:

«Una mujer casta manda obedeciendo.»

---

Mad. de Lambert:

«Luis XII pensaba que no había con qué pagar la dicha de poseer una mujer casta. La reina Ana de

Bretaña le hacía sufrir mucho con su genio extravagante e imperioso. Y decía él, cediendo a sus caprichos: «¡Bien cara se paga la castidad de las mujeres!»

San Jerónimo llama a la castidad de las viudas una castidad laboriosa, por ser preciso que ellas combatan de continuo contra el recuerdo de los placeres que saborearon.

M. de Levis:

«¿Dónde pensáis que existen más mujeres castas?

—En Suiza, en Holanda.

—Pues os equivocáis: es en París, y sobre todo en Venecia y en Nápoles. Cuando el clima, el mal ejemplo y la ocasión solicitan, entonces es cuando tiene mérito el resistir.»

## LXXI

Beyle-Stendhal:

«Un hombre queda humillado cuando el asedio es largo; esto, por el contrario, es la gloria de una mujer.

»Una mujer es capaz de amar y no decir en un año entero arriba de diez o doce palabras al hombre a quien ama. Toma nota en el fondo de su corazón del número de veces que le ha visto: dos veces estuvo en el teatro con él; otras dos veces estuvo por casualidad en una comida con él; en el paseo la saludó tres veces él. Una noche, en un juego de prendas, la besó la



mano él. Adviértase que desde entonces no permite ella bajo ningún pretexto, y aun a pique de que la crean rara, que nadie la bese la mano.

»En un hombre, esa conducta se llamaría *amor femenino*, nos decía Leonora.»

---

Mad. C. Fée:

«Lo que a menudo impide a una mujer irritarse por el amor que se le manifiesta, es que casi siempre lo cree más noble de lo que es en efecto.»

---

«Por tonta que sea una mujer, comprenderá todo lo que hay en el amor; por inteligente que sea un hombre, nunca comprenderá más que la mitad.»

---

«Mujer hay que se hubiera resistido al amor que ella siente, y no sabe resistir al amor que ella inspira.»

---

La princesa de Salm:

«La mujer que no ha visto a su amante en todo el día, considera ese día como perdido para ella; el hombre más tierno, sólo lo considera como perdido para el amor.»

---

Mad. de Staël:

«El amor es la historia de la vida de las mujeres; es un episodio en la de los hombres.»

---

Alfredo de Vigny:

«Cuando una mujer joven tiene una debilidad pú-

blica, todo el mundo la perdona con el corazón y la condena con los labios.»

## LXXII

La Bruyère:

«Hay en algunas mujeres una grandeza artificial, unida al movimiento de ojos, al modo de llevar la cabeza, a las maneras de andar, y que no va más allá; un espíritu deslumbrador que impone, y que sólo se estima porque no se ha profundizado. Hay en otras una grandeza sencilla, natural, independiente del gesto y del porte, que tiene su origen en el corazón y que es como una consecuencia de su elevado nacimiento; un mérito apacible, pero sólido, acompañado de mil virtudes que ellas no pueden encubrir con toda su modestia, que se escapan y se manifiestan a quienes tienen ojos.»

«Las mujeres se preparan para sus amantes, si los aguardan; pero si son sorprendidas por ellos, olvidan a su llegada el estado en que se encuentran, no se vengan a sí mismas. Tienen más aplomo con los indiferentes; comprenden el desorden en que están y se ajustan en su presencia, o desaparecen un momento y vuelven arregladas.»

«El trato más delicioso del mundo es el de una mujer hermosa que tenga las cualidades de un hombre

bueno: se encuentra en ella todo el mérito de los dos sexos.»

---

«Las mujeres se apegan a los hombres por los favores que ellas les conceden; los hombres se despegan por esos mismos favores.»

---

«Lo bueno que se saca de la perfidia de las mujeres es que cura de los celos.»

---

«Una mujer gazmoña se contenta con el porte exterior y palabras; una mujer honesta se satisface con la conducta. Aquélla sigue su humor y su complexión; ésta, en las diversas ocasiones, es lo que debe ser. La primera esconde debilidades, socapa de exterioridades plausibles; la segunda encubre un rico fondo, bajo un aspecto libre y natural. La gazmoñería constriñe el espíritu, no oculta los años ni la fealdad, y a menudo hasta los hace suponer. Por el contrario, la prudencia palia los defectos del cuerpo, ennoblece el espíritu, hace más incitante la juventud y más peligrosa la belleza.»

---

«Las mujeres no tienen término medio: son mejores o peores que los hombres.

»La mayoría de las mujeres carecen de principios: se conducen por el corazón y dependen por sus costumbres de aquellos a quienes aman.

»Las mujeres van más lejos en amor que la mayor parte de los hombres; pero los hombres las superan en amistad.

»Los hombres son causa de que las mujeres no se amen unas a otras.»

---

«Ocurre algunas veces que una mujer oculta a un hombre toda la pasión que siente por él; al paso que el hombre finge toda la que no siente por ella.

»Supongamos un hombre indiferente, pero que quisiera convencer a una mujer de una pasión que él no siente; y se pregunta si no le sería más fácil persuadir a una que le ame, que a otra que no le ame.»

«Un hombre estalla contra una mujer que no le ama y se consuela; una mujer mete menos ruido cuando es abandonada y permanece inconsolable largo tiempo...»

## LXXIII

Chamfort:

«Cuando un hombre y una mujer sienten una violenta pasión el uno por el otro, siempre me parece que, sean cuales fueren los obstáculos que los separen, marido, padres, etc., los dos amantes son el uno del otro *por obra de la naturaleza*, se pertenecen *de derecho divino*, a pesar de las leyes y convenciones humanas.»

«Quizá sea necesario haber sentido amor, para conocer bien la amistad.»

«Hay repeticiones para el oído y para el entendimiento; pero no las hay para el corazón.»

---

«La naturaleza ha confiado al amor materno la conservación de todos los seres; y para asegurar a las madres su recompensa, lo ha puesto en los placeres y hasta en los dolores inherentes a ese delicioso sentimiento.»

---

«Las mujeres no tienen de bueno sino lo que tienen de mejor.»

---

«Un joven sensible y que llevaba la honradez al amor, era zumbado por unos libertinos que se mofaban de su conducta sentimental. Respondióles con ingenuidad: «¿Tengo yo la culpa si prefiero las mujeres que amo a las mujeres a quienes no amo?»

---

«El amor sólo debiera ser el placer de las almas delicadas. Cuando veo a hombres groseros ocuparse en amores, me dan ganas de decir: «¿Asunto de qué os ocupáis en eso?»

»¡Juego, mesa, ambición para esta canalla!»

---

«Abandonada por el vizconde de Noailles la joven Mad. de M..., estaba desesperada y decía: «Es verosímil que yo tenga muchos amantes, pero no amaré a ninguno tanto como amo al vizconde de Noailles.»

«¿No está a punto de enterneceros ese grito de la fidelidad salido de un alma sincera?»

---

«Mad. Brisard, célebre por sus galanterías, estaba en Plombières y varias damas de la corte no querían verla. Contábase en este número la duquesa de Gisors,

y como era muy devota, los amigos de Mad. Brisard comprendieron que si la señora de Gisors la recibía, las otras no pondrían ninguna dificultad. Empezaron esa negociación y les salió bien. Como Mad. Brisard era muy simpática, agradó mucho a la devota y se hicieron amigas íntimas. Un día la señora de Gisors la hizo saber que, concibiendo muy bien que se tuviera una debilidad, no comprendía que una mujer llegase a multiplicar hasta cierto punto el número de sus amantes.— ¡Ay! contestó Mad. Brisard, es que cada vez creí que sería el último.»

---

«A propósito de una ramera que se casó con un joven reputado hasta entonces como muy honesto, decía Mad. L...: «Si yo fuese una meretriz, aún sería una mujer muy honesta; pues no querría tomar por amante a un hombre que fuese capaz de casarse conmigo.»

---

«Duclos decía en una ocasión a Mad. de Rochefort y a Mad. de Mirepoix que las cortesanas iban haciéndose unas mogigatas y no querían oír el menor cuento un poco verde. Y añadía que son más timoratas que las mujeres honestas. Enseguida ensarta una historia muy alegre, luego otra más fuerte y por fin una tercera cuyo comienzo aún era más escabroso. Entonces Mad. de Rochefort le interrumpe diciendo: «Cuidado, Duclos, que nos estáis tomando por unas mujeres demasiado honestas.»

---

«El Sr. \* decía de la Srta. \*\*, que no era venal, que sólo escuchaba a su corazón y que permanecía fiel a su elegido: «Es una persona hechicera, y que vive lo

más honestamente posible fuera del matrimonio y del celibato.»

«Proponíale a M. un enlace matrimonial, y contestó: «Dos cosas hay que siempre amé con locura, y son las mujeres y el celibato. Perdí la primera pasión; es preciso que conserve la segunda.»

---

Bernis:

«Si amáis a una mujer que sólo sea bella, vuestro amor se acabará: las gracias y los atractivos del cuerpo son limitados; la medida de vuestra curiosidad será la de vuestra ternura. Unid el talento a esos encantos exteriores, a esos hechizos que el goce destruye; los veréis multiplicarse, difundirse y animarse. El talento es para la hermosura lo que el rocío de la mañana para las flores. Pero si entre el talento y las gracias descubris caprichos, extravagancias, vanidad, celos, mal humor, entonces cerrad los ojos respecto a vuestras ocupaciones y a vuestros deberes. Os lo predigo, amaréis toda la vida: es disfrutar de tres mujeres en una sola el tener una amada que junte las gracias, el talento y los caprichos.»

#### LXXIV

Luis Desnoyers.

«Una mujer puede ser fea, mal formada, mala, ignorante, necia y bruta; pero casi nunca será ridícula.»

---

«A medida que los caracteres honrados, soñadores, delicados y melancólicos se desencantan y se desaficionan de los hombres, se les ve, por el contrario, dirigir hacia las mujeres todas las facultades amorosas que tienen, de estimación, de respeto y de admiración. En efecto, las mujeres son la ilusión postrera que puede perderse, dado que nunca se pierda por completo; es la última pasión que se deseca en el corazón, la última embriaguez de que uno se desembriaga.»

---

«Cuando se acusa a la perfidia de las mujeres, es menos lo que os engañaron en realidad, que lo que os engañasteis vosotros mismos. Vuestro propio error es a menudo la única perfidia.

»Cuando se les acusa de ligereza ¿no es acusarse uno mismo de impotencia para fijarlas?

»Cuando se acusan de debilidad ¿no es a nuestra propia fuerza a quien acusamos?

»La exigencia de los hombres, por otra parte ¿no les pide cualidades que a ellos les costaría mucho trabajo ofrecerles en cambio?

»Los defectos que se les vitupera ¿no son los mismos por los que sobre todo se les ama?

»No hay hombre de corazón amante, de espíritu sincero, de razón experimentada, que no proclame en el término de la vida, con lealtad, con admiración, con gratitud, que, de todas las venturas con que la Providencia pudo florecer su camino, fue aquélla, sin disputa, la más dulce, la más embalsamada, la más embriagadora, la más duradera y hasta la menos falaz.»

---



«Cuando se piensa en la ternura, la solicitud, la protección, la gracia, el encanto, la felicidad o por lo menos el consuelo que aportan a la vida del hombre, dan tentaciones de no hablar a las mujeres sino con la cabeza descubierta, hincados de rodillas, con la frente hundida en el polvo.

»Si así no se hace —al menos por la generalidad, me lo figuro, a juzgar por mí—, es únicamente a causa de la fatiga que resultaría de esa postura.»

«Lo que más halaga el amor propio de las mujeres es el ser amadas sin que se atrevan a decírselo, pero con tal de que ese silencio no sea eterno.»

«Nos quejamos de la coquetería de las mujeres cuando sólo se queda en coquetería.»

«Se vitupera su inconstancia, pero sólo por quien es víctima de ella. Y se la halla encantadora por parte del favorecido.»

«Cuando oigáis a un fatuo hablar muy mal de una mujer, podéis estar seguros de que piensa en extremo bien de ella.»

\*Hay mujeres dotadas naturalmente de maravilloso talento para hacer que resalten, en el buen sentido, las más o menos numerosas ventajas de su persona, o para disimular los defectos más o menos faltos de gracia. En grado sumo poseen la ciencia del ropaje, de las posturas, de las actitudes, de las circunstancias luminosas, de las condiciones ópticas y de la elección de colores.

»Si son verdaderamente guapas, deslumbran; si son regulares, se vuelven bonitas; si son feas, se hacen pasaderas. Hasta las hay horrorosas, y que consiguen producir una ilusión no desagradable en demasía.

»La fealdad tiene también su espejismo.»

«Esta busca la media luz; aquélla no se presenta sino ante el esplendor prestigioso de las muchas luces.

»Esta sólo viste de negro; aquélla, sólo de blanco.

»Esta no tiene más que hermosos ojos, y mira constantemente al fondo de los vuestros; aquélla es bizca, y baja cándidamente los suyos.

»Esta no agrada más que de frente, y nadie del mundo la contemplará jamás desde otro punto de vista; aquélla no tiene elegante más que uno de los dos perfiles (pues ya sabéis que los dos perfiles no se asemejan), y nunca la veréis sino de ese perfil. El otro perfil, el frente y los escorzos, son para todo el universo como si no existiesen.

»Esta tiene los labios abotagados y pálidos, por lo cual no hace más que mordérselos de continuo; aquélla, grandes párpados con largas pestañas, y los tiene eternamente cerrados como las vírgenes de Rafael.»

«Gracias a estas y otras mil artimañas, los ojos de los contempladores son atraídos inevitablemente hacia el objeto que se les muestra: el espectador admira ese lindo detalle y no observa lo desfavorable; el resto no existe.

»Ya sabemos que todas las cosas de este mundo requieren un poco de presentación escénica. El talento, la virtud, la ciencia, la belleza, el terciopelo, el raso,

la indiana, no tienen a menudo más apariencia que la que se les sabe dar. No basta ser, es necesario aparentar; no basta ser notable, es preciso ser notado. El saber hacer debe ayudar al saber; la tela más bonita tiene que ser artísticamente plegada y puesta de relieve para que luzca.»

---

«Las mujeres, mucho más que los hombres, tienen el culto de los recuerdos amorosos.»

---

«Los hombres hacen para sí brillantes trofeos de amor propio, las mujeres se fabrican poéticos relicarios de sentimientos.»

«Una flor que él olió, una cinta que él tocó, una palabra trazada por su mano, un libro que sus ojos leyeron, un aria que su voz cantó, un pensamiento emitido por su mente, un periódico que trae su nombre, un cuadro visto por él, una poesía que le encantó, unas galas que le gustaban, una nonada que le recuerda, todo lo que pudo impregnarse de una dulce memoria: todo esto llega a ser para ellas objeto de tierna idolatría. Con eso se forjan una especie de sentimental amuleto y lo llevan sin coser sobre el corazón, o lo esconden cuidadosas al resguardo de toda mirada profana; luego, cada noche, cuando viene la hora del sueño, y cada mañana, cuando sus bellos ojos se despiertan, y cada día, cuando la tristeza entenebrece su alma, vuelven a emprender secretamente la tierna y santa peregrinación.»

## LXXV

P.-J. Stahl:

«Una mujer os traiciona, os mata, pero os embalsama y os llora. Hay muy pocas que dejen tras de sí a sus muertos, sin tomarse al menos el trabajo de enterrarlos.»

---

«No es imposible hallar un corazón constante en un cuerpo infiel.»

---

«La causa de que se pueda perdonar a muchas mujeres el que no tengan sentido común, es que en ellas la loca de la casa es el corazón.»

---

Pablo-Luis Courier:

«Buena mujer en el fondo, como todas las pícaras.»

---

Balzac:

«Casi todos los errores de la mujer provienen casi siempre de su creencia en el bien y de su confianza en la verdad.»

---

Laurent-Pichat:

«El amor absuelve a todas las mujeres: la Magdalena hizo su penitencia amando.»

---

P.-J. Stahl:

«Puede ser justo, ya que no hablar mal, por lo me-

nos pensar mal de una mujer, de fulana o de zutana; pero no lo sería el tener mal concepto de todas las mujeres en general, porque si una nos hace traición otra nos consuela.»

---

Diderot, acordándose de Ninon de Lenclos, trazó el siguiente boceto:

«Honesta por convicción y libertina por temperamento, desconsolábase al siguiente día por la locura de la víspera... Se le perdonaba la multitud de sus conquistas, en obsequio al delicado gusto que tenía para escogerlas. Nunca aceptó los homenajes de un necio o de un malvado: sus favores fueron siempre recompensa del talento o de la probidad. Decir de un hombre que era o que había sido su amante, equivalía a asegurar que era hombre de mérito. Como reconocía su propia ligereza, de ningún modo se comprometía a ser fiel, diciendo: «No he hecho más que un juramento falso en mi vida, y fue el primero.» Sea que se perdiese el sentimiento que se tuvo por ella, sea que ella perdiese el que se le había inspirado, quedaba la amistad. Nunca hubo ejemplo más palpable de la diferencia entre la probidad y las costumbres. No se podía decir de ella que tuviese buenas costumbres, y se confesaba que era difícil hallar una criatura más honrada. Su párroco la veía raras veces al pie del altar, pero en todo tiempo encontraba su bolsa abierta para los pobres. Decía jocosamente de la religión y de las leyes, que son un par de muletas que no conviene quitar a los de piernas débiles. Las mujeres temerosas de su trato para con sus maridos, lo apetecían para sus hijos.»

---

Juan Pablo Richter:

«Los defectos de las mujeres provienen de su debilidad o de su sensibilidad; los defectos de los hombres proceden de su egoísmo y de su dureza.»

«Solo un hombre puede ver con indiferencia el amor de que es objeto; una mujer no puede ser insensible a ello.»

«Las mujeres se parecen a las casas españolas, que tienen muchas puertas y pocas ventanas. Es más fácil penetrar allí que ver claro.»

«Amar pronto y casarse tarde, es oír cantar por la mañana una alondra en el aire, y comerse por la noche una asada para la cena.

»El mérito de las mujeres no brilla nunca sino después de la luna de miel. Es preciso casarse con ellas para saber lo que valen.»

Montesquieu:

«Nosotros empleamos toda clase de medios para quitar el valor a las mujeres. Las fuerzas serían iguales si la educación lo fuese también; experimentémoslas en los talentos que la educación no haya debilitado, y veremos si nosotros somos tan fuertes.»

Duclos:

«Parece como si la virtud de una mujer fuera en este mundo un extraño contra el cual todo conspira: el amor seduce su corazón; debe estar en guardia contra la sorpresa de los sentidos; algunas veces la indigen-

cia, u otras desventuras aún más crueles, vencen toda la firmeza de un alma largo tiempo sujeta a pruebas; tiene que sucumbir por fuerza. El vicio acude entonces a ofrecerle socorros interesados, tanto más peligrosos cuanto que se pone la careta de la generosidad. La desdicha los acepta, el agradecimiento los hace valer, y una virtud se arma contra la otra. Rodeada de tantos escollos, si una mujer es seducida, ¿no debiera considerarse su debilidad como una desgracia, más bien que como un crimen?»

Chamfort:

«¡Qué cosa más necia es la opinión pública! Un hombre de treinta años seduce a una niña de quince, y la deshonrada es ella.»

Fontenelle:

«Las virtudes de las mujeres son difíciles, porque la gloria no ayuda a practicarlas. Vivir metida en su casa, no ocuparse más que en sí misma y en su familia, ser sencilla, justa y modesta, son virtudes trabajosas porque son oscuras: se necesita tener mucho mérito para no ser virtuosa más que a sus propios ojos.»

Vauvenargnes:

«Si las debilidades del amor son perdonables, es principalmente a las mujeres.»

Ahora viene un defensor de las mujeres, que quizá no se esperase. Es Marat, a quien mató Carlota, y dice así:

«Rendidos a los pies de las mujeres mientras parecen no sentir nada por nosotros, las desdeñamos en

cuanto se han mostrado sensibles en demasía; y para eterna vergüenza de nuestro sexo, ¡cuántas son ajadas por las mismas debilidades por las que nosotros estamos vanidosos!»

«En las mujeres, el libertinaje proviene casi siempre de la dura necesidad; al paso que en los hombres, procede siempre de una tendencia viciosa.»

Balzac:

«En el cuadro que presenta una joven soltera abandonada por su seductor, hay un no sé qué de imponente y sagrado: son juramentos rotos, santas confianzas traicionadas; y sobre los restos de las más amables virtudes, la inocencia llorando, dudando de todo, del amor de un padre a su hijo. La infortunada es aún inocente; puede llegar a ser una fiel esposa, una tierna madre; y si lo pasado está cubierto de nubes, lo porvenir es azul como un cielo puro.»

El doctor Raspail:

«Quisiera yo que al fin se admitiese que un hombre que ha seducido a una mujer por el gusto de deshonorarla, quedase mas deshonorado que ella.»

Victor Hugo:

«¡Oh, no insultéis nunca a una mujer que cae! ¿Quién sabe bajo qué carga sucumbió aquella pobre alma? ¿Quién sabe cuántos días tuvo que luchar con el hambre? Cuando el huracán de la desventura agitaba su virtud, ¿quién de nosotros no ha visto a una de esas quebrantadas mujeres agarrarse a ella largo tiempo



con las manos rendidas? Como en la punta de una rama se ve refulgir una gota de lluvia donde el cielo acaba de brillar, que se sacude con el árbol y que tiembla y que lucha, ¡perla antes de caer y fango después de su caída! La culpa es nuestra; ¡tuya, oh rico, de tu oro! Empero aquel fango aún contiene agua pura. Para que la gota de agua salga del polvo y torne a ser perla con su esplendor prístino, basta, pues así es como todo asciende a la luz, un rayo de sol o un rayo de amor.»

---

Alfonso Esquiros, doliéndose de las *Virgenes locas*:

«Cuando se piensa en que la mayoría de esas desventuradas fueron jóvenes y bonitas, que sólo les faltó un poco de maña en su tiempo para establecerse, que algunas fueron descarriadas en sus proyectos de boda por un amor loco, siempre venerable, se calla uno y se complace en creer en otra vida más justa, en la que Dios contará las lágrimas como buenas obras: sufrir es orar.»

---

Jorge Sand:

«Hay algunas mujeres perdidas que valen más que ciertos adolescentes.»

---

Carlos Lemesle:

«Las mujeres nos deben la mayor parte de sus defectos; nosotros les debemos la mayor parte de nuestras cualidades.»

---

P.-J. Stahl:

«La mujer rica y verdaderamente honrada siente

compasión y no desdén por las que no son ni lo uno ni lo otro. Su corazón les dice que la infeliz con quien se codea espantada en la calle, no descendió al arroyo por su gusto, no busca ni encuentra en él la felicidad, y que su camino está lleno de miserias y de dolores sin nombre. Se dice a sí misma que ella sería más culpable ante Dios si cayese —ella, a quien todo le ayudó en la vida y a quien todo le sonríe—, si cayese nada más que un peldaño, que aquella desdichada que, nacida a menudo en el fondo del abismo, no conoce más que el abismo y en él se queda, sin encontrar en su camino una mano que la ayude a salir de él.»

## LXXVII

Julio Kergomard:

«En vez de echar en cara eterna y tontamente a la mujer la pérdida del Edén, ¿no debiera más bien el hombre bendecir a esta adorable criatura porque, haciéndole cómplice de su culpa, le ha suministrado un pretexto para seguirla en su expiación? No piensa lo suficiente en qué hubiera sido de él, si la mujer hubiese salido sola, en aquel jardín tan cacareado y en el que se aburría ya antes de que ella lo habitara con él. Ese pobre Adán se hubiera visto reducido, antes de ocho días, a ahorcarse de la primera rama que viese a mano de aquel árbol de la ciencia que tan funesto había de serle de todas maneras. Por otra parte, cuando ella le comprometía tan locamente, la rubia Eva no ignoraba que el único manantial inagotable de esa

problemática felicidad estaba en ella; y que no hay delicias perdidas que no pueda hacer olvidar con una palabra, una mirada o una sonrisa y devolver el céntuplo en un beso.»

---

J.-J. Rousseau:

«Lo que más nos aficiona a las mujeres, estriba menos en el libertinaje que en cierta satisfacción grata de vivir junto a ellas.»

---

Aimé Martín:

«Sean cuales fueren las usanzas y las leyes de un país, las mujeres deciden en él de las costumbres. Libres o sometidas, ellas son quienes reinan; porque su poder dimana de nuestras pasiones. Pero esa influencia es más o menos saludable, según el grado de estimación que se les concede...

»Parece que la naturaleza hace depender su inteligencia de su dignidad, como nosotros hacemos depender nuestra dicha de su virtud. Hay, pues, aquí una ley de eterna justicia: el hombre no puede rebajar a las mujeres sin caer él mismo en la degradación; no sabría elevarlas, sin hacerse él mejor. Es preciso que los pueblos se embrutezcan en sus brazos, o se civilicen a sus pies.»

---

«En el seno materno descansa el espíritu de los pueblos, sus virtudes; en otros términos, ¡la civilización del género humano!»

---

«Querer limitar a las mujeres al gobierno material de su casa, no instruidas más que para eso, es olvidar

que de la casa de cada ciudadano salen los errores y los prejuicios que gobiernan el mundo.»

---

Herder:

«No hay nada que marque de un modo más decisivo el carácter de un hombre o de una nación, como la manera de tratar que tienen a las mujeres.»

---

Grègoire:

«La consideración a las mujeres da la medida de los progresos de una nación en la vida social.»

---

Eduardo Laboulaye:

«Educar a un hombre es formar un individuo que no deja nada tras de sí; educar a una mujer es formar las generaciones venideras.»

---

José de Maistre:

«Las mujeres no han hecho la *Iliada*, ni la *Eneida*, ni la *Jerusalén libertada*, ni *Fedra*, ni *Athalia*, ni *Rodoguna*, ni el *Misántropo*, ni *Tartuffe*, ni la iglesia de San Pedro, ni el Apolo de Belvedere; no han inventado el álgebra, ni los telescopios. Pero hacen algo más grande que todo eso: en su regazo se forma lo más excelente que hay en el mundo, un hombre honrado y una mujer honrada.»

---

Nadar:

«¡Una madre! Ninguna fuerza iguala a la fuerza de esa pálida y débil criatura que cose bajo una lamparita junto a la cuna de un niño enclenque. En las madres pobres es en quienes el maravilloso misterio de

la maternidad irradia con todos los esplendores de su poderío.»

Mad. de Rémusat:

«No veo ningún motivo para tratar a las mujeres menos en serio que a los hombres, para desnaturalizarles la verdad bajo la forma de una preocupación, el deber bajo la forma de una superstición; ellas tienen derecho al deber, tienen derecho a la verdad, puesto que son capaces del uno y de la otra.»

Michelet:

«Regla general, a la que por lo menos yo no he visto ninguna excepción: los hombres superiores son todos *hijos de su madre*, reproducen su huella moral lo mismo que sus facciones.»

Daniel Stern:

«Las leyes que retienen al sexo femenino en el esclavizamiento o en la inferioridad son leyes ininteligentes, restos de la barbarie. La mujer que a consecuencia de esas leyes permanece atada a un régimen mental inferior no ha podido ser esposa y madre sino de un modo imperfecto. Incalculables males han nacido de ese error fundamental. La hipocresía y la deslealtad en la sociedad, la aridez de la vida, la muda desolación del matrimonio y hasta el empobrecimiento de las razas, son sus consecuencias funestas.»

Schiller:

«¡Honrad a las mujeres! Ellas siembran rosas celestiales sobre nuestro camino terreno, ellas forman los afortunados lazos del amor; y bajo el velo púdico de

las gracias, ellas alimentan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.»

---

Michelet, en su hermoso libro *El Pueblo*:

«La mujer, en los hogares pobres, es la economía, el orden, la providencia. Todo influjo que gana es un progreso en la moralidad.»

---

«Ser hombre, en el verdadero sentido, es ante todo y sobre todo tener mujer.»

---

Joubert:

«En las clases ineducadas las mujeres valen más que los hombres. En las clases distinguidas, los hombres son superiores a las mujeres. Eso consiste en que los hombres son más capaces de ser ricos en virtudes adquiridas, y las mujeres en virtudes nativas.»

---

Goethe:

«La mujer más digna del título de mujer de mérito es aquella que, si sus hijos llegaran a quedarse sin padre, fuese capaz de reemplazarlo.»

---

Víctor Hugo:

«¡Oh! el amor de una madre, amor que nadie olvida, pan maravilloso que Dios reparte y multiplica, mesa siempre servida en el hogar paterno: cada cual tiene su parte en ella y todos la tienen entera.»

---

Alejandro Dumas:

«El corazón de la mujer está constituido de tal modo que, por árido que se vuelva al soplo de los prejuicios

y las exigencias de la etiqueta, siempre tendrá un rincón fértil y risueño: el que Dios ha consagrado al amor maternal.»

## LXXIX

Alfredo de Musset, ese escéptico, dice en la *Confesión de un hijo del siglo*:

«Tomad de amor lo que un hombre sobrio toma de vino, no os volváis borracho.»

Pero añade:

«Si vuestra querida es sincera y fiel, amadla por eso; pero si no lo fuere y es joven y bella, amadla porque tiene juventud y belleza; y si es agradable e ingeniosa, amadla también; y si no tiene nada de eso, amadla todavía.»

Y en uno de sus Proverbios:

«Todos los hombres son embusteros, inconstantes, falsos, parlanchines, hipócritas, orgullosos y cobardes, despreciables y sensuales; todas las mujeres son pérfidas, arteras, curiosas y depravadas; el mundo no es más que un albañal sin fondo, donde las focas más informes se arrastran y retuerzen sobre montañas de fango. Pero hay en el mundo una cosa santa y sublime: la unión de dos de esos seres tan imperfectos y tan hórridos. A menudo se es engañado en amores, a menudo herido y a menudo infeliz; pero se ama, y al estar al borde de la tumba se vuelve uno para mirar atrás y dice para sí: «Yo he sufrido con frecuencia, me

he equivocado algunas veces, pero he amado. Yo soy quien ha vivido, y no un sér ficticio creado por mi orgullo y por mi tedio.»

J.-J. Rousseau:

«Dicesenos que las mujeres son falsas; no, llegan a serlo. Su don propio es la maña y no la falsía. En las verdaderas tendencias de su sexo, hasta cuando mienten, no son falsas. ¿Por qué consultáis a su boca, cuando no es ella quien debe hablar? Consultad a sus ojos, a su tez, a su respiración, a su aire temeroso, a su floja resistencia: he aquí el lenguaje que la naturaleza les da para responder. La boca dice siempre que no, y debe decirlo; pero el acento con que lo dice no siempre es el mismo, y ese acento no sabe mentir. ¿No tiene la mujer las mismas necesidades que el hombre, sin tener el mismo derecho a manifestarlas? Su suerte sería sobrado cruel si, aun en los deseos legítimos, no tuviese un lenguaje equivalente al que no se atreve a emplear. ¿No necesita un arte de comunicar sus pensamientos sin descubrirlos? ¿Cuánto no le importa aprender a emocionar el corazón del hombre, sin parecer que piensa en él? ¿Hay discurso más encantador que la manzana de Galatea y su torpe huída? ¿Qué tendrá que añadir a eso? ¿Irá a decir al pastor que la sigue entre los sauces, que ella sólo huye con el propósito de atraerlo allí? Mentiría, si tal dijese; porque entonces no lo atraería. Cuanta más reserva tenga una mujer, tanto más arte necesita, hasta con su marido. Sí, sostengo que reteniendo dentro de sus límites a la coquetería, se la hace modesta y verdadera, y que llega a ser una ley de la honestidad.»



Aunque algunas mujeres sean mentirosas, por acaso, Byron no las vitupera por ello, ¡antes al contrario!

«Esas encantadoras criaturas, dice, mienten con tanta gracia, que nada les sienta mejor que la mentira.»

Michelet:

«Los sacerdotes y las mujeres no tienen miedo a nada, porque corren menos riesgos que los demás.»

### LXXX

P.-J. Stahl:

«Mis buenos amigos, dijo Juan, el mundo es tan grande que se hace duro estar solo en él. Por eso, sin duda, es por lo que se casan. Y nada mejor, porque el nombre de esposa es el más bello que puede dársele a una mujer. No hay amor duradero sino el que tiene por hermano mayor al deber; de modo que si el uno duerme, el otro vela, y así puede perdurar el honor. Ya sois dos, y en las condiciones más favorables para la felicidad; las únicas, pongo por testigo a los que la han buscado y la buscan en otra parte, las únicas en que puede sostenerse fija. Economizad la vuestra, amigos míos. La felicidad misma necesita de régimen. Y no olvidéis que a menudo el amor muere, porque no se hace tanto por conservarlo como se hizo por inspirarlo.»

Octavio Feuillet:

«En la mente de Dios, no hay sino dos mujeres que

deban intervenir en la vida de cada hombre, para felicidad suya: su madre y la madre de sus hijos. Fuera de estos dos amores legítimos, entre esas dos criaturas sagradas, no hay más que agitaciones vanas, ilusiones dolorosas y ridículas.»

Massias:

«Novia, hija, hermana, esposa, madre, abuela: en estas seis palabras está lo que el corazón humano contiene de más dulce, más extático, más sagrado, más puro, más inefable.»

Michelet:

«La naturaleza ha formado la vida con un lazo triple y absoluto: el hombre, la mujer, el niño. Cada uno suelto, se está seguro de perecer y no se salvan sino juntos.»

Así lo muestra de un modo sorprendente la linda leyenda bretona de Amel y Penhor, contada por Paul Féval en estos términos:

«Amel era un pescador; Penhor, su mujer, subía la pesca a los monjes del monte Saint-Michel. Hace de esto muchos años. Amel y Penhor tenían un niño pequeño.

Una vez fueron sorprendidos por la noche en los arenales que hay entre el monte y la aldea de Genest. El mar subía. Era la marea alta; sintiéronse perdidos. Amel dijo:

—Esposa mía, aquí nos llega nuestra última hora; pon tus dos pies encima de mis hombros... Así durarás más tiempo... y ama mucho mi recuerdo.

Penhor obedeció. Amel se hundió en tierra como una estaca que se clava. Cuando Penhor vió desaparecer el pobre rostro de su marido, dijo: —«¡No eres tú, querido de mi corazón quien tiene la más dura agonia!» Luego, como se hundiese a su vez, cogió al niño y lo alzó por encima de ella, diciendo: —«Pon tus piececitos encima de mis hombros; así durarás más tiempo, y ama mucho el recuerdo de tu padre y de tu madre.»

La arena se la tragó; el niño lloraba, su cuerpecito desaparecía poco a poco. Ya no quedaba por encima de las arenas más que el oro de sus cabellos ensortijados.

Pero pasó el hada. Al pasar puso la mano en esos suaves cabellos y el niño salió de su tumba. —«¡Cuánto pesas!» dijo el hada. Otra cabellera rubia apareció. Penhor, la joven madre, no había soltado los piececitos de su querido hijo. El hada sonrió y volvió a decir: «¡Cuánto pesáis los dos!»... Era Amiel que no había soltado los pies de su muy amada esposa.

Y la buena hada prosiguió su vuelo hacia la ribera, llevando consigo este racimo humano, esta cadena viviente, cada uno de cuyos anillos era una ternura. Así se salvan a veces todos juntos y aun después de perdida toda esperanza, cuando se estrechan uno contra otro, cuando se unen, cuando se enlazan por el santo amor, que es el corazón de la familia.»

## LXXXI

P.-J. Stahl escribió unas lindas páginas que tienen por título:

## LAS ALEGRÍAS DEL HOMBRE

## I

«Era en el campo y en un hermoso país.

Veíase en el fondo una linda casa, medio escondida entre el follaje. Delante y alrededor de esa casa había prados y un bosque, que un bello huerto y un jardín bien cultivado unían a la casa.

Una criatura, una niña pequeña, correteaba por los prados.

Las florecillas y las briznas de hierba se pusieron a charlar.

—A fe mía, es más gallarda que nosotras, decían las primeras.

—Y más fina, agregaban las briznas de hierba.

—Más bonita, dijo la Margarita.

—Más grácil, dijo la Azucena de los valles.

—Más animada, dijo el Botón de oro.

—Más candorosa, dijo la Argentina.

—Más alegre, ¡pardiez! exclamó la Aleluya.

—De un color más nuevo, dijo la Primavera.

—Más esbelta, dijo el Junco florido.

—Más amable mil veces, dijo el Miosotis.

- Y aún mejor, dijo la Reseda.  
—Es una perla viva, dijo la Gota de rocío.  
—Es un fuego fatuo, dijo el Lirio.  
—Su boca es una rosa pompón, dijo la Eglantina.  
—Todo eso es verdad, dijo el Arroyo que por su parte corría en la pradera.

## II

«Una jovencita pasó por el jardín. Las flores se pusieron a hablar: «Es usted más bonita que nosotras, mi hermosa damisela», le decían.

—Más fresca, dijo la Rosa de Mayo.

—Más bermeja, dijo la Granada.

—Más blanca, dijo la Azucena.

—Más suave, dijo el Jazmín blanco.

—Más graciosa, dijo la Reina de los prados, a quien el jardinero había dispensado los honores de introducirla en el jardín cultivado.

—Más pura, dijo la Espiga de la Virgen.

—Más casta, dijo el Azahar.

La jovencita no comprendía el lenguaje de las flores; su mirada cándida y dulce deteníase en cada una de ellas sin ruborizarse, y las admiraba a todas sin sospechar las alabanzas que ellas le prodigaban. Pero habiendo visto, semioculta bajo su resguardo de hojas verdes, a la Violeta de azules miradas, bajóse hacia ella, la cogió con sus delicados dedos y, después de haber aspirado su aroma, la hizo lugar junto a su corazón.

—¡Qué feliz es la Violeta! exclamaron las demás flores.

## III

«Una mujer, todavía joven y hermosa, paseábase por el huerto, junto a la linde del bosque. Era tal su belleza, que, no sólo las flores, sino hasta los mismos frutos y los árboles, y todo cuanto veía, no podían callarse: «¡Es nuestra Reina!» era el grito de todo lo que tenía la suerte de encontrarla a su paso.

—Tiene más brillo que ninguna de nosotras, decía la Cereza.

—Más aroma, decía la Fresa.

—Ved lo aterciopelado de sus mejillas, decía el Melocotón.

—Y la redondez de su seno, decía la Manzana.

—Y la riqueza de su talle, suspiraba la Caña.

—Y la suprema elegancia de toda su persona, decía la Acacia roja.

—Y la firmeza de toda su apostura, decía el Roble.

—Y lo ligero de su paso, cantaba el Ave.

—Y la inteligencia de su frente, decía el Pensamiento.

—Y la ternura de su mirada, decía la Hierba doncella.

—Y el santo olor de virtud que la envuelve, decía la Menta.

—¿Hay nada más conmovedor? decía la Ancolia.

—¿Hay nada más dulce? decía la Malva.

—¿Hay nada más perfecto? decía la Naturaleza entera.

Al verla alejarse, el Musgo, que tapizaba el ingreso del bosque, decía con pesar: «Pero ¿no se detendrá hoy al pie de estos bellos árboles?»

La sombra misma, alargándose por encima de su cabeza, hizo un esfuerzo para retenerla.

Pero la joven señora, obedeciendo a su propósito, dió algunos pasos hacia donde estaba la niña y la llamó. Su voz dulce y sonora como un cántico, debía poner fin a aquellos decires. Sin embargo: «Yo quisiera cantar como hablan las mujeres», dijo aún, pero muy quedo, el Ruiseñor a la Curruca.

## IV

«La niñita acudió corriendo al amado llamamiento de su madre. Aquélla se había reunido en el camino con la jovencita, quien volvía con ella teniéndola por la mano para moderar su carrera; las tres avanzaron con un mismo corazón y los brazos abiertos al encuentro de un hombre en la fuerza de la edad, al cual acababan de entrever a la vera del bosque. Daba la mano a un hermoso niño blanco y rubio, que le abandonó para adelantarse corriendo y ser el primero en poder besar a su madre y a sus hermanas.

Por todas partes se oyó una voz unánime, al ver a esa bella familia reunida:

«¡Y aún se atreven a quejarse los hombres!», decía todo el que contemplaba la felicidad de aquél.

## V

«Herманas mías, dijo la Siempreviva, yo he callado por no entristecer el dulce espectáculo que tenéis a la vista. Pero no acuséis a los hombres; yo he visto llorar a los más felices.

—Ten cuidado, hermana mía —dijo la Violeta blan-

ca, la compañera de la que fue cogida por la jovenzuela—; estás muy cerca de la linda señorita, y muy cerca de toda esa felicidad. Si el pobre padre llegara a oírte, si llegara a verte y comprenderte...

—¡Ay! (dijo la Siempreviva), ¡ay! hermanas mías: doleos de ese padre, doleos de esa madre infortunada, pero doleos también de mí. ¿Por qué no soy, como vosotras, una flor del tiempo presente? Porque, nacida en medio de vosotras, *¡soy la flor de la otra vida!*

## LXXXII

Eugenio Pelletan, en algunas páginas brillantes y elevadas, que siento tener que abreviar aquí, resumió toda la cuestión social de las mujeres, que nos parece una de las conclusiones naturales de esta colección. Dice entre otras cosas:

«La mujer es el crimen del hombre. Es su víctima, desde la salida del Edén. Aún lleva en su carne la huella de seis mil años de injusticia.

El salvaje, su primer marido, comenzó por amarla a puñetazos entre las malezas...

Hoy todavía, el animal con figura humana de la Polinesia, atisba a la espera, entre los matorrales, a alguna desposada de paso...

Pero, más tarde, el hombre no tiene la misma excusa para la brutalidad de su afecto. Es pastor, es patriarca...

El marido adquiere por truco la compañera de su sueño. «Mi hija vale tantos cabrones y tantos borre-



gos», decía el patriarca. «Aquí están», contestaba el novio. Y trato hecho.

Sin embargo, hubo dos pueblos que encontraron alguna intolerancia en eso de suprimir por completo la libertad de la mujer; y en la ingenuidad de su alma, quisieron simplemente reglamentarla. Eran el pueblo egipcio y el pueblo chino. Uno y otro resolvieron por admirable modo ese problema de libertad limitada, que restringe imperturbablemente la libertad y tiene todas las ventajas de la servidumbre. He aquí cómo:

La ley egipcia prohibió a los zapateros, bajo pena de prisión, que hicieran calzado para las mujeres, ni aun los zapatos más inocentes del mundo, de papel o de biblos. Ese fue el artículo primero. Por el artículo segundo, la misma ley prohibía a las mujeres salir sin calzado. Salvo eso, eran libres para ir y venir.

China ha sido aún más lista que Egipto. Ahorró a su legislador el gasto de una nueva ley. Dejóse de zapateros. Ha declarado sencillamente que la mejor manera de enseñar a andar a la mujer es quebrarle el pie dentro de un torno.»

---

«La Revolución francesa sorprendió a la mujer en una situación mixta, medio dependiente, medio independiente; demasiado ocupada entonces, sin duda, no comprendió la grandeza de este problema; pero, al menos, legó su solución a otras generaciones de ideas...»

---

«El hombre y la mujer unidos constituyen la Humanidad. La Humanidad sólo existe por su unión. Pero la Providencia los ha creado dos, y por consiguiente

diferentes, para dos obras diferentes. Les ha dado aptitudes diversas, como las formas de su organismo.

Digo aptitudes y no facultades, según suele repetirse harto a menudo. El hombre no tiene una facultad que la mujer no tenga igualmente en su inteligencia...

Sólo que la ponderación de esas diversas facultades entre sí es muy otra en el hombre que en la mujer.

Esta diferencia de equilibrio entre las varias facultades constituye la diferencia de aptitudes. La sociedad no puede plegar aptitudes de semejantes a atribuciones semejantes, sin violar la ley de diversidad, que es la ley misma de la armonía.

La mujer está físicamente, moralmente, predestinada a ejercer otra índole de funciones que el hombre en la familia. El hombre, activo, robusto, obra al exterior, trabaja al sol. La mujer delicada, amante, cría al hijo, administra la casa.

Pero ¿eso es decir que este trabajo no exija, tanto como el otro, la intervención y por consiguiente el cultivo de la inteligencia? ¿Cómo! ¿Necesitará la mujer menos entendimiento para educar a su hijo, para crearle un alma día por día, para darle, no digo la leche del cuerpo (porque, ¿qué es esto?), sino la leche del espíritu, que el marido fabricante o mercader, para vigilar su máquina, correr el mercado, medir por varas el algodón y calcular sus descuentos? Sea dicho entre nosotros: no lo creéis, aunque sólo fuese por respeto a vuestra madre, que fue quien dirigió vuestro pensamiento.

Pues bien, ¿qué educación intelectual dais a la flor misma de vuestras mujeres en vuestra sociedad? Medio les enseñáis la historia, medio la gramática, medio la literatura, medio las lenguas alemana, italiana,

o inglesa; y cuando tienen una ligerísima tintura de esos diversos estudios, declararéis cerrado el libro de la ciencia para ellas y las arrojáis al mundo para que encuentren un marido.

La verdadera educación de la mujer en la actualidad, a nuestra vista, no consiste precisamente en el más o el menos de conocimientos que pueda dar a su espíritu para la severa vocación de la maternidad; consiste, principalmente, en yo no sé qué sabio noviciado de la seducción, en el arte de la música, del baile, del tocador y del traje, del canto, del dibujo, de todo lo que pueda poetizar, hechizar, perfumar, y en su consecuencia, abreviar la distancia que la separa del matrimonio.

Vuestra educación enseña sobre todo a la jovenzuela a pescar un novio. Diríase que una vez firmado el contrato y metido el velo en el armario, ya se agotó su destino, se acabó su vida. En lo sucesivo es inútil su educación; ya no tiene más que despedir a esa alma que tomó prestada, como a una amiga de la juventud, únicamente para acompañarla hasta la Vicaría.

Espero que nuestro siglo corregirá esa educación de paso, que en la vida de la mujer corresponde a un solo minuto. La mujer debe recibir una educación que irradie igualmente a todas las horas de su existencia. Debe fortalecer, divinizar cada vez más su alma con el estudio, respirar esta otra alma exterior y flotante de la ciencia, subir en poderío y en verdad más cerca del cielo, crear en ella una simpatía más con el mundo de los ángeles (me equivoco, de los espíritus), preparar de antemano un bálsamo bien oliente para las heridas de la existencia, y una dignidad para la vejez.»

«Queréis, nos dicen, que la mujer moje los labios en la copa del conocimiento; mas ¿para qué les valdrá luego? ¿Para espumar, sin duda, más filosóficamente la olla del hogar doméstico?»

Sí, precisamente para eso, contestamos. Pero agüedad.

O cortesana o mujer casera, ha dicho alguien. Esta frase ha gustado enormemente a todos nuestros rancios en ideas. A pesar de esa buena fortuna, es falsa de toda falsedad. Vuelvo del revés el adagio y respondo a mi vez: «Hoy, toda mujer emancipada de la vida del trabajo y que fuera simplemente una mujer casera, sería poco más o menos una cortesana. Porque ¿qué es una cortesana? Una mujer que da simplemente su cuerpo al hombre, porque no tiene otra cosa que darle. Dejad vacía el alma de la mujer y estad seguros de que la pasión acudirá siempre a llenarla.

¿Pues qué idea os formáis del matrimonio, no digo en las clases laboriosas (en las cuales están equilibradas entre sí, por la ignorancia, las inteligencias del hombre y de la mujer), sino en las clases exentas del trabajo, cuando decís al hombre: «Tú tendrás todos los conocimientos, tú caminarás envuelto en luz» y cuando volviéndoos luego hacia la mujer añadáis: «Tú irás vestida de sombra y vivirás en la nada del pensamiento?»

¿Y no véis que esos dos destinos, separados por toda la anchura del alma, ya no podrán vibrar al unísono; y que extraños el uno para el otro hasta bajo las mismas cortinas, no tendrán nunca una creencia común, una esperanza común que cambiar en los largos entreactos del matrimonio? ¿Que el marido cargado de ideas o de profecías, no podrá comunicarlas a la

vida más próxima de su vida; y con sus confidencias cálidas y purificadas por la llama del amor, asociar a su mujer, su más cara intimidad, con su propia grandeza?

Vamos, vamos, unid los sueños en vuestro paraíso del cocido, sin unir los espíritus, pero no echéis en olvido esto: al estrechar en sus brazos a un alma nula, el marido sólo abraza a una criada más. Y como el hombre busca ante todo el consorcio del pensamiento ¿sabéis lo que hará? Imitar a Pericles, irse a casa de Aspasia. En efecto: Aspasia era la mujer legítima, la cortesana era la mujer de su casa. Fijaos bien, la industria es más generosa que vosotros: al sustituir cada día la rueca por la máquina, la aguja por la lanzadera, desgrava así cada día más a la mujer de un trabajo y de una carga. ¿Para qué? Para convertir ese vagar en inteligencia, para armonizar por medio de la instrucción las dos mitades de la humanidad. El progreso no puede impeler al hombre hacia adelante, para dejarse atrás a la mujer. No es como aquel troyano distraído, que en el día de las grandes pruebas se deja olvidada en el camino a su compañera.»

---

«El porvenir no habrá vencido al pasado hasta el día en que haya puesto de su parte a la mujer. Hasta entonces, no merece la victoria.»

---

Gustavo Frédérix, analizando el libro de Eugenio Pelletán intitulado *La madre*:

«Las mujeres han compartido por largo tiempo con los déspotas esa mala suerte de no encontrar más que rebeldes fanáticos o complacientes dañinos. O se las

declaraba inferiores al hombre, destinadas exclusivamente a ser cortesanas o caseras; o bien se las celebraba y divinizaba por cualidades o recursos particulares, como son lo agudo de su instinto, lo elegante de su conformación, lo movable de sus impresiones.—Proudhon fue el último de aquellos adversarios violentos de la mujer, juzgándola nula, sin carácter, ávida, depravada, criatura subalterna que sólo puede servir para el placer o para la domesticidad.—Balzac fue en el siglo XIX el representante más poderoso de estos adoradores de las mujeres, que se arrodillan ante sus debilidades y sus astucias, ante sus seducciones brillantes y sus perfidias delicadas.

Pero en esas invectivas como en esas apoteosis es fácil hallar en el fondo idéntico desdén. La mujer no es más estimada por quienes hacen de ella un objeto de arte precioso, encantador, complicado, que por quienes la miran como una máquina de reproducción y un utensilio doméstico, maquinilla despreciable, chisme vulgar. Estas dos escuelas, que parecen opuestas, coinciden en no tener en cuenta el alma de la mujer. Unos dicen: Hacednos hijos y servidnos. Los otros: Inspiradnos amor y sed la causa de todas nuestras rivalidades, el premio de todas nuestras ambiciones, sed el espejismo que nos atraiga a las cimas virtuosas o a los abismos envilecedores.

Hay otra mujer a quien agradecer y honrar y proteger, que esa maritornes grosera y que esa hada inquietante. Existe la mujer compañera del hombre, ser dotado de inteligencia, de imaginación y de razón, criatura cargada con los deberes más graves y más santos; existen la esposa, la madre, la ciudadana; existen esas diversas y nobles misiones de la mujer

que hacer fecundas y bienhechoras. A eso se ha aplicado M. Eugenio Pelletan. No le basta que sus clientes sean encantadoras o que sean útiles. Quiere que el encanto sea realzado por la dignidad; y quiere que la utilidad se haga simpática por la gracia.

El título de su libro nos dice de seguida cuál es el punto vulnerable al que amenaza, en la condición social y en la educación particular de las mujeres. *La Madre*: esta breve palabra es bastante grande para recordarnos todos los temibles problemas que las mujeres están llamadas a resolver, y para que nos preguntemos si las preparamos como es necesario para ese papel difícil y decisivo...

Balzac que, con sus análisis sutiles y sus curiosidades malsanas tanto contribuyó a que gustásemos de la mujer artificiosa, brillante y taimada; Balzac, que veía, no sólo las pequeñas líneas tortuosas de los caracteres, sino también los grandes lineamientos generales que nos revelan la sociedad en sus exigencias y con sus debilidades; Balzac mismo pronunció frases como ésta: «La educación de las mujeres plantea problemas tan graves (*porque el porvenir de una nación está en la madre*), que desde hace muchísimo tiempo la Universidad de Francia no se ha tomado el trabajo ni de pensar en ello.»

La Universidad de Francia no piensa en eso. Pero acabáis de ver que los mismos enemigos del progreso comprenden que esta cuestión de la influencia de la madre, y, por consiguiente, de la instrucción de la mujer, es la más apremiante y la más peligrosa. Este problema ha llegado a ser hoy también la preocupación de todos los espíritus generosos, entre los cuales M. Pelletan está en primera fila. Es de los que quieren

que la mujer sea más libre, más ilustrada, más dueña de su destino, más iniciada en las ideas verdaderas y en los sentimientos elevados, más provista de nociones útiles, para que la familia sea más unida y más fecunda, la sociedad más fuerte y más moral, la nación más altiva y más independiente; en fin, para que las opiniones de los hombres puedan nacer en almas mejor dispuestas, mejor templadas, más hechas para los combates de la vida y las energías del deber.

Es toda una reforma completa lo que pedimos, una reforma ya iniciada y puesta en buen camino, pero que no se ha terminado. Las resistencias son vigorosas. Han tenido que ceder en más de un punto. Pero cada vez ha sido preciso tomar la posición. Y cada vez ha habido que oírse acusar de paradoja, de quimera, de locura, de derrumbamiento. Aún hay que derribar muchas cosas respecto a las mujeres. El mismo prejuicio que pretendía prohibirles el cultivo de su inteligencia no está destruído por completo. Ese prejuicio ha tenido el aspecto exterior de que Molière lo sostuviese. Excelente fortuna inesperada para los tímidos, que desde hace más de dos siglos repiten con complacencia las burlas que Crisalo dirige a Belisa en *Las mujeres sabias*. Es preciso descartar la parte que corresponde al mal humor y las humoradas de un pobre hombre tiranizado por pedante, y no decir con él... «Que una mujer sabe siempre lo suficiente cuando la capacidad de su espíritu se eleva hasta saber diferenciar un jubón de unos calzones.»

Pero, por lo menos, se juzga prudente prohibir a las mujeres los conocimientos reales, todos los que dan al espíritu horizontes más vastos, todos los que dan incommovibles puntos de apoyo a las ideas y a las opi-



niones. Se la relega a las habilidades de puro adorno; es decir, al aporreo de las *rêveries*, de las *fantasías* y de las *sonatas*, así como al saboreo de las novelas inglesas que saben a tetera. Con el piano y el inglés, una muchacha pasa ya por haber recibido una buena educación, sólida y distinguida.

Y al mismo tiempo que nada se hace para dar a los pensamientos de las mujeres más elevación y más firmeza, a sus juicios más rectitud, a su inteligencia más recursos, todo el mundo se queja del misterio de sus habilidades, del artificio de sus combinaciones, de las tramas de su coquetería. No se les abren los caminos reales y a plena luz, ¡y pasma que se metan por senderos oscuros y tortuosos! Sobre todo, esa terrible coquetería no hay quien no la denuncie y la maldiga a cuál más, aun entre aquellos que han sido sus juguetes obedientes, aun entre aquellos que fueron sus encantadas víctimas.»

---

Una mujer elocuente y sagaz, Daniel Stern, contestó a estas extrañas quejas y señaló así claramente las inconsecuencias que amenguando a la mujer amenazan a la familia:

«La coquetería es la venganza de la debilidad. Ofreced a la mujer un medio superior para que satisfaga su justo anhelo de dignidad moral, y lo aceptará. No le hagáis que desgaste su juventud en semihabilidades que son como otros tantos acicates para su vanidad; no le deis una instrucción superficial que disperse su espíritu en mil direcciones divagantes. Dejad que se penetre de la razón de las cosas; que aprenda a ver con mirada serena los vicios del mundo, a sonar con mano firme los repliegues ocultos de su propio

corazón; sobre todo no imaginéis haber ganado nada cuando la habéis conducido a una devoción ciega, que os guardáis muy mucho de compartir con ella: este es un cálculo vulgar y cuyos resultados hace larguísimo tiempo que debieran haberos desengañado. La creéis mejor retenida por su confesor que por su propia razón. ¡Extraña equivocación! El confesor, más fuerte siempre que el marido, es más débil siempre que el amante. Omnipotente en las languideces de la ociosidad doméstica, donde aporta alguna emoción y un elemento de misterio que place a las imaginaciones vivas, su poder se eclipsa en un abrir y cerrar de ojos el día en que estallan las pasiones o en que algo más misterioso y emocionante que él viene a animar las horas y a llenar el pensamiento. Ha llegado el tiempo de substituir todas esas autoridades que se suceden en la vida de las mujeres y se transmiten la una a la otra su cetro despótico (autoridad del padre, del marido, del confesor, del amante) por la única autoridad legítima, la de la razón.»

Así habla una mujer tan distinguida por la firmeza de sus ideas, como por la delicadeza de sus observaciones. No se acusará a esa mujer de ser una de esas soñadoras que sólo quieren la emancipación a todo trance y la glorificación sin reserva de su sexo. Ha dicho a sus semejantes todas las verdades que precisamente les podía decir; y por no haberlas escatimado, es por lo que tiene derecho a pedir que se dé a sus facultades todo su impulso y a su inteligencia todo su desarrollo.

Con seguridad, las razones más fuertes para mejo-

rar la educación de las mujeres, para prodigarles las luces bienhechoras y los sanos principios, son las anunciadas por el título del libro de M. Pelletan *La Madre* y por él expuestas con tanto color y brillantez. Es evidente que quien debe en cierto modo crear un alma, que quien debe verter en un joven espíritu sus primeras impresiones, la madre, que con su ternura y sus primeras revelaciones da a luz un carácter, después de haber dado a luz un cuerpo, es evidente, digo, que todo es poco para que esa institutriz esté bien preparada, con extensas nociones y un juicio clarísimo, para esa santa misión. Es de toda evidencia que madres valientes e instruídas nos prometen hombres que serán dirigidos hacia las aspiraciones nobles y las obras generosas.

Pero no hay que considerar únicamente la madre en la mujer. Existe la esposa, e imagine que también merece nuestra atención. Cuando la esposa esté unida a su marido, no sólo por los mismos intereses, no sólo por los mismos afectos, sino también por opiniones, por ideas, por conocimientos comunes, ¿no creéis que la vida de familia será a la vez más sólida y más dulce? En lo que menos se piensa es en esta unión de las inteligencias en el hogar doméstico. Y sin embargo, si el marido no puede hablar de sus trabajos, de sus ambiciones, de sus investigaciones, de sus conjeturas a aquella que con él debe compartirlo todo, ¿cómo queréis que haya verdaderamente armonía y felicidad en esa casa? La unión absoluta no consiste en estar asociados materialmente, en vivir en una misma habitación, en tener derechos el uno sobre el otro; sino en sentir además que tal libro que conmueve al marido conmueve también a la mujer, que tal idea que pre-

ocupa a aquél preocupa también a ésta, que tal detalle artístico que encanta al primero encanta también a la segunda. No pido en la mujer una reproducción exacta e indiferente de las opiniones del marido. Eso sería quizá una concesión tierna. Pero no sería más que una concesión; no sería la mezcla de dos voluntades, el acorde de dos satisfacciones. Sólo pretendo que haya en la esposa los mismos gustos elevados, la misma amplitud de espíritu, la misma necesidad de emociones literarias que en su marido, a fin de que la comunidad de su vida exterior se duplique con la comunidad de su vida interior; a fin de que todo lo que interesa vivamente a uno de ellos, en el dominio de la inteligencia como en el de los sucesos diarios, pueda interesar lo mismo al otro; a fin de que sus sensaciones como sus hábitos, sus placeres como sus bienes, no se encuentren separados jamás...

M. Pelletan inquirió cuidadosamente qué lugar ha ocupado la mujer en la historia de los pueblos y en las diferentes edades del mundo. Y de esa exploración histórica dedujo leyes que no me propongo impugnar, puesto que sirven a todas nuestras creencias. Me veo obligado a resumir esas leyes; pero, en cuanto sea posible, emplearé para ese resumen las mismas palabras de Pelletan.

En todas partes donde reina el despotismo, el Estado detenta la familia y la modela a su imagen. La mujer es esclava del hombre esclavo; pero allí donde la mujer es esclava se pervierte, y a su vez corrompe al corruptor.—En todas partes donde reina el militarismo, es decir, donde la sociedad no vive más que por la guerra y para la guerra, ese matahombres llamado héroe, cada vez más disciplinado por su oficio, pasa

bajo el yugo de la mujer. Cuando el matachín no tiene qué hacer y duerme la borrachera de su gloria, necesita reemplazar la epilepsia del combate por la emoción de la voluptuosidad; la mujer aprovecha ese momento para cogerlo con su sonrisa y hacerlo prisionero suyo. —En todas partes donde reina el monopolio de la instrucción en favor del hombre, éste corre a evaporar el hastío del hogar doméstico y se va a casa de la mujer independiente cuya profesión es agradar, y que para agradar más cada vez cultiva su inteligencia. La hetaira retira así del matrimonio al marido. —En todas partes donde reina la aristocracia, la galantería acude a la cita. La sociedad, hundida en el chichisbeo, ya no tiene más que morir voluptuosamente al son de la ópera bufa o de la misa a grande orquesta. —Por el contrario, en todas partes donde reina la democracia, la mujer es respetada. El trabajador conoce tanto más el precio de la intimidad y siente tanto más el amor de la familia, cuanto que cada tarde aporta a ella una obra o una virtud más, un ahorro o una abnegación. —Por último, en todas partes donde impera la libertad, la mujer adquiere moralidad bajo su garantía; cada uno vive en presencia de cada uno y tiene el derecho de censurar a su vecino. —«La moralidad de un pueblo, dice también M. Pelletan, aumenta siempre en razón directa de su libertad; y la dignidad de la mujer, en razón directa de su moralidad. Cuando pongáis el pie en un país, ¿queréis conocer el artículo primero de su Constitución? No os hace falta abrir su Código: mirad a la mujer. Si la véis adulada y envilecida, allí impera el despotismo; por el contrario, si véis a la mujer modesta y altiva en su modestia, podéis tenerlo por dicho, la libertad ha obrado el milagro. Si el hombre

puede derribar su estatua por cobardía, la mujer debiera levantarla por egoísmo.»

Tales son las leyes que nos enseña la historia. Y esas no son sistemáticas consideraciones. Son los resultados claros, innegables, rigurosos, de la vida en Esparta, en Atenas, en Roma, después del Renacimiento, y por último, en los Estados Unidos de América.

M. Pelletan no se limita a pedir para el mejoramiento de los hijos el mejoramiento de la madre, y la elevación de la mujer para la elevación de las costumbres; quiere que la que ya tiene el derecho de dedicarse al comercio pueda extender aún más el círculo de sus actividades. En una palabra, quiere que se abran a las mujeres otras profesiones, la enseñanza, la medicina, la imprenta, la telegrafía, etc.

Todo esto lo veremos probablemente.»

### LXXXIII

Michelet:

«Dos inmensos acontecimientos han cambiado la suerte de la mujer en Europa en estos últimos años.

No tiene más que dos grandes oficios, *hilar* y *coser*. Los otros (bordados, flores, etc.) apenas merecen tenerse en cuenta. La mujer es una hilandera, la mujer es una costurera. Ese es su trabajo en todos tiempos, esa es su historia universal.

Pues bien; ya no sucede así. Eso acaba de cambiar. La máquina de lino, en primer lugar, ha suprimido

a la hilandera. Esto no es tan sólo una ganancia, es todo un mundo de costumbres que se han perdido. La campesina hilaba, cuidando de sus hijos, de su hogar, etcétera. Hilaba en las veladas; hilaba caminando, conduciendo sus vacas o sus carneros. La costurera era la obrera de las ciudades; trabajaba en su casa, o continuamente todo el día, o interrumpiendo ese trabajo con los quehaceres domésticos. Para toda labor de importancia, eso ya no existirá. En primer término, los conventos y las prisiones hacían terrible competencia a la obrera libre. La máquina de coser la hizo cesar.

El progreso de ambas máquinas, la baratura, la perfección de su trabajo, harán que sus productos lleguen a todas partes, a pesar de todas las barreras. No hay nada qué decir ni hacer contra las máquinas. Estos grandes inventos, al fin y en total, son beneficios para la especie humana; pero sus efectos son crueles en los momentos de transición.

¿Cuántas mujeres en Europa y en otras partes quedarán heridas por estas dos terribles hadas, la hilandera de bronce y la costurera de hierro? ¡Millones! Pero nunca podrán calcularse.»

«La obrera de la aguja en Inglaterra se ha visto hambrienta de un modo tan brusco, que gran número de sociedades de emigración se ocupan en favorecer su paso a la Australia. El anticipo es de setecientos veinte francos; pero la persona emigrada, desde el primer año, puede devolver la mitad (Blosseville).

En un país donde los varones son infinitamente más numerosos, no le cuesta ningún trabajo casarse, fortaleciendo con nuevas familias aquella nueva colonia, más sólida que el imperio de la India.

¿Qué es de las nuestras? No meten mucho ruido. No se las vé como al obrero asociado y robusto, albañil o carpintero, declarar una huelga amenazadora y dictar condiciones. Se mueren de hambre y eso es todo. La gran mortalidad de 1834 recayó sobre todo en ellas.

Desde aquel tiempo su suerte ha empeorado mucho: las botas de mujer se cosen a máquina, las floristas son peor pagadas, etc. Para ilustrarme acerca de este triste asunto, he hablado de él con varias personas, especialmente con mi venerable amigo y compañero el doctor Villermé; con M. de Guerry, cuyos hermosos trabajos son tan estimados; y, por último, con un joven estadístico, cuyo riguroso método había yo admirado mucho, el doctor Bertillon. Con ese motivo me hizo el sumo favor de redactar un trabajo serio, en que a los datos que la clase obrera facilitó, añadió los que personas de la administración le comunicaron. Celebraría que lo completase y publicase.

Sólo copiaré de él unas líneas: «En el gran oficio general que ocupa a todas las mujeres (menos un corto número), el trabajo de aguja, no pueden ganar más que diez monedas de a cinco céntimos.»

¿Por qué? Porque la máquina, que aún es bastante cara, hace el trabajo por ese precio. Si la mujer pidiese cinco céntimos más por coser a mano, sería preferida la máquina. ¿Y cómo suple el jornal que le falta? «Por la noche baja a la calle.»

He ahí por qué no aumenta en París el número de las mujeres públicas matriculadas, con cartilla, y hasta creo que disminuye.



«El hombre no se contenta con inventar las máquinas que suprimen los dos grandes oficios de la mujer. Se apodera directamente de las industrias secundarias de que ésta vivía, desciende a los oficios del sexo débil. ¿Puede la mujer, a voluntad suya, subir a los oficios que requieren fuerza, tomar los de los hombres? ¡De ninguna manera!

Las señoras indolentes y ociosas, arrellanadas en su diván, pueden decir hasta que se cansen: «La mujer no es una enferma.» Lo que no es nada, cuando se pueden cuidar dos o tres días, agobia con frecuencia a la que no puede darse punto de descanso; y entonces cae por completo enferma.

En realidad, la mujer no puede trabajar largo tiempo ni en pie ni sentada. Si está siempre sentada, se le arrebata la sangre, se le irrita el pecho, se le ensucia el estómago, se le congestiona la cabeza. Si está mucho tiempo en pie, como la planchadora o la cajista de imprenta, sufre otros accidentes sanguíneos. Puede trabajar mucho, pero es variando de actitud; como lo hace en su casa, yendo y viniendo.

Es menester que tenga casa, es menester que se case.»

«La señorita *bien educada*, como suele decirse, que puede enseñar, que puede ser aya en una familia o profesar ciertas artes, ¿se halla en mejor situación? Mucho me alegraría de poder decir que sí. Pero esas situaciones más dulces no dejan de ocasionar para ella infinidad de posibilidades escabrosas y en resumen una vida turbia, un destino abortado, a veces trágico. Todas son dificultades para una mujer sola; todo es o un callejón sin salida o un precipicio.»

«La mujer es una religión.

Su destino es tal, que cuanto más alta permanezca como poesía religiosa, más eficaz será en la vida común y práctica.

En el hombre, la utilidad puede estar separada de lo ideal; el arte, que da nobles productos, puede tener a veces por efecto que el artista se vulgarice y no conserve sino muy poco de lo bello que en sus obras pone.

Jamás debe ocurrir nada análogo en la mujer. La mujer de corazón prosaico, la que no es una poesía viviente, una armonía para levantar al hombre, educar al niño, santificar constantemente y ennoblecer a la familia, esa ha faltado a su misión y no valdrá para nada, ni aun en lo que parece vulgar.»

«La madre sentada junto a la cuna de su hija debe decirse: «Aquí tengo la guerra o la paz del mundo, lo que trastornará los corazones o les dará la paz y la sublime armonía de Dios.

Ella es la que a los doce años, si yo muero, sobre mi tumba levantará con sus alitas a su padre y lo conducirá al cielo. (Véase la vida de Manin.)

Ella es la que a los diez y seis años, con una frase de altiva exigencia, eleva al hombre sobre sí mismo y le hace decir: «Yo seré grande.»

Ella es la que de veinte, de treinta años, y toda la vida, cada noche reaviva a su marido, medio muerto por el trabajo; y, entre la aridez de los intereses y de las cavilaciones, hace brotar para él una flor.

Y ella quien en los días malos en que se anubla el horizonte, en que todo es desencanto, le devuelve a Dios, se lo hace tocar y encontrar sobre su seno.

Educar a una hija es educar a la sociedad misma. La sociedad procede de la familia, cuya armonía es la mujer. Educar a una hija es una obra sublime y desinteresada. Porque tú no la creas ¡oh madre! sino para que ella pueda abandonarte y hacer que sangre tu corazón. Está destinada a otro. Vivirá para otros, no para ti; no tampoco para ella. Este carácter relativo es quien la pone más alta que el hombre, y hace de ella una religión. Es la llama del amor y la llama del hogar. Es la cuna de lo futuro; es la escuela, otra cuna; en una palabra, *¡es el altar!*»

«El fin de la mujer aquí abajo, su vocación evidente, es el amor. Es preciso ser muy mal nacido, muy enemigo de la naturaleza, muy ciego y de entendimiento romo, para fallar contra Dios mismo, que ese encanto de cuerpo y ternura de alma sólo han de dedicarse por vocación al aislamiento. «Eduquémosla, dicen, para ser sola: es lo más seguro. El amor es la excepción, pero la indiferencia es la regla. Que sepa bastarse a sí misma, trabajar, orar, morir y procurar su salvación eterna en un rincón.»

Y yo contesto que el amor no le faltará nunca. Sostengo que, como mujer, su salvación sólo está en labrar la dicha del hombre. Debe amar y parir: ese es su deber sagrado.»

---

La vizcondesa de Dax:

«Siempre que una mujer pueda hacerlo, debe criar ella misma a su hijo; si pudiendo no lo hace, falta a su primer deber y se priva de inmensos consuelos. Una madre es quien debe recoger la primera sonrisa, oír los

primeros balbuceos, seguir los primeros pasos. Una madre es quien debe enjugar las primeras lágrimas, mecer y adormecer los primeros dolores.»

## LXXXIV

Ernesto Legouvé:

«La mujer, diga lo que quiera M. de Bonald, es igual que el hombre, y cada día lo irá siendo más. Pero, ¿por qué? ¡Porque es diferente que él! Por eso mismo el desarrollo de su igualdad no debe ser más que el desarrollo de sus diferencias.»

«¿Cuál es la condición de las mujeres en Francia en el siglo XIX? ¿Qué lugar les concede la ley y las costumbres en la familia y en la sociedad? ¿Ha lugar a pedir más en pro de ellas?»

»Para poder contestar a estas graves preguntas hay una, no menos importante, no menos difícil, que primero debemos dirigirnos y que tal vez os choque un poco. He aquí esa pregunta:

¿Qué es una mujer?

Pregunta muy seria, porque de esa definición depende la solución de los problemas que nos hemos planteado.

Veamos, pues, si el pasado nos ayuda a responder a esta pregunta:

¿Qué es una mujer?

Cierto es que el nacimiento de Eva y esas bellas palabras bíblicas «Es la carne de mi carne» parecen unir

tan íntimamente al hombre y la mujer, que formen como las dos partes de un todo. Pero, sin embargo, sacada de él y creada para él, es evidentemente inferior a él según esa leyenda. Después de todo, Eva no es más que el desarrollo de una parte de la persona de Adán; un desarrollo muy perfeccionado, convengo en ello, pero nada más que un desarrollo.

Todos los viajeros nos presentan, en los pueblos salvajes a la mujer llevando las cargas, las armas del guerrero, la caza del cazador: es menos que un sér inferior, es una bestia de carga.

Si pasamos al mundo civilizado, vemos en la Edad Media a un Concilio y a teólogos como Santo Tomás hacerse en serio esta pregunta: «¿Tiene alma la mujer?» Abrimos los filósofos, los poetas, y vemos que dicen unos: ¡La mujer es un ángel! Y dicen otros: ¡La mujer es un demonio! Quizá tengan razón todos ellos; pero eso no nos ayuda para la definición.

Aproximémonos a los tiempos modernos, consultemos al siglo XVIII. Montesquieu dice en *El espíritu de las leyes*: «La naturaleza, que ha distinguido a los hombres por la fuerza y por la razón, no ha puesto a su poder otros límites que esa fuerza y esa razón. Ha dado a las mujeres atractivos, y ha querido que su ascendiente terminase con esos atractivos.»

He aquí unas palabras muy graves, por salir de una boca tan grave; porque pasándose los tres cuartos de la vida de la mujer sin haber adquirido aún esos atractivos o sin tenerlos ya, su papel se resume en dos palabras: esperar y echar de menos. Rousseau, a despecho de su espiritualismo, va más lejos todavía: «La mujer, dice, está hecha especialmente para gustar al hombre. En cuanto a si el hombre debe gustarle a ella

eso es de una necesidad menos directa; gusta sin más que por ser fuerte.»

He aquí una apoteosis del Hércules Farnesio, que condena a muchos hombres del siglo XIX a no gustar nunca.

Avancemos más: la Revolución llega. Dos ingenios eminentes, Sieyès y Condorcet, reclaman para las mujeres un lugar más digno de ellas en la familia; un orador terrible se levanta para combatirlos. ¿Quién es? ¡Robespierre! Ese gran apóstol de la igualdad sólo ha olvidado en su plan de emancipación a la mitad del género humano.

Sigamos avanzando... Ya estamos en el Consulado. ¿Qué dice el primer cónsul al Consejo de Estado, en las discusiones del Código civil?

«Hay una cosa que no es francesa y es, que la mujer pueda hacer lo que le plazca.»

Demos el último paso. ¿Qué dice bajo la Restauración el filósofo del antiguo régimen, M. de Bonald?

«El hombre y la mujer no son iguales, ni pueden llegar a serlo jamás.»

Me parece que nuestra definición está hecha, a lo menos en lo que respecta al pasado. Hay en el cielo astros secundarios, satélites, sin otro destino que girar alrededor de astros superiores a fin de ser su séquito... Tal es el papel de la luna en derredor de la tierra. Pues bien, en sentir del mundo, la mujer es el satélite del hombre. Hasta se ve algún astro, como Júpiter, que tiene cuatro lunas para él solo: es la imagen de la poligamia.

Resumamos: todos los siglos que nos preceden definieron a la mujer como un sér inferior y relativo.

Esta definición ¿debe ser la del siglo XIX?

Todas las leyes que han regulado la condición femenina han partido de esa definición, para tratar a la mujer como subalterna. Esas leyes ¿deben ser las del siglo XIX?»

Todo padre verdaderamente sensato, cuando recibe en sus brazos a una hija recién nacida, tiene que preguntarse con ansiedad: «¿Qué será de ella? ¡Es tan ruda y tan incierta la vida para una muchacha! Si pobre, ¡qué probabilidades de miseria! Si rica, ¡qué posibilidades de dolores morales! Si no ha de tener más que su trabajo para sostenerse, ¿cómo darle una profesión que la alimente, en una sociedad donde las mujeres apenas ganan con qué morir de hambre? Si no tienen dote, ¿cómo casarla en un mundo donde, no representando la mujer más que un pasivo, se ve obligada a comprarse un marido? Si no se casa, ¿cómo preservarla en medio de tantas ocasiones de caer? Y si cae, ¿cómo levantarla en el seno de este orden de cosas donde cada falta se le tiene en cuenta tan duramente?

He dicho «si no se casa»... ¿Habéis pensado bien en esa particular especie de sufrimiento inherente al celibato de la mujer?

La palabra «solterona» hace temblar a los padres. En efecto; no basta que esa palabra signifique aislamiento, privación de las alegrías más dulces, miseria a veces; y es preciso también que diga ridiculez.

Una solterona está, digámoslo así, avergonzada en la vida; se siente bajo el peso de miradas y suposiciones burlonas. Se le busca casi siempre a su celibato otra causa diferente de la pobreza. Se le echa en cara ser agria, cuando lo cierto es que está agriada; se le acusa de gazmoña, tomando a cosa de juego su pudor.

¡Y cuántas veces rescata esos defectos, que son los de su posición, con mil pruebas de sacrificio y de cariño! Si tiene familia, representa en ella un papel entre de abuela y de aya, expresado por los alemanes con la deliciosa expresión *tia mecedora*. Si no la tiene, en su indigencia de seres a quienes querer, se aficiona y pega a los animales domésticos, a las flores, a los niños pobres del pueblo, a quienes instruye; a los huérfanos, a quienes viste; se hace madre de todos los que no la tienen.

Las leyes no pueden hacer nada para mejorar la posición de esas pobres proscritas. Las costumbres pueden mucho.

Inglaterra y América nos dan útiles lecciones acerca de este asunto. En América y en Inglaterra, una mujer no está obligada a tomar un apellido que no es el suyo para ser considerada y respetada como alguien. Tomemos esta sensata costumbre de nuestros vecinos de Ultramar. Sería un excelente artículo adicional al tratado de librecambio.

Acordémonos de esas buenas familias de pastores evangélicos donde abundan las muchachas por casar, que sirven de auxiliares a su padre, que enseñan con él, predicán con él, escriben para él. ¡Cuántos servicios han prestado ya las solteronas! La señorita de Sainte-Beuve, fundadora de las Ursulinas en París, ¡solterona! La señorita Edgeworth, la institutriz de Irlanda, ¡solterona! La señorita Lowel, protectora de los obreros en América, ¡solterona! La señorita Martineau, uno de los más ardientes defensores de la emancipación de los negros, ¡solterona! Miss Nightingale, la heroína de Crimea, ¡solterona! En nuestra sociedad, donde cada cual está tan absorbido por sus intereses



que sólo tiene tiempo para pensar en sí mismo, esas nobles solteronas que no tienen nada que hacer ¡han hecho profesión de pensar en los demás! He ahí una vocación que sería muy útil alentar.»

«A propósito de la influencia de las madres sobre la educación de sus hijos, se ha notado a menudo que un gran número de los hombres más ilustres habían sido formados por sus madres. ¿Quién convirtió a San Agustín? Su madre. ¿Quién educó a San Crisóstomo? Su madre. ¿Quién salvó a San Basilio? Su madre. ¿Quién santificó a San Luis? Su madre. Las madres fueron quienes crearon aquella generación de los cruzados, pechos vestidos de hierro, corazones revestidos de caridad, apóstoles-soldados que, como Bayardo, hacían un crucifijo de la cruz de su espada. En el mundo moderno, los nombres de Schiller, de Andrés Chénier, nos hablan de sus madres al hablarnos de su genio. A una madre debemos esa pura gloria que se levantó sobre nuestra poesía como un bello sol de Mayo... ¡Lamartine! Es Victor Hugo quien ha escrito, pero su madre fue quien dictó. Pues bien, ¡quién lo creyera! A pesar de tantos respetos y beneficios, la madre, como la hija, como la esposa, como la hermana, no han llegado sino con lentitud, en fuerza de tiempo y de conquistas, al lugar que ocupan en la familia. Porque, no lo olvidemos, las mujeres se han visto obligadas a ganar uno por uno sus grados en la familia, como nosotros los nuestros en la ciudad.

Los dos progresos son solidarios y debe decirse de ellas lo mismo que de nosotros: en nombre de lo que han obtenido tienen derecho a obtener más.

Examinemos, pues, qué situación se les ha creado a las madres. El hijo, dice el Código, permanece hasta su mayoría o su emancipación bajo la autoridad de su padre y de su madre. Nada hay más justo. Pero el legislador añade: Sólo el padre ejerce esa autoridad. ¡Vaya una redacción extraña, por lo menos! ¿Qué es una autoridad que no se ejerce? La ley agrega: El hijo no puede abandonar la casa paterna sin permiso de su padre. Nada hay más justo. Pero, ¿y la madre? Nada respecto a la madre. La ley dice: Los hijos no pueden casarse sin el consentimiento de sus padres. Y luego añade: En caso de disentimiento, basta el consentimiento del padre. Así, el parecer de la madre no vale ni en pro ni en contra: si consiente y su marido se niega, su consentimiento no se cuenta; si ella se niega y su marido consiente, su negativa tampoco se cuenta. No puede ni casar a su hija ni impedir que se case, ni preservarla de una elección funesta, ni sostenerla en una elección feliz.

Este aniquilamiento del poder materno es pernicioso: en la cuestión del casamiento, sobre todo, el ojo de la madre ve otras cosas y ve más lejos que el del padre. El padre se preocupa de la fortuna, de la carrera, de la posición de su yerno; la madre se cuida más de las relaciones simpáticas que le han de unir con su hija. El padre le juzga de preferencia como hombre, la madre le juzga preferentemente como yerno. Ambos ven la verdad, pero de perfil; sus dos puntos de vista reunidos discernen sólo el conjunto. Ambos deben, pues, ser llamados; lo cual constituye siempre la aplicación de este principio fundamental, duplicar la unidad.

Ciertamente, lejos de mi ánimo está el pensamiento

de querer instituir en la familia dos poderes iguales, que tengan ambos el derecho de decir «Yo no quiero» y sin que ninguno pueda decir «Yo quiero»; eso sería aplastar al hijo entre dos vetos. Por tanto, haya una sola autoridad; pero una autoridad intervenida.

Un artículo de nuestro Código contiene en germen una institución fecunda:

Cuando una viuda tutora quiere hacer detener a un hijo suyo culpable, no le basta dirigir la demanda a la justicia, sino que está obligada a exponer a los dos más próximos parientes paternos del menor sus motivos de queja, y sólo el consentimiento de éstos la autoriza para ejercitar su derecho materno primitivo. He ahí el consejo de familia instalado, he ahí el gobierno de la familia sometido a vigilancia. ¿Por qué, pues, no extender la aplicación de ese principio? ¿Por qué no establecerlo en favor de las mujeres lo mismo que en contra de ellas? ¿Por qué las leyes que limitan el poder represivo de la madre viuda, no ha de asegurar el poder protector de la madre casada? ¿Por qué, en las circunstancias importantes para la vida de los hijos, cuando su educación, su porvenir, están comprometidos por la ceguedad del padre, no ha de tener la madre el derecho de provocar la reunión de ese consejo y acudir a él para defender la causa de su felicidad y de su corazón? Vamos, ánimo; atrevámonos a proclamar que el hombre es capaz de sinrazón, que la mujer puede tener alguna vez razón, e introduzcamos en la familia el principio fecundo y generador de todos los progresos legítimos, la asociación de las inteligencias...»

«... Hay en las industrias, en las administraciones, una multitud de empleos a los cuales están llamadas las mujeres por su misma naturaleza, que conviene a todas sus cualidades de orden, limpieza, maña, y de donde han sido inicuaamente rechazadas, o por la desconfianza o por lo exiguo del salario que se les ofrece. Si se consultan los informes de los inspectores, se ve que las estafetas de correos a cargo de mujeres suelen estar, en general, mejor administradas que las de los hombres. Pues bien, una ordenanza dispone que las mujeres no pueden dirigir una oficina de correos superior a las de tercera categoría. Sólo a los hombres se les juzga dignos de ganar más de dos mil francos. El comercio es el dominio legítimo de las mujeres. Sin embargo, también en él se ven disputar los pocos oficios que se les permiten. A menudo se habla de la competencia que las mujeres hacen a los hombres. Yo pregunto a las personas de buen corazón: ¿qué hacen en los almacenes de sedas y novedades esos mocetones que se ocupan en medir telas y en despachar cintas, brazos que podían manejar herramientas y llevar el sable? ¿Puede creerse que haya hombres-costureras, hombres-lenceras, hombres-modistas? ¡Atrás, caballeros, atrás! No sólo no estáis en vuestro sitio, sino que usurpáis el de otras personas.»

«Citemos una carrera abierta a las mujeres y por donde marchan a pasos agigantados, la enseñanza. Sin hablar del ya numeroso cuerpo de institutrices primarias, sólo en París hay más de tres mil profesoras de música, de italiano, de inglés, de literatura. Señores, respetemos a esas humildes institutrices particulares, que a través de tantas fatigas y tantos desdenes persiguen un salario tan incierto y tan poco duradero.

Respetémoslas y defendámoslas; porque para ellas, como para todas las mujeres que se ven obligadas a afrontar solas la vida al exterior, existe un peligro nuevo y temible: ¡nuestras costumbres! En América, una muchacha bonita y joven sale de día, de noche, a pie, en carruaje, sube a un barco de vapor, al vagón de un tren, y atraviesa sola los Estados de la Unión, en un trayecto de trescientas leguas, sin que nadie le dirija una palabra capaz de ruborizarla, una mirada que la ponga en apuro; se la respeta demasiado, para poner atención en ella. Pero nosotros los franceses no entendemos el respeto de esa manera; nos queda siempre un añejo fondo de caballero francés. Somos un pueblo galante... Ved a un hombre hablando a una mujer: siempre en torno de la conversación revolotea algún tantico de declaración amorosa. Sólo en Francia puede escribirse una comedia rotulada *Un señor que sigue a las mujeres*, y donde eso resulta una comedia nacional. No puede decirse a qué edad los chicos de París empiezan a tener ojos que ven... y que hablan.

Una mujer célebre por su belleza dijo una frase encantadora. Acababa de cumplir treinta años; un joven la decía que nunca había estado tan hermosa... «No, exclamó ella... usted no puede engañarme... Cuando ando por la calle, ¡ya no se vuelven los saboyanitos a mirarme!...» Pues bien, en América no hay saboyanitos. No quiero ser más severo de lo necesario, ni conceder más importancia de la que conviene a un defecto de que nada nos ha de curar; pero, al menos, quisiera despojarle de lo que tiene de grosero y de insultante. Preciso es decirlo, pero, en ese particular, los hombres de sociedad pudieran tomar lecciones de los hombres del pueblo. Una mujer joven corre mil veces

menos riesgos en un encuentro con obreros y gente de blusa que en medio de elegantes señores y señoritos. Y es que el obrero también tiene una hija a quien se ve obligado a dejar que se aventure sola por la calle; en la mujer que encuentra respeta a su hija, a quien otro puede encontrar. Sin embargo, recuerdo un anécdota. ¿Os la contaré? Sí, puede uno permitirse algún desahogullo en las conversaciones serias. Era en Inglaterra, hace unos treinta años. Una hermosa *lady* cruzaba el Strand en un cupé muy bajo y muy elegante. Sobreviene una dificultad de circulación, y el coche se detiene. Es hermosa la *lady*, y no habituada a esperar; en su impaciencia, saca su linda cara por la portezuela para decirle al cochero que avance... En ese momento, precisamente a nivel de su rostro, pasa un robusto carbonero, quien se encuentra cara a cara con ella. ¿Qué hace, en su admiración? Coge con ambas manos aquella hechicera cara y estampa en ella un beso de carbonero. ¡Indignación de la duquesa, furor de los lacayos! Pasaba un polizonte. Detiene al carbonero y lo conduce, me equivoco, la duquesa lo conduce ella misma al *alderman*. ¡Quiere una venganza ruidosa! Eso es la violación de la ley más sagrada de Inglaterra, la ley del *habeas corpus*. ¡Nada más que la muerte es capaz de castigar semejante crimen! «¡Bah! exclama de pronto con entusiasmo el carbonero. ¿Qué me importan todos los castigos de la tierra? ¡He besado a la mujer más guapa de los tres reinos!...» Al oír esas palabras, toda la cólera de la hermosa *lady* se disipa como por ensalmo; ya no está irritada, sino que está... apurada, y acaba por decir balbuciente al *alderman*: «¡Dejad ir a ese pobre hombre, está loco!»

Es una frase encantadora para una duquesa; y las *ladies*, por otra parte, no corren grandes peligros en sus brillantes carruajes, con sus correspondientes servidores. ¡Pero, una joven sola y pobre!...

No haré más que una reflexión a los hombres honrados que me escuchan. En el momento de tropezarse con una joven a quien no conoce y de ofenderla, o lo que es peor, de perturbarla con algunas palabras que ella no deba oír, diga cada cual para sí: ¿Qué sentiría yo, si esa joven fuese mi hermana y viese yo a otro hombre conducirse de esa manera?»

## LXXXV

La vizcondesa Dax:

«¿Qué es la mujer? La mujer es un sér bípedo, destinado a una vida más o menos larga según los accidentes, las enfermedades y el medio en el cual transcurre esa misma vida; es la hembra del hombre, bípedo como ella, y adecuada para la reproducción de la especie humana.

He ahí la definición puramente material, según los datos que clasifican al hombre en la primera categoría de los animales; pido perdón para mi pluma, por haber tenido que emplear palabras mal sonantes pero necesarias.

En ciertas comarcas, desde el punto de vista humano, la mujer es la esclava o la sirvienta; en otros, un poco más ilustrados, es la madre destinada a sostener

la población, aumentando el número de cabezas que posee tal o cual soberano, tal o cual principillo mediatisado, poseedor de feudos, y, por consiguiente, de siervos. Pero en los pueblos ilustrados, en Francia, por ejemplo, ¿qué es la mujer?

La mujer es la amada compañera del hombre, elegida por él entre todas para ser la luz de su hogar, hasta entonces solitario, la señora del pequeño dominio que él posee, la prudente ecónoma de sus bienes, y por encima de todo la venerada madre de sus hijos e hijas: tal debe ser la mujer en su verdadero papel.

La mujer es la influencia buena o mala que rige a la sociedad, es la señora y reina del mundo, la recompensa del genio, la protectora de las artes, el hada que con sus miradas y sonrisas anima a los combatientes en la liza; es el punto, el móvil, el objetivo de la vida del hombre; y no lo digo todo.»

---

Michelet:

«Una mujer de gran corazón, en la ciudad más perfecta, sería el buen genio de la arbitrariedad maternal que aparecería en todos los sitios adonde la ley no alcanza, el complemento de la libertad, una libertad superior, y la intervención de Dios mismo.»

#### LXXXVI

Saint-Marc Girardin:

«Cualquiera que sea la diferencia de las sociedades, la historia toma una marcha nueva inmediatamente



que en ellas interviene la mujer: el aspecto del heroísmo con Lucrecia, el del milagro con Juana de Arco, el de la intriga con Tanaquil, Livia y Agripina.»

## LXXXVII

Michelet:

«La mujer es una religión.» Yo lo había dicho de mi hijita, muy niña todavía: «Una religión de pureza, de dulzura, de poesía.» ¡Con cuánto mayor motivo puedo decirlo ahora que, verdaderamente mujer y madre, irradia por todas partes, con su gracia, como un poder armónico, que, desde el círculo de la familia, puede proyectar en la sociedad círculos más grandes! Es una religión de bondad, de civilización.

Sobre todo en los eclipses religiosos, cuando la religión de lo pasado palidece en el horizonte; cuando un mundo nuevo, complicado, hasta con trabas para su grandeza, aún tarda en organizarse, entonces es cuando la mujer puede mucho para sostener y consolar.

En apoyo de la idea central que, desprendiéndose poco a poco, va a traer la unidad de luz, ella, sin saber lo que hace, es la unidad encantadora de la vida y del amor, y la religión misma.

En las grandes reuniones humanas que no tienen por objeto el culto, en los conciertos populares de Alemania (con cinco o seis mil músicos), en las vastas fraternidades políticas de Suiza o de Francia (tal como fue y será), la presencia de la mujer añade una emoción santa. La patria misma no está allí donde no es-

tán nuestras madres, nuestras mujeres con sus hijos. ¿Están? Pues allí se siente a Dios.

Para no hablar más que de la familia, de la felicidad individual, diré simplemente la cosa en los términos en que un buen trabajador la dijo un día delante de mí: «La mujer es el *domingo* del hombre.»

Es decir, no el reposo solamente; sino la alegría, la sal de la vida, y el por qué se quiere vivir.

¡El *domingo*! La alegría, la libertad, la fiesta, y la parte querida del alma. ¡Parte sagrada! ¿Es la mitad, el tercio, el cuarto? No: es el todo.

Para profundizar bien la fuerza de ese vocablo *domingo*, cuyo secreto nunca sabrá el ocioso, sería preciso conocer todo lo que se le pasa por la cabeza al trabajador el sábado por la noche, todo lo que en ella flota de ensueños, esperanzas y aspiraciones.

¿Es la mujer en general, es la gentil amada quien motiva la comparación? No: es la mujer *vuestra*, la esposa querida, amable y buena. ¿Por qué? Porque con ella se mezcla a las fruiciones un sentimiento de certidumbre, de posesión definitiva que permite ahondar y saborear la ventura. La percepción penetrante y la fina apreciación de la abnegada persona que os proporcionó tantos goces, lejos de enfriar, os abren, con mil matices deliciosos, un vasto horizonte desconocido de beatitud.»

#### LXXXVIII

Eduardo de Pompery:

«La mujer da testimonio en favor o en contra del hombre. Si él es salvaje y grosero, ella está fea y triste;

si él es rudo y sensual, ella se vuelve astuta y viciosa; si él carece de corazón y de ideales, ella es ligera, corrompida o loca. La mujer es la manifestación viviente de la conciencia del hombre.\*

### LXXXIX

Resumen. En la antigüedad, la mujer fue la *esclava* del hombre (como aún lo es hoy en Oriente); en la Edad Media fue *su sierva* (hasta cuando la llamaba *su dama*); en los siglos que siguieron fue su *ama de gobierno*; ya es tiempo de que sea su *compañera* y su *igual*.

Eso no significa que la mujer haya nacido para las mismas funciones que el hombre, ni que sea preciso dar a ambos una educación idéntica; no, eso es un absurdo. Pero, con facultades y aptitudes diferentes, el hombre y la mujer, ambos solidariamente, forman el sér humano completo; y el papel del uno equivale al del otro.

Es menester que las mujeres sean instruidas. *Instruidas* quiere decir literalmente armadas (*instructæ*). Armadas contra el aburrimiento, contra las pasiones, contra los prejuicios, contra los sofismas; armadas para el deber, para las luchas de la vida, a fin de que en todas sus fases, en todos sus estados sucesivos, hermanas, esposas, madres, puedan compartir o discutir nuestros sentimientos; y si participan de ellos, unirse de todo corazón a nuestros combates, lo mismo a nuestras victorias que a nuestras derrotas.

Pero sobre todo en calidad de madres importa que las mujeres estén alimentadas de razón, para que a su vez alimenten con ella a sus hijos.

Cuanto más las mujeres hayan recibido una educación sana, una instrucción liberal y sensata y las transmitan a sus hijos, tanto mejor podrán realizarse de una manera racional y pacífica las inmensas revoluciones sociales, de las que todavía no hemos visto más que los comienzos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



LIBROS PUBLICADOS  
POR  
**LA ESPAÑA MODERNA**

que se hallan de venta  
en su Administración, López Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
513-514	<b>Aguanno.</b> —La Génesis y la evolución del Derecho civil, dos tomos.....	164	<b>Asser.</b> —Derecho internacional privado.....
	15		6
176	— La Reforma integral de la legislación civil.....	368	<b>Bagehot.</b> — La Constitución inglesa.....
	4		7
177	<b>Alcofurado.</b> —Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al conde de Chamilly... 3	321	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia.....
	3		4
315	<b>Amiel.</b> —Diario íntimo.....	116	<b>Baldwin.</b> — Elementos de Psicología.....
	9		8
327-328	<b>Antoine.</b> —Curso de Economía social, dos tomos. ...	111	<b>Balzac.</b> —César Birotteau... 3
	16		3
178	<b>Anónimo.</b> —¿Académicas?... 1	54	— Eugenia Grandet.....
	1		3
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	112	— La Quiebra de César Birotteau.....
	1		3
188	<b>Araujo.</b> —Goya.....	62	— Papá Goriot.....
	3		3
180	<b>Arenal.</b> —El Delito colectivo	76	— Ursula Mironet.....
	1,50		3
182	— El Derecho de gracia.....	2	<b>Barbey d'Aureville.</b> —El Cabecilla.....
	3		3
184	— El Visitador del preso.....	12	— El Dandismo y Jorge Brummell.....
	3		3
323	<b>Arnó.</b> —Las Servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres prediales.....	131	— La Hechizada.....
	7		3
114	<b>Arnold.</b> —La Crítica en la actualidad.....	120	— Las Diabólicas.....
	3		3
172	<b>Asensio.</b> —Fernán Caballero	124	— Una historia sin nombre... 3
	1		3
39	— Martín Alonso Pinzón....	110	— Venganza de una mujer... 3
	3		3
		495	<b>Barthelemy - Saint-Hilaire.</b> —Buda y su religión. 7
			7

<u>N.º del Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>	<u>N.º del Catal.º</u>	<u>Pesetas</u>
130 <b>Baudelaire.</b> —Los Paraísos artificiales.....	3	520 <b>Cambronero.</b> —Las Cortes de la Revolución.....	4
163 <b>Becerro de Bengoa.</b> —Trueba.....	1	36-37 <b>Campe.</b> —Historia de América (dos tomos).....	6
174 <b>Bergeret.</b> —Eugenio Monton (Merinos).....	1	156 <b>Campoamor.</b> —Cánovas... 1	
353 <b>Boccardo.</b> —Historia del comercio, de la industria y de la economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio).....	10	79 — Doloras, cantares y humoradas.....	3
311 <b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8	69 — Ternezas y flores.....	3
380 — La oposición bajo los Césares.....	7	317-354-371 <b>Carlyle.</b> —La revolución francesa (tres tomos), 24	
525 <b>Bouchot.</b> —Historia de la Literatura antigua.....	6	393 — Pasado y presente.....	7
169 <b>Bourget.</b> —Hipólito Taine..	0,50	189 <b>Carnevale.</b> —La Cuestión de la pena de muerte.....	3
395 <b>Breal.</b> —Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones)	5	102 <b>Caro.</b> —Costumbres literarias	3
447 <b>Bredif.</b> —La Elocuencia política en Grecia.....	7	140 — El Derecho y la fuerza... 3	
399 <b>Bret Harte.</b> —Bloqueados por la nieve.....	2	58 — El Pesimismo en el siglo XIX.....	3
484 <b>Brook-Adams.</b> —La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7	65 — El suicidio y la civilización. 3	
505-526 <b>Bryce.</b> —La república norteamericana, tomos I y II	13	393 — La Filosofía de Goethe... 6	
387 <b>Bunge.</b> —La Educación....	12	293 <b>Castro.</b> —El Libro de los galicismos.....	3
185-186 <b>Burgess.</b> —Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)....	14	394 <b>Colombey.</b> —Historia anecdótica del duelo en todas las épocas y en todos los países. 6	
187 <b>Buylla.</b> —Economía.....	12	190-191 <b>Collins.</b> —Resumen de la filosofía de Spencer (2 tomos) 15	
533 537 <b>Caillaux.</b> —Los impuestos en Francia, tomos I y II. 12		437 <b>Comte.</b> —Principios de Filosofía positiva... .. 2	
		64 <b>Coppée.</b> —Un idilio.....	3
		404 <b>Couperus.</b> —Su Majestad... 3	
		361 <b>Champcommunalé.</b> —La Eucesión ab intestato en Derecho internacional privado. 10	
		515 <b>Chassay.</b> —Los deberes de la mujer en la familia.....	3
		40 <b>Cherbuliez.</b> —Amores frágiles.....	3
		26 — La Tema de Juan Tozudo.. 3	
		93 — Meta Holdenis.....	3
		48 — Miss Rovel.....	3

N.º del Catal.º	Pesetas
91 — Paula Meré.....	3
297-298 Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).....	15
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3
125 — Cuentos y fantasías.....	3
13-14 — Jack (dos tomos).....	6
38 — El sitio de París.....	3
22 — La Evangelista.....	3
46 — Novelas del lunes.....	3
425 Dollinger.—El Pontificado.	6
166 Dorado.—Concepción Arenal.	1
33 Dostoyusky.—La novela del presidio.....	3
301 Dowden.—Historia de la literatura francesa.....	9
402 Dumas.—Actea.....	2
326 Emerson.—La Ley de la vida.....	5
332 — Hombres simbólicos.....	4
413 — Ensayo sobre la Naturaleza.	3,50
442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459 — Los veinte ensayos.....	7
340 Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes.....	7
516 Ellen Key.—El amor y el matrimonio.....	6
342 Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162 Fernán Flor.—Tamayo... 1	
158 — Zorrilla.....	1
155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch.....	1
92 Ferrán.—Obras completas .	3

N.º del Catal.º	Pesetas
42 Ferry.—Antropología criminal.....	3
329 Fichte.—Discursos á la nación alemana, La Regeneración y educación de la Alemania moderna.....	5
352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
534 Fisher.—Economía política geométrica.....	8
357 Fitzmaurice Kelly.—Historia de la literatura española	10
24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	3
290 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania.....	7
196-197 Fouillée.—Historia de la Filosofía (dos tomos)....	12
195 — La Ciencia social contemporánea.....	8
194 — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
451-452. — Historia de la Filosofía de Platón (dos tomos).....	12
333 Fournier.—El Ingenio en la historia. Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (dos tomos).....	15
509 Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda.....	6
302-303 Gabba.—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos).....	15
307 Garnet.—Historia de la literatura italiana.....	9



N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
201	Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito . . . . .	206	González. — Derecho usual. . . . .
	4	282-283	Goodnow. — Derecho administrativo comparado (dos tomos) . . . . .
200	— La Criminología . . . . .		14
202	— La Superstición socialista. . . . .	207	Goschen. — Teoría sobre los cambios extranjeros . . . . .
	5		7
507	— El delito como fenómeno social . . . . .	208	Grave. — La Sociedad fu- tura . . . . .
	4		8
98	Gautier. — Bajo las bombas prusianas . . . . .	469-470-461-462	Green. — Histori- ria del pueblo inglés (cuatro tomos) . . . . .
	3		25
167	— Enrique Heine . . . . .	209	Gross. — Manual del juez . . . . .
	1	502	Guizot. — Abelardo y Eloisa. . . . .
132	— Madama de Girardin y Bal- zac . . . . .		7
	3	210	Gumplowicz. — Derecho po- lítico filosófico . . . . .
121	— Nerval y Baudelaire . . . . .		10
70	Gay. — Los Salones célebres. . . . .	211	— Lucha de razas . . . . .
	3		8
345	George. — Protección y libre- cambio . . . . .	330	— Compendio de Sociología . . . . .
	9		9
421	— Problemas sociales . . . . .	527	— La Sociología y la política. . . . .
	5		4
261	Giddings. — Principios de Sociología. Análisis de los fenómenos de asociación y de organización social . . . . .	212	Guyau. — La Educación y la herencia . . . . .
	10		8
414	— Sociología inductiva . . . . .	331	— La moral inglesa contempo- ránea, ó sea Moral de la uti- lidad y de la evolución. . . . .
	6		11
485	Girard. — La elocuencia ática . . . . .	471	Hailman. — Historia de la Pedagogía . . . . .
	4		2
286	Giuriati. — Los Errores ju- diciales . . . . .	290	Hamilton. — Lógica parla- mentaria . . . . .
	7		2
531.	— El Plagio . . . . .	213	Hausonville. — La Juven- tud de lord Byron . . . . .
	8		5
164	Gladstone. — Lord Macaulay . . . . .	324	Heiberg. — Novelas danesas y escandinavas . . . . .
	1		3
287	Goethe. — Memorias . . . . .	41	Heine — Memorias . . . . .
	5		3
406	Gonblanc. — Historia gene- ral de la literatura . . . . .	314	— Alemania . . . . .
	6		6
21	Goncourt. — Germinia La- certeux . . . . .	396	Höfding. — Psicología ex- perimental . . . . .
	3		9
204	— Historia de María Antonieta . . . . .	426	Hume. — Historia de la Espa- ña contemporánea . . . . .
	7		8
44	— La Elisa . . . . .	412	— Historia del pueblo español, su origen, desarrollo é in- fluencia . . . . .
	3		9
61	— La Faustín . . . . .		
	3		
129	— La Señora Gervaisais . . . . .		
	3		
318	— Las Favoritas de Luis XV. . . . .		
	6		
6	— Querida . . . . .		
	3		
11	— Renata Mauperin . . . . .		
	3		
358	— La Du-Barry . . . . .		
	4		
528	— La Clairon . . . . .		
	6		

N.º del Catal.º	Pesetas
214 <b>Hunter</b> .—Sumario del Derecho romano.....	4
316 <b>Huxley</b> .—La Educación y las ciencias naturales.....	6
43 <b>Ibsen</b> .—Casa de muñeca ...	3
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423 <b>Jitta</b> .—Método de Derecho internacional.....	9
217 <b>Kells Ingram</b> .—Historia de la Economía política....	7
219 <b>Koch y otros</b> .—Estudios de higiene general.....	3
295 bis. <b>Korolenko</b> .—El Desertor de Sajalín.....	2,50
322 <b>Kropotkin</b> .—Campos, fábricas y talleres.....	6
299 <b>Krüger</b> .—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517 <b>Lagerlof</b> .—El esclavo de su finca.....	3
221 <b>Laveleye</b> .—Economía política.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8
220 <b>Lange</b> .—Luis Vives.....	2,50
454 <b>Larcher y Jullien</b> .—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
319 <b>Lemcke</b> .—Estética, expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo.....	8
283 <b>Lemonnier</b> .—La Carnicería (Sedán).....	3
321 <b>Leroy-Beaulieu</b> .—Economía política.....	8
474 <b>Lester Ward</b> .—Factores Psíquicos de la civilización.	7
434 <b>Lewis-Pattée</b> .—Historia de	

N.º del Catal.º	Pesetas
la Literatura de los Estados Unidos.....	8
222 <b>Lombroso</b> .—La Escuela criminológica positivista.....	7
385-386 — Medicina legal (2 tomos)	15
382 <b>Liesse</b> .—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social.....	9
223 <b>Lubbock</b> .—El Empleo de la vida.....	3
438 <b>Macaulay</b> .—Estudios jurídicos.....	6
294 — La Educación.....	7
305-306 — Vida, memorias y cartas (dos tomos).....	14
460 <b>Mac-Donald</b> .—El criminal tipo en algunas formas graves de la criminalidad... ..	3
224 <b>Manduca</b> .—El Procedimiento penal y su desarrollo científico.....	5
535 <b>Marie</b> .—Misticismo y locura.	5
504-510-522 <b>Marshall</b> .—Economía política, 3 tomos.....	21
225-226-227 <b>Martens</b> .—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La paz y la guerra.—La Conferencia de Bruselas.—Derechos y deberes de los beligerantes.—La Conferencia de La Haya.	8
410 <b>Martin</b> .—La Moral en China.	4
173 <b>Maupassant</b> .—Emilio Zola.	1
375 <b>Max-Muller</b> .—La Ciencia del lenguaje.....	8
366 — Historia de las religiones..	8
455 — La Mitología comparada.—Los cuentos y tradiciones po-	



N.º del Catal.º	Pesetas
168 <b>Passarge.</b> —Ibsen. ....	1
483 <b>Perrot.</b> —El Derecho público de Atenas. ....	4
161 <b>Picon.</b> —Ayala. ....	1
417 <b>Potapenko.</b> —La novela de un hombre sensato. ....	2
879-432-433 <b>Prevost Paradol.</b> —La Historia universal (tres tomos). ....	16
384 <b>Quinet.</b> —El Espíritu nuevo. ....	5
235 <b>Renan.</b> —Estudios de historia religiosa. ....	6
236 — La Vida de los Santos. ....	6
56-57 — Memorias íntimas (dos tomos). ....	6
422 <b>Ribbing.</b> —La higiene sexual y sus consecuencias morales. ....	3
237-238 <b>Ricci.</b> —Tratado de las pruebas, con notas y apéndices relativos á la Legislación y Jurisprudencia españolas (dos tomos). ....	20
397-411-435 - 436-348-349 - 444-445-456-457-463-467-479-480-486-491-493-496-499-519. — Derecho civil (20 tomos). ....	140
285 <b>Rod.</b> —El Silencio. ....	3
409 <b>Roguin.</b> —Las reglas jurídicas. ....	8
415 <b>Roosevelt.</b> —New York. ....	4
523 <b>Rossi.</b> —Sociología y Psicología Colectiva. ....	6
455 <b>Rozan.</b> —Locuciones, proverbios, dichos y frases indispensables en la buena educación. ....	3
346 <b>Ruskin.</b> —Las Siete lámparas de la arquitectura. ....	7
530 Las piedras de Venecia Guía estética de Venecia y de Verona. ....	6

N.º del Catal.º	Pesetas
446-439—Obras escogidas (2 tomos)	13
122 <b>Sainte-Beuve.</b> — Retratos de mujeres. ....	3
512 <b>Saisset.</b> —Descartes, sus precursoras y sus discípulos. ....	7
441 — Estudio sobre Virgilio. ....	5
49 — Tres mujeres. ....	3
381 <b>Sansonetti.</b> —Derecho constitucional. ....	9
518 <b>Sarcey.</b> —Crónica del Sitio de París. ....	6
84 <b>Sardou.</b> —La Perla negra. ....	3
508 <b>Scheel y Mombert.</b> —La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio. ....	4
242-344-372. — <b>Schopenhäuer.</b> —El Mundo como voluntad y como representación (3 tomos)	30
241 — Fundamento de la moral. ....	5
465 — Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología. ....	4
464 — La nigromancia. ....	3
458 — Estudios de Historia filosófica	4
448 — Eudemonología. (Tratado de mundología ó arte de bien vivir.) ....	5
511 <b>Schuré.</b> —Historia del drama musical. ....	5
524 — Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas. ....	6
401 <b>Sienkiewicz.</b> —Orso en vano	2
430 <b>Sieroszewski.</b> —Yang-Hun-Tsy. Novela de costumbres rusas. ....	2
320 <b>Sohm.</b> —Derecho privado romano. ....	14
378 <b>Sombart.</b> —El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX. ....	3

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
256 <b>Spencer.</b> —De las leyes en general.....	8	264 — La Guerra según el Derecho internacional.....	4
153 — El Organismo social.....	7	266 — Las Instituciones primitivas.....	7
257 — Etica de las prisiones.....	8	267 <b>Supino.</b> —Derecho mercantil anotado extensamente con las diferencias del Derecho español.....	12
255 — Exceso de legislación.....	7	403 <b>Suttner.</b> —High-Life.....	3
248 — La Beneficencia.....	4	106 <b>Taine.</b> —Florencia.....	3
246 — La Justicia.....	7	268-269-313-337-347 — Historia de la literatura inglesa (5 tomos)	34
247 — La moral de los diversos pueblos y la moral personal.....	7	74 — La Pintura en los Países Bajos.....	3
260 — Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas.....	9	310 — Notas sobre París.....	6
249 — Las Instituciones eclesásticas.....	6	104-105 — Roma (dos tomos).....	6
251-252 — Las Instituciones políticas (dos tomos).....	12	107 — Venecia.....	3
258-259 — Los Datos de la Sociología (dos tomos).....	12	334-468-476-482-487 y 529 — Los orígenes de la Francia con temporánea (6 tomos).....	40
250 — Las Instituciones sociales..	7	359 — Los Filósofos del siglo XIX.....	6
343 — Las Instituciones profesionales.....	4	521 Titio Livio.....	4
351 — Las Instituciones industriales.....	8	500-506 <b>Tarde.</b> —Filosofía penal, (dos tomos).....	14
488-489 <b>Squillace.</b> —Las doctrinas sociológicas (2 tomos)...	10	272 — El Duelo y el delito político	3
362 <b>Starcke.</b> —La Familia en las diferentes sociedades.....	5	273 — La Criminalidad comparada	3
262 <b>Sthal.</b> —Historia de la filosofía del Derecho.....	12	271 — Las Transformaciones del Derecho.....	6
376-377 <b>Stourm.</b> —Los Presupuestos (dos tomos).....	15	339-360 <b>Todd.</b> —El Gobierno parlamentario en Inglaterra (2 t.)	15
475 <b>Strafforello.</b> —Después de la muerte.....	3	400 <b>Tehekhof.</b> —Un duelo.....	1
449 <b>Stuart-Mill.</b> —Estudios sobre la religión.....	4	239 <b>Thorold Rogers.</b> —Sentido económico de la Historia.	10
291 <b>Sudermann.</b> —El Deseo...	3,50	134 <b>Tcheng-Ki Tong.</b> —La China contemporánea.....	3
263 <b>Sumner-Maine.</b> —El Antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7	5 <b>Tolstoy.</b> —Dos generaciones.	3
		7 — El Ahorcado.....	3
		71 — El Camino de la vida.....	3
		63 — El Canto del cisne.....	3
		77 — El Dinero y el trabajo.....	3
		10 — El Príncipe Nekhli.....	3

Gladstone.—Vida de lord Macaulay, 1 peseta.  
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.  
Gombiano.—Historia general de la literatura, 6.  
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 ptas.—Querida, 3 pesetas.—René Maupérin 3 pesetas.—Germinia Lacertoux, 3 ptas.—La Elisa, 3 ptas.—La Faustina, 3 ptas.—La señora Gervaisais, 3 ptas.—La Clairon, 6 ptas.  
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
González.—Derecho usual, 5 pesetas.  
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
Grave.—La sociedad futura, 8 pesetas.  
Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.  
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.  
Guerra.—Vida de Hartzenbusch, 1 peseta.  
Gulzot.—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.  
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.—La Sociología y la política, 4 ptas.  
Guyau.—La educación y la herencia, 8 ptas.—La moral inglesa contemporánea, 12 pesetas.  
Hailman.—Historia de la Pedagogía, 2 pesetas.  
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.  
Haussenville.—La juventud de lord Byron, 5 p.  
Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.  
Heine.—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 ps.  
Hoffding.—Psicología experimental, 9 pesetas.  
Hume.—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea, 8 ptas.  
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.  
Huxley.—La educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.  
Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.  
Jitta.—Método de Derecho Internacional, 9 ps.  
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
Korolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50 ptas.  
Kropotkin.—Campes, fábricas y talleres, 6 ptas.  
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.  
Lagerlof.—El esclavo de su finca, 3 pesetas.  
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.  
Larcher y P. Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.  
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.—El socialismo contemporáneo, 8 pesetas.  
Lemcke.—Estética, 3 pesetas.  
Lemonnier.—La carnicería (Sedán), 3 pesetas.  
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.  
Lester-Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.  
Lewis-Pattet.—Historia de la literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.  
Liesse.—El trabajo, 9 pesetas.  
Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.  
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.  
Macaulay.—La educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.  
Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.  
Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.  
Marie.—Misticismo y locura, 5 pesetas.  
Marshall.—Tratado de Economía política, tres tomos, 21 pesetas.  
Martens.—Derecho internacional, 4 t., 30 ptas.  
Martin.—La moral en China, 4 pesetas.  
Mattiolo.—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.  
Maupassant y Alexis.—Vida de Zoia, 1 peseta.  
Max-Müller.—Historia de las religiones, 8 ptas.—Origen y desarrollo de la religión, 8 ptas.—La ciencia del lenguaje, 8 pesetas.—La Mitología comparada, 7 pesetas.  
Menéndez y Pelayo.—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Marfinez de la Rosa, 1 pta.  
Meneval y Chantelauco.—María Estuardo, 6 pts.  
Mercler.—Lógica, 8 ptas.—Psicología, 2 tomos,

12 ptas.—Ontología, 10 ptas.—Criteriología general ó tratado de la corteza, 9 ptas.  
Merimee.—Columba, 3 ptas.—Mis perlas, 3 ptas.  
Merejkowsky.—La muerte de los dioses, 2 ptas.  
Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.  
Meyer.—Derecho administrativo. La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y «Exposición de la organización administrativa» en España, 4 ptas.  
Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 t., 15 ptas.  
Mollins.—Vida de Bretón, 1 peseta.  
Mommson.—Derecho público romano, 12 ptas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 ptas.  
Morley.—Estudios sobre grandes hombres, 5.  
Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.  
Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.  
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
Nardi-Greco.—Sociología jurídica, 9 pesetas.  
Noera.—Teresa, 3 pesetas.  
Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.  
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La genealogía de la moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 ptas.—La gray ciencia, 6 pesetas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.  
Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.  
Nourrisson.—Maquiavelo, 3 pesetas.  
Novicow.—Los despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.  
Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego, 3 pesetas.  
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Campesino, 1 peseta.—De Alarcón, 1 pta.  
Passarge.—Vida de Ibsen, 1 peseta.  
Perrot.—El Derecho público de Atenas, 4 ptas.  
Ploón (J. O.).—Vida de Ayala, 1 peseta.  
Potapenko.—La novela de un hombre censurado, 2.  
Prévost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.  
Quinet.—El espíritu nuevo, 5 pesetas.  
Renán.—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los santos, 6 pesetas.—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.  
Riecl.—Tratado de las pruebas, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 20 tomos, 140 pesetas.  
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10.  
Rod.—El silencio, 3 pesetas.  
Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.  
Roosevelt.—Nueva York, 4 pesetas.  
Rossi.—Sociología y Psicología colectiva, 6 pts.  
Rozan.—Locuciones, proverbios, 3 pesetas.  
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 ptas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.—Las piedras de Venecia, 6 pts.  
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—1 res mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 ptas.  
Sansoneiti.—Derecho constitucional, 9 ptas.  
Sarcey.—Crónica del Sitio de París, 6 pesetas.  
Sardou.—La perla negra, 3 pesetas.  
Scheel y Mombart.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 ptas.  
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 30 ptas.—Eudemología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 ptas.—Estudios de Historia filosófica, 4 ptas.—La nigromancia, 3 pesetas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pesetas.  
Schuré.—Historia del drama musical, 5 ptas.—Richard Wagner, sus obras y sus ideas, 6 p.  
Sienkiewicz.—Orso, En vano, 2 pesetas.  
Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy, novela, 2 ptas.  
Sombart.—El socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.